

José Martí : obras completas. Volumen 3 Cuba	Titulo
Martí, José - Autor/a; CEM, Centro de Estudios Martianos - Compilador/a o Editor/a;	Autor(es)
La Habana	Lugar
Editorial de Ciencias Sociales Karisma Digital Centro de Estudios Martinianos	Editorial/Editor
2011	Fecha
	Colección
Política; Pensamiento político; Pensamiento latinoamericano; Revolución; Correspondencia; Cuba;	Temas
Libro	Tipo de documento
* <a href="http://biblioteca.clacso.edu.ar/Cuba/cem-cu/20150114035756/Vol03.pdf">http://biblioteca.clacso.edu.ar/Cuba/cem-cu/20150114035756/Vol03.pdf</a>	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND <a href="http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es">http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es</a>	Licencia

**Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO**  
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

**Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)**  
**Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)**  
**Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)**  
[www.clacso.edu.ar](http://www.clacso.edu.ar)



# Volumen 3

## CUBA

### POLÍTICA Y REVOLUCIÓN III, 1894

	<b>Pág.</b>
Índice	
Carta a José Dolores Poyo 1 enero 1894	13
Carta a Serafín Sánchez enero 1894	14
Carta a Gualterio García enero 1894	14
Carta a Serafín Sánchez enero 1894	15
Carta a Gualterio García enero 1894	16
Carta a José González Curbelo 2 enero 1894	17
Carta al General Máximo Gómez. Nueva York 4 enero 1894	17
El año nuevo. Patria 6 enero 1894	23
El plato de lentejas. Patria 6 enero 1894	26
Conflicto en el Cayo. Patria 6 enero 1894	31
Carta al General Antonio Maceo 8 enero 1894	35
Circular a los Presidentes de los Clubs en el Cuerpo de Consejo de Key West. Nueva York. 9 enero 1894	37
Carta a José Dolores Poyo. Tampa. 18 enero 1894	38
Carta a Serafín Sánchez. Tampa 8 enero 1894	39
Carta a José Dolores Poyo. Tampa 18 enero 1894	41
Carta a Serafín Sánchez 25 enero 1894	43
¡A Cuba! Patria. 27 enero 1894	47
To Cuba ! Patria, suplemento. 27 enero 1894	54
La protesta de Thomasville. Patria 27 enero 1894	62
Carta a Flor Crombet. 27 enero 1894	67
Carta a Serafín Sánchez. 1 febrero 1894	67
Carta al General Máximo Gómez. Nueva York 3 marzo 1894	68
La revolución. Patria. 16 marzo 1894	75
Sobre negros y blancos. Patria 16 marzo 1894	80
Carta a Emilio Núñez. Nueva York. 19 marzo 1894	85
Carta a Gualterio García marzo 1894	85
Carta al General Máximo Gómez. Nueva York 24 marzo 1894	86
Carta al General Antonio Maceo. Nueva York 24 marzo 1894	91
Carta al Presidente del Cuerpo de Consejo de Cayo Hueso. Nueva York 24 marzo 1894	93
Carta a José Dolores Poyo. Nueva York 25 marzo 1894	95
Carta a Manuel Barranco. Nueva York 27 marzo 1894	96
Los cubanos de Jamaica y los revolucionarios de Haití. Patria 31 marzo 1894	103
Carta a Gualterio García. Nueva York 3 abril 1894	109
Carta a Gualterio García 4 abril 1894	113
Carta a José Francisco Pérez Macías abril 1894 1	113

Crece. Patria 5 abril 1894	117
Carta a la Comisión de Colectas del Comercio de Key West. Nueva York 7 abril 1894	125
Carta a Ramón Rivero abril 1894	126
Carta a Serafín Sánchez 7 abril 1894 1	127
Carta a Gonzalo de Quesada abril 1894	128
Carta a Gonzalo de Quesada abril 1894	129
Carta a Gonzalo de Quesada abril 1894	130
Carta a Gonzalo de Quesada abril 1894	130
Carta a Teodoro Pérez. Nueva York abril 1894	131
Carta al General Máximo Gómez. Nueva York abril 1894	131
Carta a Gonzalo de Quesada abril 1894	132
Carta a Serafín Sánchez abril 1894	132
La semana cubana. Patria 17 abril 1894 1	137
El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. Patria 17 abril 1894	138
Carta a Fermín Valdés Domínguez. Nueva York 18 abril 1894	147
Carta al General Antonio Maceo. Nueva York 20 abril 1894	149
Carta a José González Curbelo. Central Valley 25 abril 1894	150
Cierta prensa de Cuba. y la captura de armas. Patria 28 abril 1894	155
Carta a Ramón Rivero 1 mayo 1894	161
Carta al General Antonio Maceo. Nueva York 4 mayo 1894	162
Carta a Serafín Sánchez mayo 1894	162
Carta al General Enrique Collazo. Nueva York 8 mayo 1894	163
Carta a Serafín Sánchez. Nueva York 10 mayo 1894	165
Carta al General Máximo Gómez. Nueva York 12 mayo 1894	165
Carta a Fermín Valdés Domínguez. Nueva York mayo 1894	167
Carta a Rodolfo Menéndez. Nueva York 3 mayo 1894	171
Carta a Serafín Sánchez 6 mayo 1894	174
Carta a Emilio Brunet. Nueva York 10 mayo 1894	175
Carta a Marcos Morales y Emilio Brunet. Nueva York 10 mayo 1894	175
Carta a Domingo Ubieta. Central Valley 18 mayo 1894	177
Carta a George Jackson y Salvador Herrera. Cayo Hueso 18 mayo 1894	177
Carta a George Jackson y Salvador Herrera. Cayo Hueso. (Traducción del inglés) 18 mayo 1894	179
Carta a Serafín Sánchez mayo 1894	181
Carta a Gonzalo de Quesada mayo 1894	181
Telegrama a Gonzalo de Quesada. Tampa 21 mayo 1894	182
Carta a Fermín Valdés Domínguez mayo 1894	182
Carta a Manuel Barranco mayo 1894	183
Carta a Serafín Sánchez. Jacksonville 27 mayo 1894	185
Carta a Gonzalo de Quesada. Waycross 28 mayo 1894	187
Carta a Gonzalo de Quesada mayo 1894	189
Carta a Serafín Sánchez. Nueva Orleans 30 mayo 1894	189
Carta a Juan Fraga 30 mayo 1894	191
Carta a José María Izaguirre. Nueva Orleans 30 mayo 1894	192
Carta a Fermín Valdés Domínguez Nueva Orleans mayo 1894	194

Carta a Fermín Valdés Domínguez Nueva Orleans 30 mayo 1894	195
Carta a J. Buttari Gaunard mayo 1894	196
Carta a Rafael Rodríguez. Nueva Orleáns 30 mayo 1894	197
Carta al General Máximo Gómez. Nueva Orleans 31 mayo 1894	199
Carta a Gonzalo de Quesada 31 mayo 1894	203
Carta a Manuel Coroalles 5 junio 1894	207
Carta a Alejandro González 5 junio 1894	208
Carta al General Antonio Maceo. Puntarenas 18 junio 1894	208
Carta al General Antonio Maceo. Panamá 22 junio 1894	211
Carta a José María Izaguirre. Panamá 22 junio 1894 2	212
Carta a Manuel Coroalles. Kingston 23 junio 1894	214
Carta al General Antonio Maceo. Kingston 25 junio 1894	215
Carta al General Máximo Gómez, Kingston 25 junio 1894	217
Carta a Flor Crombet. Kingston 25 junio 1894	222
Carta a Fermín Valdés Domínguez. Nueva York 2 julio 1894	222
Carta a Fermín Valdés Domínguez julio 1894	223
Carta a Fermín Valdés Domínguez julio 1894	224
Carta a José Dolores Poyo Nueva York 7 julio 1894	224
Carta a Serafín Sánchez. Nueva York 7 julio 1894	227
Carta al General Antonio Maceo 7 julio 1894	228
Carta a José Dolores Poyo 7 julio 1894	230
Carta al General Máximo Gómez. Nueva Orleáns 15 julio 1894	231
Carta a Gonzalo de Quesada. Nueva Orleans 16 julio 1894	234
Carta a Gonzalo de Quesada. México 25 julio 1894	235
Carta a José M Pérez Pascual Veracruz 26 julio 1894	236
Carta a Serafín Bello 2 agosto 1894	239
Carta a José Dolores Poyo 19 agosto 1894	240
Carta a Enrique Messonier 19 agosto 1894	240
Carta al General Máximo Gómez. Nueva York 30 agosto 1894	241
Carta a Eduardo H. Gato 30 agosto 1894	242
Carta a Serafín Sánchez 1 septiembre 1894	242
Carta a Serafín Sánchez 2 septiembre 1894	243
Carta a Gualterio García y otros 5 septiembre 1894	244
Carta al General Antonio Maceo septiembre 1894	245
Carta a Serafín Sánchez septiembre 1894	247
Carta a Fermín Valdés Domínguez septiembre 1894	247
Carta a Federico Giraudi. Nueva York 8 septiembre 1894	248
Carta al General Máximo Gómez. Central Valley 8 septiembre 1894	248
Carta a Eduardo H. Gato. Nueva York 8 septiembre 1894	253
Carta al General Antonio Maceo septiembre 1894	254
Carta a Gregorio de Quesada y Varona 10 septiembre 1894	255
Carta a Fermín Valdés Domínguez septiembre 1894	256
Carta a Fermín Valdés Domínguez septiembre 1894	256
Carta a Fermín Valdés Domínguez septiembre 1894	256
Carta a Serafín Sánchez .15 septiembre 1894	257

Carta a Serafín Sánchez .17 septiembre 1894	257
Carta a Serafín Sánchez .19 septiembre 1894	257
Carta a Serafín Sánchez 22 septiembre 1894	258
Carta a Serafín Sánchez septiembre 1894	258
Carta a Serafín Sánchez septiembre 1894	259
Carta a Melitina Azpeitia septiembre 1894	259
El lenguaje reciente de ciertos autonomistas. Patria 22 septiembre 1894	263
Carta al General Antonio Maceo. Nueva York 22 septiembre 1894	269
Carta al General Máximo Gómez. Nueva York . 24 septiembre 1894	270
Carta a Francisco Borrero. Nueva York 25 septiembre 1894	275
Carta al General Antonio Maceo 29 septiembre 1894	275
Carta a Ramón Rivero. Nueva York 29 septiembre 1894	277
Carta a Federico Brunet 29 septiembre 1894	277
Carta a Alejandro González septiembre 1894	278
Carta a Serafín Sánchez septiembre 1894	278
Carta a Fermín Valdés Domínguez septiembre 1894	279
Carta a Sotero Figueroa. Nueva York 30 septiembre 1894	279
Dos justicias. Patria 2 octubre 1894	283
Carta a Serafín Sánchez 3 octubre 1894	287
Carta a Eduardo H. Gato. Jacksonville 8 octubre 1894	287
Carta a Salvador Cisneros Betancourt octubre 1894	288
Carta al General Antonio Maceo. Nueva York 13 octubre 1894	288
Carta al General Antonio Maceo. Nueva York 20 octubre 1894	290
Carta al General Máximo Gómez. Nueva York 20 octubre 1894	291
Carta a Gerardo Domenech 24 octubre 1894	299
Los pobres de la tierra. Patria 24 octubre 1894	303
Carta a Gonzalo de Quesada. Nueva York 26 octubre 1894	309
Carta a Serafín Sánchez 27 octubre 1894	309
Carta a Eduardo H. Gato. Nueva York 27 octubre 1894	310
Carta a Serafín Sánchez octubre 1894	313
En Cuba. Patria 30 octubre 1894	319
Carta a Serafín Sánchez. Nueva York 31 octubre 1894	323
Carta a Juan Fraga octubre 1894	324
Carta al General Antonio Maceo. Nueva York 3 noviembre 1894	329
Carta a José Maceo 3 noviembre 1894	333
Carta a Serafín Sánchez noviembre 1894	334
Carta a Serafín Sánchez 3 noviembre 1894	334
Carta al General Máximo Gómez. Nueva York 3 noviembre 1894	335
Carta a Juan Gualberto Gómez 3 noviembre 1894	340
Carta a Enrique Collazo 3 noviembre 1894	342
Carta al General Antonio Maceo. Nueva York 10 noviembre 1894	343
Carta a Eduardo H. Gato. Nueva York 10 noviembre 1894 3	445
Carta a Serafín Sánchez. Nueva York 10 noviembre 1894	345
Carta a Juan Gualberto Gómez 10 noviembre 1894	347
Al Diario de la Marina. Patria 10 noviembre 1894	351

Inútil ira. Patria 10 noviembre 1894	360
La promesa del miedo. Patria . 10 noviembre 1894	361
Carta a Juan Gualberto Gómez 13 noviembre 1894	365
Carta a Serafin Sánchez. Nueva York 13 noviembre 1894	370
Carta a Serafin Sánchez 14 noviembre 1894	372
Carta a Enrique Collazo noviembre 1894	374
Carta al General Antonio Maceo 17 noviembre 1894	379
Carta a Serafin Sánchez noviembre 1894	380
Carta a José Dolores Poyo noviembre 1894	381
Carta a 'osé Dolores Poyo noviembre 1894 3	382
¡ Ah de los jinetes! Patria 17 noviembre 1894	387
Carta al General Antonio Maceo. Nueva York 23 noviembre 1894	393
Carta a Serafin Sánchez 23 noviembre 1894	395
Carta a Juan Gualberto Gómez 23 noviembre 1894	396
Un bandolero. Patria 24 noviembre 1894	401
El 27 de Noviembre. Patria 24 noviembre 1894	402
Carta a Serafin Sánchez 2 diciembre 1894	407
Carta a Juan Gualberto Gómez. Nueva York 2 diciembre 1894	407
Carta a Juan Gualberto Gómez 4 diciembre 1894	408
Carta a Julio Sanguily 4 diciembre 1894	409
Carta a Juan Gualberto Gómez 5 diciembre 1894	410
Carta a Serafin Sánchez .diciembre 1894	410
Carta a Alejandro González diciembre 1894	411
Carta a Serafin Sánchez 8 diciembre 1894	412
Carta a Serafin Sánchez .diciembre 1894	412
Carta al General Antonio Maceo. Nueva York 8 diciembre 1894	413
Carta al General Máximo Gómez. Nueva York 8 diciembre 1894	414
Plan de alzamiento. Nueva York 8 diciembre 1894	419
Las reformas en Cuba. Patria 8 diciembre 1894	425
Carta a Serafin Sánchez. Nueva York 13 diciembre 1894	429
Carta a J. Francisco Navarro. Nueva York 14 diciembre 1894	430
Carta a Serafin Sánchez. Nueva York 15 diciembre 1894	431
Carta a Juan Gualberto Gómez diciembre 1894	432
Carta a Juan Gualberto Gómez diciembre 1894	433
Carta a Juan Gualberto Gómez diciembre 1894	434
Carta a Juan Gualberto Gómez diciembre 1894	436
Carta al General Antonio Maceo. Nueva York diciembre 1894	437
Carta a Julio Sanguily diciembre 1894	437
Carta a Julio Sanguily diciembre 1894	439
Carta a Juan Gualberto Gómez 22 diciembre 1894	441
Carta a Juan Gualberto Gómez 25 diciembre 1894	442
Carta al General Antonio Maceo. Nueva York diciembre 1894	442
Carta a Eduardo H. Gato diciembre 1894	444
Carta a Serafin Sánchez diciembre 1894	444
Carta al General Antonio Maceo. Nueva York 25 diciembre 1894	445

Carta al General Flor Crombet diciembre 1894	447
Carta a Alejandro González. Nueva York 25 diciembre 1894	448
Carta a Alejandro González. Nueva York (traducción del inglés) 25 diciembre 1894	449
Carta al General Antonio Maceo diciembre 1894	449
Carta a Juan Gualberto Gómez diciembre 1894	451
Carta a Juan Gualberto Gómez diciembre 1894	451
Carta a Serafín Sánchez .diciembre 1894	452
Carta a Serafín Sánchez .diciembre 1894	453
Carta a Serafín Sánchez .diciembre 1894	454
Carta a Serafín Sánchez diciembre 1894	454
Carta a Serafín Sánchez 31 diciembre 1894	455

# JOSE MARTI

## Obras Completas

3

Cuba



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 1991

Tomado de la segunda edición publicada por la Editorial de Ciencias Sociales, 1975.

Primera reimpresión

© Sobre la presente edición:  
Editorial de Ciencias Sociales, 1991



Editorial de Ciencias Sociales, calle 14, No. 4104, Playa, Ciudad de La Habana, Cuba.

**CUBA**  
*POLITICA Y REVOLUCION*

**III**

**1894**

**E N E R O / 1 8 9 4**

1. A JOSÉ DOLORES POYO
2. A SERAFÍN SÁNCHEZ
3. A GUALTERIO GARCÍA
4. A SERAFÍN SÁNCHEZ
5. A GUALTERIO GARCÍA
6. A JOSÉ GONZALEZ CURBELO
7. AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

## A JOSÉ DOLORES POYO

1 de enero de 1894

Sr. José Dolores Poyo

Poyo querido:

De muchas cartas que recibo al bajar del tren, la de Vd. es de las primeras que abro, y al vuelo contesto. Muy a tiempo, mucho, viene su vigilancia de la carta inclusa. Es un anuncio que me guía y no me sorprende, a mí, que acá tan lejos de la Habana, lo tengo que saber todo por mí mismo. Todo hasta cargarle a un infeliz una maleta, siquiera que mi detalle no denuncie toda mi labor. Hable sin reparo con Serafín. Dígale que es preciso acallar y desviar; si no, no sé cómo podrían ser las cosas que pienso. A Serafín dígale—entero y no más—lo de la carta. Ahora a lo de organización. Por telégrafo pido a Serafín—para cosas en que él interviene, y a él había que satisfacer— que pidiera un esfuerzo nuevo, *pero no dentro del Partido afiliado*; era afuera, en ciertos talleres, que siempre han obrado como esta vez. ¿Cómo he de contribuir yo a que se merme o confunda este orden, que mañana, con el crédito del éxito, será y muy *principalmente por estar ahí en manos de Vd., la única salvaguardia verdadera de nuestros esfuerzos* y de nuestra República? Si no, nos la ocupan como la otra vez. No deje de amarme. Hoy lo necesito más que nunca. Ni de escribirme cuanto sepa, y ojear. Va el papel el jueves. Y a Vd. lo mejor de su

J. MARTÍ

2

## A SERAFÍN SANCHEZ

[Enero, 1894]

Sr. Serafín Sánchez

Serafín querido:

Ayer saqué del correo el certificado de Vd. De aquí a tres días sale la carta, y el sábado será atendida su indicación. ¿Cree Vd.—¡no lo cree!—que algo pueda demorarse por mí? Llega Angel en este instante, a la oficina llena de gente, cuando me sentaba a escribir a V.: él me explicará las equivocaciones que han hecho inútil su viaje. De allá está ya en camino un comisionado. Oiré, y diré a Vd. para que digan a C., a fin de que no haya labores aisladas. Que C. sepa, y ellos estén a él, y a su plan. Oigo a Angel. Cada día lo quiere a Vd. más, su

J. MARTÍ

Ya sé toda esa infamia. Aunque pudiera, no querría escribir. La indignación me sofoca.

3

## A GUALTERIO GARCÍA

[Enero, 1894]

Sr. Gualterio García

Gualterio querido:

Ahogado de quehacer. ¿Cómo, sin embargo, dejar ir el correo sin ponerle, como a familia mía, unas líneas de respuesta a esa brava carta de Vd. donde me cuenta lo de los fondos? Ya habrá sabido por mi nota al Consejo la resolución. Dos cosas son oportunas: que no se dé asidero a los pícaros, en estos días delicadísimos de mayor energía nuestra, para que aleguen que lo de guerra se gasta en acción, por más que las necesidades de lo preliminar de ésta requieran hoy realmente todo esfuerzo y sacrificio, que a pesar de todo me guardo bien de pedir, y que los fondos vayan poniéndose en un tesoro central, a lo cual sin duda ayu-

damos con la confianza de que se dedicarán solamente al fin con que fueron colectados. Y a Vd. un abrazo, y al club. Así se funda la patria: Yo no le tengo miedo a nuestra República.

Puntualmente dígame todo lo que a su juicio deba yo saber, para guiarme en lo que por allá tenga que escribir en los pocos días que me quedan de andar acá. Sepa que vivo; que espero con razón; que veo de veras claro el horizonte. Ando como sobre alas. Y más de una vez veo cerca de mí a las tres nobles mujeres. Jamás olvidaré la última visita. La haré histórica. Cariños con Recio: no peleas. A Pompey, ¡qué cariños! A Peláez, todo. Y es suyo,

MARTÍ

4

## A SERAFÍN SANCHEZ

[Enero, 1894]

Sr. Serafín Sánchez

Mi muy querido Serafín:

Fue la carta de Vd. lo mejor, y lo único preciso, que de allá recibí sobre el suceso abominable, la tarde misma que salía de aquí *Patria*, con el artículo en que digo lo mismo que Vd. piensa.<sup>1</sup> Si, Serafín: ¿en qué momento se mezcla esa gente americana, toda baja y venal por lo que he visto, en asuntos en que el respeto, la prudencia, la gratitud, la afinidad republicana y humana, le impedía mezclarse, sino en los instantes en que se intenta una colecta, y parece cercana en Cuba una revolución? Y ¿allí no hubo quien se les alzase en esa junta que me dicen, quien de esa situación, con habilidad y sin violencia, sacase argumento para aumentar el esfuerzo de ahora? Mi idea fue volar allá, y hablarles en su inglés, y con la certidumbre que me dan ya las últimas cartas de Gómez, pedir a los nuestros un tanto más de ayuda; aunque me injurien o abandonen: ¿la patria para qué es, sino para padecer

<sup>1</sup> Se refiere Martí a los trabajadores españoles que fueron llevados a Cayo Hueso con el objeto de romper la huelga de los tabaqueros cubanos en la fábrica *La Rosa Española*.

Contra dicha maniobra escribió varios artículos en *Patria*, que aparecen en este tomo, y al propio tiempo utilizó, por primera vez, los servicios del abogado norteamericano Horatio S. Rubens, amigo de Gonzalo de Quesada y Aróstegui.

Rubens logró el reembarque de los rompehuelgas españoles.

Véase su libro: *Liberty. The Story of Cuba*. Nueva York, 1932.

por ella? Pero tal vez se creyese allá por los mismos nuestros un poco temible el paso, para su paz—nula como se ve—con los yanquis locales; y acá, ¡yo no puedo dejar por el aire las comisiones que están saliendo, ni la empresa de la colecta final, tan triste, tan depresiva para un corazón como el mío, tan despaciosa! Yo insisto, yo arguyo, yo me arrodillaré, yo no dejaré nada por hacer. Ningún bochorno me detiene: lo que no haga, será porque pueda acarrearos peligro o denuncia, como en este New York, donde los pobres no tienen ya qué, y los tres o cuatro ricos, más han recibido de mí, ellos o los suyos, que lo que me han de dar. Allá con toda mi angustia, escribo hoy a los de la suscripción de los Clubs; el jueves al comercio, y en vista de las cartas de hoy, a los talleres. Por cada correo escribame, que espero sus cartas siempre impaciente.

Su

MARTÍ

5

A GUALTERIO GARCÍA

[Enero, 1894]

Mi excelente Gualterio:

Hasta este instante todo ganado: sólo espero detalles. La impaciencia no me deja escribir y el peso de las cosas. Muy sensata y de hombre su carta última.—A Rosalía, le contesto cuando sepamos a qué atenernos. Por ahora, creo que pueda estar tranquila. Si no, los encamino a Veracruz, que es la vida más semejante a la del Cayo,—y aun posible. Pero ahora, se podrá estar ahí.—¿Cómo me dice que no le quise escribir? ¿o no me acomodó su carta a Tampa? Jamás hubo comisión mejor hecha, pero seguí enseguida viaje con Rubens, para irlo preparando a la batalla que sabía yo le darían—la de nuestros disturbios políticos. Y ahí fue la batalla; pero lo hallaron hecho una fortaleza. Estoy muy contento de él. Lo demás nuestro, a toda marcha. Hoy regocíjense. Enseguida a la grande obra.

Su

MARTÍ

6

A JOSÉ GONZALEZ CURBELO

Enero 2, 1894

Sr. José González Curbelo  
Junta Revolucionaria de Filadelfia

González querido:

No me felicite por el año, sino por lo que vamos a hacer en este año. En este instante mismo en que palpo por fin el resultado de mi labor—en que ya puedo medir el tiempo—en que las pruebas de lo que pudiera dudar están en mi mano, en que cuanto deseaba sucede y es hecho, me vuelvo a usted como a alguien digno de recibir este gozo y lo abrazo en silencio.

Su

MARTÍ

7

AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

New York, 4 de enero de 1894

Sr. Mayor General Máximo Gómez

Mi muy querido General:

No sé que mi vida haya tenido momentos más gratos que éstos en que vivo, desde que recibí su carta, llena toda ella de su natural grandeza; que amo como si fuese mía, y en la que tengo entera fe, de modo que no habría noviazgo ni delicia que me hubiera puesto el corazón tan henchido y luminoso como esta carta de Vd.; en que se me revela como yo lo pinto y le proclamo; y en que me envía la autoridad de conciencia necesaria para dar con firmeza nuestros últimos pasos. Y sin embargo, esa carta querida tengo que contestarla al vuelo, y en la escalera casi de la casa de Jiménez porque la recibí ayer 3 por la tarde, de manos de Peña en los instantes mismos en que me empezaban a llegar las

noticias por cable, del trastorno grave que los españoles han logrado fomentar en el Cayo ¿en qué momentos? en el momento de hacerse la nueva colecta, que intenté y logré tan pronto como recibí sus órdenes circulares, y de sorprender a aquella gran masa de la emigración en huelga general o en la pobreza que viene después de ella, cuando surja en Cuba la guerra a que esa emigración había principalmente de ayudar. Ahí va ese tajo. La forma es la insistencia de un fabricante de llevar españoles al Cayo, la resistencia, tal vez violenta, de los cubanos de la fábrica, la enemistad declarada de los americanos, los eternos enemigos que se alían al gobierno español y van en masa a la Habana a traer unos cuantos cientos de obreros españoles a la Ciudad que le han hecho al Norte los cubanos, que nació de la Independencia de Cuba, y en la que no hallan trabajo, por falta de consumo, sus actuales residentes. Ni un minuto me han dejado libre: pasé la noche despachando los correos del día, con las instrucciones generales que se desprenden de su carta de Vd., y las concretas a los Jefes más inmediatos, a fin de que elijan su comisionado, y obre éste de acuerdo con los pocos y seguros míos. Punto por punto piensa Vd. en todo como hubiera pensado yo: una cosa es crear opinión, y otra mover a hombres concretos. Por acá irá todo como Vd. me indica, cada cual a lo suyo, y enseguida, y callados, y todos a la vez. Y yo, por autoridad, la del servicio y el cariño, pero el servicio pegado a esos corazones de oro y hierro, a corazones que se atufan y fundan como el de Vd., que aman y crean, y a los que me aprieto yo como a cosa de mi propia carne, y en los que veo mis únicos hermanos. Voy contestándole, pues, a pesar de la prisa, y del miedo de que se me vaya el vapor.

La carta pasada no bien la recibí, se la contesté con mi acción inmediata. Distribuí al día siguiente las circulares todas, demandando inmediata respuesta. Caí sobre el Cayo, a la faz de la Habana para mostrarnos enteros, después de lo de Ranchuelo; y con la cubierta de ese objeto, y del eco de esa visita en Cuba, preparar la colecta nueva, pobre por estarlo mucho aquella gente, pero útil por lo que dé, y por el espíritu que levanta adentro y afuera: y todo del modo que, a la par que se hace lo debido en este plazo angustioso que nos damos, no sea hecho sin embargo de manera que pueda por el escándalo o la prisa, denunciarse nuestra determinación cercana y verdadera. Y ahora, con esta más completa certidumbre ¿qué no haré? Envío a Cuba aviso cauteloso y uniforme: alisto a los jefes, todos a una a que den su aviso, levanto en un último esfuerzo aunque con las dificultades del silencio

—y aun confusión—necesario para nuestro éxito, cuantos recursos podamos: confirmo ya a fecha más cercana, los preparativos de expedición calculados de modo que nada se haga de ellos, para que no haya que ver, hasta los últimos instantes, y en éstos, se efectúen con rapidez y sencillez imprevistas. ¿No es esto lo que hay que hacer? Y abrazarlo a Vd. como lo abrazo desde aquí, con lágrimas en los ojos. Ahora soy hombre, ahora tiene sentido y luz la vida.

De prisa, le iré diciendo lo más saliente. En Cuba la situación arrecia, y sólo con exquisita habilidad podremos ir quitando al Gobierno motivo para caer allá sobre nuestra gente antes de que podamos ir en su ayuda. Ese es el problema, y Vd. me llena de regocijo al entenderlo; y obrar en él con cuanta celeridad y prudencia se requiere. Afuera, no creo que nos falte uno de nuestros compañeros, siempre leales, y obligados ahora. En Cuba, Santiago, continúa preso Guillermon, soltaron a Quintín, hay presos no de mucha monta en Guantánamo. Esquer<sup>2</sup> está en el campo aún. Aquí está Enrique Loinaz, que es como hijo de Vd.: él viene a confirmar la disposición, que tengo por sincera, del Camagüey, para guerra que lleve lo que podemos llevar; y lo tenga a Vd. a la cabeza. En tiempo, andan equivocados ahora, los avivo. Santiago se tenía fijada la fecha que le fijaremos ahora; pero no—por mi parte—hasta no estar muy cerca de ella. Con Collazo,<sup>3</sup> cuyo afecto he logrado, no sé qué hacer, hasta que Vd. no me diga: y esto es embarazoso: yo tengo confianza en él. Mucho debo vigilar lo de Matanzas; hay allí un novicio, aunque de canas y respeto, demasiado aguileño y curioso. Es joya grande, y el único que prepara en masa la opinión, el excelente Juan Gualberto Gómez. De su carta a Sanguily, sobre lo que de intento callé es innecesario decirle que llegó por acá al corazón de todos, y Julio<sup>4</sup> me dice que Manuel<sup>5</sup> está de días atrás doblado sobre la respuesta. ¡A esta hora, eso! Callo mi indignación para que no pueda parecer celo literario. Pero Vd. no me juzga así; el único libre, mientras no tengamos patria libre, Antillas amigas y libres, nuestra América libre, está en nuestros campos de batalla. ¿Formas dice Vd., y diferencias de formas? Ya verá cuán pocas. En la guerra, guerra, puesto que es dable poner en ella, sin estorbo y en línea general, las salvaguardias todas de la República. Yo entiendo la guerra así: despertar con la primera batalla, y no dormir

<sup>2</sup> Debe referirse al después general Higinio Esquer<sup>2</sup>, quien en la época de esta carta, tomó parte activa en la conspiración.

<sup>3</sup> Enrique Collazo.

<sup>4</sup> El general Julio Sanguily.

<sup>5</sup> El coronel Manuel Sanguily, hermano del anterior.

hasta haber ganado la última. Vd. me va a querer. Y mi ternura y mi orgullo, yo, menos elocuente que Vd., no puedo ponerlos en palabras.

El correo se me va. Como Vd. lo quisiera y suponiendo cuanto Vd. por allá hace, y convergiendo al plazo fijo, dirigiré todos mis pasos. Por todas las vías posibles le iré dando noticias. A Aguilar<sup>6</sup> digo por cable que tenga a la orden de Vd. todos sus fondos. Yo aquí los aumentaré, los economizaré, y estaré ya cada día aguardando con ansia el placer que me ha de dar la compañía de ese hombre verdadero que me anuncia, y que desde el primer instante encontrará en mis ojos la luz de la antigua guerra. Venga, a estos brazos hermanos Francisco Borrero. Y Vd., y los suyos, siéntanse muy amados por su

JOSÉ MARTÍ

DE *PATRIA*, NUEVA YORK

5 DE ENERO DE 1894

1. EL AÑO NUEVO
2. EL PLATO DE LENTEJAS
3. CONFLICTO EN EL CAYO

<sup>6</sup> J. Rafael Aguilar.

## EL AÑO NUEVO

Nada es en la verdad de la vida, un año que acaba, ni otro que empieza; pero el hombre, desconfiado de sí y como perdido en el choque continuo y tremendo de las corrientes humanas, en el choque trágico e inevitable del egoísmo desidioso y la abnegación activa, que es, a fin de cuentas, la historia toda del mundo, gusta y necesita de detenerse de vez en cuando en el camino, para limpiarse del rostro la sangre y el sudor, y volver al cielo los ojos de su esperanza. Ve el martirio de la justicia, y las complicidades de la infamia. Ve las desvergüenzas del odio, de la envidia y de la cobardía. Ve la ira del deseo, mezquino e impotente, contra la acción, difícil y viril. Ve las bajezas de este mundo, retorciéndose, como los condenados de la leyenda del infierno, con las manos de púa y los ojos parricidas, al resplandor inesperado de la luz triunfante. Ve el apego de la humanidad a la podredumbre cómoda, y a la libertad que no cuesta más que el ejercicio de la lengua, y el despego de la mayoría humana a la actividad y al sacrificio. Cada hombre se mide con la inmensidad que se le opone; mide cada virtud, desnuda y sin más fuerzas que las de la piedad desheredada, con la suma hostil de complacencias tímidas o de egoísmos inertes. Y desesperando cada cual de sí propio, todo lo fía, con la superstición de lo desconocido, al azar del año nuevo. ¡Para un pueblo esclavo no hay más año nuevo que el que se abra con la fuerza de su brazo por entre las filas de sus cnemigos: el primer día de año nuevo será el primer combate por nuestra libertad!

¿Cómo empieza en verdad el año nuevo para los cubanos? En Cuba, en la miseria creciente y en las cárceles; afuera, muriendo de limosna en los hospitales, ocultando bajo el gabán roído las muñecas sin puños

o el corazón enjuto, de falta de trabajo, o asistiendo al espectáculo odioso de que el pueblo que amó, y al que deseó tal vez unirse, y al que le levantó en el arenal una ciudad próspera y una gran industria, convida a las playas libres de América a sus tiranos extranjeros, para que continúen oprimiendo en la tierra de la libertad a sus bienhechores. ¡Ese es el año nuevo para los cubanos! Y los que se creen más felices, porque la felicidad es siempre—la felicidad aparente—de los que se ocupan con exceso de sí propios, y desoyen los dolores y necesidades de sus hermanos en la tierra ¿qué ven en torno suyo? ¿qué tienen en realidad, fuera de una cuenta de banco pigmea y asustadiza? Una casa estéril tienen, en la espuma extranjera, con hijos que se avergüenzan o apartan de sus padres, con hijas que no hallan más amor y compañía que los que les vienen por casualidad de sus propias tierras, y con la única esperanza de una vejez sin prestigio, sin utilidad y sin honor.

El pan, se gana en todas partes, aunque hay ya muchas partes en su triste destierro donde no pueden los cubanos ganar el pan; pero el decoro de la vida, el respeto en la obra común de nuestros conciudadanos, el reposo y ventura que vienen a la conciencia de ser humano y útil, el descanso de fundar sobre cimientos sólidos la familia que se trae al mundo, ¿dónde se pueden lograr sino en la patria? Confiesa tácitamente su inferioridad moral el que vive satisfecho en la existencia incompleta y egoísta del pueblo extranjero. Ya los pocos ricos, cuando la generación nueva de su hogar empieza a salir al mundo, ven la nulidad y tristeza de la tierra extraña. Ya los muchos pobres se ven sin casa ni mesa en el pueblo que han amado, se ven expulsados de las ciudades mismas que levantaron con su esfuerzo. ¡Ese es el año nuevo para los cubanos!

¿Y en nuestra pobre tierra? Ni mejor ni peor es nuestra Cuba querida que los demás pueblos del orbe; y aun puede decirse, aunque arda a necios, aunque lastime a arrogantes, que bajo el pus visible de la sociedad colonial, que de su mucha peste echa atrás y perturba hasta a los hombres de ojo más seguro, es Cuba superior, allá en los adentros de su alma ignorada, a cuantos pueblos hayan padecido de la discordia y confusión de elementos con que Cuba se fundó, que el despotismo hábil fomenta, y que nuestra propia y ciega soberbia perpetúa. El ansia de libertar nuestra tierra no nos da derecho, por ridícula presunción, a recabar para los cubanos asilados de la tiranía en el extranjero las virtudes de patriotismo, abnegación y previsión que poseen como ellos los cubanos oprimidos en la Isla, incapacitados para publicar la cólera

que se prepara y disciplina en el silencio de sus corazones. Pero aquel espectáculo, por el desamparo o abandono de los que se arrastran en él, ha de mover al ansia del remedio a todo hombre honrado. La censura no basta para remediar los males concretos, sino la censura organizada y activa, el remedio que anda y que se ve, el remedio concreto. Quien ve a su pueblo en desorden y agonía, sin puerta visible para el bienestar y el honor, o le busca la puerta, o no es hombre, o no es hombre honrado. El que se conforma con una situación de villanía, es su cómplice. Es su cómplice el que considera insuficiente o imposible el remedio que pregona, y con la mentira en el alma, continúa proclamando el remedio insuficiente e imposible. La tiranía no se derriba con los que la sirven con su miedo, o su indecisión, o su egoísmo, o el odio a la verdadera libertad, que anima y pierde a los mismos que han ganado lauros en la defensa casual o aparente de ella. De hombres de sacrificio necesita la libertad: no de hombres que deshonren o mermen o abandonen a los que están prontos al sacrificio, al sacrificio racional y útil, al sacrificio de los de hoy, para la ventura de los de mañana. Esa es la agonía, ése el secreto de las derrotas, ése el misterio de las caídas y tropiezos en la lucha por la libertad. Los que la quieren para servirse de ella, y para su beneficio o triunfo, cierran el paso, por no verse obligados a andar a él, a los que quieren la libertad, a costa de sus vidas, para que sirva a los demás hombres, para que sirva a sus conciudadanos. Los que quieren sacrificarse, tienen por enemigos a los que no se quieren sacrificar; que les tiran piedras, por no verse obligados a seguir tras ellos, a sangrar con ellos, a empobrecerse con ellos, a abandonar como ellos la vida deshonrosa, de humillación y complicidad, de sanción y acatamiento, de presencia culpable y de indigna sonrisa, a los pies de los que consumen el pan y corrompen el carácter de su patria. ¡Oh, la escena del toro y la campesina, en *La Terre*, de Zola! Eso es, y no más... ¿Qué hay allá, en nuestra tierra mísera? La invasión española, creciente y famélica, que se desborda sobre el pueblo cubano, acorralado y desterrado en su propio país, con la ayuda, más o menos directa o lenguaraz, de unos cuantos criollos que se ponen de máscara de la ruina, en su lucha aparente y desdeñada por las libertades; y el apoyo de los que le aflojan al país el corazón para la resistencia. La Isla desordenada aspira confusamente, con la decisión de la miseria, con el agujón del decoro, con el calor de los recuerdos, avivados por la ofensa continua, a la libertad que en el primer ensayo no pudo conseguir, y que sólo necesita en el segundo ensayo de condensación y cohesión.

¿Y para qué ha de servir este año nuevo, para acorralar más a los cubanos en su propia tierra, para debilitarles más el ánimo con la desconfianza de sí propios, y la política sin crédito y sin preparación y sin objeto, para favorecer la ocupación práctica de la Isla, y de todos sus rendimientos y empleos, por la población sobrante, inculta y enemiga, de España, para tirar unas cuantas piedras doradas y pulidas, como protesta única, a la cara de bronce del opresor? Ese es entretenimiento de niños, o de criminales. ¡Para echar todo eso abajo es para lo que nos ha de servir el año nuevo!

## 2

## EL PLATO DE LENTEJAS

El Gobierno de España en Cuba, veinticinco años después de que la revolución cubana abolió la esclavitud y suprimió en su primer constitución y en la práctica de sus leyes toda distinción entre negros y blancos, acaba de declarar, a petición del "Directorio de la clase de color", que los cubanos negros pueden tener asiento en los lugares públicos, y sitio en los paseos y en las escuelas, sin diferencia del cubano blanco. ¿Quién abrió las puertas de la sociedad cubana, para que el gobierno español pudiese imitar tardíamente lo que la revolución hizo, con sublime espontaneidad y franqueza, hace veinticinco años? ¿En qué condiciones se proclama el reconocimiento de estos derechos naturales del cubano negro?

Sobre espectáculos del mayor horror brillaba impasible el sol de Cuba antes de la Revolución de 1868. En vano se había desenvuelto, a sangre de hombre, la civilización universal; en vano, a las puertas mismas de la Isla, había surgido de la lucha de los dos componentes rivales de la nación norteamericana, del burgués pospuesto y el caballero hacendado, la emancipación de la raza negra; en vano habían pedido los cubanos ilustres la cesación de la esclavitud, que no pidieron jamás los españoles. España, sorda, era la única nación del mundo cristiano que mantenía a los hombres en esclavitud. El hecho tremendo estaba allí, y no había quien hiciese desaparecer el hecho. El hombre negro era esclavo allí. El látigo, lo mismo que el sol, se levantaba allí todos los días. Los hombres, como bestias, eran allí arreados, castigados, puestos a engendrar, despedazados por los perros en los caminos. El hombre negro vivía así en Cuba, antes de la revolución. Y se alzaron en guerra los cubanos, rompieron desde su primer día de libertad los grillos de sus

siervos, convirtieron a costa de su vida la indignidad española en un pueblo de hombres libres. La revolución fue la que devolvió a la humanidad la raza negra, fue la que hizo desaparecer el hecho tremendo. Después, en los detalles, en las consecuencias, en las costumbres puede haber quedado algo por hacer, con problema tan profundo y difícil, en el espacio insuficiente de una generación. Después, en los tiempos menores, luego de dado el gran tajo, pudieron los hombres fáciles y de segunda mano aprovechar la obra de los padres, de los primeros, de los fundadores. Después, por la vía abierta, por la vía teñida con la sangre de los cubanos de la redención, pudieron, criollos o españoles, forzar a España a las consecuencias inevitables de la abolición de la esclavitud, decretada y practicada por la revolución cubana. Pero ella fue la madre, ella fue la santa, ella fue la que arrebató el látigo al amo, ella fue la que echó a vivir al negro de Cuba, ella fue la que levantó al negro de su ignominia y lo abrazó, ella, la revolución cubana. La abolición de la esclavitud—medida que ha ahorrado a Cuba la sangre y el odio de que aún no ha salido, por no abolirla en su raíz, la república del Norte,—es el hecho más puro y trascendental de la revolución cubana. La revolución, hecha por los dueños de los esclavos, declaró libres a los esclavos. Todo esclavo de entonces, libre hoy, y sus hijos todos, son hijos de la revolución cubana.

Pero institución como la de la esclavitud, es tan difícil desarraigarla de las costumbres como de la ley. Lo que se borra de la constitución escrita, queda por algún tiempo en las relaciones sociales. Apenas hay espacio en una generación para que el dueño de esclavos, que no creía obrar mal comprándolos y vendiéndolos, y de buena fe se les creía superior, siente a su propia mesa y a su derecha al esclavo que en ese plazo breve no ha podido tal vez adquirir la cultura usada en la mesa a que se ha de sentar. Los corazones apostólicos, que van por el mundo como médicos de almas, curando las llagas sociales, son mucho menos, entre los negros como entre los blancos, que los que viven conforme a los usos del mundo y a sus intereses y preocupaciones. En la guerra, ante la muerte, descalzos todos y desnudos todos, se igualaron los negros y los blancos: se abrazaron, y no se han vuelto a separar. En las ciudades, y entre aquéllos que no vivieron en el horno de la guerra, o pasaron por ella con más arrogancia que magnanimidad, la división en el trato de las dos razas continuaba subsistiendo, por el hecho brutal e inmediato de la posesión innegable del negro por el blanco, que de sí propio parecía argüir en aquél cierta inferioridad, por la preocupación

común a todas las sociedades donde hubo esclavitud, fuese cualquiera el color de los siervos, y por la diferencia fatal y patente en la cultura, cuya igualdad, de influjo decisivo, es la única condición que iguala a los hombres; y no hay igualdad social posible sin igualdad de cultura.

Pero en la relación social entre las dos razas en la Isla, había de la parte blanca dos elementos diversos, los mismos que pugnan, aun contra su voluntad, por el predominio del país. El cubano blanco, con raíces en la tierra, casi siempre amo antiguo, y temeroso muchas veces, aunque por pura ignorancia y sin razón, del adelanto de la raza negra, ponía más reparos, y en lo humano había de ponerlos, al trato íntimo con su esclavo de ayer. El blanco español, que no ha vivido largamente en aquella sociedad, que va a ella de gozador y de logrero, y aun cuando vaya de hombre honrado, va para poco tiempo, y con la idea en Galicia o en Asturias, miró al negro con menos enojo, como que a la larga no había de vivir en su compañía, y entendió, como su gobierno, que en el desvío, por cierto tiempo inevitable, del criollo blanco, de alma de señor, con el que se crió de siervo suyo, había la posibilidad de adular al cubano negro, recién venido a la sociedad que lo rechazaba, de lisonjear a los negros vanidosos, impacientes o ingratos, de levantarlos contra la imprevisión, dureza y necedad del blanco criollo, de irlos comprando a halagos fáciles, para que cuando el pueblo cubano volviera a alzarse en la demanda de la libertad, de la libertad para la dicha igual de los blancos y los negros, los cubanos negros, del lado de España que los esclavizó, dispararan contra los pechos de los cubanos que les dieron la libertad... ¡imposible! ¡imposible! Pero el gobierno español imaginó al cubano negro capaz de tanta villanía: no sabe que el alma del hombre, impalpable e incolora, padece con la misma ira de lo que la oprime e infama, sea como quiera la piel de su dueño: no sabe que el cubano negro, que trae de su historia cercana la fuerza, la sencillez y la sinceridad, y que entiende y aspira como los demás hombres, es, por su hábito de trabajo, por la inferioridad de que tiene que salir y por el dolor contenido de su larga esclavitud, el mejor sostén de la libertad cubana. Alquiló hombres el gobierno español, que hay hombres para todo en este mundo; visitó casas, repartió grados y dio de almorzar, sobornó con burlones cumplidos a uno u otro negro soberbio, como hay blancos soberbios, que se creen ya de raza mayor y privilegiada cuando les roza la manga el galón de un señor general; y, sobre todo, no perdió el gobierno ocasión de ahondar las iras o tristezas que aun en los libertos de mayor prudencia había de despertar el inhumano desdén y suspicacia fingida de los criollos

blancos, que suelen ser más altivos y aparatosos con el negro mientras más cerca lo tienen en su propia sangre. Porque el español, que conoce su injusticia, no cree que el cubano llegue a deshonra tanta que no se le vuelva a alzar: y en la certeza de la revolución, se prepara contra ella.

Hoy, en el enlace de los sucesos, como que el pueblo cubano va desenvolviéndose a la par en lo social y en lo político, acontece que las aspiraciones justas del cubano negro a ser tratado como el hombre que es, conforme a su derecho natural y a su cultura, se exhiben de manera perentoria ante el gobierno español, en la demanda juiciosa y viril de las asociaciones congregadas en el Directorio de la raza de color, tras años de punible olvido o franca oposición o débil ayuda del criollo blanco de la Isla, en los instantes en que los elementos activos de la revolución preparan el esfuerzo que ha de sacar a Cuba del desgobierno de sus amos de hoy, capaces sólo para corromperla y aprovecharla,—y poner a los cubanos, blancos y negros, en su condición natural de pueblo rico en el continente libre. La revolución espolea de afuera. La revolución se ordena afuera, amenaza y crece. La revolución le quema al gobierno los pies. Es necesario, para el gobierno de España, quitar aliados a la revolución. Puesto que el criollo blanco tiene ofendido al criollo negro; puesto que el criollo negro puede olvidar, por el recelo que en ciertas partes de la Isla ha seguido a la guerra, la gratitud de hijo que debe a la revolución que lo emancipó; puesto que su aspiración a la equidad social es tan vehemente que el agradecimiento a quien se la reconozca, puede ser mayor que el agradecimiento a los que le devolvieran el derecho de vivir, y lo pusieron en condiciones de aspirar a ella, ¡aprovechese España—se dice el gobierno—de esta hendidura que le abre la imprevisión de las costumbres criollas, la necesaria lentitud del acomodo social súbito entre amos y siervos, y otorgue la equidad social, para que tenga este aliado menos la revolución...! ¡Ah, la revolución santa, la madre, la primera, la fundadora! Ella, por su grandeza casi sobrehumana, arrancó al negro de manos de España, y lo declaró hermano suyo en la libertad. Ella, por el miedo que inspira, compele hoy a España a otorgar al cubano negro, en las costumbres, la equidad que ya ella en la guerra le otorgó, y es consecuencia natural de su derecho humano, y social, del hecho de su emancipación.

Pero el ardid de España es vano. Todo hombre negro ha de saludar con gozo, y todo blanco que sea de veras hombre, el reconocimiento de los derechos humanos en una sociedad que no puede vivir en paz sino sobre la base de la sanción y práctica de esos derechos. Aún pueden

los cubanos sensatos, de uno u otro color, regocijarse de la admisión igual de toda especie de cubano a los lugares públicos, como merecida penitencia de los criollos incautos o ignorantes que persistiesen en tener apartados de los goces de la libertad a los que se han mostrado iguales en la capacidad de constituirla. Pero fuera de esto, todo cubano negro habrá recibido como la ofensa que es, el móvil patente del gobierno de España para intentar, en vísperas de una revolución por la libertad, el soborno de los cubanos negros, y su servicio a la tiranía, su servicio contra la revolución, en pago de los derechos a que sin la revolución no hubieran podido aspirar jamás, en pago al trato social que jamás será tan franco y hermoso hoy bajo la bandera de España, como fue veinticinco años hace, en los campos de Guáimaro. Allá, veinticinco años hace, es donde se concedió la equidad social. Allá, veinticinco años hace, es donde se visitaron como hermanos, blancos y negros. Allá, veinticinco años hace, es donde estudiaban en un mismo banco Agramonte y Elpidio, Estrada Palma y Agustín. Allá, veinticinco años hace, fue donde los negros sirvieron, por el mérito, a las órdenes del blanco, y los blancos, por el mérito, sirvieron a las órdenes del negro. Allá, veinticinco años hace, concedió la revolución cubana al negro el paseo igual, el saludo igual, la escuela igual. ¡España ha llegado muy tarde! Lo de España es veinticinco años después. La revolución hizo todo eso antes. ¡Jamás se apartarán los brazos, blancos y negros, que se unieron allí! ¿Y cree el español astuto que por esta imitación tardía de la justicia de la revolución, por este plato de lentejas—de derechos que están hace veinticinco años por la revolución reconocidos—les ha comprado a los cubanos negros la primogenitura de su honor? Se engaña España. ¡El cubano negro no aspira a la libertad verdadera, a la felicidad y cultura de los hombres, al trabajo dichoso en la justicia política, a la independencia del hombre en la independencia de la patria, al acrecentamiento de la libertad humana en la independencia, no aspira—decimos— a todo esto el cubano negro como negro, sino como cubano! Para él se levanta el sol, como para los demás hombres; en su mejilla siente él, como todo ser bueno, el bofetón que recibe la mejilla humana; en su corazón lleva él, como todo hijo piadoso, la memoria de los dolores y sacrificios que fundaron nuestra libertad; con sus ojos de hombre ve él la degradación lastimosa y la miseria del pueblo en que ha nacido, y en que debe vivir; en su familia insegura y en su vida entera siente él el oprobio y exterminio de la vida cubana. ¡Y cuando se levante en Cuba de nuevo la bandera de la revolución, el cubano negro estará abrazado a la bandera, como a una madre!

## 3

## CONFLICTO EN EL CAYO

Acaso a estas horas, por lo que dice la prensa del Norte, y se lee en *El Yara*, se ha agriado el conflicto que en población como Key West, creada por los cubanos leales a la independencia de Cuba, y mantenida por el cubano a quien echó de su patria la persecución y la miseria, ha de producir el favor inmoral con que un grupo de norteamericanos, beneficiarios de la prosperidad cubana, pretende, so color de legalidad, traer de Cuba a mano violenta, y contra la voluntad de sus propios constituyentes, una suma de obreros españoles, innecesarios en un mercado de trabajo siempre repleto de obreros, y cuya importación es de evidente imprudencia e ingratitud, en un pueblo levantado puño a puño, de la mísera arena que era, por el esfuerzo de los mantenedores de la independencia cubana. Nadie disputará el derecho de cualesquiera hombres, españoles o de cualquier otro país, a desembarcar libremente en suelo norteamericano; pero cuando, so capa de defensa de la imparcialidad de los Estados Unidos, se intenta importar contra sus leyes una suma de obreros advenedizos que priven de trabajo a los obreros arraigados en la localidad, el derecho violado no es el del advenedizo a quien se va a buscar fuera del país, sino el de la localidad en que se importa una suma de obreros que no pueden hallar empleo sin desalojar a los residentes y fundadores del lugar.

Los mismos españoles justos, que han de ver con dolor al cubano incapacitado de trabajar en su propia tierra, condenarán, aunque pudiera beneficiarlos, la conducta de los que perturban a los cubanos en el asilo que se han creado con su esfuerzo, y cuya individualidad defienden con tanto tesón, no por cerrar al español la puerta que no le cerrarán en la república, sino porque es hoy el símbolo y el baluarte de la independencia patria.

¡A eso tal vez es a lo que se ataca! ¡Acaso se ha tenido el golpe dispuesto, para descargarlo a su hora! ¡Con el pretexto de la inmunidad en el suelo del Norte, se ha aturdido a los norteamericanos ignorantes o rencorosos, por la ira con que los espíritus frustrados y mezquinos ven la prosperidad ajena, o por el veneno de la preocupación contra nuestra raza! ¡Acaso, véanlo bien los cubanos, lo que se ha querido es perturbar el Cayo, provocar en él una huelga larga e insensata, reducirlo a la

miseria, en los instantes en que Cuba, fiada en él como en todos sus hijos emigrados, parece pronta a echarse a campaña! Eso puede ser. Eso es acaso. ¿Y entrarán los cubanos del Cayo en el juego inicuo a que los convida el gobierno español? Libren la batalla necesaria; pero de modo que todos no se queden en ella pobres a la vez,—de modo que no triunfe España. Eso es. Las cosas hay que verlas en sus causas y objeto, no en la superficie.

Y de los norteamericanos cómplices del atentado, si en verdad los hubiese, nada, por no caer en amargura, querriamos decir. ¡Ah, cubanos! el extranjero que nos debe su pan, nos quita el pan de la boca. Eso es el extranjero. ¡Alcémonos de una vez, antes de que nos quiten el techo y la mesa; y con los últimos frutos de la ciudad que le dimos al extraño, comprémonos, cubanos, la patria libre!

ENERO / 1894

1. AL GENERAL ANTONIO MACEO
2. A LOS PRESIDENTES DE LOS CLUBS EN  
EL CUERPO DE CONSEJO DE KEY WEST
3. A JOSÉ DOLORES POYO
4. A SERAFÍN SANCHEZ
5. A JOSÉ DOLORES POYO
6. A SERAFÍN SANCHEZ

## AL GENERAL ANTONIO MACEO

Enero 8. 1894

Sr. General Antonio Maceo

Amigo mío:

Increíble parecerá a Vd., pero no he tenido hora de reposo, ni ocasión de sentarme, desde que, ya con el pie en el ferrocarril, incluí a Vd. el duplicado de la carta del General Gómez. Salía en aquel instante al Cayo, a completar la parte de arreglos con Roloff y Serafín y a levantar en la Florida un poco más de ayuda,—quince días de duelo a muerte con las influencias de la Habana, y en nuestra posición extraña de actividad grande y gran sigilo, empleé en esta parte de la obra, y en informar las noticias en Cuba,—y al volver aquí, a esperar enviados, a escribir y hacer lo necesario para desviar al gobierno y tener preparado al país, a poner a Vd. por el primer correo una carta en que le fuese todo lo que de esperanza y fe en Vd., y cariño por Vd. hay en este corazón que es suyo, y del que no necesita Vd. floreos, ni lisonja, me cae encima el conflicto del Cayo—nada menos que la introducción forzosa de españoles—(aquí me ceden una pluma) con ayuda violenta y provocativa de los americanos de la ciudad, ¡de la ciudad fundada por los cubanos, los americanos beneficiados echan a los fundadores, y les van a buscar a la Habana a sus enemigos para que los sigan oprimiendo de trabajo en la tierra extranjera! El conflicto acaba de terminarse por hoy, con la mudanza a Tampa de la fábrica empeñada en introducir españoles, lo que significa que quedan sin empleo más de 400 cubanos del Cayo. Y como la mayoría de las fábricas están en manos ya de americanos, y estos desean—por el interés del fabricante—tener a los obreros divididos, y Es-

pañá favorece y paga el desvío y encono naturales del yanqui para con las gentes de nuestros países, bien puede Vd. ver, como veo yo, que con todo eso, y el hábil manejo de las generosidades anarquistas, que exagera el benévolo cubano, ha empezado a deshacerse, y durará poco, la capacidad revolucionaria del Cayo. Durará, si no hubiese en Cuba la guerra que vamos a hacer, unos dos años. Pero con la guerra y buen manejo, aquello será el tesoro de siempre,—de bolsas y de almas.

Ahora a lo más grave, que ya le he hablado mucho de eso, saliendo el correo como en minutos sale,—y es que a Vd. por orgullo y cariño, que ojalá entienda Vd. tan grandes como son, digo yo muy naturalmente todo lo que pienso y quisiera decirlo todo día por día,—porque sin compararme con Vd. en el valer, me siento uno con Vd. en la capacidad de morir con el país, y de servirlo con sinceridad, y mejorarlo desde las raíces, y de suprimirme y sufrirlo todo por su servicio,—siento en Vd. un alma hermana. No me diga lisonjero, ni que le digo esto por necesitar ahora de Vd. para llevar adelante como gloria mía esto que he desenvuelto de manera que sea la obra de todos y no pueda ser sin todos. Dígame que lo he conocido,—que vemos el porvenir con los mismos ojos, y hágame sentir desde allá el calor de sus brazos.

Ahora, a la situación de Cuba, y la nuestra en ella. De tal manera ha ido el gobierno hábil y temeroso precipitando los sucesos, que hoy en Cuba la situación es ésta: el gobierno ha comenzado a caer sobre la revolución de allá, en las cabezas que con razón cree principales: su plan visible es segar allá a nuestros jefes y aterrar y desconcertar el país, antes de que nosotros podamos ir en su ayuda: puesto que con sólo querer, y obrar a una, podemos llevar allá la ayuda ofrecida, y sin nosotros nada hacen allá ni quieren nuestro plan, y nuestro deber, en una situación creada por nosotros, y por la fe en nosotros no puede ser más que el de caer sobre la Isla antes de que el gobierno pueda caer allí sobre la revolución. Entendido esto por el General Gómez, decidió, con la premura indispensable al éxito ante un enemigo que no sospecha de nosotros tanta rapidez, enviar sus comisiones a Cuba, que—la del Camagüey sobre todo—le respondió con entusiasmo,—y en vista de la situación, de la aquiescencia de Vd., de la voluntad de los veteranos a que se ha dirigido, y de la posibilidad de llevar a Cuba por tres partes a la vez el empuje; envió a Cuba con fecha 12 de diciembre nuevas órdenes militares, fijando para fines de febrero la época de acción,—y a mí me encarga que ponga en manos de cada jefe los medios necesarios para enviar cada cual su orden privada, a fin de contribuir a la uniformidad

indispensable. Veo el reloj aquí y me quedan cinco minutos. Le diré en ellos, con precipitación que excusará, el ansia con que espero su respuesta,—que el primer correo lleva encargo a la gente de San José de que se entiendan inmediatamente con V.,—que espero saber de Vd. concreta y definitivamente en tiempo oportuno,—que por Vd. saludo, hago esos mismos encargos a su hermano, Flor, Cebreco y a todos los leales, que no dormiré tranquilo hasta que no me escriba Vd.:—ya envié, ya están allá los exploradores que le ofrecí, por mí no habrá queja ni espera.

Ni mentira ni exageración cabe en hombres como Vd. y como yo,—ni deseo explotar la gloria ajena para la fama propia. Esta prisa es agonía de trabajo. Vengo de consultarme con Estrada y tal vez mañana vuelva al Cayo, luego de repartido entre hoy y mañana, nuevo juego de comisiones para Cuba.—Vd. ve la agonía: yo aquí, para Gómez y Roloff, tengo las dos vías preparadas: Vd. allá puede tener la suya; este mes y medio, lo emplearemos en Cuba cundiendo la noticia prudentemente y unificando, antes de que el Gobierno, y de modo de que el Gobierno no pueda caer sobre los nuestros: ¿qué más necesitamos con oportunidad como ésta y con almas como la de Vd.?

A María, mi más tierna amistad. De Vd., yo —que no abuso de palabras—hermano.

¡Escribame enseguida!

Su

MARTÍ

2

## A LOS PRESIDENTES DE LOS CLUBS EN EL CUERPO DE CONSEJO DE KEY WEST

Nueva York, 9 de Enero de 1894

Sres. Presidentes de los Clubs  
en el Cuerpo de Consejo de Key West

Señores Presidentes:

Las instrucciones que recibo y las órdenes a que por mi propia mano estoy dando cumplimiento, me imponen el deber de dirigirme inmediatamente y sin rodeo alguno a los señores Presidentes, como a todas las demás agrupaciones revolucionarias, para poner en su conocimiento que

esta Delegación faltaría a un deber inminente y se haría culpable de la derrota de nuestras aspiraciones, si, con lenguaje menos preciso o la menor demora, dejase de decir a ese Cuerpo de Consejo que, por sobre cualquier obstáculo aparente o hábitos de lentitud, es de absoluta y definitiva urgencia realizar, sin perder un instante, el esfuerzo suscrito por los clubs, si a más no se puede aspirar, y cualquier otro esfuerzo a que, en el arranque de un merecido patriotismo, pueda aspirarse. Hasta ahora, señores Presidentes, pudo tratarse de proveer, de precaver, de prepararse con tiempo. Ahora, señores Presidentes, se trata de la aceleración de la situación que describí personalmente a ese Cuerpo de Consejo. Es que sé cuál es la situación que está hirviendo en mis manos, y tiemblo de pensar que fallemos a la hora fijada. Hablo, señores Presidentes, en virtud y consecuencia de las instrucciones a que estoy dando cumplimiento con mis manos.

Ruego, pues, a los señores Presidentes que, en vista de la urgencia improrrogable de la situación revolucionaria, tomen sobre sí, si aún no lo hubiesen hecho, la tarea de hacer inmediatamente efectiva, sin merma ninguna, la colecta acordada por los miembros de los clubs, hombre por hombre, puerta por puerta, porque no es menos la necesidad, y con cuanto poder quepa en ellos, estimulen y ayuden, y promuevan o secunden, las colectas ofrecidas fuera de los clubs, o las que pudieran ofrecerse. Este lenguaje, esta súplica vehemente, estas indicaciones precisas, prueban a los señores Presidentes que llegó ya nuestra situación al límite en que son inútiles o imposibles las palabras. El peso de la responsabilidad, el conocimiento de la verdad, me impiden mover la pluma. Aguarda ansioso la respuesta de los señores Presidentes,

El Delegado,

JOSÉ MARTÍ

3

A JOSÉ DOLORES POYO

Tampa, Enero 18 de 1894

Sr. José Dolores Poyo

Mi amigo muy querido:

El valor más grande, que es el de sacrificar los propios impulsos a la conveniencia de los demás, me manda arrancarme de Tampa y seguir al Norte, donde está ahora mi deber. Por mí no ha de provocarse a que

salga del orden que lo honra el pueblo cubano. La Revolución cubana no puede sufrir, ni en mí ni en nadie, hoy menos que nunca, la menor injuria. Mi obligación no es precipitar a mis compatriotas a un conflicto, sino salvarlos de él, aunque me los lleve a todos en el corazón ensangrentado. ¡Nada, nada me ha costado tanto nunca como privarme de ir al rincón de tierra donde mis paisanos sufren! Pero llevo el consuelo de que hoy entendemos más que nunca los cubanos la necesidad de conquistarnos una patria. ¡A conquistarla!

Es de Vd. y del Cayo todo, su

JOSÉ MARTÍ

4

A SERAFÍN SÁNCHEZ

Tampa, Fla., enero 18 de 1894

Sr. Serafín Sánchez

Mi muy querido Serafín:

Huelga cuanto pudiera decirle. Serían palabras ociosas. Vd. mejor que nadie entiende mi indignación, y mi sacrificio al dejar de ir. Pero en mí no se debe ofender la revolución cubana, ni yo puedo exponerla al desprestigio que le resultaría del desdén o atrevimiento de esos malvados. Ni he de ser yo quien ocasione el conflicto que ellos desearían, y que nosotros, y yo más que nadie, debemos evitar. Me vuelvo al Norte, al gran quehacer. De todo esto hablaremos en Cuba libre.

Vd. no habrá extrañado que yo le rogara que no viniese. La salida de Vd. del Cayo, con su especialísima significación, a verme aquí, indicaba lo que no se debe indicar ahora—que yo lo iba a ver para arreglos de guerra:—si no, ¿por qué venir Vd. y no otro?; e indicaba, por la indiscreción del paso, desesperada urgencia. El no venir, con ventaja patente para nosotros, significa todo lo contrario—que no andamos en lo que andamos. Sobre todo, hoy más que nunca, con la hostilidad conocida de esa gente, con cuya anuencia y ayuda nunca, con razón, quise contar en el proyecto,—es indispensable que no me le sepan a Vd. la intención, ni crean que se trata de nada inmediato, a fin de proceder a hacerlo con más seguridad. Por eso pedí con tal premura que no viniese:—para despistar al Gobierno a quien el viaje de Vd. hubiera puesto

en la pista; y desviar a esos concos.<sup>7</sup> Créase en la Habana, en buena hora, que andamos lejos aún:—aunque el Gobierno por desdicha, siente que andamos cerca. Lo que importa es que bajo esa cubierta e incertidumbre podamos deslizarnos, como espero.

De tanto escribir tengo el pulso inseguro. Vamos a detalles. Esa comisión primera de Vd., que incluirá la muy urgente para Carrillo, por quien esperan o desesperan los de Matanzas, según lo vean adentro o lo crean afuera, debe ir enseguida, en el vapor siguiente,—en este mismo, si en una hora se pudiera preparar. Por Burgos, para evitar murmuración, le envío en sobre cerrado  *cien pesos* en un billete americano; lo de Raimundo, después. Yo envié ya la comisión; neta y directa, para la gente que quedó hábil en Cienfuegos, y para Villaclara. Fue Angel: Charlia no me pareció a propósito, y puede aquí ser inmediatamente necesario. Angel verá a López y a Reguera en Cienfuegos,—a nadie más—y a Alemán, Secretario del Centro, en Villaclara. Lo del Príncipe quedará muy bien atendido. A Gerardo—que con más piedad para mí, para esta bestia de carga, estaría menos enojado conmigo,—es imposible mandarlo; sería como un anuncio público. Aquella comisión que desempeñó tan hábilmente ha llegado a ser después tan conocida, que ni él, ni nadie que con él hablase, estaría en Cuba seguro. Yo le escribo y se lo explico así. Vd. también se lo dice. No ha de echarse hombre semejante en la boca del lobo. Quedamos, pues, en que ya yo envié esa comisión a las Villas, para ayudar a la de Vd., que no debe dar esos nombres, sino a gente muy segura,—y en que Vd. envía la suya sin tardanza.

Ahora, ahí. Ya veo cómo lo trastorna lo de Rosendo; pero ¿a que resulta beneficioso? A él era a quién le tenía los ojos puestos el Gobierno, y el triste amigo de la Habana, como el conspirador y cabeza de embarque de los de ahí, y al irse él, la sospecha es menor, el campo queda más claro para Vd., y él enviará,—lo cual basta—los nombres y señas que Vd. a estas horas ignorase. Creo que, en ese sentido, lo del pobre Rosendo hace más bien que mal. Nunca me olvide que el éxito de lo de Vd. ahí depende de la ausencia absoluta de todo aparato previo. Por secciones, que eso no llama la atención, pueden irse reuniendo, cuando pase esta alarma, en lugares diferentes, a ver los que acuden y los que no, y estar cierto del resultado; y que nunca, hasta la noche de la salida, se haga una reunión total. ¿No le parece así?

<sup>7</sup> Del inglés, *concho*. Palabra empleada para denominar a los nativos de Cayo Mueso.

A Rosendo me lo hallaré en New York. Tal vez le pueda hallar quehacer, por lo que nos queda, y para que lo vean trabajando, y por la holganza no sospechen, en Filadelfia.

Esto es lo más urgente. Yo no saldré de New York ahora. Salgo mañana para allá. Vea a Burgos enseguida. Manténgaseme muy a la capa. Le envío órdenes por 20 pesos, que dará a Batista; pero no, ya dije a Teodoro que se los diera, para atenciones generales. A mí, imagíneme; con esta catástrofe, con estas pobreza, con esta premura, ¿cómo me haré para tenerlo todo a tiempo? Allá, a pesar de todo lo local, que se sienta esta necesidad. No me deje caer la casa de Gato. Téngame encendido a Gato. Yo sigo adelante con todo. Oportunidad y grandeza de alma suplirán la escasez de recursos. Que sangro de lo del Cayo, ¿se lo tengo que decir? Pero está ahí el otro quehacer, y no hay más que coserse la herida. Beso la mano a Pepa, cariño a Raimundo, y Vd. escriba cada correo a

Su

J. MARTÍ

Hágame el favor de entregarle enseguida esa clave a Teodoro. Burgos no parece. Sigo con el abogado. Giro los \$100 por cable a Teodoro; dígo que son para Vd.

5

A JOSÉ DOLORES POYO

Tampa, Florida, [18 de enero] 1894

Sr. José Dolores Poyo

Poyo querido:

Bien entiende que no le he de querer escribir mucho, porque las palabras me parecen cosa vacía e impotente y de demasiada facilidad e indignas ahora de los sentimientos hartos vivos y dolorosos que me dominan. Yo siempre lo vi: lo vi desde que llegué; dormíamos sobre el odio de la ciudad que habíamos enriquecido, de la gentualla hostil a la supremacía patente y justa de la raza criolla y mestiza que desdeñan, y en cuanto lo pudiesen, o se les hurgase el interés, o se les fomentase la ira por el español que vigila y compra, habrían de hacernos despertar.

¿Le hablaré de mi pena por Vd. y por su casa alzada ahí sobre la espuma—por la casa de todos—por la violencia de no ir a padecer con Vds., a sofocar prudentemente, la indignación,—a hablarles en su lengua, a mover lo que les quedase de libertad y corazón, a esos enemigos;—a ayudarles a dejar sentada nuestra fama doble de gente ordenada y viril? Pero entiendo la situación y tal vez la ponga en unas líneas que Vd. pueda publicar, sin riesgo ni desafío, en *El Yara*, muy oportuno en esta causa perdida, a la que nada hubiesen añadido nuestra sangre y descrédito. Yo soy la última persona que por un alarde vano e injustificable pudiese insistir en provocar un conflicto de que no podemos salir airosos, ni una injuria, por leve que fuese, a la revolución cubana. De mis sentimientos no hablo. Amar a su patria es deponerse a toda hora ante ella. Ayer mismo habría salido de aquí, para quitar la menor causa de excitación, a no desear Vd. que aguardase aquí a Rubens. Me voy, por supuesto, como quien los deja enterrados vivos en una sepultura. Llevo en mí la pena de cada uno. Con esa fuerza o más haré lo que falta que hacer. Pero, ¿imagina Vd. mi zozobra, mi embarazo terrible? ¿A la hora de todos los esfuerzos, de los esfuerzos improrrogables, este pesar, que a otro aturdiría, y estos obstáculos? Pero ellos, después de unos días, habrán dejado a nuestro pueblo más lastimado, más junto, más convencido de la necesidad de conquistarse la casa propia, más dispuesto al sacrificio posible y mínimo que ahora hace,—y que Vd. le ha de convidar, sin demora ni violencia inhumana, a hacer. Junte a los Presidentes. Que cada uno tome sobre sí lo de los suyos. Que den semanalmente cuenta de lo hecho, o de lo que no han podido hacer. Que se penetren de la necesidad suprema. Estas cosas, o se hacen a su hora o se pierden por no haberse hecho a su hora. Que por el fin de año y los trastornos se entienda, donde no se ha empezado y puede empezarse, que se tienen aún las cuatro semanas. Que sientan la urgencia. ¿Le podrá yo disimular a Vd. esta urgencia,—por la premura y la súplica continua? Porque yo con energía redoblada, con todas las manos puestas a la vez sobre Cuba y afuera en los arreglos finales, continúo haciendo cuanto tengo que hacer. Con el alma se lo ruego. Sáquese y emplee sus mejores fuerzas. Dé y vuelva a dar, con la pluma que quema y restalla, sobre la necesidad de conquistarse casa propia. ¿A qué le escribo? ¿Qué habrá que Vd. no sepa ya por sí, y no le parezca de mi parte puerilidad y redundancia? Ni de eso le sigo hablando, ni de mis ansias por estar entre Vds., ni de la indignación y pesar que van conmigo. Ni de mis sustos y cuidados por Vd. Ni de la certeza de que se opondría con

todas sus fuerzas a una huelga total y loca, de que no falta allá y acá defensor, que no tendría contra quién enderezarse, ni modo de reconciliarse; ni más ventaja que la espantable pobreza que el Gobierno desea, y que acaso ha procurado. ¡La prisa con que, sin provocación que la justificase, anduvo esa gente, y la precisión de sus movimientos, indican que era cosa muy bien arreglada! Lo racional es que, ya que con la ley no podrá evitarse la entrada de importados, la batalla sea en las fábricas que los empleen, batalla que no se podrá mantener si no trabajan los que no los emplean. Todo esto huelga para Vd. Pero, que no huelgue el cariño de su amigo, que lo invita a escribirle largo, a escribirle con reposo y abandono. ¿Qué consuelo como el de la amistad? Vd. lo sabe, que ha encontrado en mí el mismo amor. Y siempre piense en lo que hace y sufre su

J. MARTÍ

6

A SERAFÍN SÁNCHEZ

Enero 25 [1894]

Sr. Serafín Sánchez

Serafín querido:

Hasta este instante, todo parece ganado. Rubens debe ir con ésta. Su último telegrama me dice que sale mañana “a ver cumplir, y a hacer que se cumplan, las órdenes”. En los diarios de hoy se publicó aquí que “*prácticamente*, el reembarque estaba ordenado, aunque no se habían dado aún las órdenes”. Todo venía anunciando este resultado. No escribo, ni estoy en caja, hasta que no salgamos de ésto. ¿Por qué no me escribió el correo pasado? ¿Está enojado porque no fui; o porque, reprimiendo mi deseo de verlo, creí que no debíamos mostrar al gobierno, con el viaje de Vd., ninguna necesidad, de naturaleza militar, de vernos? No puede ser. El correo de hoy me traerá carta suya. Hoy las espero de Gómez.—Maceo, sólo espera órdenes de Gómez, y así se lo dice. Mis comisiones, están todas ya en Cuba. No ha sido poca faena en estas agonías.

Su

J. MARTÍ

En casa tengo a Rosendo. Divertidísimo. Hecho un monje: hecho un hombre de Estado.

**DE *PATRIA*, NUEVA YORK**

**27 DE ENERO DE 1894**

1. **¡A CUBA!**
2. **LA PROTESTA DE THOMASVILLE**

## ¡A CUBA!

¿Cuándo con más prueba que hoy, después de los sucesos de Key West, después de ese odioso espectáculo de una ciudad creada por sus hijos adoptivos que se sale de su suelo y de su ley para ir a traer de afuera los enemigos de sus hijos, cuándo, con más angustia ni más amor que hoy, brotó del corazón cubano este grito: ¡A Cuba!?

La ciudad, triunfante tras sus primeras pruebas, enseñaba ya orgullosa, donde en manos de los yanquis no hubo más que arenal y bohío, aquellas fábricas que son como academias, con su leer y su pensar continuos; aquellos liceos, donde la mano que dobla en el día la hoja del tabaco, levanta en la noche el libro de enseñar; aquellas sociedades de artes y recreos de donde sólo se excluye, por aseo moral, a los infieles a la patria; aquellos hogares donde se ve apenas la pobreza, por el mucho espacio que ocupa la virtud. De lo más triste y menesteroso de Cuba se hizo el Cayo, con uno u otro criollo acomodado que echó allí el amor al sol, y un puñado después de almas fervientes, del señorío y de la pobreza, que llevó allí la fama de que el Cayo fiel era todo un hogar. De ese compuesto híbrido en que la capital pervertida echaba a barcas su crimen; de ese riñón criollo, donde de todas las angustias de la vida surgían las sublimidades todas de la esperanza, donde la cuota de los humildes fue año tras años en los diez de nuestro honor, el sostén principal de los soberbios; de aquella fusión diaria del amo destronado y el siervo redimido, puestos al mismo pan en la mesa creadora del trabajador, surgió, sin más consejo ni enseñanza que nuestra alma isleña, la ciudad de talleres ordenada y virtuosa, que de sus rezagos dio vida al Estado gris, animó con las industrias de Tampa la costa muerta, dio origen y sustentó a los ferrocarriles y vapores de todo aquel rumbo floridano, y mudó el concal yanqui, la aldehuela de rancheros y de pesca-

dores, en el pueblo de liceos libres y escuelas gratuitas y caballeros del taller y bolsa generosa, en el primer puerto del Estado de la Florida. Los que callan de esto, o niegan esto, son gente de papel, con una revista en el ojo y en el otro una preocupación: la gente de verdad reconoce esto, la que trabaja y admira el trabajo, la que sabe que los albañiles, los que levantan y amasan, han de llevar en las manos el callo de la piedra y el manchón de cal. ¡Fuera y al horno, por impura e inútil, la mano sedosa que lame en el saludo la mano ensangrentada o envilecida del corruptor de su país!: adentro, y en los cimientos, la mano áspera que trabaja el rifle con que se ha de echar al insolente al mar, la mano santa, enjuta a veces de miseria, que acaricia y levanta en la sombra, con la esperanza del humilde, la patria de justicia, con el seno caliente para el pobre, que se alzarán del mar al cielo, con los brazos abiertos para la humanidad. De confianza y gratitud excesivas fue el error principal, y acaso el único, de esa sociedad naciente: por el Washington de la leyenda, que fue más la criatura de su pueblo que su creador; por el amor de aquel Lincoln de quien llevamos luto los cubanos, y en todo fue de bondad inefable, menos en su consentimiento de hacer de Cuba el vertedero de todos los estorbos de su nación; por el cansancio de la incuria y tiranía de España, que en los hombres de peso y realidad inspiraba un amor vivo a la aparente justicia y superioridad norteamericana; por la ciega pasión de las libertades yanquis, forma natural en toda alma ordenada del aborrecimiento a la opresión y desidia españolas; por el natural apego de los hombres de adelanto y orden a las libertades hechas, que suelen en los impacientes y egoístas convertirse en desdén y abandono de la libertad propia, y por el noble natural del cubano, que pisaba con ternura el suelo en que podía pensar libremente y trabajar sin deshonor, llegó el Cayo a amar tanto a la tierra de su asilo, y a confundir de modo tal la libertad que lleva de disfraz con la conquista que lleva en el corazón, que por su misma mano entregó al congo en mal hora el gobierno de la ciudad que el congo no había sabido levantar. Hasta en las entrañas de la casa ponía el cubano el agradecimiento: el uno reñía con sus amigos por defender este o el otro candidato yanqui; el otro, aunque volviera mañana a su tierra libre, levantaba, como la ermita de la gratitud, una casa en el Cayo a la orilla de la mar: bendecía el otro, ya a la sombra de los árboles plantados por su mano, el suelo donde le volvió a nacer la familia que le echaron de Cuba la pobreza y la persecución: le nacía al otro una hija, y la llamaba como una india buena, o como un Estado de la patria norteamericana. Uno tenía a Blaine

sobre el piano, y otro tenía en la sala a Cleveland. El de Blaine, engañado por el deseo, veía al redentor de Cuba en aquel prestidigitador de preocupaciones que fue de Cuba el enemigo más frío e insolente: el de Cleveland, creía ver en él el adversario de lo que en todas partes se ha de combatir, de la república de privilegios y el monopolio injusto.

Sobre lo venidero había vivido la industria americana, contando con que cuando se le acabase el consumo interior, siempre podría vaciar la producción excesiva en las tierras flojas de la América del Sur; y a eso vino aquella reciprocidad de comedia, y la desvergüenza, descabezada a tiempo, de aquel congreso panamericano. Les falló el plan, porque no faltaron repúblicas previsoras ni vigías certeros, y anda el Norte desde entonces recogiendo los gastos, sin tener con qué pagar la mucha fábrica sobrante, ni dónde vender lo que produce. Las industrias de lujo, como la del tabaco, padecían las primeras de esta estrechez y alarma, y del balance brusco e inesperado en las cuentas galanas de la nación. Pero el Cayo flagelado cargaba alegre su miseria: ¿no habían vivido allí los padres veinticinco años? ¿no había comprado allí el obrero gota a gota su casita? ¿no estaba allí enterrada, en aquella tierra blanca, la pobre madre vieja, la compañera de las manos duras, el primer hijo del matrimonio? ¿no había aprendido allí el esclavo, y el guajiro oprimido, y el pilluelo de la ciudad todos los deleites de la libertad y todas las arrogancias del hombre? O escaseaba el trabajo, o era poco y rastroso; y no había pan más que para una comida, ni más zapatos que los del domingo: pero allí vivían, sin empleo, centenares y miles, fieles a los sepulcros y al rincón querido, fieles al Cayo. De pronto, uno de los talleres de la ciudad, que venía levantándose y cayendo, y se había apuntalado con dos socios de cuna española, entró en tratos con la ciudad rival de Tampa, donde ofrecen a los fabricantes la tierra y las franquicias que el conchal de Key West no supo darles; preguntan en Key West los norteamericanos por qué se va el Seidenberg, y le oyen que es porque no puede traer al Cayo obreros españoles; agencias subterráneas, que compran y velan, azuzan el interés desbocado de la gente inglesa: y aquel pueblo convertido de villorrio en ciudad por el esfuerzo cubano, aquellos comerciantes levantados de un peso a cien por el sábado cubano, aquellos jueces sentados en sus sillas por los votos cubanos, aquellos ebrios curados del delirio por médicos cubanos, aquellos hijos de una colonia redimida que no pueden, sin negarse a sí mismos, extrañar que, como ellos rechazaron el té inglés, rechacen a sus dueños los colonos cubanos, aquéllos que los cubanos levantaban y querían, llenaron la plaza

de gente, acusaron a los cubanos de rufianes, hasta árbol pidieron donde colgar algún cubano de ejemplar, y desertando los empleos que deben a la confianza y prosperidad de los hijos de Cuba, al patriotismo y trabajo de los hijos de la revolución, salieron de la ciudad creada por la revolución cubana a pedir a una monarquía extranjera soldados enemigos de los naturales de América que les han fabricado la ciudad,—a traer obreros nuevos, por la condición de ser europeos y enemigos de su comunidad, al pueblo donde de un año atrás padecen por centenares sin empleo los obreros fundadores... El golpe no fue en el jornal, sino en el corazón. Se les amaba como a hermanos, y se revolían contra sus hermanos. Se veía en ellos la libertad suspirada, la república anhelada, la equidad y prestigio de la ley, el prestigio y la emancipación de América, y ellos aterran las casas, quitan el pan de la boca del trabajador, encarcelan a hombres inocentes, arrastran a un calabozo al que lleva a la cárcel un recado, piden para los cubanos el patíbulo en la plaza pública, ostentan en el pecho como un honor los colores que simbolizan en América la tiranía, y han flotado, sangrientos, sobre las ruinas de nuestras casas y los cadáveres de nuestros hermanos. ¡Ellos, los republicanos de América, con la insignia del asesinato al pecho! ¡Ellos, los hijos de un pueblo libre, subiéndole las escaleras a un soldado tirano e hipócrita, pidiéndole obreros con que empobrecer, y soldados con que humillar, a los que quieren, como ellos quisieron un día, hacer libre a su pueblo! Heló el estupor a los cubanos, como si vieses, en la cama del hogar, muerto de puñalada lo que más querían. ¿Conque era sangre también, como el de Cuba, aquel mar azul? ¿Conque los echaban, como a los zorros de California, como a los últimos tejanos, de la ciudad que habían levantado, más que con el producto de su industria, con el tesón y empuje de su patriotismo? Uno hubiera querido arrancar su casa de raíz, y echarla a la mar; otro cargar las nueve criaturas, y salir a buscar justicia por el mundo; otro quitar el nombre a la hija. ¡Es el horror mayor e irremediable, ver infame o indigno lo que amábamos! ¿Es así, pues, el universo entero? ¿No hay mérito ni virtud, no hay desgracia ni persecución, que puedan conmover el corazón extraño? ¿Es inútil, pues, ante un pueblo que el mundo supone juicioso y viril, levantar, pecho a pecho, con los residuos humanos de una civilización viciosa, una ciudad donde el desorden y crimen del despotismo se han condensado y ordenado en la honradez de la industria y la vida franca y variada de la libertad? ¿Es así, sin amor, sin caridad, sin amistad, sin gratitud, sin respeto, sin leyes, es así la primer república del mundo? ¡No hay, pues, asilo, ni en la primer república del mundo, para los pue-

blos que andan huyendo de la servidumbre! Ni ¿qué derecho tiene a la seguridad de la patria quien no tiene patria?— Quien desee patria segura, que la conquiste. Quien no la conquiste, viva a látigo y destierro, oteado como las fieras, echado de un país a otro, encubriendo con la sonrisa limosnera ante el desdén de los hombres libres, la muerte del alma. No hay más suelo firme que aquel en que se nació. ¡A Cuba! dice el alma entera, después de este engaño del Cayo, después de este golpe brutal en nuestro cariño y en nuestras soluciones: ¡a la única tierra del mundo de donde no nos echarán como a los zorros de California, y como a los tejanos!

Si hubiera habido provocación alguna, si hubiese habido relación entre la provocación cubana y los actos de los norteamericanos, si en realidad se hubiese violado por los cubanos el derecho de tránsito libre que concede a todos los hombres, o concedía hasta hace poco tiempo, la constitución del país, nunca habría excusa para que los norteamericanos—violando las leyes internacionales, y las del trabajo en su patria—saliesen a pedir a un gobierno extranjero trabajadores que importar a un mercado sobrante de trabajadores, y gente enemiga que provocase un conflicto en la ciudad que debían salvar de él; pero, ante la justicia seca, que es lo único a que ha de asirse el hombre decoroso y sensato, habría razón para que las autoridades de Key West mantuviesen la ley, por sobre la resistencia abusiva e indefinible de los cubanos. Si los cubanos quieren tierra inmune, donde puedan mandar, conquístense su tierra, como el yanqui le conquistó al inglés la suya. Un yanqui que ha conquistado su tierra no es igual, sino superior, a un cubano que no ha conquistado la suya: ¡ni aquellos yanquis que pelearon por su libertad contra el inglés son iguales, sino superiores, a los yanquis que van a pedir ayuda al extranjero para empobrecer y humillar a hijos de América que pelean por la libertad! Ciertamente es que—aun cuando los cubanos revolucionarios, que por su amor a la independencia de Cuba han poblado y enriquecido el Cayo, creyesen tener derecho moral, por más que legal no lo tuvieran, a mantener libre de la persecución española la ciudad que poblaron y enriquecieron—los antecedentes y espíritu de la nación americana les daban derecho a esperar de ella, para el natural de un país de América que pelea por emanciparse de una monarquía de Europa, la misma indulgencia, en estas cosas sagradas, que gozan en los Estados Unidos los irlandeses que pelean para emanciparse de la Gran Bretaña. Pero de los norteamericanos es el tener la indulgencia, y de los cubanos el cumplir la ley del país.

Los cubanos no tienen derecho alguno a impedir que un español, porque es español, desembarque en territorio de los Estados Unidos. Los Estados Unidos pueden y deben castigar a quien viole esta ley, como cualquiera otra de las suyas. Pero para castigar la violación, es preciso que la ley sea violada; para probar la violación es preciso probarla con las leyes establecidas para perseguir y las garantías que da la ley al perseguido. Pudo años atrás la pasión de la independencia armar de un garrote castigador el brazo de un puñado de cubanos fanáticos, tan capaces de pelear en el muelle de Key West como en la boca de los cañones españoles; y uno u otro cubano pudo esperar en el muelle, garrote en puño, al español que, no cansado de echar al cubano en la Isla de todas sus mesas de trabajar, viene todavía al país extranjero a quitarle la industria que aprendió de él: ¿que no tienen corazón los españoles, ni ven esta injusticia? ¿que no tienen corazón los norteamericanos, y ayudan esta injusticia? Pero de lo que en tiempos pasados pudo un puñado de cubanos intentar, cuando no se había condensado la vida revuelta del Cayo recién nacido en el orden social superior en que ya hoy se condensa, de lo que pudo hacer un puñado de cubanos en Key West, que jamás fue ni hubiera sido, por la nobleza en el cubano natural, como los linchamientos bárbaros del Sur y los continuos asesinatos de las caretas-blancas del Noroeste, no puede un pueblo de ley, un pueblo de hombres sensatos y honrados, un pueblo de hombres justos y amigos, presumir, contra la verdad y las apariencias, que la ley va a ser violada en un caso posterior, y castigar de antemano, con lujo de rabia en toda una ciudad, y con venganza inicua contra los que sólo bien le han hecho, un delito que nadie ha cometido. Las relaciones de amistad de tantos años ¿no imponían entre cubanos y norteamericanos la averiguación siquiera de la conspiración imbécil que unos cuantos bandidos de la lengua imputaron, sin razón, a los cubanos? La causa moralmente respetable del desagrado con que los cubanos vean la ciudad que han poblado, y en que hoy viven sin empleo, ocupada por los obreros que los despojan en su propio país ¿no merece el afecto, y generosa cortesía, de los norteamericanos justicieros, en vez de su frenética enemistad? ¿Qué mano misteriosa andaba allí, qué norteamericano bribón recibió allí paga del gobierno de España para azuzar el interés y abusar del republicanismismo de sus compatriotas, qué venganza de candidato frustrado o corazón bajo y rencoroso encendió allí las preocupaciones injustas de los del Norte contra los de Cuba, que la obra de veinticinco años se olvidó en una hora, y la ciudad que nos debe su comercio, su industria,

su renombre, el amor entrañable que le tuvimos, se alza, sin preguntar, contra nosotros, y organiza, con alarde de terror, una resistencia fuera de toda relación con el rumor vago que parecía fundarla? ¿Quién la preparó, que estaba tan bien preparada? ¿De cuánto tiempo venía, que resultó toda hecha? ¿Quién la pagó, que estuvo tan bien servido? ¿Por qué los hombres buenos cedieron, por ignorancia o por pasión, o por erróneo concepto de su interés, a una liga patente de intereses privados,—de demagogos que viven de agitar las preocupaciones públicas,—de pedantes incapaces de comprender al pueblo virtuoso que desdeñan, y en una hora de revuelta sacian la ira, por años contenida, de haber necesitado de él, de haber vivido de su favor y de sus votos? ¿O es el pueblo norteamericano incapaz de justicia, del respeto que a la virtud se debe y de la gratitud a que obliga la amistad? ¿Será así, feroz y desagradecido, todo el pueblo norteamericano? ¿Será que en el alma de la raza hay tal ira contra el criollo español, una idea tan falsa sobre su capacidad moral y política, que los hombres más ruines de la raza del Norte osan desdeñar las virtudes más meritorias en el cubano, porque las ha mantenido en la miseria y la esclavitud? ¿No habrá hombres honrados allí, que se avergüencen de lo que han ayudado a hacer, y se revuelvan contra los que, con un engaño inicuo, los obligaron a violar las leyes de su país, de las naciones y de la humanidad? ¿Derecho? ¿Derecho alguno de parte de los norteamericanos para actos semejantes, para la junta de acusación en la plaza pública, para la imperdonable protesta, para ir a tratar sin permiso de su país con una monarquía extranjera y despótica, para pedir a un gobierno extranjero milicia con que injuriar y provocar a sus conciudadanos, para traer más obreros de afuera, contra la ley del país y la generosidad natural del hombre, a un pueblo donde están sin empleo centenares de obreros,—los obreros de los veinticinco años, los que han fabricado el pueblo? Porque se dijo que había una conspiración de diez y nueve cubanos contra los españoles que llegasen se hizo todo esto;—y cuando las personas de más respeto de la ciudad, héroes de casa antigua en la revolución de Cuba, apóstoles justamente venerados de los derechos populares, alcaldes hasta hace poco tiempo de ciudades cubanas, pidieron en nombre de su pueblo las pruebas de la conspiración, y se ofrecieron a castigarla, nadie presentó prueba, nadie pudo responder:—y cuando el abogado pidió al tribunal la libertad de los dos cubanos presos, sin las garantías de la ley, como cabezas de la conspiración—el abogado solo, en aquella ciudad enemiga y aterrorizada—el tribunal dio libres a los dos hombres al instante,

porque no había acusación alguna contra ellos... ¿A qué, tiranía de España, te abandonamos, si hemos de encontrar en una república americana todos tus horrores? ¿Por qué tuvimos amor y confianza en esta tierra inhumana y desagradecida? No hay más patria, cubanos, que aquella que se conquista con el propio esfuerzo. Es de sangre la mar extranjera. Nadie ama ni perdona, sino nuestro país. El único suelo firme en el universo es el suelo en que se nació. O valientes, o errantes. O nos esforzamos de una vez, o vagaremos echados por el mundo, de un pueblo en otro. Aquellos que amamos, aquéllos, con rabia de perro, nos morderán el corazón... Cubanos, no hay hombre sin patria, ni patria sin libertad. Esta injuria nos ha hecho más fuertes, nos ha unido más, nos ha enseñado más que el libro y el diploma y la chaveta, que todos tenemos un alma misma; que España es el enemigo único, que en Cuba nos acorrala y nos corrompe, y fuera de Cuba nos persigue, por dondequiera que hay un hombre con honor, o una mesa con pan; que no tenemos más amistad ni ayuda que nosotros mismos. ¡Otra vez, cubanos, con la casa a la espalda, con los muertos abandonados, andando sobre la mar! Cubanos, ¡a Cuba!

#### TO CUBA<sup>8</sup>

Translated from an article of "Patria", of New York, January 27, on the recent events at Key West, Fla.

Never the cry "¡To Cuba!" sprung from the Cuban heart so anguished and forlorn as today after the events of Key West, after that sad spectacle of a town built by its adoptive sons leaving its territory and breaking its laws, to bring from an alien land the enemies of those who built the town.

<sup>8</sup> Consideró Martí tan importante para la solución del conflicto en el Cayo su artículo "¡A Cuba!", que hubo de darlo en inglés, como suplemento de *Patria*, tal como se reproduce ahora aquí.

Del interés de este artículo y del buen éxito que tuvo, es muestra la siguiente mención publicada en *Patria* del 9 de febrero del mismo año:

#### "¡A CUBA!"

*Patria*, en la imposibilidad de responder como debiera a cada una de las muestras de cariño que le han merecido el artículo "¡A Cuba!" y su versión inglesa, las agradece aquí públicamente.—¿Qué mérito hay en conocer la virtud y proclamarla, ni en decir la verdad?—Lo increíble sería ver padecer a nuestro pueblo, y no amarlo. Agradece *Patria*, sobre todo, el respeto y aplauso que ha obtenido la versión inglesa de los lectores norteamericanos.

The city of Key West, victorious after its early trials, could boast already with just pride, in the very hut-peopled sand of yankee days, of those factories which are in truth academies, by their constant thought and reading; those lyceums where the hand that rolls the tobacco leaf during the day upholds at evenings the teaching book; those societies of arts and recreation from which only the unfaithful to their country are excluded, by reason of moral cleanliness; those homes where poverty can scarcely be seen, because of the large space filled in them by virtue.

The Key West of to-day was built with the poorest and neediest from Cuba's population, with a wealthy cuban here and there, thrown upon the island by his faithfulness to his native sun, and afterwards a sprinkling of soulful men, from lordship and poverty, carried there by the belief that all Key West was but one home. From that hybrid compound on which the Spaniard's Havana poured by barkloads its crime; from that Cuban core, where hope, in all its sublimity, emerged from all the anxieties of life; from that daily fusion of the dethroned slave-owner and the redeemed slave, sitting to the same bread on the man-building table of the workingman, arose, with no counsel or school but ours, the orderly and honest city of factories which from its brimfulness lent life to the dormant State, brightened with the industries of Tampa the lazy coast, fostered and fed railroads and steamers throughout all that region and changed the fishermen's houseful of other days into the city of free lyceums, grown schools, generous purse and men true and honorable which to day is the first port of the State of Florida. Those who silence it or deny it are men of no reality or justice, with an eye blinded by preoccupation and the other by ignorance; the men of truth, those who being men of work admire work, acknowledge this: they do not belittle the mason because he has the callous hand and stained apron of the builder. Let us cast aside the impure hand dishonored by the blood-stained glove of his country's oppressor; let us love and cherish these rough men who in the shadow of poverty are daily lifting, by their progressive humanity, the country of justice which is to rise, on the ruins of a sterile monarchy, with arms open for all mankind.

Excessive trust and gratitude were the principal and perhaps the only errors of that budding community. Because of the love of Washington, the noble Virginian venerated by Cubans: because of the memory of that Lincoln whose mourning was face to face with the forbidding Spanish government, worn by all Cubans; because of that blind admiration for North-American liberties which is but the form, natural

in all progressive men, of the hatred of Spanish injury, blood-rule and un-americanism; because of the hearty Cuban nature, deeply impressed by longrooted affection for the land in which he could at last think with freedom and work without dishonor, the Cubans of Key West came to love so well this harboring republic, and to mistake to such a degree the liberty it carries as a mask with the conquest it nurtures in its bosom, that with their very hands they delivered to the few native settlers the government of the town that before the Cubans had never been built. The grateful Cuban, already converted into an enthusiastic American citizen, carried into his inner life this love for the country of his adoption: one quarrelled with his friends for the sake of an American vote-hunter; another, although devoted to his mother-island, spent his whole savings in building a house, as the monument of his affection, by the hospitable sea; another blessed every morning, from under the trees he had planted, the land where his family, persecuted and impoverished in Cuba, had brightened again into hope and prosperity: a daughter was born to another, and he called her by the name of a State of the Union; many had Blaine's picture on the mantelpiece, believing that crafty handler of national prejudices to be the friend of Cuba; many had Cleveland's picture in their parlor, honoring him as steelframed foe of that which must every where be trampled down, the republic of privileges and unjust monopolies.

American industries had drifted along, discounting the future, on the assumption that when the domestic market would be replete it would be ever so easy to empty the excessive production into the weakneed republics of the American continent: such was the purpose, and no other, of those comedy reciprocity treaties, and that was the unlawful end, timely diverted, of that stilted fabric, the Pan-American Congress. The plan failed, because there was no lack of forethought in the Spanish republics, nor of clear-eyed sentinels; and the North lives since then pulling its purse, unable to pay for the production of its surplus manufactures, and much less to sell them. The sumptuary industries, such as cigar making, were naturally the first to suffer from this stringency and alarm, and from such unexpected balance in the gay accounts of the nation: but the Cubans of Key West did not mind much their penury; had not the founders lived there twenty five years? had not the workman bought there, by drops of sweat, his home? were not buried there, in that white sand, the poor old mother, the wife of the hardened hands, the first son? had not the slave of other days, the oppressed

liberty and the authority of man? Work was slack, or there was no farm-hand of Cuba, the Havana outcast, learned there the delights of work; there was but one meal a day, and in many a house the children's shoes were Sunday's luxury; but there they remained, unemployed by hundreds and thousands, faithful to the family tombs and the beloved spot, faithful to Key West.

Suddenly one of the factories of the city, which had been since some time closing and opening, and had recently been buttressed by two Spaniards as partner was known to be in speaking terms with the rival city of Tampa, always willing to offer to the settling manufacturers the land and franchises that Key West was unwise enough to refuse them. Some Americans at Key West wished to know why the man Seidenberg wanted to go to Tampa, only to hear from him that he is going because he can not bring to Key West Spaniards to work in his factory. Strange agencies, always ready to strike from the dark, spurred the unbridled fear of the English speaking population: and that city, built by Cuban effort, those traders raised from one dollar to a hundred by the Cuban Saturday, those judges placed on their chairs by Cuban votes, those citizens of emancipated colonies, who cannot without self-shame wonder at the natural fact that the Cuban of to-day acts against their unjust foreign masters, a stain and an anachronism in America, as their own English colonies acted against the English tea, those very men whom the Cubans upheld in true friendship, filled the public square with angered people, branded the Cubans as ruffians, showed a foul wish "to hang some Cubans", and deserting the offices they owe to the trust of the Cubans, to the patriotism and the work of the sons of the Cuban revolution, without which Key West would never have developed, they left the city created by the Cuban revolution to beg a foreign monarchy for soldiers known to be the rabid enemies of the American citizens and America-born men who built the town: they started to bring new workmen, for the only quality of being Europeans and sworn enemies of the community, into the city where a year since hundred of the pioneer workmen could not find employment.

The wound was not felt in the weekly wages: it was felt in the heart. Those men were loved like brothers, and they had turned against their brothers. Those men were looked upon as the embodiment of long-wished liberty, of freedom and republicanism, of equity and the prestige of the law, of the progress and emancipation of América; and they filled our homes with terror, took the bread from our workman's

mouth, sent unguilty men to jail, dragged into a cell an innocent messenger, threatened the Cubans with dishonorable death, bore on their breast as a proud distinction the colors which are in America the emblem of tyranny and have waved, bloodstained, over the ruins of our households and the corpses of our brothers. ¡They, the republicans of America, wearing the emblem of murder at their bosoms! ¡Men of a free people mounting the stairs of a hypocritical foreign despot to solicit from him workmen with whom to impoverish, soldiers with whom to humiliate, those whose guilt is to will to-day, as the North-Americans, once willed it, the freedom of their country! No greater shock could have stricken the Cubans, had they seen killed by the knife on their threshold what they loved most. ¡There was blood, then, in the air for the downtrodden Cubans, wherever they sought shelter and friendship, both well deserved by his usefulness and his love for their adopted country! They were, then, to be ousted, like the fox in California, or like the last Texans, from the town they had built, more than with the product of their industry, by their earnest and uncompromising patriotism! One would have unrooted his new house and thrown it into the bay: another would have taken again on his shoulders his nine children, and cast himself adrift throughout the world: another would have disnamed his daughter. There is no greater horror than to see infamous or unworthy that which we loved so dearly. ¿Is it, then, like this, the whole universe? ¿No merit or virtue, no persecution or misfortune can move the stranger's heart? ¿Is it useless, then, before a country adjudged by men to be manly and just, to raise, man by man, with the defective remnants of a tyrannic civilization, a city where the disorder and crime of despotism have condensed and ordered themselves into the honesty of industry and the open life of liberty? ¿Is it thus, then, the first republic of the world: a nation without love, without charity, without friendship, without gratitude, without laws? ¡There is no harbor, even in the first republic of the world, for a people seeking refuge from ignominious slavery! Neither, in truth, has a man without country any right to the safety of one's own country. Let him who wants a safe country conquer it. He who shall not conquer it shall live forever as under the slash, in exile insecure like the sea, hunted down like a wild animal, jilted from one country to another, masking under a begging smile the death in his soul. There is no safe land but that in which one is born. "To Cuba!" is our heart-burning cry, after this deceit of Key West, after this brutal wound in our love and our illusions: ¡to the only country in the world from which we shall not be burned away, like the fox at California!

Had there been some provocation, some correspondence between Cuban offence and the action of the North-American citizens, had the right of free landing, conceded to all men with no exception until in recent times by the United States Constitution, been violated by the Cubans, there would never have been any excuse for the North-Americans to leave the city, with patent violation of the international and the immigration laws, to ask a foreign government for working men to import into a market exuberant with labor, and enemies who should surely provoke a conflict in the city of whose peace they were the appointed guardians; but sheer justice, which is the only help that a true man must ask, should have compelled the authorities at Key West to uphold the law, barring all the abusive and untenable resistance that Cubans might have offered to it. Let those Cubans anxious to rule over the land of their abode fight for a country, and have it by fighting, as the thirteen colonies fought against the Englishmen. A North-American who has conquered his freedom is not the equal, but the superior, of a Cuban who has yet failed to conquer it: neither those republican North-Americans, who hated foreign rule and monarchical oppression, are the equals, but the superiors, of the North-Americans who go begging for help of a foreign King, of a European ruler on American soil, in order to impoverish, provoke and humiliate men of America who are fighting for freedom. Even in the supposition that revolutionary Cubans should feel entitled to a moral right, because legal they could have none, to keep the city built by them free from the enemies of a revolution no less just than the American war for independence, and without which American independence is yet guilty and incomplete, it would always be apparent that the antecedents and genius, the timely honored practice of the American nation, gave Cubans the right to expect from it, for a country of America struggling by undismayed sacrifices to free itself from European monarchical rule, the same indulgence enjoyed, in such a sacred matter, by the Irishmen publicly struggling in the United States for their emancipation from England. But it lays with the North-Americans to be thus indulgent: the Cuban's duty is to respect the law of the country. Cubans have no right whatever to forbid a Spaniard, because of being such, to land in the free soil of the United States. The United States can punish, and ought to punish, whomever breaks this law, or any other. But to punish the violation it is necessary that the law shall have been violated: to enforce the national authority upon the violators of a constitutional right, the laws for the prosecution must be

observed, instead of being broken, by the very men charged with the enforcement of the law: and the guarantees afforded by human and constitutional right to all men charged with guilt must be respected. The passion for political independence, which to the Cuban means his entering, heretofore denied, into the realm of open American manhood, a passion indeed not to be jeered at, nor quenched by honorable men, might have, in former days, armed with a club the arm of a cluster of belligerent Cubans, as capable of downing a foe at the Key West pier as of fighting in the mouths of the Spaniard's artillery. This Cuban or that might on some previous occasions have waited, club in hand, upon the Spaniards who, never tired of dispossessing the Cuban in his own island from all opportunities to work, pursues him yet in every foreign country, with a greedy eye upon the industry he learned from the Cubans: have not the Spaniards a heart, that they can not see this injustice? have not the North-Americans a heart, that they can help to this injustice? But no such event, possible in times in which the new freshets of live in Key West had not been condensed into the superior social order of to-day, no such even from a handful of Cubans or from a daring fanatic—which never could have been, because of the nobleness with the Cuban born, like the barbarous lynchings in the South and the ever reappearing murders of the white-masks in the North-west, could lend reason to a law-abiding city, a city of wise and good men, to presume, against truth and appearances, that the law was to be violated in a future case, nor to punish beforehand with rabid hatred in the whole of the town, and with iniquitous revenge against those from whom only good has come, a misdemeanor committed by nobody. A friendship of so many years ¿did not impose, among Cubans and North-Americans, a proper inquest, at least, of the imbecile conspiracy groundlessly imputed to the Cuban by a few high-waymen of the tongue? The reason, in good morals and in good American policy respectable, of the possible displeasure of the Cubans at the occupation of the city they have caused to prosper, and in which there is not to-day sufficient employment for the resident population, by the European workingmen which oust them from their own country, ¿does not deserve at least the respectful affection, the generous courtesy, of all justice loving North-Americans, instead to their frenzied hatred? What mysterious agency, what counsellor from the dark, nurtured and flamed this conflict? Who was the North-American traitor, the traitor to America, who received payment from the Spanish government to kindle the alarm and abuse the republicanism of their country-

men? What vengeance of an unsuccessful candidate, or what base venomous heart imposed upon the unjust prejudice of North-Americans against Cubans? What was it indeed, that the love labor of twenty five years was forgotten in an hour, and the city that owes the Cuban its commerce, its industry, its renown, the preferent affection with which Cubans regarded it, rises without a question against the Cubans and sets in foot with baneful terrorism a campaign of resistance out of all relation to the vague rumor in which it seemed to be founded? Who prepared such resistance, that had it just on hand, so fully prepared? From how long did it come that it sprung all complete, at a minute's notice? Who paid for it, who saw himself so promptly served? Why the good men of Key West yielded, from passion or ignorance, or from a false conception of their true convenience to an evident coalition of private interests, of demagogues deriving their living from catering to public prejudices, of pedants incapable of understanding the people they deride, of revengeful aspirants who in an hour of revolt satiated their anger, hardly unmasked through years, for having needed the people they scoff at, for having preyed upon their favor, their friendship, and their votes? ¿Shall the whole North-American nation be like this, capable of such unnatural hatred and ingratitude? ¿Shall it be true that there is in the soul of the North-American such a hidden hostility against the Spanish creole, such an erroneous idea of his moral and political capacity that the vilest men of North-America dare to deny or overlook the human virtues so much more meritorious in the Cuban because he preserved and increased them through misery and slavery? ¿Shall there not be at Key West men of kindness and honesty, that will retrace their false steps, in just shame of what they have helped to do, and will revolt against the blind surprise or iniquitous deceit that betrayed them into a scandalous violation of the laws of their country, of international honor and humanity? . . . ¿Was there the semblance of a right for that unlawful provocation, for the meeting at the public square, for the inexcusable printed protest, for the guilt of performing, without leave of their country, a treaty with a representative of a foreign monarchy, for the solicitation from a foreign government of soldiers to offend and provoke their own community, for the importation, against the immigration laws and natural respect, of a number of surplus workingmen into a city where hundreds of workingmen the very ones who built the town, can not find employment? There was indeed the filmy pretext that nineteen Cuban conspirators has decided to oppose the landing of Spaniards: but when the

prominent Cubans entrusted with the representation of the city working-men asked publicly, in their name, for the proofs of the conspiracy, and volunteered their help to punish it, nobody could answer: and when a lawyer, alone in that unfriendly and terror-stricken city, demanded the immediate release of the two Cubans imprisoned as the heads of the conspiracy, without the guarantees due them by law the Court released both men immediately, because no accusation was laid against them.

¿To what purpose did Cubans fly from Spanish tyranny if they were to find in an American republic its very horrors? ¿why did we trust and love an inhuman and ungrateful city? ¿shall the city prove, indeed, to be inhuman and ungrateful? ¿or was it a cloud, which will pass over? There is no other country but the one we shall build with our own effort: no soil is safe, not even that we loved faithfully and too well, but the one in which we have been born. Let us double our efforts to secure freedom, unless we want to go roaming throughout the world, from one deceit into another. Those whom we loved best shall, with a dog's fury, bite our hearts. We are the stronger for this lesson. There is no help but our own. We are adrift again, with the house to our back, with our dead behind us, with the bitterness of friendship deceived. We have, Cubans, no country but the one we must fight for.

## 2

## LA PROTESTA DE THOMASVILLE

Ni pueblos ni hombres respetan a quien no se hace respetar. Cuando se vive en un pueblo que por tradición nos desdeña y codicia, que en sus periódicos y libros nos befa y achica, que, en la más justa de sus historias y en el más puro de sus hombres, nos tiene como a gente jojota y femenil, que de un bufido se va a venir a tierra; cuando se vive, y se ha de seguir viviendo, frente a frente a un país que, por sus lecturas tradicionales y erróneas, por el robo fácil de una buena parte de México, por su preocupación contra las razas mestizas, y por el carácter cesáreo y rapaz que en la conquista y el lujo ha ido criando, es de deber continuo y de necesidad urgente eruirse cada vez que haya justicia u ocasión, a fin de irle mudando el pensamiento, y mover a respeto y cariño a los que no podremos contener ni desviar, si, aprovechando a tiempo lo poco que les queda en el alma de república, no nos les mostramos como somos. Ellos, celosos de su libertad, nos despreciarían si no nos mos-

trásemos celosos de la nuestra. Ellos, que nos creen inermes, deben vernos a toda hora prontos y viriles. Hombres y pueblos van por este mundo hincando el dedo en la carne ajena a ver si es blanda o si resiste, y hay que poner la carne dura, de modo que eche afuera los dedos atrevidos. En su lengua hay que hablarles, puesto que ellos no entienden nuestra lengua.

Todo eso han entendido los muy nobles cubanos de la fábrica de M. Corcés de Thomasville, al protestar, en documento muy bien construido y dicho, contra el increíble reino del terror, latente por desdicha en el corazón de este país, con que para impedir que se les mudara una fábrica a un puerto rival, y a la hora misteriosa en que a España convenía, asombraron sus vecinos de habla inglesa a los cubanos de Key West, trayendo a boca de fusil obreros extraños a sentarse a las mesas que por años habían ocupado sus compañeros desposeídos. El lenguaje de la protesta tiene aquella severidad irrefutable que viene de poner por delante los hechos que la palabra merecida flagela luego. La protesta en inglés de los enérgicos cubanos de Thomasville, respetada como habrá sido por la fuerza de su pensamiento y la justicia de su indignación, merece plácemes enteros, porque por ella nos hacemos oír de la gente honrada que por ignorancia o error nos malmirase, y por ella muestran los cubanos que, a la hora de la bofetada, no hay entre nosotros más que una mejilla.—Todos resistamos aquello de que hemos de padecer todos.

**FEBRERO-MARZO / 1894**

1. A FLOR CROMBET
2. A SERAFÍN SÁNCHEZ
3. AL GENERAL MAXIMO GÓMEZ

1

A FLOR CROMBET

1 febrero [1894]

Flor querido:

Un instante, veo que sale el vapor.—Vengo hoy del Cayo, hoy en gran conflicto.<sup>9</sup> ¿Cómo no me ha contestado?

Espera ansioso

Su

MARTÍ

2

A SERAFÍN SÁNCHEZ

[Febrero, 1894]

Sr. Serafín Sánchez

Mi buen Serafín:

Aún no escribo, esperando alguna luz en lo de allá para encontrar al hombre más en caja, la carta ofrecida. Ni le contesto largo, en el gentío de la oficina, su carta de ayer, que largo le he de contestar. Ya habrá recibido la de Gómez, y la mía con ella. No se me apene: ni por las pobrezas se me apene: lo que de afuera podemos, y pudimos hacer, dado el valor de la oportunidad creada por nosotros, y aún abierta,—y que nunca dejaré perder, sea cualquiera su forma, porque siempre mientras tenga autoridad, trataré de reparar, y aun aprovechar, las flaquezas o verros ajenos—¿no hubiera podido hacerse? ¿no puede hacerse? Sí: con lo que hay, y con éxito, si no se deja perder la confianza primera, la confianza virgen de esta época de hoy; que no debían dejar enfriar

<sup>9</sup> Se refiere seguramente a la huelga en *La Rosa Española*, de Cayo Hueso.

los que tanto tuvieron que padecer en la guerra primera por semejante demora y flojedad de parte de las emigraciones. Vamos, Serafín, que no quiero escribir.—Maceo continúa urgiendo.—Cebreco respondió: sólo Flor y Rafael han dejado de contestar. En cambio, tenemos otros con que no contábamos. Pero esto es bueno, Serafín, conocer los escollos para vencerlos. No se apene. Yo no estaría aquí, si no fuera por la indicación precisa de Gómez, el despacho de los comisionados, su vuelta ahora, y ahora lo de C.—Si no, no perdería acá el tiempo. Y créalo: si no se condensa lo inmediato—con brazos más anchos seguimos enseguida braceando—sin tregua—sin caída—hasta que, sin dar tiempo a que adentro cese el respeto, se fuerce afuera la condensación.

Fermin está a mi lado, y me dice para Vd. muchas cosas. Ya Vds. se quieren. La velada, admirable, tiernísima, útil. Ya me lo querían estos bribones lastimar y achicar. Rosendo, veo de mandarlo a Ocala: no puede estar sin familia: parto con él mi rincón, como con un amigo viejo: pero él está muy triste.—Ya se está imprimiendo el libro: mando enseguida la otra. Sale un lindo libro.

Su

J. MARTÍ

Un cariño a Roloff.

3

AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

New York, 3 de marzo de 1894

Señor Mayor General Máximo Gómez

Mi muy querido General:

Vino el vapor sin ninguna de usted; pero yo puedo por fortuna aprovechar su vuelta para ir juntando nuestras ideas, no conforme a nuestra voluntad e ilusión, sino a la situación verdadera. Es cosa del cielo que usted vea desde allá las cosas como yo desde acá las veo, y que cada día le vaya demostrando cómo no debe esperar de mí ni precipitaciones inseguras, ni pérdidas de tiempo. Aún no ha vuelto el comisionado de Santiago, ni sé si, de resultas de la comisión de Carrillo a usted, me da usted de allá órdenes que deba enseguida transmitir, y me viene Borrero<sup>10</sup> con sus instrucciones, cuya realización a nadie fío, para

<sup>10</sup> Francisco Borrero.

que no caigamos por la lengua como tantas otras veces, ni se me vaya en intermediarios lo poco que tenemos. A no ser por esto, el vapor me llevaba, y no a la carta. Porque no voy con el juicio vacío, y de lo hecho por usted de allá y por mí de acá resulta una unanimidad feliz en cuanto a la situación real de Cuba, que nos da bases ciertas para nuestros actos. Yo temí siempre,—cuando el gobierno pareció iniciar la campaña de persecución que hubiese precipitado los alzamientos,—que fuera muy breve el plazo que nosotros mismos nos aconsejábamos; y a la vez que comunicaba a Cuba la determinación de usted; y afuera a los jefes; tendí a continuar desviando en la Isla al Gobierno, y me valí de la misma confusión en que creen habernos puesto por el mortal golpe al Cayo, para crear en el gobierno la opinión de que las cosas no andaban tan cerca, y por consiguiente el terror no era aún necesario—de lo que se seguía, como se ha seguido, que nosotros tendríamos el mayor tiempo indispensable: así que al transmitir el aviso, temeroso—por la angustia del plazo—de que nosotros no lo pudiéramos hacer bueno, ni ellos, abrí esperanzas para la prórroga, por esa conducta que aplauden, con lo que alcanzamos un objeto doble: nos aprovechamos de la prórroga nosotros y no perdemos allá el crédito.

La situación, pues, en este instante, parece ser así:—de nosotros se espera todo, sin celos y con cariño, y de nosotros ha de partir el concierto, y sin nosotros nada concertarán entre sí, porque cada cual sólo tiene fe en sí, y en los demás en virtud de la certidumbre del concierto con nosotros: ésta es, pues, por dicha una acción doble que asegura, desde el principio, el arranque armado y vigoroso, sin aquella vacilación y recíprocos desconocimientos que desde el principio le aflojaron el corazón a la guerra de Yara. De la Habana escriben que, luego del recibo de las armas que ya vienen a buscar, y serán para los desconfiados la única prueba que esperan, de que se trata de cosas de realidad—necesitarán de 6 semanas a dos meses, y no más, ni menos. De las Villas, Vd. sabe por Carrillo, y de Serafín y Roloff. Del Camagüey, ya con las armas en los ojos, y la espuela de lo que se hace alrededor, Vd. tiene idea bastante. De Oriente, nada rechazan, y piden sólo un poco más de tiempo, y que demos ocasión a que salgan de la prisión Moncada y los demás, cuyo encarcelamiento nos ha sido útil, porque ha tranquilizado al gobierno y la demora de los santiagueros en juntar lo que el gobierno pide por ellos de fianza ha sido tomada por el gobierno como señal segura de nuestra flojedad: sobre Oriente además lea la carta adjunta de Maceo. Creo, pues, en vista de todo que, aun cuando lo de

Carrillo hubiera parecido a Vd. viable, y en caso de que se pueda demorar hasta ligarlo con el resto, debíamos fijarnos inmediatamente un plazo corto y bastante—un plazo definitivo—acordar previa y detalladamente toda la ejecución de él, que sería lo mismo que estamos haciendo. con la tranquilidad mayor de un fin seguro,—y permitirme así, emancipado de la angustia de fallar con mi ausencia al encaje con cualesquiera de las instrucciones de Vd., o lo de Carrillo ahora, dar un vuelo final, y traer algo más al tesoro, que supla lo que no han podido poner en él las emigraciones reducidas poco menos que a la miseria por la pobreza general de este país, y la complicidad que España obtuvo de un puñado de yanquis imperdonables, para turbar y deshacer el Cayo—cuya población, quede o váyase, ha quedado—por ese hecho, y nuestra conducta en él—más encariñada con la revolución—como creo que dije ya a usted, que lo que estaba ya hasta ahora, con estarlo mucho. Lo grande, como usted sabe, es corto—y sólo la gente nula o maligna pierde el tiempo en palabras. Las concepciones decisivas son siempre breves. Esto que digo aquí viene a ser la forma de lo que Vd. piensa, y me ha escrito; le hemos estado dando vueltas, mientras conocíamos bien—con el anuncio de la realidad lo que pudiéramos llamar el terreno de hecho en Cuba; y creo que lo que aquí decimos, ni es para tan pronto que falle por falta de concierto y preparación,—ni para tan lejos que nos haga perder el crédito tan difícilmente recobrado. ¿Y Maceo? Con la orden fija que recibió para febrero, parece como Vd. ve, que se ha preparado a la salida: yo, ante la extensión inevitable del plazo; nada fijo le he debido ni podido decir—ni creo que sobre esas cosas deha moverse la alarma inevitable sino cuando la rapidez preconcebida de la acción entre el aviso y el hecho pueda burlar—con su celeridad inesperada—los cálculos de un enemigo que no nos supone tan aleccionados—ni puedo decir nada concreto a Maceo, sobre lugar y detalles, hasta que no me lleguen instrucciones de Vd., ni distribuir recursos y equipo hasta no saber fijamente cuál y cuánta gente lleva. Pero ya por cable y carta he preparado lo que Vd. pueda creer útil decirle: la prisión de Moncada, Banderas y Garzón<sup>11</sup> justifica naturalmente, y en verdad, la demora por Oriente: y creo que, con una palabra de Vd., no tendremos dificultad por este lado. Me dedico, pues, a tener a Maceo dispuesto y satisfecho, con la simple verdad. Ahora,—mañana mismo,—le escribo de nuevo—le ruego, como de mi parte, a la necesaria espera,—abro el campo así a lo que Vd. le pueda decir,—y nuestra actividad inmediata calmará su impaciencia.

<sup>11</sup> Guillermo Moncada, Quintín Banderas y Tomás Garzón.

Sobre lo del General Sanguily, creo que dije ya a Vd. en mi carta anterior que.—en la probabilidad de que lo de Carrillo no diese tiempo a entrevista semejante,—de ningún modo podíamos. cuando necesitábamos de él entonces y enseguida en Cuba, tenerlo en la mar a ese mismo tiempo en busca de Vd., que acaso no estaría allí. Y de todos modos; estando tan inmediato—mes más o menos—lo que tenemos que hacer, ni creo prudente que él salga de Cuba, con plazo de todos modos corto,—ni, juntando cuanto sé y no debo olvidar,—sería inconveniente que cayese en medio de todos los preparativos de Vd.;—no digo todo mi pensamiento; pero Vd. lo suple.—Ojalá pudiera yo creer que se trataba de algo más eficaz que lo que él mismo me ha dicho que era el objeto de esta entrevista—y por satisfecho de él se volvió—a Cuba el año pasado sin hacerla, aunque entonces tuvo del Cayo \$1,400—y del Partido—por comisión no desempeñada—\$400—con que hacerla, ¡si lo deseaba!—el objeto de saber de Vd. si tomaba realmente parte en el movimiento. Sobre esto Vd. lo puede tranquilizar,—porque jamás—a pesar de tanto espanto como hay en este mundo—concebiré a Julio haciendo armas contra Cuba, ni metido en un rincón cuando estén peleando los cubanos; y aplaudo que Vd. desee tenerlo contento y cerca. Con ese mismo pensamiento, reservo la carta de Vd., pero le escribo cuanto tiende a que se vea querido y pensado—sobre todo por Vd.; y le anuncio que acaso no pasará mucho tiempo sin que Vd.—dado que lo creo prudente—y oportuno para la revolución y para él,—lo llame a la entrevista que desea. Nada haré por engañarlo: ni nada en daño de Cuba y de Vd., contra mi conciencia, mis avisos y mi conocimiento.—En cuanto al *Coronel*—ya ve lo que hace *Patria*, y lo que hago yo: ¿qué me importa la malicia humana, ni otras cosas de que no hablo, por no parecerle pretencioso? hago lo que sirva a mi tierra,—no tengo mérito en vencer las pasiones, porque las he aniquilado en mí,—y me reduzco, y callo, y lo olvido todo, sincero y alegre, si eso es lo útil a mi patria, y puedo así, con mi mansedumbre y sacrificio, contribuir a mejorar, en vez de agriar, el carácter de los que pueden servirla. De modo que no seré yo quien deje de contribuir al fin de paz y allegamiento, y merma de todos los elementos destructivos, que sabe Vd. es el fin de mi vida.

Ya le he enojado mucho, y el correo se va. Salgo para Filadelfia y tal vez me corra a Washington, si lo necesita el abogado del Cayo. Quise escribir tendido a Pancho y a Máximo:<sup>12</sup> y no puedo. Las cosas en que

<sup>12</sup> Francisco y Máximo Gómez Toro, hijos del general Máximo Gómez.

estamos me impiden ser con ellos como sin esa traba sería. Todavía Vd. no me conoce bien, ni cree acaso tanto como debiera en la novedad y sencillez de mi carácter firme, leal, y demasiado entristecido, o demasiada intuición, para que don alguno de esta existencia me parecza digno de obtenerlo con la doblez, la reserva o la intriga. Ellos dos me entienden bien: esas dos nobles criaturas: y Manana y Clemencia.<sup>13</sup> Ansioso, como siempre, aguardo carta de Vd. Y si me permite el viaje lo que Vd. me diga, salgo enseguida a verlo con un abrazo más apretado aún que cuantos le ha llevado hasta ahora

Su

JOSÉ MARTÍ

Olvidaba decirle que en junta en la Habana se acordó—por gentes buenas a quienes a tiempo dije y reiteré cuanto Vd. hace, y mantuve en examen, por no estar seguro de ciertos elementos—enviar emisario, según me dice el Presidente de la junta, a Vd.—a fin de cerciorarse de su cooperación. Es Juan Gualberto Gómez quien me lo escribe.—Este es suceso feliz; y si va, Vd. me le fortalecerá el corazón.

## DE PATRIA, NUEVA YORK

16 DE MARZO DE 1894

1. LA REVOLUCIÓN
2. SOBRE NEGROS Y BLANCOS

<sup>13</sup> "Manana", Bernarda Toro, esposa de Máximo Gómez; Clemencia, hija de ambos.

## LA REVOLUCIÓN

Ni con la lisonja, ni con la mentira, ni con el alboroto se ayuda verdaderamente a una obra justa. La virtud es callada, en los pueblos como en los hombres. Partido cacareador, partido flojo. Hasta de ser justo con quienes lo merecen debe tener miedo un partido político, no sea que la justicia parezca adulación; la verdad no anda buscando saludos, ni saludando: sólo los pícaros necesitan tinieblas y cómplices: los partidos políticos suelen halagar, melosos, a la muchedumbre de que se sustentan, a reserva de abandonarla, cobardes, cuando con su ayuda hayan subido a donde puedan emanciparse de ella. Tantos logrerros le salen a la libertad, tanta alma mercenaria medra con su defensa, tanto aristo astuto enmascara con la arenga piadosa el orgullo de su corazón, que da miedo—por no parecérseles—hablar de libertad. Lo bueno es fundarla calladamente. Lo bueno es servirla, sin pensar en la propia persona. De los hombres y de sus pasiones, de los hombres y de sus virtudes, de los hombres y de sus intereses se hacen los pueblos. Los enemigos de la libertad de un pueblo, no son tanto los forasteros que lo oprimen, como la timidez y la vanidad de sus propios hijos. El oficio de los libertadores no es devorarse entre sí, y codearse unos a otros ante la muchedumbre, y mirar hosco al que les cierra el paso, y derretirlo con el fuego de los ojos, y echarlo atrás a uñadas y mordeduras, y ponerse delante, a donde todo el mundo lo vea, como la odalisca que llegó por fin a atraer las miradas del sultán: el oficio de los libertadores no es alquilar elocuencias, pagar plumas, adular a satélites, acaudillar bandos, asalarciar hipócritas, encubrir espías, costear vicios, pensionar desvergüenzas: ni ir de oído en oído cosquilleando el patriotismo, mendigando el cumplimiento del deber, ofendiendo a los hombres con la suposición de que es preciso hurgarles o mentirles para que tengan fe

en sí propios o en la patria, denunciando puerilmente la labor revolucionaria, que en la idea ha de ser pública y en la acción toda secreta, —es oficio de los libertadores. Los que trabajan para sí o para su popularidad o para mantenerse siempre donde se aplauda o se vea, sin ver el daño que a su patria causen, publicarán su actividad, por no parecer inactivos; hablarán hinchadamente, porque no se les tache de moderados; vocearán a todos los vientos lo que hacen, para que se les premie y se les vitoree, aunque cada palmada que salude su imprudencia sea la señal para la prisión de un hombre bueno o la muerte de un héroe futuro en el patíbulo. Los que no trabajan para sí, sino para la patria; los que no aman la popularidad, sino al pueblo; los que no aman la misma vida, sino por el bien que pueden hacer en ella, éstos, mano a mano con todos los hombres honrados, con los que no necesitan lisonja ni carteo, con los que no sacan de la vanidad su patriotismo sino de la virtud, llevan adelante, aunque de las gotas de su corazón vayan regando el amargo camino, la obra de ligar los elementos dispersos y hostiles que son indispensables a la explosión de la libertad y a su triunfo,—de exaltar las virtudes de manera que puedan más que las tentaciones y máculas de los virtuosos,—de pasar por entre las vanidades erguidas de modo que la hermandad y mansedumbre, y voluntaria humillación, triunfen sobre el susto de los ambiciosos o el rencor de los altivos,—de atraer los factores todos de la patria a la campaña de su redención final, a fin de entrar en ésta con todos, y no con unos contra otros, de juntar en invencible cohorte a los que defienden sin miedo la justicia entera y a los que padecen de una u otra forma de la tiranía:—lo cual requiere más silencio que lengua; lo cual se hace mejor mientras más se lo calla; lo cual es más útil que una política personal y aparatosa, aunque adule menos y corrompa, aunque brille menos.

Mientras se está elaborando una revolución, mientras se le apartan los obstáculos que el enemigo pone en su camino y se acomodan y funden los factores varios y resbaladizos con que se le ha de acometer, mientras cunde por un país minado de espionaje sutil el conocimiento de la fuerza y desinterés de la obra redentora, mientras se aprieta y remata la obra interrumpida a cada paso por las astucias del enemigo y nuestros miedos y vanidades que lo iluminan y asesoran, la tarea de la revolución adelanta en forzoso silencio. Sólo al gobierno de España interesa quebrantar este gobierno: al gobierno, y a aquellas almas pálidas y venenosas a quienes paga para excitar a la revolución, a la denuncia y la impre-

dencia. Pero si la firmeza de la labor revolucionaria obliga a esta continua discreción,—si el aseo moral impide descender por callejas y corrillos a la triste faena de clavar contra la pared a los policías de ojo maligno y verdense que fungen, de buenas a primeras, de patriotas íntimos o exaltados,—si la certidumbre de tener mañana por fin de compañeros a los cubanos lentos, tímidos o arrogantes de hoy, impone el deber de callar sus faltas, o censurarlas impersonalmente, por ser el rencor y la acritud dotes pueriles de los caracteres secundarios y triste cemento para la fundación de un país,—si pierde el escritor o el orador las oportunidades lucientes de hoy, para no perturbar con la amargura y cólera de ellas la plenitud y concordia de mañana,—si manda el verdadero honor servir a nuestro pueblo con el oscurecimiento y silencio voluntarios, en vez de sacar provecho y pompa de los errores de sus hijos,—la guerra cercana, la revolución cercana, no pierde por eso claridad ni energía. Cuanto sucede la confirma. Los sucesos son suficiente comentario. La proclama más elocuente es una ojeada por la situación de Cuba. Proclama viva y profecía de fe son las noticias que en este instante se aglomeran sobre la mesa de redacción de *Patria*. De un ministro de España, y de un plan de reformas encaminado en la realidad a descuarjar la unidad cubana en la Isla, dependía la esperanza fútil de los cubanos ciegos, y en verdad muy escasos, que prestaban la mano con lamentable complacencia, o a sabiendas tal vez, al proyecto de deshacer, so capa de reformas, la individualidad criolla que la guerra amasó, que existió siempre antes de la guerra, y que nunca—y éste es baldón grande—se ha visto tan amenazada como después de la guerra por los criollos, por cierta especie dañina de criollos arrogantes: de un ministro transitorio y de su plan insuficiente y fraudulento se levantaban razones para estorbar la ordenación final del país y sujetar nuestra Cuba sazónada y delantera al pueblo europeo más teocrático y perezoso: y de un cambio de asientos queda el sillón vacío, y Becerra está hoy donde estaba ayer Maura. No es de nuestra piedad natural el saciarnos en la flaqueza congénita de los que, con cara para todos los bofetones, encontrarán acaso en esta mudanza de sillón causa para nuevos deliquios y resplandecientes promesas. Cuba no puede satisfacerse ni vivir en paz hasta que su gobierno sea en realidad de los cubanos: que es lo que con su población sobrancera, su política advenediza y su natural despótico no podrá jamás España permitir. Puede un ministro algo, cuando está con el espíritu de su nación y el pensamiento y costumbres políticas de su época: y nada, cuando está contra ellos. Más que Becerra fue siempre

Martos; y de él, el español de fibra gubernamental que ha estado más cerca de la justicia en las colonias, es la frase decisiva y terrible, la frase que dijo, acostado a las once del día, al que esto escribe en *Patria*: —“O ustedes, o nosotros”. Becerra y Ballesteros, todo es lo mismo. Era una vez un Ballesteros, ministro de Ultramar. Como le hablase un magistrado distinguido, que contó el cuento a *Patria*, de algo que tenía que hacer con Manzanillo, se inclinó el señor ministro sobre el mapa de Cuba, extendido sobre la mesa del despacho, y comenzó a tantear por la costa Norte.—“Me parece recordar que está en la costa Sur”, decía el magistrado: “creo seguro que está en la costa Sur”. Y vagaba por el mapa el dedo ministerial, siempre por la costa Norte.—Como limosna nos daría tal vez, y a cuartos, como sus limosnas, la libertad el gobierno español, aunque nunca tanta que desalojase del territorio de España a los españoles, por beneficiar a los que la quieren echar, con su último harapo histórico, del continente: pero no es ésa la libertad que urgentemente necesita un pueblo cuyas ciudades se caen de polvo y vicio, cuyos campos sacrificados se ciegan o emigran, sin confianza sin sustento, sin puertos, sin caminos, sin seguridad, sin honra.

¿Qué mucho que otro periodico que está sobre nuestra mesa, un periódico francés, advierta en la Isla toda, por los ojos de un corresponsal que no sabe de nuestra historia, ni de las heces que deja hirviendo una colonia de esclavitud, el deseo total y vehemente de la independencia de España? Jules Clave, el escritor de *Le Monde Illustré*, sólo nota en Cuba un obstáculo a la satisfacción del unánime deseo, y en lo que dice se conoce que, más que con los cubanos generosos, habló con españoles de codicia y de remordimiento. El obstáculo le parece ser el miedo de los españoles a ser maltratados por los cubanos después de la revolución. De entre los españoles mismos habrá visto a los que por su abuso y nulidad temen perder la indebida prominencia que les permite hoy la tiranía política, no a los que han echado en la tierra la raíz del trabajo y de los hijos. ¿Haremos los cubanos una revolución por el derecho, por la persona del hombre y su derecho total, que es lo único que justifica el sacrificio a que se convida a todo un pueblo, y negaremos, al día siguiente del triunfo, los derechos por que hemos batallado? Los goces ilegítimos si se irán: el juez venal, el empleado ladrón, el periodista de alquiler, el que a favor del soborno priva de pan y sosiego al criollo, el que fomenta el vicio por la cuota que percibe de él, el español de Lavapiés y cafetín, que nos tiene hecha una náusea la ciudad. Ese, tema. Ni tiene que

temer: se le acabará el oficio, y se irá solo. Se irá el arriero, y detrás el arria.—Pero nuestros padres, los que han sudado y sangrado con la tierra, los que no le ven a su hijo cubano más vía de fortuna que la herencia corruptora o la sumisión al deshonor, los que aman en sus hijos, con esa cabezada romántica del español castizo, la potencia de rebelión que desde su aldea infeliz y la quinta despótica y el arranque sangriento a las Américas ardió en su propia alma, los españoles llanos, los españoles buenos, los españoles trabajadores, los españoles rebeldes, éstos no tendrán nada que temer de sus hijos, no tendrán nada que temer de un pueblo que no se lanza a la guerra para la satisfacción de un odio que no siente, sino para el desestanco de su persona y para la conquista de la justicia.—Mucho menos tendrán los españoles que temer de los cubanos piadosos que de los norteamericanos arrolladores y rapaces, de los norteamericanos a quienes echan sobre la presa fácil de los pueblos débiles, la codicia y mala distribución de la riqueza, que vienen de su reparto desigual en la tierra propia. Lo que del Norte tienen los españoles que esperar, y los cubanos unidos; lo que deben fiar, para resolver los problemas de la libertad ajena, en quien no sabe resolver los propios; lo que deben, cubanos y españoles temer—con sus elementos de libertad impaciente—de un pueblo que con las mejores semillas de la libertad, tras cuatro siglos de república práctica en un continente virgen, ha caído en los problemas todos de las sociedades feudales y en los vicios todos de la monarquía—, no lo digamos cubanos, porque se tendría a pasión: dígalo Stead, liberal humanitario y fundador, inglés abierto, crítico agudo, cruzado moderno, hombre de hombres: “Más fácil es —acaba de decir Stead— convertirse al republicanismo en Rusia que en los Estados Unidos. Nada en América sorprende tanto a un inglés como la desconfianza radical en la capacidad del pueblo. Se echa uno atrás, simplemente, al llegar de Inglaterra a los Estados Unidos. No he visto tierra de menos democracia desde que salí de Rusia”. No: con todo el hervor posible y natural de la república en Cuba, el español bueno y útil tendrá menos que temer de la pasión de sus hijos que de la codicia y desdén de los norteamericanos.

Del bandidaje que sube, y es en Cuba, más que el robo y la muerte, expresión de la penuria y desafío del país; de la miseria en que perecen los soldados mismos que mantiene el gobierno para defendérsese; del aislamiento y censura que castigan a los cubanos que mudan su fama fácil de rebeldes por el servicio directo o indirecto del gobierno corruptor; de la alarma creciente en los cobardes, que es síntoma seguro de los aprestos

del gobierno y del empuje revolucionario,—hablan, por mil hechos menores, los diarios de Cuba. Ni para la guardia civil hay paga ya. Los cubanos, que pudieran negarse a cargar el arma por la libertad, tienen que cargarla, al fin y al cabo, para defender su hacienda. El gobierno, al ver que ya no hay en el autonomismo poder para congregar a los cubanos, y tenerlos vendados y entretenidos, ve como salvadora la idea, por criollos serviles aconsejada, de fomentar el noble anhelo público de los cubanos de la Isla por la emancipación, de excitar—como red a la vez que moratoria—a la creación del partido independiente en la Isla, a fin de ver si con la independencia pacífica de adentro se quita médula a la independencia armada de la emigración, y si azuza celos miserables, que no tendrán jamás cabida, ni adentro ni afuera, en el corazón cubano. Los cegarà la grandeza criolla. Viles tenemos, pero más grandes que viles. Habrá un humilde para cada soberbio: seremos ala de aquella otra ala. Y con dos alas, volaremos mejor. No somos hombres aquí: somos amigos del hombre. No somos pasiones aquí: somos pabito que se consume para que nuestro pueblo luzca: alfombra somos, para que pise nuestro pueblo. Crece nuestra vigilancia. Crece la revolución.

## 2

## SOBRE NEGROS Y BLANCOS

La verdad, no puede decirse en Cuba. El que podría arrastrar por tierra a un bribón, y desfigurarlo, le ha de sacar el sombrero, y le llama amigo. Se vive, fingiendo valor, o sofocándolo, entre gentualla tal que al acabar el día el hombre honrado se ha de echar a su rincón con náusea de alma. Todo allí es deforme e incompleto. La misma libertad lo es, en quien parezca que la goce más, porque sólo sirve de pretexto al amo para demostrar que bajo él florece impune la lengua. Es un juego terrible, que está ya en las postrimerías: el juego de Felipe, molde y huevo de la España de hoy, que paró en el cadalso de Horn y de Egmont: el juego de Concha, que travesaba al ajedrez con Pintó, y lo mandó ahorcar. Pero es admirable la bravura de nuestros hermanos en la Isla: ven el filo a la garra, y se le ponen al filo: llevan al cuello el dogal de Goicuría, de Medina y León, de los Agüero, de tanto mártir infeliz, y del cuello apretado echan la voz de la justicia: cara a cara del despota sin gloria, que los oprime por la empolvada honrilla y por tener la plaza abierta a los empleos con que se paga el vicio y a la península que le

despuebla el hambre, cara a cara de la triunfante germanía que a zarzuela y cohecho va bebiéndole el hueso a una generación desmemoriada y gitanesca, cara a cara del hábil tirano que nos corrompe hombre por hombre, en la almohada y en la mesa, que nos disgrega, que nos azuza a unos contra otros, que nos espolea la humana pequeñez, nuestros hermanos de Cuba, por la virtud de los diez años que nos consagraron y fundieron, por el sublime desafío que hasta el triunfo estará erguido para siempre en la sangre criolla, por la involuntaria virilidad y justicia del alma de Cuba, demuestran, a la menor solicitud, la potencia de agregación y salvación que late en la Isla. Lo demás es venda que se levantará; nube, que se descorrerá de la luz de los ojos; polvo, que se llevará el viento.—Y ahora se ve, a pesar de todas nuestras preocupaciones,—a pesar de la necedad con que hablan de cosas mayores la cultura superficial o la ignorancia,—en el simposio de ideas que sale de los corazones con motivo de la ley aviesa de negros y blancos. Cuantos vieron la luz, resplandecen con ella: Sanguily, Collazo, Carrillo. Nadie que estuvo con el honor y fue parte de él, quiere desmerecer de él: ni podría, aunque quisiera. El espectáculo es hermoso: hablan bergantes, en el afán de disimular, con pininos pulquérrimos, el pigmento que se les descubriría, con alzarles la primera piel: dícense, como si fuesen de docto, cosas de escolar: ténese, por no perder un saludo, o por empedernidos hábitos, decir lo que la humanidad enseña, por intuición y por análisis: háblase a media máscara sobre cosas en que se puede decir, con honra y provecho, la verdad entera: pero por sobre todo se vislumbra, en el reposo y media verdad de las ideas, la singular grandeza, de paz y de equidad, de la futura sociedad cubana. Nuestro pecado hoy no es más, acaso, que el de tenernos en menos de lo que somos. El servicio está en levantar las mentes caídas: en no abrir paso al desmayo ni al celo: en revelarnos, con nuestra fuerza real. Norteamérica calló sobre la esclavitud, y a ello debe la sangre odiosa de la guerra de secesión, y el fracaso probable de su república oligárquica e injusta. Cuba, que se tiene en tan poco, se dice, francamente, sus dudas y crudezas. Se estudia al sol, y se salvará. Cuba se salva.

Y de esta fuerza de reconstrucción, de esta tácita hermandad grandiosa, de esta agregación venidera, más potente que nuestra duda de ella o nuestro enano deseo de impedirla, nos parecen prueba elocuente estos párrafos de una carta de Rafael Serra a *La Igualdad*, de la Habana. Hoy, tambaleamos; pero la luz es nuestra, Serra dice:

“El último trabajo del señor Sanguily, titulado: “Negros y Blancos”, es una joya política. Sanguily ha crecido para la emigración y ha vi-

gorizado la esperanza en el corazón de los que vivimos y trabajamos para el porvenir definitivo de la patria.

El ilustre Sanguily ha venido a patentizar que los cubanos en general aspiramos al gobierno propio.

Unos se distinguen con el nombre de separatistas, y consecuentes con los principios democráticos, quieren la libertad de Cuba, con todos y para todos.

Otros, separatistas también en el fondo, se distinguen con el mote de autonomistas; pero inspirados por un espíritu egoísta y centralizador, quieren como medio para alcanzar sus fines, la anulación o el rebajamiento de la raza de color.

Sanguily prueba lo impracticable y lento de este injusto propósito. Sanguily dice que los negros no pueden acabarse ni por medios naturales ni por medios violentos; porque el clima los favorece, y porque la violencia sería un crimen que la historia castigaría con sus manos de acero. Yo me asocio a la opinión del ilustre Sanguily, y añado que el gobierno, astuto y avisado, no dará ocasión para que se realicen estos fines.

Por eso es un barco sin timón ni brújula el partido de la decantada autonomía.

Que con él poco ha de contar el negro, lo prueba el poco o ningún interés que se ha tomado ese partido en ayudar a levantarlos, y por último la glacial indiferencia con que se mantiene ahora mismo ante un acontecimiento tan visible y trascendental como el reconocimiento de los derechos civiles, puestos en vigor por un gobierno a quien echaban los autonomistas toda la responsabilidad de las viejas injusticias.

No creo que semejantes procedimientos sean buenos méritos para alcanzar el cariño de los negros.

Trabajemos, en tanto, por la consecución y el triunfo no lejano de nuestros ideales. Edifiquemos bien y no temamos a choques infundados, porque la paz sólo peligra, donde haya un sistema que produzca la indignación que excita la injusticia en el pueblo más dócil".

MARZO / 1894

1. A EMILIO NÚÑEZ
2. A GUALTERIO GARCÍA
3. AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ
4. AL GENERAL ANTONIO MACEO
5. AL PRESIDENTE DEL CUERPO DE CONSEJO DE CAYO HUESO
6. A JOSÉ DOLORES POYO
7. A MANUEL BARRANCO

1

A EMILIO NÚÑEZ

New York, 19 de Marzo [1894]

Sr. General Emilio Núñez

Emilio querido:

Con Vd. no puedo hablar a medias palabras, y es mucha la verdad que tengo que decirle, y mi necesidad y deseo de verlo. Soy aquel mismo hermano de Vd. que le conoce y ama el juicio y el corazón. De ningún modo desearía que volviese Vd. a Cuba, si es que está para volver, sin que hablemos largamente. Yo estoy en una grandísima labor, para la cual me he tenido que ir a Central Valley, a dos horas de New York, en casa de Tomás Estrada Palma, y allí estaré desde el martes, juntando muchos hilos, por unos siete días. Después, si antes no quiere darse Vd. un paseo por estas nieves, y verle la casa propia al patriarca, yo he de ir, un día al menos, a Filadelfia, a atender por mí a lo que en mi ausencia han desatendido los demás. Y se lo avisaré para que nos veamos.

Es justa, Emilio, y racional, la esperanza que alienta a

Su amigo

JOSÉ MARTÍ

2

A GUALTERIO GARCÍA

[Marzo, 1894]

Sr. Gualterio García

Gualterio:

Le escribo en el tren. Va carta a Poyo. Vds. verán eso de los clubs y la forma de tomarles el voto. Si creen que no hay peligro en invitación total del club, que cada Presidente reúna su club por secciones de

a cinco, y les tome el voto de delegado para la elección. Creo que puede proponerlo así. Y considerar tal vez, como miembros, los que por fuerza mayor de las circunstancias estén temporalmente ausentes. Esto me parece de justicia. Y Vd. en lo suyo, espere un poco, mientras lo nuestro adelanta a paso seguro. Tal vez el Cayo se arregla.

Su

M.

3

AL GENERAL MAXIMO GÓMEZ

New York 24 de marzo de 1894

Señor Mayor General Máximo Gómez

Mi muy querido General:

Gusto muy grande tuve con su carta, la más sabrosa y bella que he recibido de Vd. La mía anterior responde de antemano a muchos puntos de ella, y aun a todos, y sigue siendo para mí motivo de alegría y orgullo que mis pensamientos y deseos coincidan siempre con los de Vd. En la situación de Cuba, ha habido estos cambios, después de lo que le tengo escrito: el comisionado de Cuba (Santiago) ha vuelto, y por él, y a través de él veo el gran temor que el Gobierno tiene allí de la guerra,—el esfuerzo desesperado de hombres imperdonables—como Urbano Sánchez para contener la revolución, hasta con el esfuerzo desesperado, que no les daría efecto, de pretender aislarnos y dividirnos de la Isla con la creación allí de un partido independiente legal que no puede ser eficaz si no es sincero—en el deseo de paz de todo él y en su fe en la capacidad de España para conceder la independencia,—y que, por la diversa idea de España que hay en Cuba, y el miedo que inspira a la mayoría tímida y visible no puede ser sincero:—y como Guiller món continúa preso bajo una fianza de dos mil pesos que en *tres meses* no le ha podido conseguir ese mismo Urbano que se dice dueño del Oriente, y a mi juicio asesora al gobierno y ha hecho cundir el miedo entre los contribuyentes a la fianza, para que siga preso Guiller món, y él fungiendo de salvador suyo,—yo, para lección merecida, para crédito del Partido, y para encariñar aún más con nosotros a Guiller món, ordené a

un fiel amigo de allá, que es nuestra cabeza en la ciudad, y de lo más puro y distinguido de allá —Rafael Portuondo y Tamayo—que girase a la vista por los dos mil pesos que aún faltan: ojalá parezca a Vd. bien la medida: también he descubierto,—aunque suele uno pasarse de prudencia, y ponerse sin causa a dudar de lo que no debe,—que el Sartorius, de Holguín, es dudoso por lo menos: las garantías de que goza, aun después de la tentativa de Purnio,—su mala fama, la desconfianza que a todos parece inspirar en el Oriente,—la aspereza que muestra de cuando en cuando por no recibir noticias precisas e inmediatas,—el anunciar que se desbanda si no es para tal o cual día, y luego seguirse ofreciendo aun cuando no haya recibido explicación,— todo me hace temer que el oficio de Sartorius sea como el de Manuel Suárez, y tantos otros, que andan por Cuba husmeando dónde hay núcleos; y convidándolos, para que enseguida les caigan encima los pacificadores, o les deordene y aterre el espionaje, o les aplique el gobierno ya, como está haciendo en Oriente, la Ley de vagos:—he sido largo en esto porque me parece de interés.—Del Camagüey, es cierto cuanto Vd. dice, y algún impaciente, como Enrique, habrá que contenerlo; pero la cautela general de la comarca es freno bastante para ese peligro, y Enrique mismo nada osará, ni de ninguna manera lo pretende, sin el asentimiento del Marqués y los demás que Vd. sabe, ni lo considera necesario, viendo la importancia de una buena organización previa, y la verdad de que en ella estamos:—ni al papel fio un detalle que dentro de pocos días habrá influido poderosamente en aquellos ánimos, y servido de confirmación a los mensajes de Vd.;—ahora, ni al Camagüey ni a ninguna otra comarca, pero sobre todo al Camagüey, la dejaremos de la mano: hombre por hombre se sentirán agasajados, llamados, suavemente empujados, sin que en detalle alguno, ni siquiera en el de la forma que quieran dar a su organización local, pudan creerse víctimas de la menor intrusión directa o indirecta:—fio mucho, en las cosas de los pueblos,—y sólo en eso fio,—en la justicia natural del hombre, tratado con cariño y con respeto.—De las Villas, y de Occidente, la carta adjunta de Serafín le dice lo último. En lo de Collazo, según ya Vd. sabe, fuera de tenerlo convencido de mi desagravio y amistad, y de quitar pretexto a toda duda de él sobre estos puntos, y mantenerlo en la creencia que el sigilo de Vd., puede obedecer a cautela, nunca a desconfianza, nada he querido hacer, por conocerlo Vd. más que yo, y ser eso ya de la exclusiva jurisdicción de Vd. Juan Gualberto Gómez mismo, a quien envié recientemente una comisión sobre ese punto, nada le ha dicho de

ella. Ni yo, a Gómez, ni a nadie digo nada que pueda ponernos en peligro, o revelar la pista de los trabajos reales, o resultar más de lo que luego les cumplamos. Así se podrá crear alguna impaciencia, fácil siempre de enderezar, pero no se pierde ningún crédito. La masa, está, pues, bullente. A nosotros, el acabarla de revolver y darle forma. Ahora vienen las elecciones, en cuyas vísperas no sería de buen acuerdo en mi, tomar medidas que presupusiesen mi autoridad para realizarlas,—y pende nuestra entrevista. Con lo que definitivamente fijemos en ella, si para entonces tengo autoridad, ya verá cómo, revuelo sobre revuelo, y con aquella fe y seguridad en nosotros mismos necesarias para mover a los demás a ellas en un instante sumo, terminamos la preparación, y arremetemos, antes de que el enemigo nos crea prontos por mucho que sea su aviso. Esa es mi ansia de que nos veamos: no perder el tiempo,—no perder el crédito,—salir de la entrevista con aquel júbilo de cariño, y aquella mutua y total complacencia, que haga breve e irresistible nuestro empuje. Fijaremos un plan tal que todos sus detalles puedan, con prisa ordenada, desenvolverse dentro de él. Siento que sólo eso falta.

Ahora, respecto a nuestra entrevista: yo se la anuncio para allá, al mismo tiempo que Vd. me la anuncia para aquí. Mi impulso, que hubiera obedecido, aunque Vd. me regañase, o pensase mal de mí, o me creyese ambicioso y acaparador, fue—y es—irme allá enseguida, por considerarlo así menos anunciador y aparatoso y más seguro para nuestros planes de acción inmediatos, y la gente que tiene por Cuba la garra al cuello. Vd. es grande y bueno, y no me habría regañado, ni me regañará, si las cosas de por acá me dejan libre, y salgo en el primer vapor, previo aviso, y caso de no haber recibido antes su palabra *imposible*, en cuyo evento no me moveré de aquí. Pero me han atado dos obligaciones locales: una, un embarque a que quería atender por mí mismo—y otra, el aviso del Cayo, muy importante—si se efectúa el anuncio—para el efecto en Cuba, de que, si ha desaparecido para fin de mes la oposición de los yanquis, ya espantados de su obra, reviva en todo vigor con mi presencia la organización revolucionaria,—esto es, reconozca el Cayo con las ventajas consiguientes a los cubanos que lo pueblan—el próximo 10 de abril.—Vd. ha andado por allí, y ve de sobra la conveniencia de esta ostentación sin peligro, porque para los cubanos humillados y echados de allí es como una toma de nueva posesión, que no podemos negarles, y ante Cuba, ella, y la moderación y entusiasmo con que se podrán hacer, son de más efecto aún que la impresión de orden y super-

vivencia de nuestras emigraciones que hemos causado y mantenido en la Isla, para que no crease allí descrédito o flojera el desbande del Cayo. Eso, lo del 10 de abril, puede y no puede ser: Ahora están contendiendo unos yanquis contra otros que fue lo que pretendí con toda mi actitud, y el artículo “A Cuba” y de ellos mismos, de la mayoría comercial, es el pensamiento de que yo vaya. Una docena de empleados, federales y locales, con el Cónsul español atrás, son los que se oponen a esa reivindicación, que tiene hasta ahora ciertas probabilidades, por ser verdadera la decisión de los cubanos de irse, si no se les repone pública y decisivamente en todos sus derechos. Y eso me ha clavado aquí.—Su juicio de usted sobre la relativa falta de importancia en nuestra campaña actual, es muy exacto; dado ya el ímpetu, es de sentirse el trastorno,—y he sangrado de él, por su brutalidad e injusticia, pero, salvo unos miles de pesos, no influye fatalmente, ni siquiera de modo grave, en nuestra labor. Mas, sería imposible, por el efecto en Cuba, y el natural deber de cuidar por el bien y respeto de los nuestros, y la ventaja de renovar, el entusiasmo agradecido de aquella colonia,—dejar de ir en el momento oportuno. Eso, repito, con la otra razón, hacen que vaya esta carta en lugar mío.

Y su carta, en este punto, me puso perplejo. Como yo creo que es de importancia vital, de importancia indecible, que el gobierno,—acostumbrado a tener en poco la gente de levita negra—no vea movimiento de jefes que presagie—con tiempo suficiente para estorbarla—una concentración inmediata, ni pueda tomar pretexto de ella para persecuciones o violencias en la Isla,—y como este Nueva York no es hoy ni más ni menos, salvo un poco más de fe y actividad en nuestra gente humilde, que el rincón perezoso y fósil que Vd. conoció, porque no está en lo humano que sea más, y yo mismo no vivo aquí sino por la tradición, y por las facilidades, en esta plaza tumultuosa, de compras y envíos,—sólo vi peligros, en vez de beneficios, para la seguridad relativa de los movimientos futuros de Vd., y para cierto resguardo aún posible de nuestras labores militares, y para la salvación, que ansío, de la gente comprometida y peleadora de la Isla, en este viaje, imposible de ocultar, de Vd. a Nueva York. “Vuelo a allá” me dije. “El lo comprenderá en cuanto yo le explique”. Pero no podía ir, por esos otros deberes. Y luego ¿si él no me conoce aún bien, y yo no he hecho cuanto debo para que me conozca mejor, o tiene otra razón que yo no sé o cede más de lo que debe a la naturaleza humana? Este Nueva York ya él se lo sabe de memoria,—ya lo conoce como es, frío e inútil, sin más pujanza que la que a obra muy

lenta le hemos podido infiltrar, y la de haber cerrado hasta hoy en el camino al enemigo: pero ¿si puede él creer que tengo yo causa alguna, o algún miedo, que me mueva a impedir su venida a Nueva York? ¿si quiere él ver por sus ojos, aunque yo jamás le he dicho que haya por aquí más de lo que él conoce?—Y así estuve, General, luchando, entre mi deber de exponerle la inconveniencia que a mi juicio había en su salida de Santo Domingo, para Nueva York o para cualquier parte, y mi temor de que esta opinión mía le pareciese mezquina, personal, interesada. Ya se lo he dicho todo. Vd. ahora juzgará. Mi ida allí, si a los Clubs, sí tendría el inconveniente que señala Vd., a pesar de que hayan cambiado los tiempos, según Vd. me dice, y yo prevía; pero ¿qué tengo yo que hacer en los Clubs, más de lo que Vd.—y Paquito y Mayía.—han hecho? Yo me echo al camino, y paro en La Reforma. Lo veo, arreglamos, y vuelvo. Eso sólo haría, a menos que Vd. no creyese allá prudente hacer otra cosa, o que viera yo a Lili, ahora que está allí el afectuoso Guelito. De mi viaje a allá, veo la ventaja de que no será de tan riesgosas consecuencias, porque paso como hombre de chupetín, que ya ha ido allá dos veces sin salir con la guerra debajo del brazo: y del de Vd. acá veo la desventaja de ser ya una declaración demasiado cercana, y el pretexto que en Cuba el gobierno anhela, y la posibilidad de que, cualquiera que sea el estado de las cosas hoy allí fuese ya pública la situación de Vd. a la vuelta, y no pudiese Vd. obrar con el desembarazo con que hasta hoy. Esa es mi verdad. Y si lo del Cayo no se hace, lo cual sabré antes del primer vapor,—y no recibo de Vd. la palabra *imposible*, allá voy, con el correo siguiente, a que me premie la vigilancia con un buen abrazo, a reserva de que, si Vd. me lo tiene a mal, o cree el viaje útil, lo haga después de esta cabezada mía. Por eso, para exponerle estas razones, le pondré un cablegrama diciendo: “*Espere carta Saguinau*”. Y aun cuando vaya al Cayo, volveré para el otro correo,—o me voy por otro lado, si se llega más pronto. Y eso evitaría la necesidad del viaje de Maceo, a quien por carta—o viaje allá de un emisario fiel y barato—podemos hacer llegar las órdenes de Vd., sin la publicidad, a mi juicio funesta, de su viaje, y los otros inconvenientes que Vd. con razón señala: porque, si se nos empiezan a ir cien rifles de cada gira ¿cómo estaremos donde estamos, que al fin nos permite, a economía salvaje, que no falte lo preciso para la acometida? Ya callo sobre esto. Y siempre he de decirle—y así me querrá más— todo lo que tenga en el corazón.

Sobre la carta de Gato, de que habla Serafín,—y que creo idea feliz,— como yo no estaré aquí para la segunda firma, a menos que Vd.

no haya venido, creo oportuno que Vd. la envíe a Serafín, que ya tendrá otra mía. Y a Juan Gualberto Gómez el aviso necesario, para que sobre ese terreno trabajado opere a la vez con fruto. Hasta hoy, el no pedir, y el adelantarlo todo visiblemente sin pedirles, ha ayudado a crear ese respeto. Ya se puede con decoro aprovecharlo.

Con Julio, sigo, hasta verlo a Vd., la conducta indispensable que en mi anterior le dije. Es mucha la tristeza del mundo; pero bastan a compensar de ella hermosuras como las que de vez en cuando vemos en él, y abnegaciones como la de Vd., y alegrías tan hondas y puras como ésta que me dio su última carta. ¡Qué anhelo de verlo, y de conocer, mano a mano al lado de la cama de hierro bien querida, a Mayía y a Paquito! Será gusto que me consuele de la fealdad y codicia de este mundo, y de la amargura incurable con que todo hombre sencillo y bueno ha de vivir en él.

Su

JOSÉ MARTÍ

Pienso mucho en su casa. No hay aquí los cuatro volúmenes de Collazo: irán enseguida.

4

AL GENERAL ANTONIO MACEO

New York, 24 de marzo de 1894

Sr. General Antonio Maceo

Mi amigo muy querido:

No es ésta la carta que le quiero escribir; pero el bullicio que me sorprende hoy en la oficina, a mi llegada de Filadelfia, adonde vuelvo enseguida, no me podrá impedir que calme su hermosa impaciencia con un abrazo,—me alegre con Vd. por las cosas de allá, en lo poco que, según parece, ha de durar,—y le diga cómo, por mis propias manos, aunque tiran de duro el gobierno asustado, y los cubanos cobardes por arrancárnoslos, o enredárnoslos, van pasando, más juntos y fuertes cada vez, los hilos de la situación en que toca a Vd. tan señalada parte. ¡Lo que yo espero de Vd! ¡Lo que yo deseo para Vd! De eso callo, por el

miedo de siempre de que le parezca el cariño interesado. Así, pues, le diré al vuelo que volvió de Santiago la comisión y con ella la certidumbre de que nuestro pobre Urbano,—aunque bastante influyente para pretender cerrarnos el camino, sin confesarlo jamás, y sin que sea de temer,—no tiene influjo para acabar de juntar los \$2,000 que acaso él mismo contribuyó a hacer que se exigieran a Guillermo Moncada de fianza. En resumen, que si él pudiera, que se metió en la comisión sin irle a él, estorbaría la trama revolucionaria, que en sus detalles desconoce: que, para ejemplo ante aquella sociedad, crédito del partido y efecto natural en el ánimo de Guillermo Moncada, he autorizado a que se pague enseguida lo que falte para su rescate: que, por sobre la opinión de Urbano, todo seguirá el camino que Vd. más que nadie puede abrir, y es como Vd. me dice en sus cartas.

El Camagüey se ha fortalecido en estos días, de modo que no oso fiar al papel.—En las Villas las cosas entre Carrillo y Serafin, y lo que necesitan y tendrán, porque lo pueden tener, siguen cada vez más apretadas.—El Occidente, por un lado u otro, con movimiento espontáneo, continúa disponiéndose y librándose hasta hoy de la pesquisa desesperada de los falsos revolucionarios, que cunden hoy por la Isla.—En conjunto la masa está hirviendo y yo no creo que se la pueda tener hirviendo mucho tiempo, ni que esto se ha de hacer a retazos aislados, sino antes de lo que se espere y todo a la vez. Y para fijar esto, de lo cual tendrá Vd. inmediatamente noticia, veo dentro de la primera quincena del mes próximo al General Gómez, que envió copia de su carta a Vd.—Una cosa hay en ella que me atrevo a creer riesgosa, por el aviso excesivo que con ella se daría,—y es el viaje de Vd. a este inútil y escandaloso Nueva York: preferiría, caso de extrema necesidad, darme el gusto para mi íntimo, de ir a verlo yo, caso—lo cual no espero—que tuviéramos tiempo para tanto, con lo demás que me toca por hacer: o elijamos, si la entrevista se estima indispensable, otro lugar menos público. Pero, ¿qué lugar no será igual para esto y dónde iremos que no se sepa? ¿Para qué sirve mi levitín negro, sino para prestar estos servicios, sin llamar la atención? ¿Qué más desea Vd. sino que le envíe yo lo necesario, al lugar que, según lo que el General Gómez acuerde, elija Vd. para un arranque unánime y serio? Ni ¿qué más garantía querrá Vd. que la de este hombre que consideraría un crimen arriesgar sin causa la vida de Vd. y la de los cubanos? Todo eso se lo expreso hoy mismo al General; y si no he de ir a lo muy urgente—a confirmar la reacción cubana en el Cayo, con el efecto natural en Cuba—por el vapor próximo

salgo a ver a Gómez,—a acordar de hecho y a detalles fijos, la campaña total e inmediata que se está esperando en la Isla:—un plan completo, que no necesite revisión, ni ostentación riesgosa.

El General Gómez se muestra muy contento, y por él, y por todo lo demás, veo que a su alrededor está Santo Domingo muy activo, y—a diferencia de hace un año—favorable. De la Isla, hasta hoy, no llega a Gómez respuesta alguna de desaliento. No necesitamos, en verdad, más que el orden que viene de un concepto claro de la situación, y la decisión de obrar conforme a ella,—y una economía de avaros, para hacer mucho con lo poco que tenemos, y no se nos vaya la substancia en preliminares. Aquí acabo muy contra mi gusto. La semana que viene le vuelvo a escribir, y a María, cuya voluntad me he enajenado, por esta vida mía, que no me deja escribir, y mi sinceridad, que cree siempre innecesario decir lo que se tiene de veras en el corazón.—Ni a Pochet y su inolvidable mujer, ni a nadie de allá escribo,—para que no me crean pedigrüño:—mejor es que me tengan por olvidadizo, o por ingrato, que es lo menos que en este mundo soy. Y les pediré, cuando aún estemos más cerca que hoy de la realidad, ya por fortuna, tan cercana.—Adiós. No se entibie en Vd. el recuerdo de su amigo,

JOSÉ MARTÍ

5

AL PRESIDENTE DEL CUERPO DE CONSEJO DE CAYO HUESO

New York, marzo 24 de 1894

Sr. Presidente del Cuerpo de  
Consejo de Cayo Hueso

Señor Presidente:

Esta Delegación, teniendo en cuenta antes que todo, el respeto que lebe a esa ciudad, cuyo patriotismo no necesita de espuela alguna, interrumpió de propósito toda comunicación con ese Cuerpo de Consejo durante los días tristísimos de ingratitud y amenaza que han afligido a Key West para que las excitaciones patrióticas que el Delegado pudiera hacer no contribuyesen, por la dificultad de atenderlas, a aumentar la zana, o el peligro, de cubanos, como los de Key West, que a la Delega-

ción son tan caros, y nunca han sido más fieles a su país y a su independencia que en estos días precisamente en que el patriotismo no ha podido servirse de comunicaciones oficiales.

Hoy mismo no desea aún el Delegado obligar a los clubs—con la obligación moral del recuerdo en quien conoce su deber—a ningún acto que pueda poner verdaderamente en riesgo la seguridad de la persona cubana ahí; o dar pretexto a la menor intranquilidad. La situación ha cambiado sin duda, en Key West grandemente; pero acaso no es aún la que debe ser. Y una de las razones del Delegado para su voluntario silencio, es su absoluta seguridad de que—aunque hayan tenido que descuidar sus reuniones y cuotas, por el estado de la localidad—los Presidentes de los clubs, favorecidos por los mismos sucesos locales, los habrán mantenido juntos en espíritu, y al habla para el momento necesario. Por eso la Delegación, mientras con todas sus fuerzas y aptitudes, trabajaba por el bienestar de los cubanos de Key West, ha fiado totalmente la conservación de la organización revolucionaria en esa localidad, al patriotismo, a la fidelidad, a la abnegación de los señores Presidentes. Tan segura está la Delegación de que, a pesar de los trastornos recientes, conserva el Cuerpo de Consejo en su seno, números suficiente de mantenedores de la organización en que tiene hoy Cuba toda su esperanza, que no se dirigiría el Delegado hoy a ese Cuerpo, a no ser porque el cumplimiento de un deber reglamentario y solemne no le permite pasarlo por alto. Mientras que los cubanos de Key West han estado sometidos a una condición que el Delegado no recuerda sin indignadas pesadumbres, la obra revolucionaria ha continuado su trama, y tiene hoy una dignidad tal, y goza en la Isla y fuera de ella de tal crédito, que a menos que no sea absolutamente imposible, deben los cubanos que la inauguraron mostrarse dignos de ella.

Deberes patrióticos y de grande urgencia han tenido ocupada en estos días a la Delegación; pero ella prepara, y tiene al terminar, el informe del año a los Cuerpos de Consejo, al que acompaña el de Tesorería, y en anticipación a él, debe hoy recordar a ese cuerpo que se acerca la fecha en que terminan la autoridad del Delegado y el Tesorero y exigen los Estatutos nuevas elecciones. Acaso nos reserve sorpresas gratas el futuro inmediato, y puede ser que la fecha cercana sea, por más de un motivo, digna de recordación; pero de todos modos—como que el acto de la votación de los clubs es totalmente privado y seguro, aun en las condiciones por que pasa hoy esa localidad—ese Cuerpo de Consejo podrá tomar las medidas especiales que crea necesarias, a fin de que

los clubs existentes cumplan con este deber de los Estatutos. La Delegación, por su parte, cuidará, caso de que para esa fecha sea aún preciso, de que la publicación del voto sea hecha de modo que por ningún lado se pueda sacar motivo de ella para la menor violencia ni persecución. Ya se observa en las emigraciones el movimiento espontáneo, y puede decirse sin exageración que entusiasta, con ocasión del día 10 de abril. Los Clubs de Filadelfia se disponen unidos, a conmemorarlo. Todos los clubs de Nueva York se reúnen en la semana próxima. Key West ve de cerca los preparativos de Tampa y Ocala. Sea cual sea la merma que los clubs de Key West hayan sufrido en la situación de terror y emigración a que la localidad está aún sujeta, los clubs restantes, núcleo primero y glorioso de la actual organización revolucionaria, figurarán con sus compañeros en la ocasión de confirmar la obra que, en la hora más nublada de nuestro país, ha venido a demostrarle la capacidad de sus hijos para el pensamiento, el sacrificio y el orden.

Con la íntima y ardiente esperanza de que la duda y angustia que sufrimos hoy en Key West se conviertan pronto en restablecimiento y sosiego, saludo en Vd., señor Presidente, a los clubs valerosos que sin miedo excesivo a una situación hostil han mantenido en curso la organización revolucionaria. La crónica de Key West, que es la de nuestra libertad, no olvidará sus nombres.

El Delegado  
JOSÉ MARTÍ

6

A JOSÉ DOLORES POYO

Nueva York, marzo 25 de 1894

Sr. José Dolores Poyo

Poyo querido:

Hasta este instante, todo parece ya hecho. Aguardo telegrama confirmatorio de Washington. Tal vez Rubens vaya triunfante por el correo que lleva ésta. Llegué a Washington, vi que se quería dañar el caso por mi permanencia allí y darle significación política, preparé un informe íntimo, que no debía ser ineficaz para Gresham, y me he estado callado en Nueva York evitando toda publicidad, puesto que la actividad

esta vez consistía en no tenerla. El caso parece ganado; pero aun perdido, habría ganancia en él. Todo queda más pujante y compacto, más maduro para la obra inmediata. Juiciosísima la idea de Vd. del manifiesto local. Yo aquí entre contento y angustiado. De Maceo recibí ayer respuesta enteramente satisfactoria a la Delegación y al General Gómez, que transmito sin pérdida de tiempo. Todas las comisiones mías están ya en la Isla. Pero hoy llega correo de Santo Domingo, y sólo he recibido carta indiferente. Los espero de G. por vía privada. No me deja quieto la inseguridad en que aún estoy sobre el carácter positivo de las órdenes que parecen ya expedidas ordenando el reembarque.<sup>14</sup> El sábado le vuelve a conversar su

JOSÉ MARTÍ

Muy contento vino Rubens de los servicios e inteligencia de Manolo.<sup>15</sup>

7

#### A MANUEL BARRANCO

Nueva York, 27 de marzo 1894

Sr. Manuel Barranco

Mi muy querido Manuel:

A su vuelta de Tampa estaba aguardando, para contestarle la carta que me envió por Benjamín<sup>16</sup> y en la que de la pureza de la indignación le nacieron a Vd. frases preciosas. Ya Vd. se olvidó de ellas, y las escribió como sin sentir; yo no las he olvidado: eran aquellas en que, sin poner mientes en las ilusiones y el dinero que perdía, prefirió Vd. a su interés de comerciante su decoro de cubano. Que se lo olviden otros: yo se lo tendré siempre en cuenta. Por no habérselo escrito no me tache. Odio la pluma. Y me tiene, además, sin gusto para nada, sobre todas

<sup>14</sup> "Se refiere a los tabaqueros españoles que fueron a romper la huelga de *La Rosa Española* en enero de 1894, y cuya expulsión, por violar la ley de inmigración, gestionaba un comité de que formaba parte el actual Magistrado de la Audiencia de Camagüey, Miguel Alvaro Zaldivar, asesorado por el abogado Horatio Rubens, nuestro mejor amigo, al que auxilié en mi carácter de Notario Público". (Nota de Manuel P. Delgado).

<sup>15</sup> El ya citado Manuel P. Delgado.

<sup>16</sup> Benjamín Guerra.

mis cavilaciones, lo que a Vds. por allá les sucede: ya no he volado de aquí, a una junta urgente con personas mayores, por mi deseo de verlos allá en paz con esa conqweria arrepentida, o echando raíces, siempre flojas por desdicha, en algún otro rincón donde dure la complacencia por lo menos tanto como les dure el provecho. Uno de los pocos recuerdos gratos de la pena de estos meses será el de esa carta de Vd. donde le vi tan bello el corazón cubano. Ya Vd. sabe que para mi la expresión sencilla de virtud es la única fuerza, en la vida y en la literatura.

Antes de otras cosas, le hablaré de Agustín.<sup>17</sup> A Agustín siempre lo tuve entre aquellos pocos niños que desde la primera ojeada hubiese deseado criar como hijos propios a mi alrededor, si nouviésemos ahora esa otra hija triste, que nos pide cuanto tiempo y brío tengamos para redimirla. Así es el hijo de Máximo Gómez, el mayor, y el de un isleño que estuvo en presidio conmigo, Montesinos; y esos dos mocetones de Fernando,<sup>18</sup> que son todo mesura y candor; y Ernesto, el hijo de Carmita,<sup>19</sup> y Samuel, un caraqueñito de cinco años, que dice que me quiere mucho, porque yo soy "Amigo—amigote". Con ellos me hubiera ido a un rincón de la naturaleza, a desenvolverles en el estudio directo de las fuerzas del mundo, el juicio cordial y equilibrado. Agustín me cautivó siempre por su ternura reposada y cōcorosa, por el desinterés y la presteza de sus servicios, y por el orden de su carácter y de su pensamiento. Imagine con que gusto vería yo en las manos de Mercedes el número del periódico en que está esa famosa biografía por el lindo enano. Vea como el tema se desarrolla, y cada porción de él es completa y vive por sí. Me recuerda a mi padre, grande y burdo, que me dijo una vez: "Yo junto las partes, economizando el todo". Agustín será un hombre brillante y honrado.

Ahora, como que está Vd. en viaje para la Habana, le pondré aquí, como respuesta de viva voz a la carta que me vino por Vd., y por si no ha llegado otra escrita, lo que quepa en el papel. No hay la menor razón para confusión ni inquietud. Se ha adelantado,—sin más obstáculos que los que exige la salvación de las personas indispensables de la Isla, y el tiempo para entrevistas y acuerdos, de los de adentro con los de afuera, y el de éstos entre sí, en estricta conformidad con las explicaciones anteriores, y lo que dije al último enviado matancero, y mandé a decir con mis dos enviados últimos. La obra actual consiste—porque afuera

<sup>17</sup> Hijo de Manuel Barranco.

<sup>18</sup> Fernando Figueredo.

<sup>19</sup> Carmen Mantilla.

nadie hay negado, y se trabaja con ansia y amor—en apretar un poco más la gente en lo de adentro, porque la gente escarmentada quiere ir sobre seguro. Yo me impaciento a veces, y aun creo en alguna ocasión tener causa para más, pero mido la roca que estamos al mover, y comprendo que los que estuvieron con el hombro a ella diez años, y se conocen, y a momentos se temen, deseen componer la campaña de modo digno del enemigo y de sus nombres. Si me he impacientado, y no he tenido razón. Acaso se dejó, de alguna parte, para más tarde de lo debido cierta especie de preparativos; pero la amplitud y sinceridad con que se recupera hoy la demora, me tienen satisfecho: se está con verdad, y no se pierde minuto. Y fíjese en este punto concreto: si no se ha hablado aún a éste o a aquél, no es en modo alguno culpa mía, ni señal de que en otras comarcas no se haya hablado a otros, sino silencio voluntario y estudiado de la cabeza mayor en esas cosas, que teme de los mismos que ama, por lo que los rodea más que por ellos,—a quienes hablará sin duda, y pronto,—pero a quienes, en lo concreto que ellos desean ya con razón, y que por otras partes está tan adelantado, no puedo dirigirme yo,—en la constitución delicada y tierna de la doble autoridad con que nos vamos guiando,—sin violar el derecho ajeno, asustando a un colaborador tan sincero como receloso, y sin alterar un plan de hombre escarmentado y experto que sin duda alguna comprende a los mismos que se creen fuera de él. Esa es la única dificultad que hemos encontrado: la de ir urdiendo la trama adentro por entre los tímidos, los indiscretos y los traidores. Pero todos, a la vez, por todas partes, con toda nuestra fuerza, estamos cumpliendo nuestra obligación. Sobre el regalo que prometí enviar, lo que digo hoy es lo que siempre dije. De ningún modo conviene que cosas así estén donde se las pueda descubrir, o abusar de ellas, sino que es decisión natural—que sólo a los que desconfiasen sin derecho puede parecer inoportuna retener el envío, que se sabe fácil, y en cuanto a mí, seguro, hasta que se esté a punto de usar de él. Las probabilidades de un depósito salvo, en cuanto estas cosas lo sean, acelerarían el envío; pero hasta ahora el riesgo patente, en cuanto a allá, y confusión sobre recibo y depósito, han sido tales,—y tan naturales,—que no justifican cosa tan grave como la que pudiera dar pretexto a la pérdida,—o al riesgo inútil por la falta de acuerdo— de las vidas de los mismos impacientes. Pero de ningún modo se ha de temer que falle el envío. Harto lo prueba el último mensajero que se envió a preguntar, cuando creí que—por una orden prematura que se pudo prorrogar sin alarma ni descrédito—iba a ser el envío inmediatamente ne-

cesario. Aquí tengo la clave para enviar a buscar el amigo que se ofrece y he recibido la confirmación de la oferta. Que allá, en cuanto a los que no han recibido aviso, no se desmaye, que ya se sabe por qué es: y en cuanto al envío, que tengan por su parte tan bien estudiado como puedan, el punto, todavía para mí totalmente confuso, del recibo. Y al gran amigo de la Habana, que se penetre bien de la situación, y obre en todo conforme a ella. Se va adelante, sin tregua, bien, con todas las alianzas posibles, con todas las necesarias: se va con una voluntad decidida, y común, e igual en todos, a un fin unánime, tanteando naturalmente el terreno: por todas partes a la vez se va pareando, esparciendo, reconociendo los peligros, viendo con quien y con quien no, para la hora final: que allá todo se mueva en esa expectación, y se incline por esa vía. Pero hágase eso sin dudas, sin conturbaciones, conformándolo todo a esa situación, porque así es; y si dejara de ser, enseguida se avisaría. Yo, por mi parte, no cometo crímenes. Ahora, en cuanto a la Habana,—vaya como un detalle,—el cuidado es muy grande de parte nuestra; porque la sabemos empedrada de peligros: la obra de una revolución tiene horribles sorpresas. Vamos a entrar en un mes fructífero, decisivo. No sé, a esta fecha, si de aquí a pocos días tendré autoridad, o no; si la tuviese y nuestros proyectos siguieran como van, saldré a grandes ajustes, sobre lo mucho hecho en estos últimos meses, y volveré con las medidas ya maduras y necesarias. Acabo, para alcanzar el correo. No tome ejemplo de mí, en cuanto a escribir, y respóndame a vuelta de correo, sobre todo, en cuanto a lo de la Habana. De ahí, aguardo ansioso.

Su

JOSÉ MARTÍ

**DE *PATRIA*, NUEVA YORK**

**31 DE MARZO DE 1894**

**LOS CUBANOS DE JAMAICA Y LOS REVOLUCIONARIOS  
DE HAITÍ**

## LOS CUBANOS DE JAMAICA Y LOS REVOLUCIONARIOS DE HAITÍ

Entre los objetos infames de las agencias españolas en el extranjero está, naturalmente, el de avivar el miedo que los cubanos pudieran tener a la revolución, por suponer que con ella viene lo que uno u otro timorato o espía osa llamar "guerra de razas", olvidando la suprema lección de los diez años creadores, cuando morimos tantas veces juntos, unos en brazos de otros, y con los disparos gemelos de nuestros fusiles oreamos el aire tenebroso para que sea palacio pacífico de la libertad. Juntos, rodilla a rodilla, echamos un mundo entero abajo. Lo que queda son las ruinas, y andamos desembarazándonos de ellas: se tarda un poco, de tanta púa y sierpe que nace entre los muros caídos; pero ya vamos a llegar al claro. Habrá duelos de ojos, y lenguas atrevidas, y demagogos que se pongan de cabeza de la preocupación negra o la blanca, y grados de aseo y de cultura, que son los mismos que ya hoy tienen los blancos entre sí, y los negros como ellos; pero si una mano criminal, blanca o negra, se alzase, so pretexto de colores, contra el corazón del país, mil manos a la vez, negras y blancas, se la sujetarían a la cintura, y se la clavarían en el costado. Lo que queda son las ruinas. A los disparos gemelos de los fusiles, anunciamos, con el fuego creador, el alumbramiento de la libertad. El sargento Oliva, cargó al teniente Crespo a sus espaldas. El Marqués de Santa Lucía enterró al negro Quesada junto a su hija. Lo demás son chacales, que rodean, con el hocico por el suelo, el cadáver de la esclavitud.

Lo demás son las agencias del gobierno español, dentro y fuera de Cuba, para que los cubanos blancos crean que la revolución acarrearía el predominio violento de la raza negra; para que los cubanos negros, azuzados en la preocupación de raza, se divorcien de la revolución, que les quitó la cadena de los pies, que abrió su vida despreciada al mérito de los combates y a la autoridad de la gloria, que es en Cuba la única

que ama al negro, porque en la prueba común del valor, y en la larga hermandad de la guerra y el destierro, ha aprendido naturalmente un respeto y cariño superiores a la arrogancia y desvíos de la preocupación.

Cree el gobierno de España, por la opinión de cierta especie efímera de cubanos, que hay en Cuba—contra toda verdad—un miedo sincero al predominio de la raza negra en la revolución; sin ver que los que así denuncian la inclemencia de su corazón o la escasez de su ciencia social no son más, relativamente a nuestra población, que lo que respecto al número de abusos del Norte, son los miembros de la sociedad secreta de blasones en los Estados Unidos. Ya en Cuba está planteado el problema inevitable de todos los pueblos, y ese es en realidad el único problema de Cuba, que explica las confusiones aparentes del país, como explica la catástrofe de la guerra: la minoría soberbia, que entiende por libertad su predominio libre sobre los conciudadanos a quienes juzga de estirpe menor, prefiere humillarse al amo extranjero, y servir como instrumento de un amo u otro, a reconocer en la vida política, y confirmar con la justa consideración del trato, la igualdad del derecho de todos los hombres. No lo entenderán los cubanos, tal vez, ni pensarán en esto tanto como debieran; pero la campaña por la independencia significa en Cuba la campaña por la libertad, y las resistencias a la revolución, son, todas, de ese partido de amos encubiertos—nacidos muchos de las mismas clases que aborrecen—que queda fatalmente tras toda oligarquía, y se produce, por la altanería, y codicia naturales al hombre, en todas las repúblicas. Quien ama a la libertad, previsor y enérgico, ama a la revolución. Quien la combate, ayuda a levantar en Cuba, llena de hombres humildes y viriles, la tempestad que, en las corrientes del mundo moderno, ha de desencadenar la división de un pueblo—dado a la rebeldía por su misma larga carencia de derechos—en casta aristocrática,—en Cuba muy risible,—y mayoría tratada con injusticia o desdén. No es lomo tranquilo el pueblo cubano. Quien se le siente encima, aunque sea con albarda adobada y sedosa, no tendrá tiempo de entrar el pie al estribo. No nos ofusquemos con nombres de independencia, u otros nombres meramente políticos. Nada son los partidos políticos si no representan condiciones sociales. De un lado están en Cuba, vestidos de señorío, el hábito del logro injusto, y el desprecio, a veces brutal, del hombre humilde: y eso trabaja, inicu y sordo, dentro y fuera, por cerrar el paso a la revolución. De otro lado está la aspiración ardiente e invencible a la libertad, buena y sincera, que es la única base firme de la paz y del trabajo. Los soberbios son los enemigos de

la república: los únicos conservadores verdaderos, los que juntan y apaciguan, son los liberales. Lo que no conservan, es el odio y la altanería. La soberbia: eso está contra la guerra en Cuba. La justicia, la igualdad del mérito, el trato respetuoso del hombre, la igualdad plena del derecho: eso es la revolución.

Sobre esos miedos se apoya, sagacísimamente, el gobierno, y creyó atizar el de las razas, insinuando, con el alarde de un cablegrama, a propósito de la encubierta salida del vapor "Natalic", con rumbo a aguas haitianas, que los revolucionarios cubanos estaban en tratos secretos con Haití. Es tierra Haití tan peculiar como notable, y en sus raíces y constitución tan diversa de Cuba, que sólo la ignorancia crasa puede hallar entre ellas motivo de comparación, o argüir con la una respecto de la otra. Hay diferencia esencial entre el alzamiento terrible y magnífico de los esclavos haitianos, recién salidos de la selva de África, contra los colonos cuya arrogancia perpetuaron en la república desigual, parisense a la vez que primitiva, sus hijos mestizos, y la isla en que, tras un largo período preparatorio en que se ha nivelado, o puesto en vías de nivelarse, la cultura de blancos y negros, entran ambos, en sumas casi iguales, a la fundación de un país por cuya libertad han peleado largamente juntos contra un tirano común. Haití es tierra extraña y poco conocida, con sus campos risueños como en la soledad de flores de oro del África materna, y tal gentío ilustrado, que sin que quemem los labios puede afirmarse que ese volcánico rincón ha producido tanta poesía pura, y libros de hacienda pública, jurisprudencia y sociología, como cualquier país de igual número de habitantes en tierras europeas, o cualquier república blanca hispanoamericana. Callarlo sería mentira,—o miedo. Pero la revolución cubana, que ha de entrar a su labor sin confusiones ni sustos, no tenía con Haití los tratos que publicaban las agencias españolas. Ni los tenían en modo alguno, tácitos o expresos, los cubanos de Jamaica, contra lo que dijo el cablegrama de Nueva York: más no había para qué perder tiempo, y respeto propio, en negarlo. Cuando las obras defienden, no hay por qué defenderse. Los honrados se juntan, y los bribones los lapidan. De un lado están los que tienden las manos incansables a la humanidad: de otro, aquellos demonios de Santa Teresa, "los que no saben amar". La gente pura se adivina y acompaña: de las cárceles, de los presidios, de la holgazanería inmoral, de los vicios misteriosos y sedientos, del odio, en ciertas almas esenciales y espontáneo, recluta el gobierno de Cuba las agencias españolas. Los redime,

los disciplina, y nos los clava, en Cuba y afuera, a envenenarnos el corazón. No los toma en cuenta la revolución, hartó ocupada.—“Ningún tirador bueno—dijo Walter Scott—pierde en cuervos la pólvora”.

El *Herald de New York* desmiente al fin el rumor vil, de boca de los cubanos, justamente indignados, de Jamaica.

## ABRIL / 1894

- 1-2. A GUALTERIO GARCÍA
3. A JOSÉ FRANCISCO PÉREZ MACÍAS

## A GUALTERIO GARCÍA

New York, 3 de abril de 1894

Sr. Gualterio García

Mi muy querido Gualterio:

Esta carta sí se la respondo enseguida, porque no quiero que por mi silencio vaya Vd. a tener un solo día de inquietud o duda. En redondo, y antes que todo, tristísimo como es ver el desbandamiento inevitable del Cayo, por la suma de virtud nuestra que se ha empleado en él, no debe quedarle más pena que esa al abandonarlo. Con más brío, de aquí a dos o tres meses,—con todo el brío fomentado por este desengaño último—recomenzarán los trabajos que *han de ser, ya sin excusa, estemos como estemos, tales como los compuse hace poco más de un año*,—con más vigor que nunca.

Estos trastornos—por su mismo pavor y brutalidad—han sido benéficos a Cuba. Siempre el Cayo quedará existiendo, aunque empiezo a temer de veras por su suerte final, porque el núcleo purificado que en West Tampa se levante, el descrédito y tribulaciones de lo que quede, la cólera sorda de los cinco desposeídos despertará el éxito probable de los zapadores, y la tendencia de las masas a seguir el número mayor, son causas naturales y ya visibles de la disgregación que me ha parecido ya empezar a notar.

Pero lo que del Cayo se vaya, tan cubano quedará siendo en la casa nueva como allí. Lo que pasa y lo que hacemos no es para acobardarnos, ni para echar paso atrás. Me están calentando el pecho en este instante las pruebas felices de nuestra actividad. Salvados del peligro de la precipitación a que por tantos medios se nos ha querido lanzar, todo

adelanta a paso firme, como quien va acorralando la fiera en la cacería sobre el rincón inevitable. Nunca, desde que comenzamos, he estado tan tranquilo y dichoso como ahora. No tengo más pena que la de Vds. Digo esto para que no lo aflija en cuanto al Partido, el salir del Cayo: por supuesto que, a la semana de poner el pie en el rincón nuevo, como los descubridores y peregrinos de la fama, ya están Vds., y Vd. a la cabeza, celebrando juntas bajo las estrellas: redondee ahí, como Vd. dice con singular derecho. su obra pura y admirable: active y dirija, del brazo de nuestro Poyo, por quien padezco y medito, las elecciones cercanas; que en la condición del Cayo no se han de afean porque resulten escasas de Clubs, cuando lo probable y temible era que hubiesen desaparecido todos,—aunque la dignidad de nuestra situación actual, de la situación real e íntima, justifica y requiere que el entusiasmo visible de los asociados en la obra esté, por lo menos, en relación con la solidez y respeto de la trama que en estos instantes mismos,—como resultado de la labor dichosa y apretada de estos últimos meses,—llega a un punto desde donde lo que se ve, lo que nos corre de las manos, lo que con nuestras manos estamos amasando y toma puesto a nuestra voz, es para satisfacer, al fin, al patriota más inquieto y escrupuloso. Me irrita el no poder poner al calce de estas afirmaciones los hechos en que descansan: ¿cómo echarlas al papel, ni a la memoria siquiera, cuando hasta que haya roto el fuego, cada palabra que satisfaga aquí es la denuncia de una fuerza de allá, y de hombres o preparativos, o el hilo de la obra toda, y por consiguiente el modo de cortarlo? Haga, pues, sea cualquiera el esfuerzo, de modo que lo que allí se haga sea cuanto más pueda hacer—que el Club que no se pueda juntar recoja los votos individualmente, directos, o para delegado en el Consejo que vote por el Club—que lo que se haga con esfuerzo sea antes, y sea real, sin condonar el número necesario que es imprescindible, y fácil de mantener, puesto que la otra obligación de las cuotas, en virtud de las circunstancias extraordinarias, fue suspendida de muy atrás donde se necesitaba, por la Delegación. Cuantos Clubs tengan antes del 10 de abril veinte miembros, sea cualquiera el estado de su tesoro, pueden legítimamente votar.

Mucho de este trabajo reposa sobre Vd., por el peligro local de que Poyo se haga demasiado visible, y por la pena callada y profunda que naturalmente ha de estar mordiendo ahora el corazón leal y activo de un hombre que con derecho se miraba como uno de los patriarcas de la obra que con desorden brutal se está viniendo abajo: y es que

no hay fábrica segura sino sobre el suelo propio. Pienso mucho en Poyo, y me empieza a alegrar la esperanza de que, ya que el éxodo arrecia, se nos mude a donde la zozobra sea menor, y se aquiete la tristeza que ahora visiblemente lo domina. No quiero que esté triste. Somos pocos los puntuales. Y además, no sé de mayor tristeza que ver a un amigo mío triste. Tal vez no le escriba hoy. Llévelo estas líneas, pues; que no se sienta un solo instante solo. Y lea todo esto a Manuel Delgado.

De cuentas ahora. Por supuesto que van antes del 10—el 8 a más tardar—por el quehacer de copias y recopias,—sólo que acaso las lleve a mano—¿quién imaginaria Vd.?—Fermin Valdés Domínguez. Allá se le va el corazón, y allí quiere estar él. Lo que tenga que esperar será allí, o donde el Cayo se vaya. Yo en New York estaré poco—lo necesario para recibir magnas y decisivas visitas, y, sea cualquiera mi autoridad para entonces, prestar, en mi puesto u otro,—si no me dan de mano por inútil,—el grande, rápido y culminante servicio que ha, enseguida, de ser prestado. Y a Fermín le es precisa la vida criolla; el trabajo de cada día, la expansión, que es la salud, para almas tan vastas y cordiales como la suya. Va, pues, y por lo mismo que lo quiero tanto, y ya tuvo a mi lado sus vacaciones—no lo quiero retener. Allá va, trastornado y todo como el Cayo esté, porque no va a acaparar fortuna, por más que no sea él más que jornalero como nosotros, sino a la tranquilidad activa del patriotismo y el trabajo. Acá, todo lo mima y se quisiera quedar con él: pero este Norte es como momia galvanizada a puro ejemplo y tesón, y tierra de donde todo nos expulsa. Muy hermosa fue la fiesta de Filadelfia a Fermín, y como digna despedida; aunque no sabían que se fuese. Ahora deseo que Vd., aconsejándoseme de Fernando Figueredo, que sabe de oportunidades, y recibe carta mía, me le tenga buscada a Fermín, según sus deseos, una parte baja de casa, que con dos habitaciones bastaría, amueblada como para su profesión, que le puede desde ahora hacer preparar para que el domingo a su llegada la ocupe. El es de hábitos estudiosos y activos, y ni quiere estar tan solo que el rincón le esté mal atendido, ni tan acompañado que no se pueda dar con libertad a sus deberes de médico, y a su gusto por la pluma y por los libros. Por supuesto que ya reposo en Vd., e insisto en lo de la casa, a fin de evitar a la llegada la confusión, tristeza y gasto de hotel. ¿Necesito decirle que deseo que Fermín tenga en Vd. todo un hermano? ¿que es de corazón ardiente y delicadísimo, amoroso aun como el de una criatura, y digno y necesitado de amor? ¿que el tesón que le ha dado gloria y avergonzó y obligó a fila a los cubanos

olvidadizos, no fue en él arranque de una hora, sino natural producto de su alma abnegada y justiciera? Como a mí ámelos, y más que a mí, porque lo merece más. Búsquemele la casita. Quiteme Rosalía todo el cariño y dáselo a él. El se lo sabe a Vd. de memoria. Vd.—a quien anhelaría tener muy junto a mí, por sincero e incorruptible, si pudiese ser útil a mi patria lo que me queda de vida,—Vd. me le vigilará los ojos a Fermín para que se le alegren y sonrían, cuando lo vea Vd. como con ganas de llorar.

¡Ah! olvidaba un punto; cuentas de guerra. Acaso,—y sin acaso—no se deben presentar, porque ellas—¿quién responde de los Presidentes de los Clubs, y de los F... y C... que pueda haber entre ellos?—Ellas revelan a un hombre sagaz lo hecho, y a dónde y en qué cantidad y lo que se tiene y lo que se puede hacer, y lo que se puede aún estorbar—cosas todas, por supuesto, que son precisamente las que no se deben decir. Todo irá en regla, salvando inconvenientes. Ahora lo que me dice sobre comercio no puede causar comentario mayor: entiendo que una buena parte, aun gente apurada, ha contribuido con su cuota, que jamás consideré sino como experimental, y para excavar cuando se hizo, el peligro que se nos venía encima, a que debíamos prepararnos y que se pudo desviar. Y lo que falta, yo mismo *no he insistido en cobrarlo*, ya porque me reservo el argumento mayor, ya porque en las tribulaciones sobrevenidas tenía la misma razón para suavizar este cobro que para suspender la cuota de los Clubs, y el cobro de la última colecta, tan bellamente ofrecida, y en la que no insistí—¿cómo había de insistir?—Vd. medite esto; capeará todo argumento.

Acabo. Aún me falta mucho. Por eso no escribo. Porque en el cañón de la pluma nunca cabe el alma entera—y porque en la carta hay siempre demasiado de la persona propia—y porque no hay fin cuando se empieza a escribir a quien se quiere.

Adiós, pues: mícheme a Fermín. Búsquemele la casita. Levante nuestras cosas en lo visible, a la dignidad que en lo invisible tienen. Siéntase así, por los que lo puedan: y obren. Póngaseme a eso—a ver a los Presidentes, a que junten sus Clubs por secciones, a que pidan individualmente—cuando no haya otro medio—el voto a sus miembros. Escándalo, aparato, drama, en ninguna parte lo hemos de mover, porque la verdad que los entusiasmaría, sólo por recatada está segura,—y el alarde es odioso,—y allí además sería imposible. Venga su carta pronto

—la absolución de Rosalía, de Abí y de Fefa—y una prueba más de que en Vd. no se cansan las virtudes por las que lo quiere entrañablemente su

JOSÉ MARTÍ

2

4 abril [1894]

Sr. Gualterio García

Gualterio querido:

En las angustias del día de *Patria* y con los quehaceres y penas de la ida de Fermín, le escribo. No pueden ir hoy, sino en el correo que viene, los papeles. Verá por *Patria* la hermosura de lo de Filadelfia, y la actividad de sus clubs y de los de aquí. Perdóneme otra vez mi demora perpetua en todo lo de mera papelería. Pero sí mando, por su mucha importancia inmediata, una nota a Poyo, con el informe legal, de que no hay ley ni costumbre alguna en los Estados Unidos que se oponga a las reuniones del Partido Revolucionario Cubano, ni tampoco a reunir fondos en público para la Revolución. Era preciso que supiésemos en esto la verdad absoluta. Rubens me ha mandado un informe minucioso y decisivo.

Hoy estará Vd. muy ocupado.

Su

J. MARTÍ

3

A JOSÉ FRANCISCO PÉREZ MACÍAS

[Abril, 1894]

Mi noble Pérez:

Una línea. La carta está en la de González. De su sustancia, de lo que se puede decir, componga una nota,—déle carácter urgente, el que tiene la realidad,—reúna enseguida el Consejo—lea y comente lo hecho en otras partes—cree un estado favorable de espectación para la recomendación oficial que el otro vapor le lleva; en suma, ponga las cosas ahí a nivel de la situación real. Esa es, y no es menos. Callé aun a Vd., mientras me pudo quedar alguna duda. Moriré sin exagerar ni mentir.

¡Cuánto he sufrido! ¡Cuán cerca está la grandeza del pecado, en cuanto la ofusca la vanidad personal! Pero estoy muy contento y con razón, de nuestros colaboradores que van a dar la vida; de nuestro pueblo humilde que es—digan los necios lo que quieran,—el verdadero grande. Adiós, enciéndame los fuegos. Vengo de recibir a varios emisarios, y salgo en el tren, a otros. A ver si lo hace todo, si alza buen espíritu, y si para darme idea de la situación favorable, de la que ha de ser, me dice en un cable a Barranco: *Bueno*; esto animará en sus afanes y angustias, a su

MARTÍ

Cariños a la casa, a Valdés,<sup>20</sup> al ex presidente,—a Solórzano.

DE PATRIA, NUEVA YORK

5 DE ABRIL DE 1894

CRECE

<sup>20</sup> El patriota y fotógrafo Juan Bautista Valdés, quien tomó en Kingston la magnífica fotografía de Martí, de cuerpo entero, en octubre de 1892.

## CRECE

### I

La revolución se salva. Le faltaba tesis y orden, y ya tiene una y otro. Se conoce, y obra. Lo primero es conocerse; porque sin fin fijo y viable, y sin medios correspondientes a él, sólo se echan a andar los ambiciosos, esos grandes criminales,—y los locos. Era ambiente la revolución, y hoy es plan. Era un sentimiento inútil y cómodo: como corona de adelfas era, y de laurel, que no hay derecho a arrancarse de la frente para sazonar, con sus hojas ensangrentadas, la olla de la comodidad: ¡infeliz, en la memoria de los hombres, quien eche el laurel en la olla! El sentimiento ineficaz es hoy trabajo ordenado y asiduo, que han de malmirar naturalmente todos los que quieren escapar a sus obligaciones. La aspiración de ayer es ya sacrificio hoy, que ven con ira, fácil de entender, los que no se quieren sacrificar.—Por sobre eso hay que pasar, y se pasa.—Del árabe se han de tomar dos cosas a lo menos: su oración de todos los días, en que pide a Allah que le haga ir por el camino recto,—y el proverbio aquel que dice que no llegará al final de su jornada el que vuelva la cabeza a los perros que le salgan al camino. La ciencia, en las cosas de los pueblos, no es el ahitar el cañón de la pluma de digestos extraños, y remedios de otras sociedades y países, sino estudiar, a pecho de hombre, los elementos, ásperos o lisos, del país, y acomodar al fin humano del bienestar en el decoro los elementos peculiares de la patria, por métodos que convengan a su estado, y puedan fungir sin choque dentro de él. Lo demás es yerba seca y pedantería. De esta ciencia, estricta e implacable—y menos socorrida por más difícil—de esta ciencia pobre y dolorosa, menos brillante y asequible que la copia-diza e imitada, surge en Cuba, por la hostilidad incurable y creciente de sus elementos, y la opresión del elemento propio y apto por el ele-

mento extraño e inepto, la revolución. Así lo saben todos, y lo confiesan. En lo que cabe duda es en la posibilidad de la revolución. Eso es lo de hombres: hacerla posible. Eso es el deber patrio de hoy, y el verdadero y único deber científico en la sociedad cubana. Si se intenta honradamente, y no se puede, bien está, aunque ruede por tierra el corazón desengañado: pero rodaría contento, porque así tendría esa raíz más la revolución inevitable de mañana. Las sociedades mueren o viven conforme a su composición y a sus antecedentes: si se salen de ellas, si viven siglos enteros fuera de su armonía natural, y de la obra ineludible, por penosa que sea, de su propio desarrollo, al cabo de siglos reaparecen, cuando se pudre el cuerpo ajeno que viciaron, y recomienzan la labor interrumpida. Ni hombres ni pueblos pueden rehuir la obra de desarrollarse por sí,—de costearse el paso por el mundo. En este mundo, todos, pueblos y hombres, hemos de pagar el pasaje. España misma, si tiene ahora esperanza vaga de renacer, tiénela por sus nacionalidades, estancadas durante tres siglos. Hungría adora a Kossuth, y sus estudiantes, sus mujeres, su pueblo entero, después del Deak inútil, de la componenda insincera y superficial, arrullan, al grito del país, al intruso austríaco. Hungría misma no fue libre porque en lo pasado oprimió a los pueblos menores que luego se unieron en venganza contra quien la oprimía. Sólo se salva la justicia. Es inútil esquivar los deberes de la equidad, y los de la fundación.—Puesto que Cuba se desgrana, y tiene elementos ricos, hay que componer pueblo con ellos, antes de que se corrompan o desmenucen, ya que no hay en la nación que la gobierna capacidad probable y visible para componer un pueblo con ella. No yerra quien intenta componer un pueblo en la hora en que aún se lo puede; sino el que no lo intenta. Si no se lograra la composición, se lograría al menos el conocimiento de las causas por que no podía lograrse; y eso limpiaría el camino para lograrla mañana. Servimos y amamos, los revolucionarios de ahora, y no queremos, a pujo caprichoso, afean con un triunfo pasajero y violento esta efímera vida, que no tiene más dicha que el poco bien y utilidad que caben dentro de ella. Y así estamos: sirviendo. La revolución es justa, “pero necesita orden”. No es posible, “porque nadie la ordena”. Ese era el deber, y ése cumplimos. A nuestro impulso, firme y respetuoso, se anima y alista el entusiasmo, antes inútil. Si nuestra patria lo ordenase, nos depondríamos. No lo ordena. Por todos sus hijos habla: por su miseria: por sus vicios: por su desconcierto: por sus esperanzas. La revolución nos salvará. La revolución puede ser. La revolución crece.

## II

El mérito, y la viabilidad de un pueblo, se miden por el entusiasmo de la libertad en las horas en que por paga única se recibe de ella la angustia y el martirio,—el destierro, que es sangre y ceniza,—la pena de la casa, que va donde van las olas,—y la vergüenza de la vida inútil, sin sosiego ni base para poner su parte de faena y cimiento en la humanidad. La lucha racional y sincera por una patria decorosa y libre, redime, un tanto al menos, a los hombres honrados de esa creciente amargura. Pelear es una manera de triunfar. No hay más vencidos que los que lo son por sí propios:—por su desidia, su malignidad o su soberbia. Andar, es un modo de llegar. Otros no: coléricos, amarillos, nulos, asiduos a una bocamanga de comandante o a la cerca carcomida, y salpicada de nuestro corazón y de nuestros sesos, tachan a los que andan: “¡va a haber ruido en la vida!; ¡no es bueno que en la vida sabrosa haya incomodidad!; ¡la vergüenza es mucha, es verdad, pero se come y se bebe, y el magistrado ladrón me hizo una visita, y es excelente el helado de guanábana!; ¡después de mí el diluvio, pero que durante mi vida no me toquen el arca!; ¡que es en sangre y en cieno en lo que nado, y yo, si miro bien, bebo cieno en lo que bebo, y está amasado con sangre lo que como! ¿Qué me importa, si como y si bebo?” Y así, acostada sobre la viruela, muere una generación indolente y viciosa, verdadero Luis XV de nuestra libertad. En torno del cadáver moral, con aquella energía ingénita de la virtud, por la potencia doble de la soledad y de la indignación, crece, dentro y fuera de Cuba, la patria redentora: el bachiller del instituto, picado en las apariencias y sano en el fondo, oye ya a medio oído las falsas promesas de la libertad pacífica, y se prepara a encender el fuego con el pedernal y el eslabón, como el guajiro que en el silencio de las veredas descubre al sol, impaciente, la cabeza que humilla mortificado en las ciudades. La luz, que parecía dormida, renace, imperecedera, bajo los pechos adoloridos y las cabezas canas. Sólo se ama en Cuba a los que resisten, y a todos los demás se les tolera. El que quiera una migaja de amor, ha de lisonjear el inmarcesible decoro humano, la inmortal esperanza. Y se le ama mientras se le cree: y cuando no se le ve entero, o se le descubre la falsedad, le apartan el amor: y se lo vuelven a raudales, con la fe ciega y generosa de los hombres, tan pronto como con un arranque de independencia, real o fingida, se hace perdonar la desertión. Cuba es de la indepen-

dencia, toda. Se mienten los que no lo confiesan. Acá, en el rincón del destierro, lo confiesan cuando pasan, todos. Temen y no desean; pero ven. Le ponen talco al sol, para que no se vea el sol: son talco.

### III

Adentro, comidos de espías—espía la amante, espía la esposa, o frívola o venal, que es como hacer de espía, espía el cliente y el amigo. espía el cubierto, espía la almohada—es natural que teman, que zozobren, que no vean la vía clara, que no se echen a andar. Por eso nosotros, hermanos, en la libertad del destierro les hacemos la obra que ellos no pueden hacer. Ellos no nos ven, ni pueden medir cuánta es la obra, porque es parte de ella que no la vean, hasta que con el corazón vacilante en la prisión de la colonia no la puedan ya evitar; pero allí estamos, limpiando el camino, salvándolos, ensanchando las vías, acercándonos a la flor de la tierra, preparando el modo de evitar los antiguos errores, que fueron ciertos, como de hombres, en todas partes y edades del mundo, pero que tienen remedio en la misma condición humana, y en la cordialidad y altura normales de nuestra naturaleza.

En Cuba son más los montes que los abismos: más los que aman que los que odian; más los de campo claro que los de encrucijada; más la grandeza que la ralea. Lo que odia, es ralea. La ralea de un pueblo es la gente incapaz de amar. La soberbia: ésa es la canalla. Vamos ensanchando: vamos componiendo: vamos fundando: vamos amando. Y cuando surjamos, no será, como niños, o como hetairas, para pelearnos, según es inevitable en repúblicas nacientes, la fama de libertador,—como se la disputó a Washington, Benedict Arnold, que paró en traidor con el inglés; como se la disputó a Washington, Gates, que estuvo a punto de perder la república por no acudir a tiempo a la combinación que había de asegurar la fama de su rival. Lo que los del Norte hicieron, con sus tres siglos de preparación republicana, pudiéramos volver a hacerlo nosotros, y con harta razón, viniendo, como venimos, del mosquetón y del moloso, del arcabuz y del perro. Pero ellos vencieron: y nosotros nos vencimos. Nuestra guerra no tuvo más traiciones, más envidias, más demoras, más abandono, más penuria, que la guerra de los Estados Unidos. Una minoría quería la guerra, y la atendía mal, contra una mayoría indiferente y hostil, que tramaba contra sus compatriotas, que descotaba a sus hijas para que se las bailase el oficial inglés. Nuestra república no tendría más celos, más comadreo, más

desunión, más descrédito, más desbarajuste, más traición interna, más peligro militar, más demagogia—que es el peligro civil—que la república agonizante, criminal y deshecha de la primera época de los Estados Unidos. Estudien, los que pretenden opinar. No se opina con la fantasía, ni con el deseo, sino con la realidad conocida, con la realidad hirviente en las manos enérgicas y sinceras que se entran a buscarla por lo difícil y oscuro del mundo. Evitar lo pasado, y componernos en lo presente, para un porvenir confuso al principio, y seguro luego por la administración justiciera y total de la libertad culta y trabajadora: ésa es la obligación, y la cumplimos. Esa es la obligación de la conciencia, y el dictado científico. La misma injusticia de aquella escasa porción de nuestra patria que no amase a los que la quieren constituir para una paz durable, conforme a sus verdaderos elementos, no podría desviar, ni aflojar siquiera, a los que, dispuestos a dar la vida por su país, le dan de seguro lo que vale menos que ella:—la paciencia. ¿Qué ha de salir de aquella sociedad deforme sino gritos descompuestos, del vicio lastimado, y de la comodidad que no quiere que la turben, y de las pasiones enfermizas y exacerbadas en la moral agonía,—o voces secretas, que inundan el corazón de orgullo y de esperanza? Amemos la herida que nos viene de los nuestros. Y fundemos, sin la ira del sectario, ni la vanidad del ambicioso. La revolución crece.

**A B R I L / 1 8 9 4**

1. **A LA COMISIÓN DE COLECTAS  
DEL COMERCIO DE KEY WEST**
2. **A RAMÓN RIVERO**
3. **A SERAFÍN SÁNCHEZ**
- 4-7. **A GONZALO DE QUESADA**
8. **A TEODORO PÉREZ**
9. **AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ**
10. **A GONZALO DE QUESADA**
11. **A SERAFÍN SÁNCHEZ**

A LA COMISIÓN DE COLECTAS DEL  
COMERCIO DE KEY WEST

Nueva York, abril 7 de 1894

Delegación del Partido  
Revolucionario Cubano

A la Comisión de Colectas  
del Comercio de Key West

Distinguidos compatriotas:

Toda la discreción de la Delegación es sin duda impotente para ocultar a Vds., el carácter final y feliz de los trabajos en que está empeñada, y me cumple sólo para poner mi responsabilidad a cubierto y la de esa comisión, advertirles que por terminantes que hubiesen sido las razones de la decisión de acción total e inmediata que ya comunicó el Delegado a los comisionados, la presión creciente, justa y seria de la Isla continúa a tal grado desde entonces, día por día, que la Delegación reconoce y anuncia que el plazo de sus labores decisivas, es verdaderamente angustioso. Es imposible que esa Comisión no le ayude a llevar su parte de la obra, que la Comisión no recuerde en todo instante que funge en virtud del esfuerzo de todas las emigraciones, con todas las bases de la patria a la cabeza. En días no lejanos, cuando se trataba sólo de la posibilidad de alzar una partida aislada en Cuba, un cubano generoso prorrumpió en estas palabras ante el Delegado mismo: "¡Pues yo solo doy los quinientos rifles!" Hoy, cuando se trata del movimiento de las emigraciones todas, de los jefes todos y de sus ayudas ya visibles en Cuba, y que solemnemente declaro ser gloriosos, ciertos y bastantes, el Cayo todo hará por lo menos lo que aquel cubano generoso quería él solo hacer.

Sé que sólo es preciso exponer la situación para tener éxito en el cobro inmediato y en verdad a cada hora más urgente. Sé que el cobro se hará con la equidad y alteza a que por nuestra obra patente y probada tenemos derecho. Sé también que es grande y apremiante el cúmulo, todo a la vez, de mis obligaciones.

Señalar el deber a hombres del temple de vosotros, es verlo cumplido. El Delegado sentado aquí de una vez ya, a sus últimas atenciones, fia alto su nombre en estos instantes, que dentro de poco habrán empezado ya a ser históricos. Los que ayudaron a fundar, a empezar, a acabar, serán tan felices y cubiertos de honor, como desdichados los que hubiesen rehuido la obligación.

Espera tranquilo y orgulloso de antemano el resultado de los trabajos de la Comisión.

El Delegado,

JOSÉ MARTÍ

2

A RAMÓN RIVERO

[1894]

Sr. Ramón Rivero

Mi muy querido Ramón:

Con hombre tan entero como Vd., puede este amigo afanado, que al fin y al cabo ha de abrazarlo pronto, tomarse la libertad de responderle por el correo de las almas, que es más seguro y expresivo que el papel.

Como estoy, lo imagina: con el mundo ente:o sobre mis hombros flacos. Llegaremos, Ramón: estoy enfermo y contento. Lo grande me da alegría y lo pequeño me aflige.

¿Y por qué me pregunta sobre su nombramiento de secretario? La discreción, que es la forma suprema de la inteligencia, se junta muy raras veces a la honradez. Gualterio se fue. ¿Quién, sino Vd., hubiora podido sucederle?

Ahora, Ramón, estamos en tiempo de actividad sorda y decisiva. Todo depende de los que guían. Al placer se despiertan los hombres solos. Al deber ha de haber quien les toque en la puerta todos los días. Lo que nos falta por hacer—óigame bien lo que le digo—no es más

que cuestión de zapatos y de administración. Y Vd. es hombre que anda descalzo sin cansarse. Vea cómo no he de estar contento de que haya recaído en Vd. la obligación gustosa de ayudar a nuestro admirable Poyo. Bese a la clientela; apriétese la cintura para la facna que nos aguarda, y quiera a su agradecido.

JOSÉ MARTÍ

3

A SERAFÍN SÁNCHEZ

7 de abril de 1894

Sr. Serafín Sánchez

Serafín querido:

Ante todo, ya ve lo del Príncipe,<sup>21</sup> y la prudencia de no enviar con anticipación armas a Cuba.<sup>22</sup> Por fortuna, aunque por cualquier pena privada nos sangre el corazón, de ese suceso que el cable anuncia, de la sorpresa de gran número de armas en Puerto Príncipe, sólo vienen ventajas: la Isla y la emigración, ven así la realidad del trabajo; y eso precisamente sucede en el Príncipe, donde se pudiera suponer, y Vd. mismo me decía ahora por lo de Rafael, que andaban las cosas más despacio. Ni a Vd., por cartas perdibles, le digo, ni le puedo decir de aquí, lo que hago: ya lo ve hecho. Y no deshecho; porque yo en todo mido las probabilidades, y calculo lo bueno que pueda haber en lo malo.

Ahora, lo de Crombet y Rafael. De Crombet ya tengo cartas repetidas: dispuesto y ardiente: aguarda órdenes. Y de Rafael, por investigación mía acabo de saber que *nunca llegó a manos de él,—como nunca llegaron a las de Gómez, Maceo y Crombet*, las que les escribí al mismo tiempo—la carta en que le incluía la de Gómez,—cartas que fueron por una mano, allí muy creída y confiada, de la que empecé a dudar, por cierto detalle, ese mismo día.—Pero Rafael, como Crombet, *está listo*. ¿Cómo no ha de escribir lo que me dice si era la suya la única carta que no se había recibido? Y ahora más listo estará, con lo que ve de Puerto Príncipe.—Esté, pues, tranquilo.—Todo está en lo compacto, rápido y cordial de

<sup>21</sup> El antiguo nombre de Camagüey era Puerto Príncipe.

<sup>22</sup> El general Enrique Loynaz del Castillo había introducido en Camagüey una buena cantidad de arnamentos que fueron descubiertos en los primeros días de este mes de abril. Loynaz logró escapar y llegó poco después a Nueva York.

los preparativos finales que,—con toda el alma lo creo, por lo que no puedo escribirle y está a punto de suceder—emprenderemos enseguida. Es como en el trampolín, en el instante en que se está midiendo la distancia para dar el salto.

Sobre Roloff. Por lo pronto, y porque de ahí puede necesitarse algo más de la miseria que ahí queda, doy vale a Teodoro Pérez para que le entregue \$50.00. Y no lo desatenderé. ¿Cómo? Pero ¡ojalá pudiera ayudarle allí con algo!

De Raimundo esperemos. Por mí, quisiera tenerlo aquí, pero yo no voy a quedarme acá ahora, y él debe ir con Vd. Y de medicina, ahora se cierra el curso, dentro de dos meses. Pero será atendido como un hermano.—En lo demás, sobre métodos nuevos, conforme y verá sus deseos cumplidos. Sobre Collazo, todo está dicho ya, y comisión especial le fue enviada por conducto de J. G.; y por fortuna, ya creo que la semana que viene habrá salido de la situación dificultosa que me crea el silencio, acaso conveniente o justificable hasta hoy a los ojos de Gómez, que he guardado con él.

¡Y cuántas otras cosas que no le digo! ¡Cuánto cómplice encuentra la tiranía en la corrupción, en la ambición y en el miedo! Pero nosotros, aunque sea con la tristeza de los sauces, tan recios como dolorosos, podremos desviar la tempestad. Pascuas a Pepa.

Su

J. MARTÍ

¿A mi don Fermín ya lo tienen por allá? ¿Qué he de decirle de él? Ya estará de brazo en brazo.

4

A GONZALO DE QUESADA

[Nueva York, abril, 1894]

Mi don Gonzalo:

Va ese otro telegrama.

Peña ha andado buscándome, y yo poniéndole telegramas. Lo que preguntó en una tarjeta postal iba de antemano explicado a los Presidentes de los clubs en nota del sábado.

No me vea en la reunión de esta noche.<sup>23</sup> Resulta demasiado personal, y parece como que voy de propia voluntad a recibir los plácemes que no he merecido todavía. Después de muerto, los tendré merecidos, y no hasta entonces. Hartos premios he recibido ya, y la verdad es que estoy lleno de vergüenza. Ellos lo entenderán. Me siento como consagrado, y como quien no ha de parar hasta el fin. Mi discurso sería esta noche oscuro, porque no puedo decir toda la verdad, y embarazoso, porque tendría que oír hablar de mi. Déjeme callado, y orgulloso de mi pueblo, y preparándome para cosa mayor. Mi discurso es mi vida. Yo no debo ir esta noche.

Acaso iré a ver a unos tristes, si me manda la dirección, a Barbarrosa. Besa la mano a las damas

Su

JOSÉ MARTÍ

5

[Nueva York, abril, 1894]

Gonzalo querido:

Mucha labor. Ahora clavado al Cayo. De aquí a Gómez. Esta noche a Agramonte<sup>24</sup> tal vez, y deseo mucho verlo. De aquí no salgo hasta las 5½ y al buen Rubens<sup>25</sup> no lo puedo ver. Un favor le he de pedir. El General debe ver antes de irse una buena lista a Duarte.<sup>26</sup> Una columna al menos. Póngase desde esta tarde en campaña; pero de veras:

<sup>23</sup> Debe corresponder esta carta a abril de 1894. La reunión mencionada puede ser la celebrada el 10 de abril de 1894, por el Cuerpo de Consejo de Nueva York, en la cual Quesada y Aróstegui pronunció un elocuente discurso de felicitación al general Máximo Gómez y a Martí, que se hallaban presentes. En la sesión, Martí y Guerra fueron reelegidos Delegado y Tesorero, respectivamente, del Partido Revolucionario Cubano. A instancias de la concurrencia, Martí habló visiblemente emocionado por las grandes ovaciones que se le hacían. En breve discurso ensalzó los méritos del General Gómez.

<sup>24</sup> Emilio Agramonte seguramente, que ofreció, el 17 de abril de 1894, una reunión improvisada en su Escuela de Opera y Oratorio en honor del general Gómez.

<sup>25</sup> Horatio S. Rubens.

<sup>26</sup> Suscripción iniciada para levantarle una estatua a Juan Pablo Duarte, fundador de la República Dominicana.

no se me vaya a acostar, como después de ese tentador Brunet: y a ver cuántos nombres me lleva a la imprenta mañana. Ya caen ofrendas de afuera.

Su

J. MARTÍ

¿Y Rafael Govín? No importa tanto, en ciertas cosas, el montante; sino el número visible de simpatías.

6

Estrada Palma Institute  
Central Valley, N. Y.

[Nueva York, abril, 1894]

Gonzalo querido:

De Filadelfia nos convidan a visita a Marcos<sup>27</sup> con el General.<sup>28</sup> V. no puede faltar, y Angelina nos perdona, porque V. vuelve el sábado por la mañana. Tal vez el sábado convidemos al Doctor<sup>29</sup> a *lunchar*. Muy contentos tenemos derecho a estar. La bondad todo lo vence, —¡menos ciertas almas de mujer o de hombre!—conque, que nos perdone la casa. y haga por estar, con Benjamín, en la estación de Jersey, Pennsylvania, a tiempo para el tren de las dos.

Su

J. MARTÍ

7

[Nueva York, abril, 1894]

Gonzalo:

Los telegramas,<sup>30</sup> copie el de México, quitando la frase privada.

Sólo los de elecciones.

No puedo ir.

Esta noche llevo al General a Barnum.<sup>31</sup>

<sup>27</sup> Marcos Morales.

<sup>28</sup> Máximo Gómez.

<sup>29</sup> Dr. R. L. Miranda.

<sup>30</sup> Telegramas recibidos de los Cuerpos de Consejo del Partido Revolucionario Cubano, en los que se informaba que en las elecciones celebradas entre el 8 y el 10 de abril habían sido reelegidos por unanimidad, Martí como Delegado y Benjamín J. Guerra como Tesorero. Véase *Patria*, 17 de abril, 1894.

<sup>31</sup> Famoso circo norteamericano.

Mañana, al bajar lo vería, pero voy a la imprenta. Le telegrafiaré la hora en que probablemente vamos a Filadelfia, para que desde ahí, *si nos dejan*, se disponga a ir mañana con el General, y puede volver domingo o lunes.

Su

MARTÍ

8

A TEODORO PÉREZ

New York, abril 7 de 1894

Ni un instante Teodoro; martes dejo cubierta toda la Isla. Saque provecho de esa nota. Téngame al corriente. Esta y no menos es por fortuna la verdadera situación. Todo lo aprieto con mano que no merme. Todo está a esta hora andando.

JOSÉ MARTÍ

9

AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

New York, Martes, 1894. [Abril]

Mi querido General:

Ayer, con el ir y venir, olvidé, como le dije anoche, ponerme en el bolsillo las líneas "A los cubanos", y ahora se las mando a mano, y en letra de imprenta, a ver si tienen la fortuna de parecerle bien, y si puede,—bien sean ellas mismas, o las que crea que las deben sustituir,—enviármelas con el portador, para que puedan publicarse antes, o al tiempo de su salida,—ojalá pudiéramos alcanzar el correo de hoy.

No ha de tener tiempo ahora; pero le mando esos *Yara* que acaban de llegar. Vea con qué almas cuenta.

A las once y media estará con Vd. su

JOSÉ MARTÍ

10

## A GONZALO DE QUESADA

[1894]

Gonzalo querido:

El *Alert* llega por donde se atenderá, y yo, que le estimo el cuidado, lo iré a ver,—si viene aquí Marcos<sup>32</sup> a tiempo de 3 a 3¼. Si no, esté tranquilo. Arreglo las cosas, de modo que halle al llegar. Yo tengo razón para estar contento. Si no lo viese hoy,—que lo veré,—lo vería mañana por la mañana. A Rubens, el abrazo de siempre, un abrazo *for ever*. Ya me llega el instante de pensar más de cerca en él, de modo digno de él.

Su

J. MARTÍ

11

## A SERAFÍN SÁNCHEZ

[Abril, 1894]

Mi muy querido Serafín:

Por carta mía, van las del general. Yo estoy muerto, de tanta cosa grande y pequeña, pero atendiendo a todo. Ni puedo escribirle, por mi horror a las travesuras, y a la verdad fría del papel. A Fermín le digo unas cuantas frases que pintan mi estado, y la unción que me da fuerzas para toda esta labor. Lo que hemos hecho, solos e infelices, a pura virtud, no lo desharemos.—Esta ha sido revista final: un poco más de paciencia, de labor formidable e invisible,—y ya estamos, Serafín. He visto al General grande y bueno, y digno de su obra, y yo no me le apego con el regaño interior de la conveniencia pública, que protesta y sonríe, sino con tierno y largo cariño. Lo he visto hasta lo hondo, y no he hallado más que grandeza. Era muy de temer, al organizar la guerra presente, la pasión o el recelo o la arrogancia de la pasada. El lo obvia todo, y crece. Aquí no ha hallado más que admiración y cariño.

<sup>32</sup> Marcos Morales.

No le puedo escribir, de lo que tengo que decirle, y se dirá a su hora. Hemos reconocido nuestra situación, y nuestros actos inmediatos van a ser. sin un día de pérdida ni una falta de ajuste, lo que ella exige.

Adiós, ahora. Periódico, juntas, Panchito un poco enfermo, mi cuerpo deshecho. Pero el camino claro, y yo pagado de mis sufrimientos. Profundamente he gozado al lado de Gómez, y sólo espero triunfo para la guerra, y paz y justicia. Sin eso, estaría muy triste

Su

J. MARTÍ

**DE PATRIA, NUEVA YORK**

**17 DE ABRIL DE 1894**

- 1. LA SEMANA CUBANA**
- 2. EL TERCER AÑO DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO**

## LA SEMANA CUBANA

Diéramos salida al entusiasmo que rebosa, al cerrar el segundo año de la labor revolucionaria, en las agrupaciones cubanas, y parecería, a pintarlo como es, capricho del deseo, que ve siempre como real lo que tiene por apetecible, o fea intención de poner en los cubanos conmovidos más confianza en la obra de nuestra independencia que la que cada cual siente por sí, con el aviso de sus ojos. Pero Cuba no puede contemplar sin fe, y sin orgullo de sus hijos, las virtudes de ordenación y agradecimiento de que en estos días han dado prueba, y la disposición visible de las almas enérgicas a las nuevas fatigas que impone la conversión en república justa y dichosa de una colonia presa y desordenada.

En las cartas y en los periódicos, en los telegramas henchidos de fe, en las juntas de nuestros trabajos ordinarios y en el fervor de nuestras asambleas, nótase una de esas épocas de fuego, por todos sentido a la vez, con que, en sus horas de pureza, se van como fundiendo y amasando los pueblos; luego, en la república libre, darán fruto estas semillas de amor: caerá el fruto sobre las tumbas de los sembradores.

Pero—aparte de la voluntad, constante en *Patria*, de preferir la difusión de las ideas necesarias, al comentario de los sucesos que por sí propios, con irrefutable elocuencia se explican—impide el espacio escaso tomar nota de tanto honroso acontecimiento de estos días, y dar hoy cuenta plena, como en justicia se ha de dar, de las reuniones, de patriotismo juicioso y conmovedor, con que, junto con el día de la constitución, celebraron los cubanos, en los momentos mismos en que venía de su noble retiro el general Gómez, la capacidad patente del pueblo de Cuba para venerar a los que en su honor cayeron o sobreviven, y para subordinar los recuerdos tenaces de un sacrificio tantas veces nulo, y las discordias

naturales de una sociedad injusta, a la tarea principal, y superior a todas, de arrancar a los que lo oprimen y vician, el suelo en que hemos de sembrar nuestros derechos.

*Patria* publicará en su número próximo las crónicas de Key West, Tampa y Ocala.

## 2

## EL TERCER AÑO DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO

EL ALMA DE LA REVOLUCIÓN, Y EL DEBER DE CUBA  
EN AMÉRICA

Por el voto individual y directo de todos sus miembros entra, con sus funcionarios electos, en su tercer año de labor la empresa, americana por su alcance y espíritu, de fomentar con orden y auxiliar con todos sus elementos reales—por formas que con el desembarazo de la energía ejecutiva combinan la plenitud de la libertad individual—la revolución de Cuba y Puerto Rico para su independencia absoluta. Bello es, en el desorden consiguiente a una larga e infortunada emigración, ver unirse en una obra voluntaria y disciplinada de pensamiento activo a los hombres, de todas condiciones y grados de fortuna, de la guerra y del destierro, de los países lejanos y del Norte triunfante sobre la desidia y desaliento que le vienen del continuo trato con la infelicidad de Cuba: y todos, de Jamaica a Chicago, reiterar a su patria, con su confirmación libre del partido de la independencia, la promesa de preparar por ella en el destierro la redención que ella no puede preparar en el miedo, el desmayo y la pasión de su esclavitud. Bello es ver confundirse en el ejercicio de un santo derecho a los elementos diversos de un pueblo del que sus propios hijos, por ignorancia o soberbia, a veces injustamente desconfían; y levantar, ante los corazones caídos, esta prueba de la eficacia del trabajo constante y del trato justiciero en las almas que deja inseguras y torvas la parricida tiranía. Pero sería complacencia vana la de ese espectáculo indudablemente hermoso, y funesta fatiga la de ordenar un entusiasmo ciego y temible, si no fuesen raíz y poder del organismo revolucionario el conocimiento sereno de la realidad de la patria, en cuanto tiene de vicio y de virtud, y la disposición sensata a acomodar las formas del pueblo naciente a los estados graduales, y la verdad actual y local, de la libertad que trabaja y triunfa. Bella es la ac-

ción unida del Partido Revolucionario Cubano, por la dignidad, jamás lastimada con intrigas ni lisonjas ni súplicas, de los miembros que lo componen y las autoridades que se han dado,—por la equidad de sus propósitos confesos, que no ven la dicha del país en el predominio de una clase sobre otra en un país nuevo, sin el veneno y rebajamiento voluntario que va en la idea de clases, sino en el pleno goce individual de los derechos legítimos del hombre, que sólo pueden mermarse con la desidia o exceso de los que los ejerciten,—y por la oportunidad, ya a punto de perderse, con que las Antillas esclavas acuden a ocupar su puesto de nación en el mundo americano, antes de que el desarrollo desproporcionado de la sección más poderosa de América convierta en teatro de la codicia universal las tierras que pueden ser aún el jardín de sus moradores, y como el fiel del mundo.

A su pueblo se ha de ajustar todo partido público, y no es la política más, o no ha de ser, que el arte de guiar, con sacrificio propio, los factores diversos u opuestos de un país de modo que, sin indebido favor a la impaciencia de los unos ni negación culpable de la necesidad del orden en las sociedades—sólo seguro con la abundancia del derecho—vivan sin choque, y en libertad de aspirar o de resistir, en la paz continua del derecho reconocido, los elementos varios que en la patria tienen título igual a la representación y la felicidad. Un pueblo no es la voluntad de un hombre solo, por pura que ella sea, ni el empeño pueril de realizar en una agrupación humana el ideal candoroso de un espíritu celeste, ciego graduado de la universidad bamboleante de las nubes. De odio y de amor, y de más odio que amor, están hechos los pueblos; sólo que el amor, como sol que es, todo lo abrasa y funde; y lo que por siglos enteros van la codicia y el privilegio acumulando, de una sacudida lo echa abajo, con su séquito natural de almas oprimidas, la indignación de un alma piadosa. Con esas dos fuerzas: el amor expansivo y el odio represor—cuyas formas públicas son el interés y el privilegio—se van edificando las nacionalidades. La piedad hacia los infortunados, hacia los ignorantes y desposeídos, no puede ir tan lejos que encabece o fomente sus errores. El reconocimiento de las fuerzas sordas y malignas de la sociedad, que con el nombre de orden encubren la rabia de ver erguirse a los que ayer tuvieron a sus pies, no puede ir hasta juntar manos con la soberbia impotente, para provocar la ira segura de la libertad poderosa. Un pueblo es composición de muchas voluntades, viles o puras,

francas o torvas, impedidas por la timidez o precipitadas por la ignorancia. Hay que deponer mucho, que atar mucho, que sacrificar mucho, que apearse de la fantasía, que echar pie a tierra con la patria revuelta, alzando por el cuello a los pecadores, vista el pecado paño o rusia: hay que sacar de lo profundo las virtudes, sin caer en el error de desconocerlas porque vengan en ropaje humilde, ni de negarlas porque se acompañen de la riqueza y la cultura. El peligro de nuestra sociedad estaría en conceder demasiado al empedernido espíritu colonial, que quedará hoceando en las raíces mismas de la república, como si el gobierno de la patria fuese propiedad natural de los que menos sacrifican por servirla, y más cerca están de ofrecerla al extranjero, de comprometer con la entrega de Cuba a un interés hostil y desdeñoso, la independencia de las naciones americanas:—y otro peligro social pudiera haber en Cuba: adular, cobarde, los rencores y confusiones que en las almas heridas o menesterosas deja la colonia arrogante tras sí, y levantar un poder infame sobre el odio o desprecio de la sociedad democrática naciente a los que, en uso de su sagrada libertad, la desamen o se le opongan. A quien merme un derecho, córtesele la mano, bien sea el soberbio quien se lo merme al inculto, bien sea el inculto quien se lo merme al soberbio. Pero esa labor será en Cuba menos peligrosa, por la fusión de los factores adversos del país en la guerra saneadora; por la dignidad que en las amistades de la muerte adquirió el liberto ante su señor de ayer; por la peculiar levadura social que, aparte de la obra natural del país, llevarán a la república las masas de campesinos y esclavos emigrados, que, a mano con doctores y ricos de otros días y próceres de la revolución, han vivido, tras veinticinco años de trabajar y de leer, y de hablar y oír hablar, como en ejercicio continuo y consciente de la capacidad del hombre en la república. Y mientras una porción reacia e ineficaz, la porción menos eficaz, del señorío cubano antiguo, se acorrala, injusta y repulsiva, contra este pueblo nuevo de cultura y virtud, de mentes libres y manos creadoras, otra porción del señorío cubano, mucho más poderosa que aquélla, ha vivido dentro de la masa revuelta, ha conocido y guiado su capacidad, ha trabajado mano a mano con ella, se ha hecho amar de la masa, y es amado: ¡y hoy rodaría por tierra, mente a mente, mucho menguado leguleyo que le negase la palabra superior a mucho hijo de esta alma-madre del trabajo y la naturaleza! En Cuba no hay duelo entre un señorío desdentado y napolitano y el país, de suyo tan moderado como desigual, en que, con la pura esperanza de la libertad suficiente, se reúnen por el respeto del esfuerzo común, los hombres del

campo y de la esclavitud y del oficio pobre, conscientes ya de sus derechos y del riesgo de exagerarlos, con todo lo que hay de útil y viril, de fundador y de piadoso, en el antiguo señorío cubano. Del alma cubana arranca, decisivo, el deseo puro de entrar en una vida justa, y de trabajo útil, sobre la tierra saneada con sus muertos, amparada por las sombras de sus héroes, regada con los caudales de su llanto. La esperanza de una vida cordial y decorosa anima hoy por igual a los prudentes del señorío de ayer, que ven peligro en el privilegio inmerecido de los hombres nulos,—y a los cubanos de humilde estirpe, que en la creación de sí propios se han descubierto una invencible nobleza. Nada espera el pueblo cubano de la revolución que la revolución no pueda darle. Si desde la sombra entrase en ligas, con los humildes o con los soberbios, sería criminal la revolución, e indigna de que muriésemos por ella. Franca y posible, la revolución tiene hoy la fuerza de todos los hombres previsores, del señorío útil y de la masa cultivada, de generales y abogados, de tabaqueros y guajiros, de médicos y comerciantes, de amos y de libertos. Triunfará con esa alma, y perecerá sin ella. Esa esperanza, justa y serena, es el alma de la revolución. Con equidad para todos los derechos, con piedad para todas las ofensas, con vigilancia contra todas las zapas, con fidelidad al alma rebelde y esperanzada que la inspira, la revolución no tiene enemigos, porque España no tiene más poder que el que le dan, con la duda que quieren llevar a los espíritus, con la adulación ofensiva e insolente a las preocupaciones que suponen o halagan en nuestros hombres de desinterés y grandeza, los que, so capa de amar la independencia de su país, aborrecen a cuantos la intentan, y procuran, para cuando no la puedan evitar, ponerse de cabeza, dañina y estéril, de los sacrificios que ni respetan ni comparten. Para andar por un terreno, lo primero es conocerlo. Conocemos el terreno en que andamos. Nos sacarán a salvo por él la lealtad a la patria que en nosotros ha puesto su esperanza de libertad y de orden,—y la indulgencia vigilante, para los que han demostrado ser incapaces de dar a la rebelión de su patria energía y orden. Sea nuestro lema: libertad sin ira.

Nulo sería, además, el espectáculo de nuestra unión, la junta de voluntades libres del Partido Revolucionario Cubano, si, aunque entendiese los problemas internos del país, y lo llagado de él y el modo con que se le cura, no se diera cuenta de la misión, aún mayor, a que lo obliga la época en que nace y su posición en el cruce universal. Cuba y Puerto

Rico entrarán a la libertad con composición muy diferente y en época muy distinta, y con responsabilidades mucho mayores que los demás pueblos hispanoamericanos. Es necesario tener el valor de la grandeza: y estar a sus deberes. De frailes que le niegan a Colón la posibilidad de descubrir el paso nuevo está lleno el mundo, repleto de frailes. Lo que importa no es sentarse con los frailes, sino embarcarse en las carabelas con Colón. Y ya se sabe del que salió con la banderuca a avisar que le tuviesen miedo a la locomotora,—que la locomotora llegó, y el de la banderuca se quedó resoplando por el camino: o hecho pulpa, si se le puso en frente. Hay que prever, y marchar con el mundo. La gloria no es de los que ven para atrás, sino para adelante.—No son meramente dos islas floridas, de elementos aún disociados, lo que vamos a sacar a luz, sino a salvarlas y servir las de manera que la composición hábil y viril de sus factores presentes, menos apartados que los de las sociedades rencorosas y hambrientas europeas, asegure, frente a la codicia posible de un vecino fuerte y desigual, la independencia del archipiélago feliz que la naturaleza puso en el nudo del mundo, y que la historia abre a la libertad en el instante en que los continentes se preparan, por la tierra abierta, a la entrevista y al abrazo. En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder,—mero fortín de la Roma americana;—y si libres—y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora—serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio—por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles—hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.—No a mano ligera, sino como con conciencia de siglos, se ha de componer la vida nueva de las Antillas redimidas. Con augusto temor se ha de entrar en esa grande responsabilidad humana. Se llegará a muy alto, por la nobleza del fin; o se caerá muy bajo, por no haber sabido comprenderlo. Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a libertar. ¡Cuán pequeño todo, cuán pequeños los comadrazgos de aldea, y los alfilerazos de la vanidad femenil, y la nula intriga de acusar de demagogia, y de lisonja a la muchedumbre, esta obra de previsión continental, ante la verdadera grandeza de asegurar, con la dicha de los hombres

laboriosos en la independencia de su pueblo, la amistad entre las secciones adversas de un continente, y evitar, con la vida libre de las Antillas prósperas, el conflicto innecesario entre un pueblo tiranizador de América y el mundo coaligado contra su ambición! Sabremos hacer escalera hasta la altura con la inmundicia de la vida. Con la mirada en lo alto, amasaremos, a sangre sana, a nuestra propia sangre, esta vida de los pueblos, hecha de la gloria de la virtud, de la rabia de los privilegios caídos, del exceso de las aspiraciones justas. La responsabilidad del fin dará asiento al pueblo cubano para recabar la libertad sin odio, y dirigir sus ímpetus con la moderación. Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos. Ella, la santa patria, impone singular reflexión; y su servicio, en hora tan gloriosa y difícil, llena de dignidad y majestad. Este deber insigne, con fuerza de corazón nos fortalece, como perenne astro nos guía, y como luz de permanente aviso saldrá de nuestras tumbas. Con reverencia singular se ha de poner mano en problema de tanto alcance, y honor tanto. Con esa reverencia entra en su tercer año de vida, compasiva y segura, el Partido Revolucionario Cubano, convencido de que la independencia de Cuba y Puerto Rico no es sólo el medio único de asegurar el bienestar decoroso del hombre libre en el trabajo justo a los habitantes de ambas islas, sino el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la república norteamericana. ¡Los flojos, respeten: los grandes, adelante! Este es tarea de grandes.

**A B R I L / 1 8 9 4**

- 1. A FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ**
- 2. AL GENERAL ANTONIO MACEO**
- 3. A JOSÉ GONZÁLEZ CURBELO**

## A FERMIN VALDÉS DOMÍNGUEZ

New York, Abril 18, 1894

Sr. Fermín Valdés Domínguez

Fermín queridísimo:

Me he bebido tus cartas. Las había recibido antes de que me las escribieses. Te dejaba gozar, en esos raudales de cariño. Yo estoy como la almohada, para la hora del silencio. ¡Que no sabía yo todo lo que te aguardaba allí! Del sol y de la tierra nace la flor; y del Cayo y de ti, ya sabía yo lo que había de nacer. Ya ves tú, y ya adivinabas tú, que ese puño trabajador es como el cuajo de la patria. ¿Qué te tengo yo que decir? La soledad en que me dejaste, tú la sabes: y sólo tu justa alegría la alivia—y la tarea de estas dos semanas últimas me la ha consolado. No me regañes: por telegrama te lo digo, y muy disciplinado tengo este cuerpo mío, pero ahora que te escribo no hay nervio en mí que no sea cuerda de dolor: no puedo mover los brazos, de tanto como hay que atar, y mover y sujetar. Ya tú entiendes lo que significa mi entrevista con Gómez: no es sólo, Fermín del alma, dejarlo ajustado todo, hasta los mínimos detalles, sino desvanecer los últimos obstáculos que la revolución de ayer pudiera poner a la de hoy: y abrir los surcos anchos y seguros para la de hoy: ¡y qué trabajo cuesta ser sagaz y sincero—y ser enérgico y dulce,—y ser todo esto en mi soledad y mi tristeza! Y a eso, el trabajo físico de tanta ida y venida—y todo lo de Loynaz, felicísimo en resultados, mas con espinas que tengo que ir moviendo—y estas generosas y locuaces afecciones. Pero de todo me compensa la nobleza que en Gómez he visto:—el hijo que me deja,<sup>33</sup> a que me acompañe en mi

<sup>33</sup> Francisco (Panchito) Gómez Toro.

viaje próximo—y la esperanza—y cállate—de que volveré a verte pronto. Si ahora, o si luego de otro viaje, pende. Pero fuera de lo muy íntimo, de ningún modo se ha de decir, para no errar el golpe,—para que el gobierno, hoy fuera de sí, no se prepare,—para que lo que ese hermoso pueblo tenga que hacer, sea obra suya, y de su mérito, sin espuela ni solicitud mía; porque así me complace más: ¡y cuánto más bello y moral para Cuba, y favorable al crédito de nuestra democracia naciente, y a su autoridad en la República futura, sería el ir al Cayo, no a tender las manos, sino a dar las gracias! Pero acaso, por el prurito dramático, haya de ser la chispa mi presencia. Dudo sobre los métodos. ¿Seré preciso,—o podrá hacerse sin mí—en grande—lo que es indispensable inmediatamente? Que crezca la marea. Que madure la generosidad, exaltada con justicia,—y ¡ah! qué gloria, cuando me ultrajen mañana a mi pueblo, decir de él:—Pues el dinero con que compró la libertad, ¡yo nunca tuve que pedirlo! Estoy pensando. Ya saldré por donde más convenga y deba. Porque, Fermín, ya tenemos la gloria en las manos. Veo premiada mi ansiedad, y mis sufrimientos.

Y a ti, ¿no te premia de los tuyos el verte tan querido, y no te unge y levanta la obligación que pone en ti la confianza pública? Ya te veo señor de corazones, canónigo de corazones, sin más pena que la de ver aún niña, y como animal, a la humanidad. Ya iremos subiendo. No hay pena que a un hombre bueno le llegue al tobillo. La pena inmerecida es dulce. Aprieta un poco la garganta, pero da luz por dentro. Llévame un diario de tu vida, y más largo mientras menos te lo responda. En mí, el silencio es pena. La alegría me pone conversador. Si callo, escribeme fuerte. Yo te veo a todas horas, con estos ojos vigilantes.

¿Cómo quiero a ese Cayo generoso, y más ahora por ti! Ahora sí que—por lo que contigo han hecho—les mandaría a uno por uno—acaso de despedida—mi retrato. Por mí, no lo mandé jamás. Y ya te oigo, desbordada el alma presa, y con la libertad de un auditorio puro y amigo. Tú curarás almas y cuerpos. De mí, no me preguntes. Creo que he visto por junto un día a Carmita desde que te fuiste. Y tengo en este instante la Isla entera, y toda la emigración, delante de mí. Adiós, pues. Tú no necesitas más que nobleza que hacer para vivir feliz—y ahí la hallarás a porrillo, entre tanto agrio, menesteroso y desconsolado. Esto irrita a otros y a ti te alimenta. ¿Te puedo decir adiós mejor? A Máximo Díaz un buen saludo. Y a todos, que aún no puedo escribir. La semana entrante me resarciré: me meto en el monte: y enseguida—¡a la última peregrinación! Y ¡cuánto problema resuelto! Y uno de los ma-

yores para mí, que era verte querido como mereces, y en el reposo de tu trabajo.—Y por la patria, ¡gracias!

Gómez te escribe. A Manuelito, una línea, y quiéremelo.

Tu

J. MARTÍ

2

## AL GENERAL ANTONIO MACEO

New York, abril 20 de 1894

Sr. General Antonio Maceo

Mi amigo muy querido:

En el correo, al apearme del tren—como hace quince días cuando le escribí—recibo su carta, tan brava y tan ansiada—veo que sale enseguida el vapor de Costa Rica, y un lápiz y al vuelo se la contesto. Al recibir ésta, habrá recibido un cablegrama satisfaciéndolo. Jamás, mientras yo tenga mano en nuestras cosas, se pasaría por sobre Vd.,—ni por esos compañeros que amo como Vd. mismo los pueda amar,—ni por una sola de nuestras virtudes se pasaría, por humilde que fuera. Descanse Vd. Descansen todos. Nadie ha pretendido, ni pretenderá, pasar por sobre Vd., ni por sus compañeros. Vd. es imprescindible a Cuba. Vd. es para mí—y lo digo a boca llena y a pluma continua—uno de los hombres más enteros y pujantes, más lúcidos y útiles, de Cuba. Ni reconozco, ni permito—y no se lo he de permitir—más enemigo de Vd. que el que quisiera oponerse Vd. mismo. Y Vd. es demasiado grande, Maceo. Y yo, que en hora necesaria dije a Vd. mismo la verdad que sentía, y a nuestra patria le era entonces útil, yo le digo que siento por Vd. cariño entrañable, íntimo; como si hubiera—¡créamelo o no!—nacido en su misma cuna; que lo defendería y mantendría, en caso necesario, con más brío que a mí mismo; que aborrezco, persigo y ahogo toda injusticia e intriga; que tendré acaso mi día más feliz, cuando en Oriente, único suelo digno de nosotros, cuando en suelo cubano, pueda Vd. decir, ante los hombres que no se han de desmontar: “Un hermano éste”. ¿No me quiere como hermano María? ¿No me acarició su madre como a hijo? ¿No me ha llamado públicamente su hijo? ¿Soy yo un cómico abominable, que diga estas cosas en la hora de la necesidad, y las diga sin sentido?

¿O es tal nuestra sociedad que estas cosas puedan decirse de comedia? Escribo con mi sangre y muero. Descanse, que jamás, mientras tenga yo mano, se prescindirá de Vd.

Ahora, al vuelo, hechos. Explíquese todo por demoras fatales de tiempo. El primero de enero fue su carta primera a Gómez.—El 16 de diciembre dictó órdenes sobre febrero, que sólo se recibieron en Cuba, Villas,—a primeros de enero. De allí y otras partes, piden prórroga y se preparan con todo brío.

El 23 de enero envié comisión a Santiago y aún no ha podido volver. Allí mismo se ha debido dar tiempo, haciéndose el muerto, a que soltasen a los presos. Lo del Cayo, importantísimo para lo futuro, y comisiones de la Isla—me han clavado aquí.—Demoramos, pues, de acuerdo común—preparo aquí, *ya de hecho*, Villas y Camagüey; espero respuesta de Oriente; Vd. tenga su gente adentro pronta. Ya le pregunté donde quiere el equipo de 50, o lo que Vd. me diga. Veo que los \$5,000 que Vd. me dijo le ofrecieron cuando Purnio se convierten en \$500.

Bueno: no está bien, pero Vd. irá. Eso, Jamaica y Panamá, son para lo de Vd.—Seguro ya—antes no—así pido y urjo. Y será.—Se va el correo. Tranquilícese. Tardaremos lo que imponen estas distancias fatales. En acuerdo con esto, me he mantenido agachado, para que no se persiga o azuce en la Isla. En respuesta a mí, espero sus detalles, sobre lugar y gente. De Gómez, veo no ha podido recibir instrucciones: él desea estar seguro; *como puede estarlo y ya sabe*, de tal aquiescencia del Camagüey. De mí, ya tiene respuesta. Y esta y otra vez, la seguridad de que acaso Vd. mismo no se quiera tan bien como lo quiere su

JOSÉ MARTÍ

3

A JOSÉ GONZALEZ CURBELO

Central Valley, 25 de abril de 1894

Sr. José González Curbelo

Noble González:

Aquí está su cartica sentenciosa. Ya escribí a Lucena explicando la equivocación. La carta de usted está ya respondida con la suscripción a Duarte: era para eso. Para perdones usted sabe quien soy: no quiero con una sola palabra mía cerrar nunca la puerta a un arrepentido: quiero

que les quede la vía ancha aunque se la tajen en mi propio corazón. Ya conoce mis sermones a Marco: duro en el pecado y blando con el pecador.

Estoy en el campo, enfermo, disponiendo toda la labor escrita antes de echarme a andar. Pero no puedo ocultarle la situación presente. Es el tiempo rigurosamente medido. Tenemos estrictamente calculada la obra de todos. Si falla la de algunos, fallará la obra en algo. Tenemos que arrancar todos a la vez y así llegaremos, sin fracaso y sin ruido. Tengo a esa altura las almas. Recuerden que éste es duelo desesperado con el último poder de España y toda la cobardía criolla. Yo pasaré por allí como un relámpago; pero pasaré. Es fácil y posible lo que queda por hacer. Que se sienta de boca en boca la grandeza del momento.

Escribiré con mucho gusto a mis nuevas hermanas de la casa Guiteras. ¿Quién no es bueno con tales premios y obligaciones? Así es usted que honra a quien quiere.

Su

JOSÉ MARTÍ

**DE *PATRIA*, NUEVA YORK**

**28 DE ABRIL DE 1894**

**CIERTA PRENSA DE CUBA, Y LA CAPTURA DE ARMAS**

## CIERTA PRENSA DE CUBA, Y LA CAPTURA DE ARMAS

El tesón y unidad de una obra difícil sólo son inteligibles para quienes sean capaces de ella. Quien no entiende de desinterés y de conjunto, no los entiende en los demás. Los que se niegan, niegan. Es el estigma de la pequeñez propia, el suponer la pequeñez ajena. Se comprende que el marquero, con el hierro encendido, clave la marca al toro, que es bestia, y resiste: no que el toro se clave la marca, ni guíe con la pezuña al marcador sobre los toros hermanos, ni relama, con la lengua callosa, el hierro de su oprobio.—Es innecesario responder a ciertas apreciaciones que sin derecho alguno, y contra los propósitos expresos, y ni en lo íntimo ni en lo público negados jamás, hace uno u otro periódico de Cuba —con motivo de la entrega de armas en Puerto Príncipe—sobre el Partido Revolucionario Cubano.

La verdad, aun cuando quiera decírsela, sólo es permitida en Cuba allí donde, con causa o sin ella, crea el gobierno de España que no es de temer, porque no va por los caminos de la acción, sino de desear, porque le sirve como prueba de la amplia libertad en que deja al pensamiento cubano. Ni es recomendable, de ningún modo, en Cuba el sacrificio estéril a que conduciría el aplauso público de la revolución armada:—porque para más viril esfuerzo ha de guardarse el valor, y no es valor cierto o superior de veras el que se pone sobre las conveniencias públicas, sino el que se sofoca por servir las. Ni cabe, en la prensa usual cubana, sobre todo en la que no ha logrado quebrar las filas hostiles de españoles y cubanos en que se divide naturalmente el país, ponerse en las garras de un adversario sangriento, por el aplauso, siquiera sea mostrado en la tibieza de la censura, de una revolución tan profunda y solemne, y tan cordial y piadosa, que no la deslucirá *Patria* por su parte respondiendo con una sola voz de amargura, ni de resentimiento innecesario, aun a lo más punible de esos juicios, que es la suposición irrespetuosa de que la obra pública del Partido Revolucionario que se

estableció, según sus *Bases*—jamás desmentidas en sus actos—no “para precipitar inconsideradamente la guerra en Cuba, ni lanzar a toda costa al país a un movimiento mal dispuesto y discordante, sino para ordenar, de acuerdo con cuantos elementos vivos y honrados se le unan, una guerra generosa y breve, encaminada a asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla”, viene a parar en la tentativa—de que ninguna pluma limpia osará acusar al Partido—de forzar una comarca suelta a la rebelión con un alijo de armas, que, a lo sumo, puesto que con armas se pelea, habría sido una parte natural de los preparativos de una guerra unánime y sensata.

*Patria* está segura de que el Partido Revolucionario Cubano, que no descuida una sola de sus obligaciones, y que tiene como principal entre ellas la de velar en Cuba desde el extranjero por la salvación de los cubanos que lo aplauden, y de los que lo denigran, no podrá ser por nadie acusado de haber pretendido, en modo alguno, ofender a región tan libre y entera como el Camagüey, y tan dueña de su juicio y de su valor, con la intención ridícula de alzarla en armas a deshora y contra su voluntad. A España sólo aprovecha la consigna, pueril en pueblo tan experto como el cubano, de suponer al Partido Revolucionario, obligado a más altas empresas, la desesperada y culpable tentativa de echar a las armas, sin acuerdo ni seguridad suficientes, una región tan valerosa como cauta, que no ha menester, en cosas de honra, espuela ni consejo. A España sólo aprovecha la consigna; y de ella viene. De ella, y de sus cojines. Pero es afán nulo. De más son capaces, y en más se tienen ante su patria por deudores, los hombres a quienes el voto libre de su pueblo ha dado el encargo de guiar la revolución. No son hombres de motín, sino hombres de patria. Cuatro balazos los podrán clavar contra un muro, con aplauso tal vez de manos cubanas; pero no será por el delito de haber engañado a su patria, ni reducido su porvenir a intentos vanos y miserables. Sereno sigue el Partido Revolucionario Cubano su camino, porque por su constitución no está obligado a vencer, sino a procurar de buena fe y a pública luz los elementos de la victoria:—o a deponerse, si no los consigue. Tan grande sería cayendo como triunfando. La derrota sólo sería suya, porque sería la del país: su gloria perdurable estaría en haber procurado salvarlo de ella. Por eso, fuerte con esta moralidad suprema, oye compasivo y cariñoso a aquéllos a quienes la ineficacia probada de su valor, o el largo goce de una autoridad inútil, o el disgusto de ceder la prominencia nimia, o el agrio miedo al sacrificio, mueve a falsear a sabiendas la obra de los que han mirado sus flaquezas y errores con benignidad.

Es de hombres el respeto al adversario; y sólo su debilidad revela, y el trastorno y congoja de su mente, quien a sabiendas, descompuesto el lenguaje, y deshecho en el terror el peinado postizo, roba a un contendiente caballeroso el crédito ganado por la fidelidad continua a un propósito cuya inoportunidad, por mucha que fuese, jamás podría, ante pechos enteros, deslucir la grandeza de una obra que, sin más premio probable que la muerte o la ingratitud, tiene por objeto la fundación de un pueblo laborioso y pacífico sobre las ruinas de una colonia invadida por el sobrante famélico y creciente de una nación incorregible e incapaz. No para intentonas se fundó el Partido Revolucionario Cubano; sino para impedirlos. No para compeler a un país, harto escarmentado para tales compulsiones, a una guerra descabezada e inconsulta; sino para salvarlo a tiempo y ponerlo en su propio dominio, antes de que el opresor inverecundo, con la ayuda de los criollos tímidos o desesperanzados, lo entregue a un amo hostil y codicioso. No para caer a ciegas, por la pasión de la independencia, en los peligros, para Cuba pasados, de las repúblicas novicias de América se formó el Partido; sino “para fundar en Cuba, por una guerra de espíritu y método republicanos, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud”. No para triunfar, irreverente, sobre la vida y la libertad de los cubanos del país se ordenó el Partido, ni para abusar en la Isla del entusiasmo novel y de las obligaciones históricas, sino para “propagar en Cuba el conocimiento del espíritu y métodos de la revolución, y congregarse a los habitantes de la Isla en un ánimo favorable a su victoria, por medios que no pongan innecesariamente en riesgo las vidas cubanas”. Ni en documentos públicos ni privados, ni en ninguno de sus métodos, ni en la más íntima de sus conversaciones, ha sido infiel a este programa total y respetuoso el Partido Revolucionario. Y tendría derecho para sacudirle en el rostro la acusación a quien, a la faz de obra tan vasta y bien cumplida, osase reducirla, ante los ojos de Cuba, al empeño insuficiente y mezquino de promover, por la sorpresa de un catecúmeno ferviente, una revuelta de antemano sentenciada a una gloria efímera y a un seguro sacrificio. Por el desorden mismo de su forma, y por su lamentable falta de moderación, son verdaderamente lastimosos esos fraudulentos comentarios. Y *Patria* no cree que se deba contestar a ellos, ya por haberse observado que es de vencidos la ira, y de la fuerza verdadera el reposo y la serenidad, ya porque es deber primordial y sincero en el Partido Revolucionario

rio el ir fomentando la revolución de modo que puedan entrar en ella, sin el escozor de la más leve herida, todos los cubanos de buena voluntad: ¿qué decimos: cubanos?: todos los que amen a Cuba, o la respeten.

Falsedad reprehensible, que con ningún hecho podrá apoyar nadie, es la de que el Partido Revolucionario delegó en un adepto entusiasta el encargo, inferior y contrario a su obra lenta y total, de alzarse con las armas de que lo hizo portador en la comarca de Puerto Príncipe, violada y sorprendida. Falso es, y así se dice: y recogerá su equivocación, en el silencio discreto por lo menos, toda pluma honrada. Pero ni la insistencia injusta en esa censurable versión, ni la mayor ofensa de nuestros compatriotas, nos arrancaría palabra alguna que pueda alzarse mañana entre sus brazos y los nuestros. Cerrada quedará siempre, de nuestra parte, la caja de los recuerdos y la de las indignaciones. Importa que Cuba entre en su vida de nación con la mayor suma posible de hijos hábiles. En el desaliento suelen caer, por la fuerza misma de su virtud, los que la han visto ineficaz o desconocida; y es menos abundante en el mundo la capacidad franca de ofrecerse al sacrificio, que la grandeza, tal vez más valiosa, con que en la hora inevitable se le someten los que al principio lo desamaron, o lo quisieron evitar. Verdad es que en ninguna condición está exento un hombre verdadero de los respetos de la justicia y de la caballerosidad. Pero no debe causar extrañeza ni enojo el juicio hostil, y en la prensa cubana acaso necesario, de la revolución cuya proximidad y energía se mide, precisamente, por el miedo de los que pueden padecer de ella. Un día hablaba con Chatham, en el año 1775, un hombre de chupa parda y medias de lana, y le aseguraba que "nadie, en las colonias de América, deseaba la separación": era Benjamín Franklin. Y en el mismo año, y en mayo por cierto, un corrillo de señores leía esta frase de una carta sobre el mismo asunto: "Si alguna vez se oye decir que he dado mi voz a proyecto semejante, a la separación de la Gran Bretaña, téngaseme por capaz de toda mala acción". Y el autor de esa carta, era Washington.

## M A Y O / 1 8 9 4

1. A RAMÓN RIVERO
2. AL GENERAL ANTONIO MACEO
3. A SERAFÍN SANCHEZ
4. AL GENERAL ENRIQUE COLLAZO
5. A SERAFÍN SANCHEZ
6. AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ
7. A FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ

## A RAMÓN RIVERO

1 de mayo de 1894

Sr. Ramón Rivero

Mi muy querido Ramón:

La presencia ahí de Gonzalo de Quesada, la brusca interrupción de mi viaje a la Florida y mi viaje a otra parte, son la carta más expresiva que le pueda yo enviar, y la respuesta a sus últimas de Vd. muy elocuentes y leales. ¿A qué ha de ir ahí, en días tan ocupados, el generoso Gonzalo? A que se adivine, como ya será ahí adivinada, la justicia y necesidad—la solemne urgencia hoy—de reparar lo perdido, sin demora, frente a un país que nos ama y espera con más fe hoy que nunca. A que Vds. hallen modo, en hechos y en palabras, de que en Cuba, enseguida, se vea cómo sienten hoy, y con qué fuego después de los sucesos últimos, las emigraciones. Poco diré, no diré más. Yo no ando por aquí, sino lejos. Yo no puedo errar. Debo arrollar y convencer por donde quiera que pase. Yo no puedo esperar. Cuba no puede. Gonzalo y Vds. serán enseguida mi solo corazón, y se habrá hecho una grandeza más.

Y por el periódico un abrazo de hombre. De Adelaida me acuerdo con cariño, en esta prisa enorme, y de los buenos. No pondré nombres, para poder decirles adiós. Hoy más que nunca es la hora de poner todo nuestro espíritu, cordial e impetuoso, en la obra que empezamos juntos, y hoy me lleva ya detrás de sí. Por donde quiera que vaya, y como quiera que acabe, siempre se acordará con ternura del magnífico Ramón,

Su

JOSÉ MARTÍ

2

## AL GENERAL ANTONIO MACEO

New York, 4 mayo 1894

Sr. General Antonio Maceo

Mi muy querido amigo:

Por el correo del sábado, que acaso llegue a Vd. antes que estas líneas, contesto su última,—y, con el placer profundo que me posee, le hablo de todo. Aquí le hablaría, si tuviera tiempo; pero se va el vapor que lleva a Costa Rica, a buscar campo y refugio en la tormenta venidera para su distinguido padre, a un joven cubano, de mérito ya probado, capaz de organización y de abnegación, y que acaba de salir prófugo de Cuba, después de haber prestado a la revolución un noble servicio:<sup>34</sup> Enrique Loynaz del Castillo. A pesar de su juventud, el respeto a su patria y el concepto del alto deber con que nos hemos de sacrificar a ella, pueden en él más que su impaciencia e ímpetu. En Loynaz hallará Vd. un leal y ardiente amigo de Cuba y de Vd.

Cuídemelo. Favorézcamelos con sus consejos. Por si Vd. no está ahí, le doy carta para Iglesias. Loynaz es hijo bueno, que antes de irse a pelear, quiere sacar a su padre de la peligrosa prosperidad de que goza en Cuba, y colocarlo donde pueda, con utilidad para el país que lo acoja, dedicarse a cualquiera de las labores en que es perito: azúcar, maderas, construcciones. Es hombre entero, caballeroso y útil.

Le dice adiós alegre, y pronto verá por qué, su muy cariñoso

JOSÉ MARTÍ

3

## A SERAFÍN SÁNCHEZ

[1894]

Sr. Serafín Sánchez

Serafín querido:

Es acuse de recibo, de la que vino con la de Collazo, y cuya insinuación principal, a pesar de cosas, e innecesarios apremios, de que algún día hablaremos. Se saldrá de todo. Aliénteme sólo el cariño de un alma

<sup>34</sup> Se refiere al cargamento de armas que Loynaz del Castillo introdujo en Camagüey en abril de 1894.

como la suya.—No quiero anticipar ni dar paso en falso. Lo de Loynaz será, y anhelo que sea, y él lo anhelará, caso de que otra idea anterior, y en camino, aunque no veo que cuaje, no se nos extraviase.—Todavía angustias, de la fuente mayor,— todavía: pero cesarán.

Observación de Vd., ninguna es perdida. Escríbame sin cesar. Por telégrafo puedo advertirle que me recoja y haga seguir carta por el correo del sábado para Carrillo.—Y un abrazo a la casa, y a William.<sup>35</sup>

Su

MARTÍ

4

## AL GENERAL ENRIQUE COLLAZO

New York, 8 de mayo de 1894

Sr. General Enrique Collazo  
La Habana

Mi muy estimado amigo:

Con alegría grande cumplo hoy por medio de la carta adjunta, los avisos que de tiempo en tiempo he enviado a Vd., en estricto acuerdo con el desarrollo, seguro, a la vez que vigilante, de sucesos que sabía yo bien que a la hora precisa—la de la acción cercana, sin demasiada preparación visible—habían de pasar por sus manos. De mi particular gusto en ello, y aun diré que de mi parte en ello, Vd. tiene ya prueba bastante, aunque no llegue tal vez a entender todo el afecto y especial cariño con que veo esta parte principal puesta en Vd. “Yo le diré que Vd. es como nosotros”, me dijo una vez el General Gómez hablando sobre Vd.—Vd. lo ha sentido ya y ve en mí un hermano.

Cuanto dijese sobre otras cosas sería redundante, y va explicado en la carta adjunta, escrita de acuerdo con la Delegación y por ésta suscrita y confirmada. Debo sólo regocijarme de que vea Vd. que hay ya la certeza de ese sistema de prudencia, concordia y división de trabajo con que en tan breve tiempo hemos llegado de tan poco a tanto.

Tenía Vd. razón, por los engaños y cobardías de la época pasada, en temer que yo, en mi humilde parte, no fuese el hombre de verdad y

<sup>35</sup> Nombre que se le daba a Eduardo H. Cato.

sencillez que soy, sino un llenapáginas, ambicioso y sin riñón; o que era yo víctima del patriotismo inactivo, y de miedos literarios a la obra cruda y sana que hay que hacer. Pero vea ahora la pureza y ternura con que se unen, sin un solo embozo, ni semilla de separación futura, los elementos necesarios, y que a Vd. mismo pudieran parecer opuestos, de la revolución.

Ni en espíritu, ni en detalle, me separo un ápice del vigor y la nobleza del General Gómez. Así le envié a decir al anunciarle—para calmar su dada natural—la situación próxima de que hoy le va la prueba.

Con la fuerza de lo hecho puedo asegurarle que me empleo ahora mismo en lo que falta por hacer, con el mismo cuidado por la Isla, y el mismo respeto a las vidas allá, que he demostrado hasta hoy. Sigo viaje a cubrir mi trabajo verdadero y hacer de camino parte de él. Pero antes voy al Cayo, a esperar respuesta de Vd., que me puede ir por el portador de ésta, y aguardo con la natural impaciencia.

Por otra mano remití a Vd. los 400 pesos que le anuncia el General, y aquí incluyo orden al portador, por \$75.00, para que, sin el peligro a que estaría hoy expuesta cualquier comunicación mía, por portador digno al Camagüey, envíe Vd. por mano, por primera vía, esta carta, del General y mía, al Marqués. Aquí he aguardado hasta dar con hombre totalmente seguro. Pero éste no tiene razón natural para seguir al Príncipe. Vd. escogerá allí bien su mensajero.

Para mayor tranquilidad de Vd. y para el éxito de nuestras labores, debo decir a Vd. que de ningún modo intervendré—ni en cosas de acción, armas etc., me he permitido intervención anterior—en la organización que ahí desee Vd. darse. Las personas, todas, que a mí hayan venido, recibirán recado de ponerse a las órdenes de Vd. Y sólo daré ese recado a gente de toda seguridad. De Matanzas, D. y B.<sup>36</sup> piden sin cesar armas, sin que hasta hoy vea yo modo cierto de su arribo, ni creo debo obrar en esto aparte de Vd., lo cual les dirá Vd. que los conoce, si le parece bien decírselo, porque yo no usaré el nombre de Vd., si Vd. no me autoriza. Vd. está ahí y Vd. conoce mejor los peligros que hay que obviar. Pero desearía respuesta sobre lo de Matanzas, o que Vd. los acalle, para que no crean desdén o debilidad lo que no es más que previsión y disciplina. Deseo también su autoridad para hablar de Vd. a J. G. G.

Para el miércoles próximo de la entrante semana, habré llegado al Cayo, y allí desearía hallar, para seguir viaje enseguida, respuesta de Vd. al General y a mí. Sólo me queda espacio para felicitarle con calor

<sup>36</sup> Domínguez y Betancourt.

por su publicación última, que tan eficazmente contribuye a echar por tierra, en el instante de la arremetida, al único enemigo que verdaderamente tiene la felicidad de nuestra patria: la soberbia incapaz de esos hombres tímidos.

Aguarda, impaciente y cariñoso, noticias de Vd., su

J. MARTÍ

5

A SERAFÍN SÁNCHEZ

Nueva York, 10 [Mayo, 1894]

Sr. Serafín Sánchez

Mi muy querido Serafín:

Aquí me tiene sin levantar cabeza, escribiendo a toda la Isla, a nuestros jefes todos, a los que nos pueden ayudar a tener juntos dentro de dos meses lo que estrictamente necesitamos. He puesto telegrama a Gómez. Fío en el éxito; y mientras la autoridad esté en mí, intentaré lo sobrehumano. No tengo tiempo para hablarle, como quiero, del plan que ya este correo ha iniciado, sobre lo que dejé empezado allí, para saber de seguro con qué se cuenta ahí. A Vd. y a Fernando escribo sobre esto por el correo próximo. A Poyo digo algo ahora. Y sólo diré a Vds. tres, con ruego formal, salvo Gerardo, de que de Vds. no salga. En todas partes hago lo mismo. A todo acudo. He empezado a tocar todos los resortes, propios y extraños.—Se me va el correo. No me falten sus cartas. Excelente la del hermano de Pepa. Y el pensamiento de Vd. es absolutamente el mío. Eso es lo mínimo, y eso tendremos. Ayúdeme con su cariño.

Su

J. MARTÍ

6

AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

New York, mayo 12, 1894

Sr. General Máximo Gómez

Mi muy querido General:

En los instantes en que, luego de dejar organizadas las cuotas de Nueva York y sus cercanías, de encontrar y enviar un buen comisionado para la Habana y Camagüey, de preparar el éxito de nuestro viaje, el

del noble Pancho<sup>37</sup> y mío, a la Florida, y de burlar la tentativa del Gobierno en Cuba de apretar la persecución con el pretexto de la actividad excesiva que después de su visita esperaba,—en los instantes, digo, en que cerramos las maletas para el viaje que empieza esta noche, y al que voy a la vez lleno de inquietud y de contento,—acabo de pasar una incomodidad muy grande. Muy grande ha sido. El respeto a la libertad y al pensamiento ajenos, aun del ente más infeliz, es en mí fanatismo: si muero, o me matan, será por eso. Imagínese usted cómo por esa condición mía, y por tantas causas especiales, respetaré el pensamiento de usted. ¿Qué no habré sentido al ver que, por una imperdonable desidia de la imprenta, de la que le pido inmediatamente cuenta pública por Gonzalo de Quesada, puede usted haber tenido razón para creer que yo, padre y sostén en nuestras cosas de toda humildad y magnanimidad, y enemigo, de todo lo que la viola, dejé en pie de la despedida de usted<sup>38</sup> una frase o palabra que usted hubiese quitado? He sentido cólera muy pocas veces, ésta es una. Ni la luz del cielo es más clara que yo. Piense, (en la necesidad absoluta de que yo sea así), cómo me pone, a pesar de mi mansedumbre, un incidente por el que puedo parecer,—no a Vd., sino a aquellos cuyos ojos no llegasen a mi alma,—abusador y pequeño. Por fortuna, la frase que usted suprimió con justicia, para evitar cualquier comentario malévolos, es una verdad general, sin asomos de aplicaciones privadas, que son métodos e ideas que no entran en mi mente ni en mi corazón. Pero ese no es el caso. Todos, y yo el primero, debemos respetar, no digo yo el pensamiento de usted, que pesa y llega a tanto con lo que dice, sino del hombre más humilde. Ya pasó; pero no me pasa el desagrado. Lo ahogaré en la grandeza que entre nuestras nobles gentes vamos a encontrar enseguida.

Recibí su tarjeta del Cayo, y ya sabe que salimos esta noche. Del camino le iré escribiendo, y nada nuevo le puedo añadir. Pancho, entre el trabajo ligero y el campo feliz, va sin más pena que no estar con ustedes: y la endulza hablando de ustedes incesantemente. Todos lo celebran, y envidian tal hijo. Él sobresale por su discreción y su ternura. Su orgullo es obrar bien, y pronto, y tan bien como el que más, si no mejor, que todos. Ya está hecho a la ejecución, la responsabilidad y el método. El me será, en estos días de pena, inapreciable, íntimo apoyo. Sí creí que usted me quería cuando lo dejó usted a mi lado.

<sup>37</sup> Francisco Gómez Toro, hijo de Máximo Gómez.

<sup>38</sup> *Patria*, Nueva York, 1894, año III, número 109, pág. 2.

De la Habana, y por eso demoré el viaje hasta hoy, tendré respuesta el día mismo de mi llegada, a fin de despachar de nuevo al enviado, si hay por qué. Envié a Collazo los \$400.00.

Nada le diré, sino un gran cariño.

Su

JOSÉ MARTÍ

7

### A FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ

[Nueva York, mayo, 1894]

Sr. Fermín Valdés Domínguez

Fermín queridísimo:

De la maluquera, y el quehacer de que voy halando como un mulo, me he dado un salto a Nueva York, a mis cosas. Estoy al salir, para la gran fagina: y empiezo por casa. ¿Aunque por qué llamo a esta tierra dura "casa"? Ya tú conoces esta vida. Nuestra gente cada día padece más aquí. El país los echa: por fortuna vivimos unos cuantos, que moriremos por abrirles tierra. Y viven almas como esa brava tuya, que está ahora de renuevo, y tan metida en virtud, que cuando vaya allá te he de encontrar todavía mejor mozo. Leña al horno, Fermín, que va a necesitarse pronto el fuego. Recibí todas tus cartas, y a todas te contestaré con más detalles que si te los escribiera. Muy juiciosas las observaciones sobre las necesidades perentorias: a eso estamos. Creo que ya vamos hasta por la cintura en la maravilla. Sudo muerte; pero vamos llegando. Y tengo una fe absoluta en mi pueblo, y mejor mientras más pobre: a ver si me falla. Esa sí que sería puñalada mortal. Ya yo te veo hecho un jardín, como se me pone a mí el alma cuando ando por esas tierras, de la bondad que pisa y bebe uno, y que tú celebras con elocuencia verdadera en tu hermosa carta a "Cuba". ¿Qué delicadeza mayor quieres, ni qué más viril poesía, que la que mueve la creación de ese club nuevo, que no valdrá porque lleve nuestros nombres, sino por las virtudes que en nosotros creen ver sus fundadores, que con serlo, se revelan capaces de ellas? Por ahí es por donde nuestra tierra está pecando: por lo feos y escasos que andan, por ahí, el amor y la amistad. —Ahí tienes una nimiedad que ni a ti ni a mí nos puede dejar los ojos secos.—Es preciso merecer ese cariño.

Una cosa te tengo que celebrar mucho, y es el cariño con que tratas: y tu respeto de hombre, a los cubanos que por ahí buscan sinceramente, con este nombre o aquél, un poco más de orden cordial, y de equilibrio indispensable, en la administración de las cosas de este mundo. Por lo noble se ha de juzgar una aspiración: y no por esta o aquella verruga que le ponga la pasión humana. Dos peligros tiene la idea socialista, como tantas otras:—el de las lecturas extranjerizas, confusas e incompletas,—y el de la soberbia y rabia disimulada de los ambiciosos, que para ir levantándose en el mundo empiezan por fingirse, para tener hombros en que alzarse, frenéticos defensores de los desamparados. Unos van, de pedigüños de la reina,—como fue Marat,—cuando el libro que le dedicó con pasta verde—a lisonja sangrienta, con su huevo de justicia, de Marat. Otros pasan de energúmenos a chambelanes, como aquellos de que cuenta Chateaubriand en sus “Memorias”. Pero en nuestro pueblo no es tanto el riesgo, como en sociedades más iracundas, y de menos claridad natural: explicar será nuestro trabajo, y liso y hondo, como tú lo sabrás hacer: el caso es no comprometer la excelsa justicia por los modos equivocados o excesivos de pedirla. Y siempre con la justicia, tú y yo, porque los errores de su forma no autorizan a las almas de buena cuna a desertar de su defensa. Muy bueno, pues, lo del 1º de Mayo. Ya aguardo tu relato, ansioso.

Yo que te charlo, estoy lleno de gente, y sin un minuto. ¿Conque ya suena la alcancía, y me vas a recibir con el aire de prisa de un médico atareado? No me hables de Palma. Tú curarás, porque te quieren, y porque sabes. Aquí te necesitaría, porque me cuesta mucho escribir, y estar levantado. Allá voy a llegar muy mohino, y acaso inservible.—Mejor, me verán arrastrándome, por servirle a mi tierra,—por servirlos. No hay sermón como la propia vida. ¿Y quieres creer que, mozo como soy, no pienso en tanta gente noble sino con cariño de padre a hijo?—De prisa te diré cómo gozo con que por corazones tan buenos se vaya extendiendo tu cura, que es a la vez de cuerpo y de alma. Ya sé—¿quién lo supo nunca mejor?—lo que han de pensar de ti.

Y vuelo. Yo me voy a halar del mundo con el hijo de Gómez.—A todos, que no escribo. Hago bien. ¡Ya me perdonarán...! tu

JOSÉ MARTÍ

M A Y O / 1 8 9 4

1. A RODOLFO MENÉNDEZ
2. A SERAFÍN SÁNCHEZ
3. A EMILIO BRUNET
4. A MARCOS MORALES Y EMILIO BRUNET
5. A DOMINGO UBIETA
6. A GEORGE JACKSON Y SALVADOR HERRERA
7. A SERAFÍN SÁNCHEZ
- 8-9. A GONZALO DE QUESADA
10. A FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ
11. A MANUEL BARRANCO
12. A SERAFÍN SÁNCHEZ
- 13-14. A GONZALO DE QUESADA
15. A SERAFÍN SÁNCHEZ
16. A JUAN FRAGA
17. A JOSÉ MARÍA IZAGUIRRE
- 18-19. A FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ
20. A J. BUTTARI GAUNARD
21. A RAFAEL RODRÍGUEZ
22. AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ
23. A GONZALO DE QUESADA

## A RODOLFO MENÉNDEZ

[New York, 3 de mayo de 1894]

Señor Rodolfo Menéndez

Amigo mío:

Por marcada injusticia, o el puntillo de la respuesta, o el desconocimiento culpable en un alma tan recta y tan bella como la de Ud. de la fatiga y piedad de mi vida, me he visto privado, en estos últimos años de labor, de su deseada simpatía.

En estas cosas de ideas, manda el respeto dejar libres a los amigos más queridos, y el gusto está en recibir su aplauso, sin espuela ni solitud. Ud. me ha querido castigar, y yo tengo mi modo de vengarme, que es el de confiar en Ud. abiertamente, y pedirle su ayuda inmediata y entusiasta, en la hora de necesidad de nuestro país. Seguro de no engañarme, y de ser entendido, hablaré con Ud. como con un amigo de toda la vida. Y Ud. no me lo tendrá a mal; porque hay encargos muy gratos, por enojosos que sean, que sólo pueden darse a hombres de entendimiento y de virtud.

Al cabo de año y medio de labor asidua, sin descanso en ella, entre intrigas y viajes súbitos y enfermedades de mano violenta, para desenvolver planes más vastos y visitar—como creí que podría—países útiles y queridos, se produce hoy en nuestra patria una situación revolucionaria ya madura, no por capricho de nuestro deseo ni pujo intenso de la emigración, sino por la confianza, aunque justa, por mí mismo inesperada, de la gente activa y virtuosa del país en la obra desinteresada y ordenadora de la emigración, y por las persecuciones ya apenas encu-

biertas del gobierno que amenazan, si no se lo estorba a tiempo, mermar o desmigajar en el país las fuerzas de la revolución, antes de que las emigraciones que han merecido su fe puedan socorrerlas.

Ante ese peligro acelerado y patente, es el deber del Partido Revolucionario, ya que tiene juntas todas sus fuerzas morales e históricas posibles, y muchas de las fuerzas materiales que al movimiento de éstas corresponden; acelerar su preparación, correspondiendo al peligro, y estar en aptitud inmediata de obrar como el país y la situación le aconsejen.

Cuanta ayuda pueden prestar sin alardes más dañinos que beneficiosos, las masas desterradas, la han prestado ya, y más prestarían, si el esfuerzo público que hubiese de hacerse para obtenerla no fuera como guía segura por donde conociera nuestro propósito el enemigo. En guerra abierta es fácil todo; y surgirán entonces, con el entusiasmo de los ojos, los recursos que hoy ha habido que levantar penosamente, en las emigraciones defraudadas o nunca acostumbradas a la disciplina, a fuerza de razón.

Hoy, por la misma vecindad de la guerra, y mientras más cerca de ella se esté, no puede aludirse mucho a la guerra, ni pintarla tan al estribo como para recabar más ayuda sería menester, porque con esa demanda pública se compromete, y lo que avisa y denuncia, es más de lo que con ella se serviría.

Y en el instante en que con la más escrupulosa conciencia, aun cuando la razón de ella no se ponga por cautela en el papel, puede un hombre enemigo de las ideas vagas y de los sacrificios inútiles o por objeto indigno, decir que es la hora oportuna, y no prorrogable, para cuanto esfuerzo puedan hacer sin escándalo los sensatos, sólo cabe, en quien tiene la obligación y representación que hoy pesan sobre mí, pedir la ayuda de aquel número siempre escaso, y sin embargo suficiente, de cubanos de juicio y de desinterés, para que por sí, y con cuanto auxilio puedan levantar a su alrededor, contribuyan sin demora, y sin la delación inevitable de la súplica pública a la masa, a tener completo en tiempo el tesoro indispensable para cumplir, sin demoras fatales y sin mezquindad ni confusión, las obligaciones que en plena razón se ha creído ya preciso y posible contraer, con toda la autoridad que puedan dar a hombres honrados y serenos la convicción verificada del deseo vehemente del país por una tentativa ordenada de independencia, la posesión de todos los prestigios, energías y pericias que la revolución pudiese fuera y dentro allegar, y tal núcleo de recursos materiales que el esfuerzo privado y sigiloso que hoy se solicita bastaría a completarlo.

Sin esa certidumbre dichosa, ninguna pasión por noble que pareciese, podía servirme de excusa a solicitar, con la necesaria urgencia con que lo hago, el concurso más activo que puedan prestar a la revolución los hombres de idea fundamental y previsora. Es de pocos el prever y el auxiliar sin ostentación y sin premio la obra de que no han de sacar provecho alguno.

Y Ud. no tendrá a intrusión mía, sino a justo descanso en su sencillez y en su virtud, el que yo, que jamás pido por mí,—que ni por mi patria siquiera pediría sin que me lo autorizase fuera de toda duda la conciencia,—que ni por mi patria siquiera me dejo turbar la razón, venga hoy ante Ud., como ante uno de los pocos hombres ante quienes se puede hablar este lenguaje, a pedirle que como ayudaría, aun con más fuerzas que las naturales, a salvar el honor de un hermano o de un amigo, ayude sin demora,—porque así es de necesidad y de prudencia—a completar en tiempo, el tesoro necesario para tener pronto, contra toda provocación o estallido, a cada hora temible, el auxilio meditado y unánime que puede ir de las emigraciones. Aquí sólo puedo insinuar, y Ud. no me lo tendrá a mal. Con cuanto peso puede hablar un cubano juicioso a otro,—un cubano que no busca en la guerra glorias bárbaras y vanas, sino el acomodo, en una fusión saneadora, de los elementos útiles o inevitables del país para su mejor dirección en beneficio público,—con ése, y aun con angustia, hablo yo a usted. Se hace lo que se debe hacer, y se sabe en plena razón, cuándo y cómo se ha de hacer. Por eso, en lo privado de unos cuantos hombres superiores, se habla oportunamente así. Yo le ruego que de su pobreza saque cuanto hombre de su temple pueda en situación tal sacar, cuando le habla desde las entrañas, y con la posesión de la realidad apremiante y feliz, un hombre que sin causa total, y hasta no tenerla plena, no ha hablado nunca con esta súplica ni precisión. Le pido más con esta carta como autorización, le pido que congregue a cuantos colaboradores—cubanos y mexicanos—pueda hallar ahí donde Ud. reside, y donde Cuba es siempre amada, para esta obra de redondear sin aparato la suma necesaria a la tarea de dar impulso bastante a la guerra de independencia de Cuba que confirmará,—porque sin la de Cuba no se confirma,—la independencia de México, sorda y continuamente amenazada. La posesión de Cuba, Menéndez, cambiaría el mundo. Démosla a los nuestros. Seamos libres y hábiles en las formas, pero con toda el alma para los nuestros. Vea a todos los hombres sensatos; vea a todos los cubanos fieles; vea a todos los que tengan los oídos en el corazón; y ojalá, que, al volver yo de aquí

a un mes, de viajes por donde no me puede llegar carta de Ud., a esa tierra nula e inhumana de New York, halle yo en manos del Tesorero General, Benjamín J. Guerra—en esta revolución que da recibo y cuenta de sus fondos—el resultado brillante de sus esfuerzos. Usted puede. Pueda ahora. Me ofreció una vez su casa. Ahora se la pido. Si no tiene más que ella, déla. A menos que el mundo entero no sea traición, salimos a camino. Con esta fe le habla, y con esta confianza en su hombría, en su reserva, en su actividad inmediata, en su energía, en la amistad que usted sabrá entender, este amigo suyo, resentido por la falta de su salud en los dos años de obra agonizante; pero muy afectuoso, estimador de su sana inteligencia, su alma abierta y su enérgico carácter.—No se ha engañado en usted

Su

JOSÉ MARTÍ

2

A SERAFÍN SANCHEZ

6 de mayo [1894]

Serafín querido:

Ya sabe que de proposito, aguardando a un poco más de asiento en las cosas de ahí, y porque no perdemos en realidad, demoro la carta: y estoy aquí en estudio de un cambio posible de fabricante que aseguraría la misma eficacia y mucho menor precio. Eso, Serafín, irá. Pero no deseo pedir para un momento *especial y cercano*, sin tener *seguridad absoluta* sobre él,—y así no se pierde crédito. ¿Aceptará el viejo, o creará—como yo mismo, incluyendo lo que usted le propuso en lo demás, que debe ensancharse un poco más, pero muy de veras. el término? ¿Será oportuno pedir, para *objeto y fecha fijos*, y llegue luego la fecha, ya muy cercana, sin el objeto? Yo estoy dando con el modo de hacer ambas cosas. No me castigue la cautela con su silencio. Soy su hermano—y en las justas impacencias tanto como en todo.

Acabo de arreglar felizmente con los abogados, y de salvarme de toda mezcla en los asuntos de tierras de la Florida. ¡Nuestras manos, respetadas y limpias! El influjo público y puro no debe emplearse, sea cualquiera el pretexto, en cosas en que se mezcla el interés privado.—Un abrazo a la casa de

Su

J. MARTÍ

3

A EMILIO BRUNET

Nueva York, mayo 10 de 1894

Sr. Emilio Brunet

Mi querido Doctor:

Incluyo, ya al pie del tren, la carta-autorización.—Vds. esperarán a Marcos,<sup>39</sup> y juntos harán su parte de labor, que no encomendaría yo a manos de menos dignidad.

¿Qué le diré yo, que gusto poco de decir? No le pintaré el desasosiego en que vivo hasta que esté atendida toda nuestra obligación: no se puede jugar con la muerte: sobre todo, con la muerte de los demás. Sí le diré lo que Vd. sabe: que sólo estimo verdaderamente a los hombres que, como Vd., no han perdido el entusiasmo por las cosas grandes en el gozo de las comodidades de la vida. Adelante Doctor: sobre las columnas, que son siempre pocas, se levantan los templos.

Salude a su esposa, y a esa linda niña, y al leal Federico, y a su madre y hermana,—y piense en la callada angustia, y en el sumo deber, de su

JOSÉ MARTÍ

4

A MARCOS MORALES Y EMILIO BRUNET

Delegación del Partido  
Revolucionario Cubano

New York, 10 de mayo de 1894

Señores Marcos Morales, Emilio Brunet

Mis distinguidos compatriotas:

Dos años hace, cuando comenzó el Partido Revolucionario la tarea de unir los elementos hábiles de la revolución dentro y fuera de Cuba,

<sup>39</sup> Marcos Morales.

e intentar con ellos un esfuerzo racional, y en acuerdo con el país, para su independencia, por una guerra republicana y generosa, digna de nuestra patria y de su posición futura en el mundo, ofrecieron Vds. contribuir con cuanto les fuese dable a la realización de este propósito; y han renovado su oferta, con patriotismo de que dejo aquí constancia, cada vez que han creído necesario su inmediato concurso.

Ni en este caso, ni en los demás de su especie, ha hecho el Partido Revolucionario efectivos los ofrecimientos de esta clase de ayuda, aguardando a que sus deberes fueran tan apremiantes y patentes que no le quedara ante sí propio, razón alguna para demorar el cobro de las sumas ofrecidas.

Las obligaciones del Partido Revolucionario han llegado ya a tal extremo, y la situación de la Isla, visible a todos, exige tal rapidez y unidad de acción en caso dado, que la dilación en el recaudo de todas las sumas disponibles, si ha sido hasta hoy respeto, sería desde hoy delito.

Por eso ruego a Vds. que, en el plazo de seis semanas, o antes si les fuera posible, depositen en la Tesorería General las cantidades con que contribuyan al actual movimiento de independencia.

Y como en esa ciudad existen cubanos fieles, que por causa de sus negocios o por desamor de la publicidad, esquivarían en público el servicio patriótico que están dispuestos a prestar en privado, pido a Vds. que se constituyan en comisión de recaudo ante los cubanos de Filadelfia que puedan y deseen contribuir a la necesidad urgente de tener al Partido Revolucionario en disposición de acudir, sin demoras y trastornos fatales, a la situación revolucionaria, de probabilidad evidente, que a toda hora puede producirse en la Isla.

La Delegación, que ha ahorrado a los cubanos, y le ahorrará siempre, todo sacrificio innecesario, tiene hoy causa angustiosa para pedir a Vds. el mayor esfuerzo y diligencia en el cumplimiento de su encargo.

El Partido Revolucionario, conforme a sus Estatutos, da cuenta, por la Delegación y la Tesorería, de todas las sumas recibidas para el fomento y gastos de guerra de la Revolución.

Con gratitud profunda, y con la grave responsabilidad de la situación que atravesamos, saluda a Vds.

El Delegado

JOSÉ MARTÍ

5

A DOMINGO UBIETA

Central Valley, mayo 18 [1894]

Excelente Ubieta:

Vd. es de los de raza, que no necesitan espuelas: Vd. es como el de Jamaica, que dio su palabra de ir cuando lo llamasen, y al ponerle mi amigo Ramírez de repente la mano en el hombro cuando estaba arando, clavó el arado, y se subió de un salto a las ancas del caballo de Ramírez: Vd. es todo oro y honor. Y para Vd., y para todos los hombres tan rectos y enteros como Vd., me siento yo entrañas de hermano. Con ellos padecí por su enfermedad; y aquí, en la angustia patria con que estoy recogiendo todo lo que he echado por el mundo, en estos días de fe radiante y responsabilidad, hallo esa medicina, que le puede convenir, y se la mando, para que vea que me acuerdo de V.,

Su

J. MARTÍ

6

A GEORGE JACKSON Y SALVADOR HERRERA

[Key West, May 18th, 1894]

To Messrs. George Jackson  
& Salvador Herrera.

Friends:

It comes just to my knowledge that my fellows workmen of Falk's & Mayer factory have declared a strike on the point that the rules of the house were opposed to my visit to the factory, or were incompatible with that feeling of resistance to all kind of oppression of which they justly believe me to be the representative. This action, my friends, grieves me most deeply. I must be grateful for all kindness to the work of brotherhood and justice shown in any visible regard towards my person: but, speaking to true men, as I know I am doing, I must resent any action, however essentially just it might be, that might be construed

in criminal hands as fostering in any way, or in some wise helping, to increase the calamity of a town I love as if it were my own, and to whose desertion I should never contribute,—or to end ultimately in that separation between Cubans and Americans that I have helped to make impossible, and the last remnants of which I am, in my private capacity, actually engaged to change, with all hope of success, in a lasting and practical peace. Allow me, friends, to end my work. Do not be an obstacle to it. Let you not be the cause to have me misrepresented as the instigator of your present trouble, when you know well that in no occasion have I lent my hand to the domestic struggles of Key West, and that, in this case, I have not had the least knowledge of, or interference in your action.

I feel that I can ask of you; a favor. Your action can harm, in a most unfavorable moment, the sacred cause, the American cause, I serve with the most respectful discretion. Your action comes to endanger the prospects of final peace, and settlement of deep sorrows, in this city. It is your duty to me, in simple justice, to remove all pretext to represent me as a disturber in this locality, or a man willing to procure further disquiet and enmity, regardless of the mortal sadness of a workless home. My love of country is with me the ardent love of justice, and of the welfare of men, and the art of advancing their body of rights without unnecessary or violent struggle against its enemies.

I do not intrude upon your opinions. I do not forejudge on the merits of your strike. I do not advise you to yield on what you do not deem wise to recognize as just. The point may be right: but the occasion is wrong. It might be said that I am the instigator of it; and I am not the instigator. I am placed by you in such a position that, in most delicate moments, I may appear as the fosterer of the domestic divisions that I am successfully healing,—that I am healing without those public manifestations that from me might be taken as an undue intrusion or as unworthy condescension towards the wrong-doers, of both of which I am incapable. Yield now, friends, as a favor to me, in justice to me. Delay your representations, if you still believe them just, and be as vigorous in them as you conscientiously believe it right to be, but do not allow any one to believe that they have been promoted by me. Can I be service to you between today and tomorrow, when I am going? I will serve you. I do not wish to believe that you have been intentionally offended. But in the moments in which, in my private capacity, without indecorous deference to the ill advised counselors of past grievances.

I am endeavoring to remove the last seeds of disaffection between Cubans and Americans, however deep the Cuban wound may be,—let you sacrifice for the moment any right of yours, for the sake of the work of peace and friendship in which I am engaged. I love you. You will understand me. Hear me with your hearts.

JOSÉ MARTÍ

#### TRADUCCIÓN

Cayo Hueso, mayo 18 de 1894

A los señores George Jackson  
y Salvador Herrera

Amigos míos:

Acabo de saber que mis hermanos de trabajo de la casa Falk y Meyer se han declarado en huelga porque los reglamentos de la casa se oponían a mi visita a la fábrica, o eran incompatibles con aquel espíritu de resistencia a toda especie de opresión de que con justicia me creen el representante natural.

Este acto, amigos míos, me causa una profunda pena. Debo agradecer, y tiernamente agradezco, cualquier cariño que en mi persona se muestre a la obra humana de hermandad y de justicia; pero—hablando con verdaderos hombres, como sé que hablo ahora—bien puedo permitirme decir que es también deber mío lamentarme de cualquier acto, por muy justo que en esencia sea, que pueda por manos criminales ser desfigurado como si en algún modo contribuyese a aumentar las calamidades de esta ciudad que veo como mía, y a cuya soledad no debo contribuir,—o pararse al fin en aquella separación entre cubanos y norteamericanos que he ayudado a evitar, y los residuos de la cual, en mi carácter privado, estoy haciendo por convertir, con esperanza de éxito, en una paz práctica y duradera. Permitanme, amigos míos, acabar mi obra. No sean un obstáculo a ella. No sean la causa de que se me haga aparecer como el instigador de este suceso, cuando ustedes saben bien que no he puesto mano alguna nunca en las luchas internas de Key West, y que en este caso no he tenido el menor conocimiento de este acto, ni intervención en él.

Siento que puedo pedir a ustedes un favor. El acto de ustedes puede lastimar—en un momento desfavorable—la causa americana, que sirvo con respetuosa discreción. Viene el acto de ustedes a poner en peligro la probabilidad de la paz final en esta ciudad y el arreglo de penas profundas. Es el deber de ustedes para conmigo—es un deber, si me quieren y consideran lo que está hoy en mí—es un deber de simple justicia, quitar razón a todo pretexto de que se me represente como movedor de querellas en esta ciudad, o como hombre capaz de aumentar sus disturbios, sin miramiento por la mortal pena del hogar privado del sostén del trabajo. El amor de la patria es en mí el ardiente amor de la justicia y el bienestar del hombre, y el arte de adelantar su derecho sin lucha violenta e innecesaria contra cuanto se le opone.

No me entrometo yo en las opiniones de ustedes. No prejuzgo yo sobre el punto de la huelga. No les aconsejo yo que acepten lo que crean no deber aceptar. El punto puede ser justo, pero la ocasión no es oportuna. Puede decirse que soy yo el instigador; y yo no soy el instigador. El acto de ustedes me coloca involuntariamente en muy delicados instantes, en situación tal que pudiera hacérseme aparecer como el promovedor de las mismas divisiones domésticas que estoy con éxito remediando, que estoy remediando en silencio, sin aquellas manifestaciones públicas que de mis labios podrían ser tomadas como indebida intrusión, o como condescendencia indigna con gente culpable, de lo cual soy, en ambos casos, incapaz. Demoren sus representaciones, si las creen aún justas, y sean tan enérgicos en su defensa como crean deber ser; pero no permitan que pueda alegar nadie que han sido promovidas por mí. ¿Puedo serles útil de hoy a mañana que emprenderé viaje? Les seré útil. Los serviré. Yo no quiero creer que se haya ofendido a ustedes intencionalmente. Pero en los momentos en que, en mi carácter privado, sin indecorosa deferencia a los mal aconsejados asesores de pasadas culpas, estoy tratando de desarraigar las últimas semillas de desafecto entre cubanos y norteamericanos, por muy honda que haya sido la herida cubana,—sacrifiquen ustedes por el momento cualquier derecho suyo en beneficio de la obra de seguridad y concordia que estoy llevando adelante. Amo a ustedes. Ustedes me entenderán. Oiganme con sus corazones.

JOSÉ MARTÍ

7

A SERAFÍN SÁNCHEZ

[Mayo, 1894]

Sr. Serafín Sánchez

Serafín querido:

En cama, pero ya salgo, y sigo viaje a tiempo. No me enfermó lo de allá, sino lo de acá: mareo y ultrapalique. Acá hay que hacer como la luna, que hincha al mar, y luego sentarse, a ver subir la marea;—que sube, pero tenemos poco tiempo para esto. Sigo al sur. Le escribo, con la cabeza aún muy confusa, para que sepa que el viajero—contra mis instrucciones—no vino por el Cayo, sino que se me ha aparecido por Nueva York. Esta noche aguardo su informe por correo. De todos modos me hubiera detenido aquí, o en el camino, porque el vapor que nos lleva no sale hasta el día último.—Muy aturdido me siento aún, y no puedo escribirle más, sino saludar a Pepa y a Raimundo, mejores cada día, y al leal Higinio.

Su

J. MARTÍ

8

A GONZALO DE QUESADA

Jueves [Mayo, 1894]

Gonzalo querido:

Sin descanso desde que llegué con todo arreglado en este noble pueblo, salgo para Key West. Su telegrama oportuno fortaleció mi resolución. Allá sé que entre V. y Benjamín todo estará bien cuidado. Acá los quisiera tener, para que vieran dificultades, y la capacidad de nuestro pueblo para vencerlas. En el Cayo hay que hacer mucho, que por los caminos abiertos todos se entran, cada cual con su pasión. Pero acá estamos, con la cabeza llena de ojos. Corrijanme bien a *Patria*. Del Cayo enviaré el artículo de fondo para el próximo número. El tren llega. La ciudad en la estación. A Benjamín, que ésta es suya: Bese la mano de Angelina.

Su

J. MARTÍ

94

West Tampa, Fla. 21

Gonzalo D. Quesada  
349 West 46 St.  
New York

May 21/1894

Keep next Patria except two or three columns for copy leaving Key West and Tampa next thursday. Excellent practical success.<sup>41</sup>

J. M.

10

A FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ

[Mayo, 1894]

Sr. Fermín Valdés Domínguez

Fermín queridísimo:

Te escribo por mi mano, dos días antes de emprender camino. La enfermedad fue natural: mareo grande, la variedad de conversación de la llegada, comida violenta, discurso largo enseguida en *La Verdad*, con la voz rota. Pero la paz que dejo en las almas compensa esta encamada de tres días. Me siento aún sin cabeza, porque ahí fue a parar todo. Escribo como en el vacío. El buen Barbarrosa no se separó de mi lado, y he hecho desde la cama lo posible para obtener sin escándalo de aquí la cuota necesaria. Mañana salgo; pero acá he de mirar mucho lo que digo, porque la españolería ambiente lo tiene todo aquí muengo y vidrioso. Ahora azuzan una huelga general, con el perpetuo fin de entrar en la casa de Martínez. Creo que no tendrán éxito.—Ya recibí—¡buena tarea!—tu telegrama sobre tal R. y 9 paquetes, fábricas que han venido muy a punto.—Arriba sin cesar en lo que falte y en los cobros, porque si no, no sé cómo me verá.—Te escribo con la mano insegura, por mi malestar, que me tiene aún muy caído, y porque no puedo olvidar nuestra despedida. Cuidado, sin embargo, con la menor aflicción: allá te veo,

<sup>40</sup> Telegrama transmitido por la Western Union Telegraph Co.

<sup>41</sup> Traducción: Reserve próximo Patria sólo dos o tres columnas para material salgo Cayo Hueso y Tampa próximo jueves. Excelente éxito práctico.

—como que no haces más que bien y te rodea tanta estima,—con todo el desembarazo y acomodo, de alma y cuerpo, que pudiera, en estos instantes, desear para ti. Da recio en eso, hasta cosas mayores. Gocé profundamente cuando te vi en tu rincón amplio y limpio, con el trabajo a la puerta y con el suelo firme debajo de tus pies. Atúrdete haciendo bien, que es ya para nosotros el único modo de vivir: sirve, vigila y perdona.—Yo te escribiré antes del viaje: después, estaré un mes sin saber de ti; pero tu obra habrá sido continua, por el encargo especial que te haré, y no tendrás manera de dejarme de dar cuenta de toda ella. Acabo porque no puedo halar mucho la pluma.—Vi toda tu alma en el telegrama de ayer y te la pagué con toda la mía.—A Manuelito ya le escribo: que sea *dandy* de noche, obrero de día, y hombre a todas horas, que ya estoy convencido de que él lo puede ser.—¿Y Aurora te cocina? Allá me sentirás, de seguro, sentado a tu lado, en todos los momentos de pena. Allí está

Tu hermano

MARTÍ

11

A MANUEL BARRANCO

[Mayo, 1894]

Sr. Manuel Barranco

Amigo de veras querido:

En los vientos de Ocala, que es un cesto de luz, le pongo estas líneas. En Tampa estuve el tiempo necesario para confirmarme en los milagros de la cordialidad, que esta vez me ha servido para ver cómo cada día son más hondas nuestras raíces, y para cerciorarme de otro milagro mayor, y es la ayuda de aquéllos de quienes no hubiésemos osado esperarla. Y la tengo. Ya sabe que todo depende de nosotros, que pondré actividad de loco en el empleo de mi razón, y que he empezado a recoger los hilos. Ocala como nunca. Sigo esta noche, me encierro al despacho en Nueva York,—y Mercedes y Patria, en todo lo que siga, continuarán rogando por su amigo.

A lo de Borréro. El Príncipe recibió con vehemente adhesión, según el comisionado, el convite que envié a todas sus personas principales. Alejandro Rodríguez,—esto, todavía más que todo, para Vd., y Borréro,—quedó en ligar y responder. Después, las adhesiones formales, aun

de cabezas decisivas que se consideraban tibias—la actividad revolucionaria, a veces muy difícil de enfrenar, de los que pasan por ardientes autonomistas—, y el estado revolucionario patente, para los que lo debemos conocer, de la Isla toda, el estado grave y activo, han venido a autorizar y a apresurar, por nuestra parte en el extranjero, el allegamiento inmediato de todos nuestros recursos. Lo hago, y yo mismo atiendo a la parte más difícil y eficaz. Y hay esperanzas legítimas, y de hecho, de obtener sin demora lo que falta para lo necesario. Mientras afuera, pues, porque de adentro nos espolean, apresuremos nuestra acción definitiva, que sólo tardará en ir lo que tardemos en aglomerar nuestros recursos y en distribuirlos; adentro se ha de tener noticia de esta situación acelerada, y se han de apretar más los preparativos de cada comarca. Vd. que ve la verdad, dígala. Mi plan de hacienda es mínimo, y no lo creo falible, no por mí, sino por la respuesta de todos los que he preguntado ya, por lo módico de nuestras demandas, y por la probabilidad racional, mayor hoy que cuando salí del Cayo, de que tampoco falle la parte modesta que calculo a las emigraciones. ¿Por qué ese noble Borrero no va a nuestra costa al Príncipe a levantar a los suyos, de acuerdo con los prohombres ya hablados, a juntarles su esfuerzo, y aun a poner ante ellos la nueva comunicación, ya más urgente que la primera—por la rapidez de los sucesos posteriores,—que yo puedo colocar en la Habana, donde la recogería Vd. sin riesgo alguno, y de que podría ser él portador? Ese sería el verdadero servicio. De todos modos, alísteme a ese hermano en la verdad, y dígamele el alma que somos, y la misión que nos hemos echado encima, y la fe y la prisa con que nos movemos, y que no andamos en sueños. Pero si Borrero se convenciese de lo que acá tenemos y vemos, y con ese fervor pudiera añadir el de los demás, o mover a la gente llana del Príncipe, que en el campo es toda nuestra, y en la ciudad no ha sido tal vez tan llamada como es justo y conveniente que lo sea, el favor de Borrero sería irse al Príncipe, verse con Rodríguez, activar la respuesta, ya más decidida ante la situación apresurada, y unir sus elementos a los que por allá tienen las otras cabezas de las comarcas. Si así pudiese ser, un telegrama de Vd. con las palabras *Corriente Castellón* a Benjamín me indicaría el asentimiento de Esteban. Tenemos fondos bastantes, como Vd. sabe, y Vd. me le adelantaría en la Habana lo necesario para el viaje. El esperaría en la Habana la comunicación que, de todos modos, yo pondré en la Habana, sin citar el nombre de Vd., a que la recoja para Vd. la persona a cuyo nombre se gire una letra de cambio, que se paga con la carta; un medio seguro. Y me le dice

a Esteban que esto no es verdad, que hace cinco meses le pedí este favor, y conté con él; y expliqué el Partido a P., y le rogué que se lo explicara, con su democracia y economía, a Manuel Sanguily, que es amigo de Esteban. Hace cinco meses deseé este viaje, en las mismas condiciones, que por no tener respuesta de él tuvo que llenar otro. Dígamele todo el corazón.

Ceso por la prisa de los que me llevan el correo. Ocala de fiesta y de mucha amistad. Ruégole a Juanita el perdón que merezco. Y a esa casita nueva, el afecto profundo de un hombre que le entiende a Vd. todo su valor, y goza en llamarle amigo

Su

JOSÉ MARTÍ

Yo envío la carta al P. de todos modos; a Vd. le dirán de la Habana dónde recogerla. O mejor pregúntelo antes de salir a F. V.

12

A SERAFÍN SÁNCHEZ

Jacksonville, Fla. mayo 27 de 1894

Sr. Serafín Sánchez

Serafín querido:

Nada le diré, rodeado de los cubanos bien dispuestos de Jacksonville, del calor en que dejo a Ibor City,—de la maluquera en que caí, y pasó,—de los \$800 ó \$1,000—que a eso llegará el lunes, de la casa de Ibor, y los retazos de otras partes, que cubrirán la cuota que fijé en mi mente a la localidad,—del juicio y solicitud y dignidad con que Pancho<sup>42</sup> me ha acompañado,—y del arrebató con que aquel pueblo, tan mordido de todas partes por España, nos dijo adiós:—se salían las almas de los cuerpos.—Tengo ahora que hacerle un encargo urgentísimo,—y es que me perciba inmediatamente del gremio los \$2,000, ya gloriosos, por el ímpetu de la donación y por su providencial empleo,—y los ponga en manos de Gato. A éste aseguro en la carta—como es verdad—que ni a Vd. mismo, para que la responsabilidad quede donde debe, y él bien guardado, comunico el encargo que a él le doy.

<sup>42</sup> Francisco Gómez Toro, hijo del general Máximo Gómez.

Mi objeto al hacer a Vd. intermediario de la entrega a Gato, cuando el gremio pudiera hacerle la entrega a él, sobre todo cuando tiene en su casa el dinero, es que por concepto alguno, pueda trascender que Gato tiene que hacer directo en estas cosas, y él pueda prestarnos el servicio que le pido, con esa absoluta garantía, y sin rastro en los libros o en las conversaciones.

Le ruego, pues:

Que me entregue esa carta adjunta a Miyares, y me lo ayude a cumplir enseguida el encargo.

Que entregue a Gato la suma, y la carta adjunta.

De Charlie tuve plena noticia; y ¡cuán feliz! Cuanto pudiéramos desear, Serafin. Y el consejo supremo: ocultar nuestro contento: acabar callados: que no haya la menor razón, ni en nuestros rostros, para que se crea que estamos tan adelantados como estamos. Es nuestra salvación única. Es la súplica que se nos hace, de todas partes a la vez, mientras se pone mano a todo. Ruego sobre todo al General que me apague cualquier pista de preparativos visibles: cuanto se ha hecho es sabido al dedillo, y tiene ahí agentes siguiéndolo, y exagerándolo, y dando la ocasión que debemos evitar, si hemos de salvar la Revolución:—la de abrir persecuciones, con el pretexto de que existe una trama inmediata y activa. Ya que estoy en esto, le he de dar un aviso, aunque corra riesgo de errar, y sea triste.—De meses atrás vengo estudiando la conducta contradictoria e innecesaria de Ramírez, que anduvo ahí en ciertos ensayos. Formalmente ruego que se le tenga fuera de todo conocimiento de la acción real que en todo momento pudiera ser requerida. De ningún modo es satisfactoria la razón de su existencia entre nosotros, y me veo obligado a confesar mi temor, cualesquiera que sean las apariencias en contrario, de que su objeto, y el de algún compañero de quien hubiesen Vds. podido fiar, sea el estar en las entrañas del único grupo militar con que han podido dar, e instruirse de nuestras intenciones, y de la especie de armamento que usaremos.—La ventaja ahora es nuestra, porque con este aviso, o con este temor, podemos usar al hombre, aparentando que no lo conocemos, para darle una convicción distinta de la que pudiera tener, y asegurar más el éxito, fingiendo desorden y falta de preparación, y así engañar al enemigo en ésta que es su única guía:—los preparativos de Tampa y Key West.—Que los vean, porque sería errado el ocultarlos totalmente,—sería pasarse de listo: pero que los vean de tal modo, y en tan aparente desconcierto o lentitud, que por ellos no puedan juzgar, sino al contrario, de nuestra eficacia y de nuestra cercanía.

Un temor me asalta: ¿Estará Gato en el Cayo? Si no estuviese, es el encargo que le hago de tal naturaleza, y tanto más eficaz por la rapidez en su ejecución, que rogaría a Vd. le pusiese un cablegrama como de la casa para su venida,—o no, carta es mejor,—y nunca de Vd.,—puesto que puede salir por el correo mismo que lleva esta carta, y él recibirla y volver al Cayo por el mismo vapor. Todo lo fío a Vd.—Quedo pendiente de ésto, y ansioso.

A Vd. y a Fermín y Poyo—digo ahí mi dirección, aún secreta. Deseo que ponga un telegrama sin firma a Gómez, *passenger on board Albert Dumois, care Phipps & Co. New Orleans*, hasta el 30 en la noche, diciéndome si cobró los \$2,000,—si William está ahí,—si sale enseguida para Nueva York. No descanso hasta que no sepa esto. Tranquilíceme.—Ahora sí que está contento,

Su

JOSÉ MARTÍ

¿Y necesitaré darle gracias por la comisión? Ahora vigilen el pago. Que no haya trastorno en casa de Villamil.

13

#### A GONZALO DE QUESADA

Southern Hotel  
Whelpley & Penfield, Proprietors

Waycross, Ga., mayo 28, 1894

Gonzalo muy querido:

Sus dos obleas me llegaron, pero yo se que ellas venían como sellando su corazón. ¿Y Angelina? ¿Y Aurora? a quienes no veré en algunos días. Días tales han sido éstos, y tan bebida es *Patria* en realidad por acá, anden como quieran sus agentes, que nadie ha hallado tiempo para traerme, a pesar de mis instancias, y en la marejada de corazones, el último número que todo el mundo me celebra. Ahora estoy inquieto; ¿habrá mandado Fermín<sup>43</sup> la descripción? De Tampa nada pudo ir; porque el jueves mismo me levantaba yo de la cama: la garganta se me

<sup>43</sup> Fermín Valdés Domínguez.

veló, y caí en postración nerviosa, por el trabajo aparatoso y fiero de la llegada. A España entera hay que echar atrás cada vez que se llega a Ibor City: pero quedó todo hecho, y cerró el viaje una verdadera ola de almas. Ayer pasé un día útil en Jacksonville, de donde salgo sin voz ni huesos. Este, en un hotel del camino, es el primer instante que he tenido para ponerle dos líneas. Ya le escribo más, antes de salir. A *Patria*, téngamela a la capa, en cuanto a ideas, totalmente silenciosa en cuanto transpire a debate o réplica, sobre todo en lo referente a autonomistas, martilleando muy recio en el pecado, pero sin decir jamás el nombre de los pecadores. Ya ve cómo así vamos ganando la batalla. ¿Vio la miseria, y el respeto, con que, compelidos por la opinión, toda nuestra, contestaron a Loynaz? Que queden tundidos por nuestra razón serena, y obligados a nuestra magnanimidad. *Patria* hágamela de asuntos pintorescos, y en cada número algo brillante y nuevo. Lo de Diviño e Iznaga gustó mucho. Heroísmos desconocidos y breves: relaciones pujantes, como las que Vd. escribe: poca biografía larga, que trae mohína a la gente, a menudo superficial e ingrata: en suma, cubrir el camino, como si no anduviéramos en cosas muy reales. Que Benjamín mueva de vez en cuando, con Figueroa, la pluma editorial. Fermín contribuye. Irá un buen Lufriu<sup>44</sup> de Serafín para que el número en que vaya, sea—por lo extenso del artículo,—leve en todo lo demás. Escribo, antes de irme, a Figueroa.

Del Cayo, no le contaré, ni los periódicos le pueden decir. Cubrí la cuota fijada: los dejé en paz, cuando la camarilla me esperó para renovar la guerra: se sentía el cielo, como de acero encendido, del resplandor de las almas. Yo “toco lírico”, como dicen en México, muy pocas veces; pero, en lo privado nuestro, he de hacer justicia a aquella legítima grandeza.

Pancho<sup>45</sup> me tiene enamorado. Hombre alguno, por muy entrado en años, habría salido con tanta discreción, con palabra tan generosa y medida, con tal dignidad y desembarazo, de los continuos cariños que lo sacan de su varonil sobriedad, y del recogimiento en que, por el respeto de su padre y el de él y el de todos ayudo a mantenerlo. Su bello corazón se indigna, o se derrama. Hay genio en el niño. No gana amigos sólo con el alma andante de su padre que ahora es, sino por sí, por su reserva decorosa, por su simpatía con los humildes, por el ajuste en su

<sup>44</sup> Artículo sobre el patriota Francisco Lufriu y Arregui que, escrito por Serafín Sánchez, salió en *Patria* en el número de 9 de junio de 1894.

<sup>45</sup> Francisco Gómez Toro, hijo de Máximo Gómez.

edad casi increíble, del pensamiento sólido a las palabras, precisas y cargadas de sentido, con que lo expresa. Y a mí me llena el corazón, porque es como si me hubieran devuelto el hijo que he perdido.

Adiós. Juegue un rato en mi nombre con Aurora: ¿y de pleitos? Un buen saludo al Doctor.<sup>46</sup>

Fermín, de una de sus corazonadas se ha entrado por el alma del Cayo. Gran cariño, y robusta clientela.

Su

J. MARTÍ

14

[Mayo, 1894]

Gonzalo querido:

Va eso de Fermín, juicioso e indispensable. Es lo que le anuncié por telégrafo que esperasen. A la obra, y que salga el sábado. Todo glorioso; pero sin vida.

Su

J. MARTÍ

15

A SERAFÍN SÁNCHEZ

New Orleans, 30 mayo [1894]

Sr. Serafín Sánchez

Mi querido Serafín:

Aquí me tiene impacientísimo, porque de lo que dejo por atrás,—y aún más que la realización de la colecta,—nada nos importa tanto, por su significación y por el efecto de atenderlo enseguida y con facilidad visible, como el encargo de cuyo cumplimiento doble espero anuncio por telégrafo. Antier lunes fue la carta: ayer martes llegó: ¿Sabré hoy

<sup>46</sup> Dr. Ramón L. Miranda.

miércoles antes de la noche?: no podré dormir hasta que no reciba su noticia. Cuando se va de prisa, sobre todo, es imposible equivocarse.

Un ruego muy grande le tengo que hacer, ya que para ir allegando lo indispensable hay que ir poniendo en las gentes más realidad de la que fuera de desear, y ellas todo lo agrandan y charlan, y dan forma de hecho a las meras e ineludibles sugerencias con que por su fe justa y nuestro merecido respeto se contentan: y el ruego es que en todo lo visible, sin afectar desconfianza improbable, no parezca, por detalles demasiado cercanos, que tenemos ya al estribo la obra, sino que creemos deber nuestro, dada la provocación en que se tiene a la Isla, disponernos, no a ir nosotros, sino a socorrerla si, contra lo que sería aun nuestra voluntad, se la provoca. Y esto, decirlo hasta la saciedad. En Vd. fio. Repitámoslo a toda hora: disimuladamente en la prensa, firmemente y con suma habilidad en las conversaciones privadas. Que pueda llegar a creerse que—sin tener nosotros por llegada la hora—a lo único a que nos aprontamos es a no dejar sin socorro la Isla, caso de que se fuerce a la rebelión. Repito que creo eso esencial y salvador.

Lo mismo, por cuenta de Vd., deberemos decir a Julio, al incluirle la carta que aquí envío, y cuya tardanza, que en mí fue propósito, explico en la que la acompaña: Vd. por su medio usual, me hará llegar las dos.

Ahora, ahí, la gran tarea es que la suscripción se realice íntegra. No pido más. Véame a Rosendo, para Falk & Mayer, y espoleémele:—y en la misma casa, a Salvador Herrera y a Valdés. En casa de Gato, a Gonzalito, a quien escribo. En casa de Villamil, a Pedro Cano, y al excelente Borges. Vd. sabrá; pero hágaseme Mariscal de policía.

A Vd. lo respetan, que es la conquista mayor.—En lo de nuestra actitud, que no sea tan claro lo que digamos de público que se nos vaya a ver la tela.

Y adiós, que entra la noche, y la he de pasar en vela. Ahora tardaré algo en escribirle. A Raimundo le hallé el alma muy concentrada, y buena para empujar: lo hallé como comido de adentro. Le conozco el alma limpia y ardiente: que pasee, y lea cosas amenas. Ahí hay hombre. Para Pepa, yo no tengo palabras, sino asiento de mucha preferencia en el estrado de mi corazón. A Cruz, un sólido apretón de manos. Y a Vd., cuanto no necesita decirle, un compañero de batalla.

Su

J. MARTÍ

16

A JUAN FRAGA

Mayo 30, 1894

Sr. Juan Fraga  
Nueva York

Mi don Juan:

Creo que acompañará esta carta, tal vez en sobre aparte, pero no puedo irme a otros paseos, y enviarla a Charlie esa carta por Vd., sin decirle que, por cierto amor de familia que crece en la cercanía de las grandes ocasiones, lo he tenido a Vd. más presente aún ahora que otras veces, y como si estuviera Vd. pensando en mí, lo veo muy frecuente a mi alrededor, argumentando y dando vueltas. No le pongo un ápice de imaginación en lo que digo. Es que Vd. ve mi santa angustia, y me la está ayudando. Levántelos, hombre por hombre. Una guerra es cosa que sale mal, como cualquiera otro negocio, y para en quiebra, si a la hora de los compromisos no hay caja o crédito con que cumplir las obligaciones. Y para el crédito hay que acreditarse, hay que tener ahora lista la caja. Sí, don Juan; lo he visto en ese Cayo hermoso, cuando los seiscientos corazones de la casa de Gato, a golpes de chaveta que hendían las entrañas, saludaban con tierna locura al pobre hombre flaco que acababa de pedirles una nueva contribución, que dieron ellos, de la fe de su alma, mayor de la que se pedía; lo vi en casa de Ibor, que estaba el primer día como ceñida, porque los españoles tuvieron el tiempo de mi enfermedad para entregársele por el corazón, y al otro día se vengaron de sí mismos, levantaron el techo con el entusiasmo, y pusieron en el tesoro de nuestra necesidad, como los de Gato, más de lo pedido; en mis horas de angustia, cuando creo que no me va a alcanzar el tiempo—porque con tiempo, la virtud de nuestro pueblo siempre alcanzaría,—lo he visto como un hermano, a mi cabecera, o por donde voy dejando lo que queda de mí, seguido de su mirada compasiva. Esta es mucha prosa, y Vd. va a regañar. Levántelos, hombre por hombre, pida las listas de los clubs y las casas; imiten a los curas católicos, que insisten, y vencen, y dígame a mi vuelta “lo hice”.

Tengo el mundo delante y muy pocas horas. Francisco Gómez me ha acompañado como un orador, y como un hijo. Lo he mostrado poco, pero él se ha mostrado muy bien cuando lo ha llamado el saludo público.

Ningún hombre hecho hubiera hablado con más feliz emoción ni más eficaz honradez, ni más aplomo. ¿Qué han hecho? Vuelen a juntarse: imaginen medios: que no halle yo nada por hacer, que no puedo entretenerme en eso. Ahora estaré callado un poco de tiempo, pero cada minuto mío será obra.

Ayude y quiera a su.

J. MARTÍ

17

A JOSÉ MARÍA IZAGUIRRE

New Orleans, 30 de mayo de 1894

Sr. José María Izaguirre

Mi amigo muy querido:

Ni Vd. me ha olvidado, ni yo a Vd.

De mucha nobleza ajena he sido objeto en estos últimos años, y del tanto proporcional e inevitable de innobleza, en este mundo donde todo tiene sombra y se equilibra; pero pocas cosas de tan sencilla belleza recuerdo como una carta que Vd. me escribió,—y que en el aborrecimiento de mi persona no contesté, aunque le pareciese ingratitude, insinuándome con delicadeza de hermano el placer que tendría en serme útil, allá cuando por segunda vez—que la primera, en 1885, Vd. no lo supo—eché por la ventana, para abrirle más campo a Cuba, mis ministerios y mis consulados. Bueno, José María: vengo de quince días de discursos eficaces, de levantar la que tengo por última cuota posible antes de la guerra en nuestras nobles e inteligentes masas, de poner paz, con gran ira de España, entre los yanquis y los cubanos de Key West; me embarco al amanecer, con el hijo de Máximo Gómez por compañía, como cariño y notificación; le escribo a la madrugada, fatigado del trabajo muy recio; no he de decirle al amigo de Céspedes las razones necesarias a los que no sienten con la viveza natural nuestras cosas sublimes; no he de decirle que hemos logrado juntar, en año y medio de trabajo, todo lo heroico y válido de la primera guerra, y lo mismo que ayer me satirizaba y ofendía, con el sentimiento nuevo del país, que aguardaba sólo una ayuda sensata y suficiente, y un núcleo de recursos materiales que sólo requiere el esfuerzo privado y discreto a que ahora

acudo para completarlo cuando aún es tiempo de emplearlo con oportunidad, sigilo y fortuna. Lo que le vengo a decir es, seguro de que llamo a puertas abiertas, y hará por su patria lo que hubiera hecho por mí, y mucho más por supuesto, que lo que para mí no acepté, para Cuba, y muy crecido, se lo pido.

¿Me cree capaz de hablar este lenguaje, de convidar a un sacrificio, de exigirlo como lo exijo al escaso número de hombres que en valer moral puedo comparar a Vd., si cupiera en mí, hoy, sobre la actitud que se desea de nosotros y podemos asumir—y hemos de asumir mientras aún es tiempo, antes de que el Gobierno se eche la revolución incompleta y desmigajada; si cupiese en mí—digo—la menor duda, o faltase aún por allegar alguno de los factores esenciales, de adentro o de afuera, o fuese, de algún modo, posible demorar el sacrificio? Cuando le escribo así, cuando le escribo, es que no es posible. Las masas han hecho ya, a pesar de su creciente pobreza, y un año de miseria, y éste de terror, cuanto, sin el estímulo de la guerra, podía esperarse de su mucha razón y de su hermosa fe. La situación se nos viene encima, y Gómez me vino a ver. Lo que ha de hacerse, se hace; y es la hora extrema de acudir en silencio—cuando ya no tendría ante mí excusa para la demora—al corto número de hombres capaces de entender, y ayudar sin gruñir, esta situación propicia y apremiante; al corto número de hombres que siempre tuve en mente, como puntales seguros, para este último esfuerzo. Somos muy pocos, pero bastaremos. Al triunfo vienen todos. A la hora de abrir cimientos, pocos. De los cincuenta que se apuntaron en un monte a que fui para abrir a la cumbre una vía nueva, llegamos cinco. Yo no conté con los cincuenta, sino con los cinco. ¿A qué adularles? ¿A qué ofenderlos? ¿A qué emplear en carteo de ellos el tiempo mortal que nunca alcanza, por bien que se emplee, para ir encendiendo cráneos y descabezando intrigas? Ya llegaré a su hora a las puertas con mi tierra en los brazos, y le darán pan y vino. No hay, pues, a qué esperar, ni mucho que esperar.

Este ruego se lo hago de mis entrañas, se lo hago cuando no puedo ya dejar de hacerlo. De Vd. por sí, aguardo tan hermoso esfuerzo, aunque le cueste y perturbe, como esta situación impone a un corazón, y a una razón, como los suyos.

Si nuestra patria no puede contar con unos cuantos hijos indiscutibles, ¿con quiénes, en su desorden y corrupción, podrá contar? Acudamos, pues, antes de que nos corten por pedazos la revolución. El escándalo de la petición pública sólo daría resultado con la exaltación y promesas cercanas que denunciarían nuestro camino. Esa vía está ya cerrada, y

sólo nos queda la privada que empleo—la de estas cartas de reserva a unos veinte corazones;—cartas que, o todo se nos trastorna, o dentro de un mes deben estar contestadas. Yo sigo, José María, a un viaje donde no me llegará respuesta suya, y de aquí al mes habré vuelto a Nueva York. Piense en la majestad que tenemos preparada; en el conjunto racional, y modos nuevos y económicos, de nuestro actual esfuerzo; en las raíces de república que le llevamos echada a la guerra nueva; en su amigo, incapaz de engañarse en estas cosas de su país, y seguro hoy, con cuanta certeza cabe en lo humano, de que no lo engañan. Piense, porque yo se lo digo, que es nuestra hora. Acúñese el corazón: congregate, y ponga a cuota, a cuantos sean dignos de ayudarlo; que la contribución de Vd., y la de los que lo imiten, sea correspondiente a la dignidad y premura del objeto, y la de Vd. solo como la de todos los demás juntos; y que, cuando llegue yo a Tesorería, a mi vuelta, a la casa de Benjamín J. Guerra, 192 Water St., New York, la respuesta de Vd., cuéstele o no trabajo, me deje orgulloso y agradecido.

¿Me lastimará mi fe? ¿Y en vano habré salido su fiador? Porque lo garantice desde el principio, como si hubiésemos hablado de esto, y tuviera autoridad de Vd. para su oferta. ¿No me la da su vida, y nuestra amistad? Le saludo la casa, y quiero que me quiera, por haber tenido esta certeza de Vd., no en la hora de la gloria, sino en la del sacrificio.

Yo voy a morir, si es que en mí queda ya mucho de vivo. Me matarán de bala o de maldades. Pero me queda el placer de que hombres como Vd. me hayan amado. No sé decirle adiós. Sírvame como si nunca más debiera volverme a ver.

Su

JOSÉ MARTÍ

18

A FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ

[Nueva Orleans, mayo, 1894]

Sr. Fermín Valdés Domínguez<sup>47</sup>

Fermín amado:

De New Orleans te escribo.

Por Gualterio te fue el saco. Pancho le dio envuelta aparte la cartera, para mayor cuidado.

<sup>47</sup> Al pie del original de esta carta hay una nota que dice: "Carmita: porque sé que gozará leyendo esta carta se la mando. Léala y devuélvamela.—Fermín"

¿Cómo, majadero e imprevisor, no recibí en Ibor, en mi lucha al fin triunfante de Ibor, carta tuya? Gocé mucho en verte allí respetado y querido.

Fue muy útil la carta de Manuel: de N. O. le respondo. ¿Se levanta temprano? ¿Está ya con Remigio, aprendiendo desde los orígenes, la industria, para poder luego administrarla, o dirigirla? Fío en él, por él, y por el hermoso ejemplo que ve en ti. Nunca, Fermín, te quise tanto. Y parecía que no te podía querer más.

Sufri mucho, de caquexia nerviosa, por abuso, y disgusto. Ya voy bien, y al vuelo. Cuidame allá todos los detalles; vigila semanalmente los cobros. Mira que no andamos para engaños. Mi grande afecto a Poyo.

Tu

MARTÍ

19

New Orleans, 30 de mayo de 1894

Fermín querido:

Y ¿me iré sin recibir carta tuya, a pesar del telegrama del sábado para que me alcanzase? Siento la gravedad de nuestra situación en cierto encogimiento que me posee, y cierta necesidad de mayor apoyo íntimo, como si ahora hubiera de ser más grande la labor. Y serían como salvadoras ciertas cartas amadas. Lo que dejo atrás lo sabes: una obra de empuje, y que has de salvar tú, y que debe estar hecha, sin desviación posible, para cuando vuelva de aquí a un mes: ¿por qué lo que tengo aún por delante ha de fallar, cuando nada aún ha fallado? Es misteriosa y bella tu presencia, y tu fuego de hermano, ahora que culmina en mi vida la capacidad de ser útil. La razón no triunfa sin la poesía, tú eres mi poesía.

Fermín, arriba. Yo me voy, y te lego mi deber. No te arrugues, por las cosas de adentro ni un instante solo. Serás feliz, y lo eres ya, mucho más que los que creen que lo son. Otros tienen, pero no se tienen. Nosotros nos tenemos. Visita y escribe mucho para Patria, y ponte mucho

saco blanco, que así me gusta verte. Y a ver qué le presentas hecho, a mi vuelta, de ti y de las cosas públicas, a tu

J. MARTÍ

Recibido tu cable, creo entender por él que mi encargo, hecho está ya, con Nimiam, en la Habana. Si no, ya instruyo a Serafín.

20

A J. BUTTARI GAUNARD

[Mayo, 1894]

Mi querido Buttari:

Lo quiero generoso, y no vengativo.

No quiso Vd. ver cuánto, de obligación patria, tenía que hacer, e hice, en las dos horas siguientes a la reunión, y me castigó Vd. con su ausencia a la hora de la despedida, porque empleé muy bien esas dos horas en servicio de Cuba, y no pude conversar con Vd. largamente, como Vd. y yo deseábamos.

Este es mi amistoso resentimiento: el decirle que, aparte del gusto de la conversación, y muy de veras lo hubiera tenido en la suya culta y discreta; nada de su espíritu fino y de noble pasión, nada de sus aspiraciones, justas y elevadas, nada de la distinción patente de su carácter hubiese podido yo ver en ella, que mi conocimiento, y como mi intuición de Vd., no me hubiera dicho de antemano. Le conozco sus penas y deseos, y me le enojaría, y lo querría menos, si le adivinase la menor inconformidad. Ningún trabajo ni pobreza podrán quitar a Vd., sino afilar, la luz que lleva en la frente, ni apagar la hoguera del corazón. Donde halle un cuarto limpio y un amigo bueno y libros que leer con orden y humildad—por lo mucho que los que sabemos algo tenemos que aprender aún—quédese, acá y siempre en la vida, pero sobre todo en el extranjero, por todas partes vacío e inseguro; y luego llevaremos el carácter disciplinado, el pensamiento fijo, la elocuencia sincera, la altivez que sólo viene de la independencia del trabajo, a la batalla de desdenes, codicias, ideas confusas y virtudes espléndidas que será al comenzar nuestra República.

Pero, por dondequiera que Vd. vaya, tenga o no tiempo de hablarle, le seguirán con vigilante cariño los ojos de su amigo y de veras servidor,

JOSÉ MARTÍ

21

A RAFAEL RODRÍGUEZ

New Orleans, 30 de mayo de 1894

Sr. Rafael Rodríguez

Mi muy estimado amigo:

De la misma ciudad donde lo vi por última vez le escribo, y bien quisiera ir yo con esta carta y con la que le envíe, lo que no puedo hacer por prudencia y por falta de tiempo.

Con gran sorpresa mía recibí hace como mes y medio en New York una carta de Manuel Izaguirre, que debió llevarle a mano las comunicaciones que envié a Vd. luego por correo. Y lo que Manuel me dice allí sobre la disposición de Vd. a entrar en un movimiento serio, y cosas que Vd. y yo, sobre el alma de Vd., sabemos de sobra, me prueban que en nuestras comunicaciones, y en la del General que le envié, ha habido un extravío lamentable. Y eso explica cómo, en tantos meses de espera, ni el General ni yo hemos tenido carta de Vd.

Me envió el General una nota para Vd., que yo le remití con una mía, y aún puedo recordar que desde el Cayo, donde la di, para que la llevase al correo, a José Morales. Como lo esencial era que Vd. recibiese la nota del General Gómez, y yo no extraño, sino aplaudo, todo lo que sea de conveniente disciplina, creí que Vd. le habría respondido; y aunque un tanto apenado yo por no tener contestación de Vd. en cosa tan importante, que me dio motivo para reiterarle mi cariño, no quise volver a escribirle, por no parecerle intruso, o que andaba fungiendo de persona en asuntos del arreglo militar. Y al fin, casi a mi tiempo, sé por el General que él no recibió respuesta a su nota, e infiero por la de Izaguirre que Vd. nunca llegó a recibir las comunicaciones. ¡Cuánto tiempo perdido! ¡Cómo lamento que no haya Vd. podido ir graduando el desarrollo de la situación, sin caer en el riesgo de ahora, de que le parezca súbito o prematuro lo que ya es, sin embargo, oportuno y natural! Y bien recuerdo cuánto de lo íntimo de mi corazón puse en aquella carta.

Ahora he de hablarle de lo actual. Pensé por algunos días enviar a mano la carta adjunta del General, a fin de que la explicación fuese más completa, pero mudé pronto de idea, porque yo creo poco en planes que andan en boca de muchos, o demasiado explicados por cartas, y porque la garantía del éxito que por los compañeros más expertos y respetables de Vd. se nos augura desde la misma Cuba está, a su entender y al

nuestro en caer sobre la Isla, cuyos veteranos nos esperan, antes, y por vías diferentes, de lo que el español espera que caigamos: y un mensajero a Vd. hubiera llamado demasiado la atención.—Vd. será acaso la única persona que se haya de mover del lugar de su residencia natural, y ha de ser por motivos plausibles, y por vías usuales. La precisión con que hablo a Vd. le es prueba,—conociendo como conoce mi conciencia, y este juicio mío que no alcanza a perturbar la más noble pasión,—de que el General y yo tenemos andados, en absoluto acuerdo y con resultados igualmente felices, todos los caminos preparatorios; y de que, en estos instantes, todo parece depender,—puesto que nuestros medios bastan, o les falta muy poco, para nuestras capacidades,—del sigilo y ajuste con que se hagan los detalles de acción, que el General y yo atendemos por nosotros mismos, él desde donde está y yo por Costa Rica, y por mis propios ojos y manos, sin ninguna especie de intermediario.—Vd. sabe, en resumen, lo que importa caer sobre un enemigo que aún no nos espera. y esto, con la certidumbre que hoy tiene de la revolución el gobierno español, sólo lo podemos hacer,—seguros ya del apoyo concreto y bastante de las diversas comarcas,—con una celeridad inusitada, y no sospechada, de movimientos unánimes y precisos.—El General vino a verme a New York. El es hombre de realidades, y no hubiera podido decidirse sin verificación. Después de eso, he tenido ya la fortuna de enviarle más de lo que conocía. Se volvió enseguida a Montecristi, visto el poco tiempo que la situación parece permitir y necesitar, y fijó conmigo todos los detalles. Yo he levantado en la Florida, sin escándalo y con maña, y como si simplemente respondiéramos a la provocación y persecuciones del gobierno en Cuba, lo más de lo que aún necesitábamos.—voy a trabar por mí la parte de que el General me encargó—y de aquí a un mes estaré de vuelta en el Norte, con esos arreglos acabados detrás de mí, y en disposición de cumplir inmediatamente con todo lo fijado con el General. En Cuba las cosas andan, en consecuencia, en manos harto escarmentadas para engaño. Yo, tan luego como esté al volver, lo anunciaré a Vd. así, porque, con toda probabilidad mediará poco entre ese anuncio y el que enseguida le he de enviar tan pronto como el General me telegrafe después de conocer mis gestiones; a fin de que Vd.—lo que bien puede ser como de aquí a mes y medio o antes. pueda sin demora y por su ruta acostumbrada, subir por Nueva Orleans, y desviarse hasta New York. Aquí pienso con alegría y orgullo en detalles, más prudentes de cuanto puede pensar, y para mí muy gratos, que sería indiscreto entregar al papel. Sólo insistiré en lo indispensable de llevar a cabo estos movimientos,—como pueden llevarse sin que el

enemigo sospeche ni la minuciosidad con que están preparados, ni la rapidez con que pueden ejecutarse. Debo decir también,—y hoy con más razón que cuando el General convino, después de sus informes, en cuanto diga,—que no veo cómo ni por qué tenga que alterarse este programa; ni prolongarse este plazo. De cuanta mudanza pueda haber tendré a Vd. informado, porque si es cierto que hombres como Vd. arrostran sin pestañear los más duros sacrificios, los que encogen el corazón mejor probado, no es menos cierto que no ha de hacerse el esfuerzo sino con causa suficiente, y a la hora necesaria.

Acaso note Vd. en lo que le escribo como una alegría que en vano pretendo ocultarle, y le disuene en el desconocimiento en que ha de estar de lo ordenado y maduro de nuestros trabajos. Esta alegría proviene de mi certeza en la disposición de la Isla, de las órdenes cautas con que se está ya moviendo, y del ansia con que se espera allí el uso veloz y discreto de esta oportunidad favorable. Sin el voto de mi razón, y la paz de mi conciencia, no podía yo estar contento en semejantes materias.

Prosigo, pues, a golpes fijos, a lo que me queda por hacer, que no es poco, ni nada que no pueda hacerse en el plazo y forma que me he propuesto. Acaso en un mes no pueda, desde Costa Rica y Jamaica, a donde me acompaña, como verdadero hijo mío, el hijo de Gómez, —Panchito,—volver a escribir a Vd. Y en el gusto de escribirle, y de pensar en verlo, para empresa tan honrosa y útil, no sé cómo decirle ahora adiós. Ni sé, con esta carta cruel, cómo saludar su casa. Vd. leerá aquí lo que yo no le digo:—Tal vez pudiera aunque no veo cómo, —saber de Vd. en Jamaica, por A. González, P. O. B. 80, Kingston, donde estaremos por el 15 ó 20: y en New York del 25 al 30, y allí si arriba a mi llegada ver letras tuyas.

En tanto, con tierna y honda amistad, se dice suyo

JOSÉ MARTÍ

22

AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

New Orleans, 31 de mayo 1894

Sr. General Máximo Gómez

Mi muy querido General:

Le escribo a la madrugada, después del mucho despacho que dejo hecho antes de nuestra partida; con Pancho frente a mí, que no consiente en verme padecer, ni trabajar sin que le dé su parte de pena y

de fatiga. Gracias al sigilo en que pasamos por aquí, después de la agitación útil de estos días pasados, hemos tenido todo un día de pluma. Al amanecer nos embarcamos para Puerto Limón: por San José donde ataré algunos cabos, seguiremos a Nicoya a ver a Maceo y a Flor, luego de Cebreco, a quien habremos visto en el camino; de Nicoya, en consecuencia natural de lo que he de tratar con Maceo, iremos a Panamá, Colón y Kingston. Y a Nueva York, usted sabe lo que debo llevarle hecho, y lo que creo le llevaré, porque es lo posible, y porque la situación nos espolea. Lo primero que nos prometimos queda ya atrás: mi demora intencional quitó el riesgo mayor que después de la ausencia de Vd. hubiera tenido, para Cuba, nuestro viaje inmediato al Cayo, y la Florida en busca—disimulada o confesa—de recursos: y creo fuera de duda que hemos levantado sin excesiva súplica ni escándalo, lo que nos prometíamos. A mi vuelta, para todo estaré listo. Creo, sobre todo en lo que nos sigue viniendo de Cuba, que lo que nos ha de salvar,—y nos puede fácilmente salvar,—es la ejecución precisa, inmediatamente después de la vuelta, cuando aún nos creerán despaciosos o en entendimientos, de lo que dejó Vd. concertado.

Por lo que tengo alegría grande y justa es por la carta de Collazo que le envío, junto con copia de la que me escribe, justificando ambas nuestras esperanzas. Eso es gente real, y gusto grande. A Vd. le agrada saber que los deseos de Collazo fueron inmediatamente atendidos. Por Nueva York recibí la respuesta,—por embarazos del mensajero con la Sanidad—en vez de por el Cayo durante mi estancia, como tenía concertado, suplí con el telégrafo la demora, y ahora recibo un cablegrama de V. Domínguez<sup>48</sup> que me dice: “tu encargo William en Habana”, lo cual quiere decir que Gato ha puesto en la Habana inmediatamente los dos mil pesos que, por el temor mismo de sus cartas, consideré suficiente poner sin demora a su disposición. Respondí a todos sus puntos en acuerdo estricto con nuestras conversaciones, y de modo que lo prevengan en cuanto a tiempo, sin fijación alguna, ni tantas largas que luego pudiera quejarse de falta de aviso suficiente: “irlo teniendo todo a mano, como si ya fuera a suceder; pero de tal modo que esto no fuerce a una cercanía demasiado inmediata”, así le dije, poco más o menos; sobre comunicaciones, le dije, que con nadie debía comunicarse, sino con Vd., caso de mucha necesidad, o conmigo para Vd., o encontrándome, si hubiera urgencia, en el itinerario de mi viaje: le fijé Kingston. Espero y deseo, puesto que queda todo atendido, que no haya causa especial de

<sup>48</sup> Fermín Valdés Domínguez.

comunicación. Lo del viaje de él por supuesto, me pareció innecesario e irrealizable: ni había tiempo para tal, con todo lo que allá tiene que hacer. Estas cartas de Collazo, y mi conversación con Gato en el Cayo, han robustecido mi confianza en la disposición favorable de la Isla. Gato, que es a su modo hombre de hechos, y no tiene el entusiasmo fácil, me habla de la Vuelta Abajo con fe positiva: él llevó su autorización: sus detalles, convienen con los de mi conocimiento. A Julio le envié su carta por Serafín. A Rafael Rodríguez le acompañé la de Vd., con detallada carta mía, a fin de que mida su tiempo con anticipación, y no tenga por qué—por falta de preparación—dejar de estar en N. Y. a su hora, a punto de hacer lo que tiene Vd. pensado. La carta al Marqués, con otra mía, llegó salva a manos de Collazo, con giro por setenta y cinco pesos para que inmediatamente le despachase un propio, que de la Habana podía ser persona que no llamase la atención. Nada nos dice Collazo en sus cartas; pero tengo por seguro, como que recibió las dos cartas, que las habrá remitido. Afuera, a fin de quitarnos todo carácter de acción inmediata o excesiva, queda como consigna, para justificar la colecta y los viajes, que, pareciendo la guerra en Cuba abocada por las persecuciones y provocación del gobierno, es de nuestro deber,—hubieran sido cualesquiera nuestros planes—estar en todo instante dispuestos a acudir a la situación que, en parte por la fe que se tiene en nosotros, pudiera crearse en la Isla.

Ahora, con la mano entumida, pero con el corazón más lleno de lo que en mucho tiempo lo sentí, le hablaré de Pancho. De tanto que le dijera no tengo cómo empezar. Del regazo de Vds. ha salido este niño a muchedumbres de hombres, al desvanecimiento del aplauso que en su persona a su padre se tributa, y a la inevitable exhibición que no he tenido necesidad de reprimir, porque su natural decoro le sirve de suficiente consejo; y en las situaciones más tentadoras y difíciles no le he visto una sola vanidad, ni una sola falta de tacto. Enseguida, y sin prédica mía, entendió el valer de los humildes, y se estremeció ante su grandeza. Vibra, callado, a cada referencia a Vd. Jamás habla, ni me hubiera parecido bien que hablase, sino con viril brevedad, en pago inevitable del saludo, y en nombre de Vd., pero como hijo conmovido, y no como patriota vocinglero. Si cree que me hacen sufrir, o que no me entienden pronto, se encrespa, pero se reprime, porque ya sabe lo que pocos hombres logran: administrar su pensamiento, reservar su fuerza y dirigir su cariño. De su elocuencia verdadera, y en su edad

por lo sobria sorprendente, es justo que le diga algo. Alguna vez puso en el papel, como correderas por donde guiarse, unas frases esenciales, pero la busca de la palabra, perdida en la emoción, lo puso pronto en guardia contra la memoria, y ha sido bello oírle hablar de súbito, componiendo con singular concisión de voces el pensamiento sincero y oportuno, sin un solo floreo o tono violento, ni esos giros traspuestos y aprendidos que en los mismos que pasan por maestros quitan fuerza y hombría a la oratoria. Sin vacilar, y al correr de la mente, hace él ese trabajo, rudo aun para los expertos, de ir escogiendo las palabras vigorosas y propias; y cesa cuando el pensamiento cesa. Escribiendo, todavía rebusca un poco, lo que a sus años no es más que el sano desdén de lo común, y el prurito loable de la superioridad; pero hablando es dueño entero de sí, y ni temerá, ni adulará, ni fatigará a las asambleas. Y de su corazón, tan pegado al mío que lo siento como nacido de mí, nada le diré, por no parecerle excesivo; ni de mi agradecimiento. Ya él conoce la llave de la vida, que es el deber: y en lo que hace como en lo que dice, no domina el deseo de parecer bien, ni el miedo de parecer mal; sino la determinación de prestar el servicio necesario a la hora en que lo hace o lo dice. No creo haber tenido nunca a mi lado criatura de menos imperfecciones.

El sol sale, y tengo que decirle adiós; al vuelo le diré lo del error en la despedida. En la fatiga de aquella hora; y en el hábito ya en la imprenta contraído de que cuando estoy allí todo se lo facilite y haga por mi mano, no sólo di el original de Vd.; sino que—como me lo ha demostrado Figueroa, accedí a su deseo de marcar las diferencias entre el primer impreso y el manuscrito de Vd.—y por increíble travesura de la casualidad, o por precipitación, o porque salí dejándoles el original para que acabasen de cotejarlo, resulta que de mi mano están hechas otras correcciones, y no está hecha la que Vd. señala. Figueroa ofreció tomar sobre sí en público, la culpa, pero no lo he permitido. Si aún pareciese a Vd. de alguna importancia este descuido, o se llamase, contra lo natural, la atención sobre él, yo cargaré con la culpa, puesto que, por empujar a los perezosos, pude venir a caer en ella.

Aquí termino. De esa casa suya hablamos sin cesar, y Pancho y yo no nos separamos un momento. Ahora mismo me deleito viéndolo dar vueltas, tan puntual y tan hábil. Su gozo es servir, adivinar, no errar. Y ver contento a su compañero de viaje. Y hablar de su casa; con qué piedad miraba ayer de mañana, en cuanto llegamos aquí, la casa donde

vivieron Vds. Y a mí también, General, me parecía que había vivido en ella. Deséennos buen mar, y ya veremos modo de ir adelantando sin soberbia ni mentira entre los hombres.

Su

JOSÉ MARTÍ

23

A GONZALO DE QUESADA

Mayo 31, 1894

Querido Gonzalo:

De New Orleans, llamado.

Día y noche en trabajo, y acabo apenas. Sólo un abrazo. *Patria* puntual, ya sabe cómo. Pregúntele a Echezábal,<sup>49</sup> todo amigo, si es que hay duda sobre su circulación aquí, cómo debe mandarla. Llega: no sé si bastante. Reserve amistad círculo; hemos pasado por aquí sin ver más que a Echez. y a Frayle.<sup>50</sup>

Enseguida, expresiva y agradecida, y no demasiado terminante, pase nota recordatoria por mi encargo—parto sin más tiempo—a Fraga, a Morales, a la Comisión de Filadelfia, Marcos y los Dres. Brunet. Y a la semana o así, pregunte. No andamos para errores. Hay que tener el pie en la tierra. Privadamente, no hable aún a nadie. Hay interés serio de táctica en esto. Y en todo, como agachados. En lo privado y deslizando en todo lo escrito sin afirmarlo, esto como clave: puesto que se agrava por la provocación del gobierno, comisiones, prisiones, altas fianzas, la situación revolucionaria de Cuba, lo que hacemos, y nuestra mayor actividad, es cumplir nuestro deber de estar dispuestos a llevar a la Isla, caso de precipitación, la ayuda ofrecida, no podemos dejar de cumplir este deber: pero eso mismo no lo acentuemos mucho, para que sea más verosímil.

Y adiós, Gonzalo noble, con toda el alma. Volveré. Y en este mes, ya verá cómo vale Vd. aún más. Azuce, suavemente. Su Club: sus \$10 por cabeza: a sus casas, a sus mesas.

<sup>49</sup> Joseph Echezábal.

<sup>50</sup> J. M. Frayle.

Lo de Rubens: ¿podré poner una línea a Figueroa, a Estrada?  
Pancho<sup>51</sup> cuenta las notas y las cartas: 48, y faltan.

Aquí tengo, al borde de la mesa, a Aurora. Adiós a todos,

Su

J. MARTÍ

Ya escribí al General.<sup>52</sup> S./ la despedida.

## JUNIO-JULIO / 1894

1. A MANUEL COROALLES
2. A ALEJANDRO GONZALEZ
- 3-4. AL GENERAL ANTONIO MACEO
5. A JOSÉ MARÍA IZAGUIRRE
6. A MANUEL COROALLES
7. AL GENERAL ANTONIO MACEO
8. AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ
9. A FLOR CROMBET
- 10-12. A FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ
13. A JOSÉ DOLORES POYO
14. A SERAFÍN SÁNGHEZ
15. AL GENERAL ANTONIO MACEO
16. A JOSÉ DOLORES POYO
17. AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ
- 18-19. A GONZALO DE QUESADA
20. A JOSÉ M. PÉREZ PASCUAL

<sup>51</sup> El ya citado Francisco Gómez Toro.

<sup>52</sup> General Máximo Gómez.

## A MANUEL COROALLES

S. S. "ALBERT DUMOIS"  
CAPT. CARL J. HORGEN

Mayo 5, 1894<sup>53</sup>

Sr. Doctor Manuel Coroalles

Mi muy estimado amigo:

Al llegar a Puerto Limón, en asuntos que serán del agrado completo de un hombre de su patriotismo y sensatez, hallo que está al salir un vapor para Colón, y le pongo estas líneas, anunciándole que por Punta Arenas, con cuanta prisa me lo permita el más veloz itinerario, pasaré por esa ciudad de Vd. con el hijo del general Gómez.

Hombre de la realidad de Vd., que me vio una vez, comprende que pongo en los hechos, tan acelerados y difíciles hoy de guiar entre nosotros, la energía que otros pudieran gastar en ideas repetidas y gastadas en entusiasmos de mera escritura.

Sé. pues. que adivinará, en lo privado de su discreción, la importancia de lo que voy haciendo. Y no por carta, sino mano a mano, tendré el gusto de hablarlo pronto con Vd.—Por San José voy a Nicoya, y de allá a Vds., a redondear sin demora mi viaje.—Vd. irá dejando caer la noticia de mi ida, sin que haya de saberse que me espera por Punta Arenas. a fin de no ir levantando nerviosidades sino lo más tarde posible, y a la hora estrictamente necesaria.

No he olvidado su casa de Vd., sus discretas hijas, su cariñosa compañera de la casa de Arango, y Vd. me crea cuando le diga que el volverlo a ver será un placer de amistad para su servidor y paisano

JOSÉ MARTÍ

<sup>53</sup> Debe ser junio 5. fecha en que efectivamente llegó a Puerto Limón.

2

## A ALEJANDRO GONZÁLEZ

A BORDO DEL VAPOR  
"ALBERT DUMOIS".

5 de [junio] 1894

Sr. Alejandro González

Alejandro querido:

De Puerto Limón, donde vamos a entrar, lo saludo. Va conmigo Panchito, el hijo mayor del General, y con él voy allá a verlo. Que se sepa que voy, pero no con mucha anticipación, y como que hago gira de propaganda. ¿Debo decirle que uno de mis principales placeres ahí será apretarle en un abrazo ese pecho sincero? ¡Y que no tengo una sola tristeza que comunicarle, sino toda especie de alegría! Un puñado de besos a sus criaturas, y mi fino saludo a su compañera, a la virgencita del hogar. Y un buen abrazo a Pérez.

Pronto, pues, va a verlo quien lo estima tanto como su

JOSÉ MARTÍ

3

## AL GENERAL ANTONIO MACEO

Puntarenas, 18 de [junio] de 1894

Sr. General Antonio Maceo

Mi muy querido amigo:

Vd. no ha venido como anunciaba su telegrama a José y yo entre-tuve la gran impaciencia en que aquí he estado, con la esperanza de volverlo a abrazar antes de seguir mares. No ha podido ser.

El vapor llega por fin, y sale enseguida, y Vd. tal vez esté en camino; pero le escribo que al fin lo hallará.

De mi inquietud aquí no tengo que hablarle. Cinco días inútiles después de que hube visto a los mensajeros de la colonia y a Flor, de quienes me separé sin una sola duda ni lastimadura. Luego, ni hablar ni escribir he podido apenas, de la contrariedad. Recobraré el tiempo

perdido. Si no hay modo inmediato de ir a México, vuelvo al Norte, y de allí haré lo que iba a hacer, mientras hago otras cosas. Nuestros planes en lo substancial no habrán de cambiar y dependen sólo, en cuanto a lo principal del tiempo, de lo que hallemos hecho ya a mi vuelta.

¿Le hablaré de la larga y satisfactoria conversación que tuve con José, con todo lo general que era de justicia decirle, aunque sin detalles en lo local, que ya le dije que quedaban enteramente en manos de Vd.? Le quité toda pena de que pudiera creerse desdénado, y le expliqué nuestra concentración de responsabilidades, a fin de que haya más probabilidad de éxito. Creo que tuve con él,—sobre la guerra pasada y sus tropiezos y yerros, sobre ésta, y el espíritu nuevo con que la comenzamos,—una conversación de realidad y de eficacia.—De ese santo de Juan Baracoa, todo será cuestión de que se le pueda dejar un poco segura la casa. ¿Cómo caer allá sin un hombre de la cordialidad y la pericia de este Juan natural, hijo fuerte e ingenuo de la revolución de Cuba, y tan bello como lo que más lo sea en ella? León Castro los acompañaba.

Flor me deja una impresión muy grata. No le había escrito a derechas ni era preciso como me lo demostró la entrevista. Vds. irán brazo con brazo. Nada tendrá Vd. por fortuna que embarace su camino. Lo bello de estas cosas es que llegamos adonde estamos sin una sola reserva, doblez ni ocultación. Lo pequeño, a la hora grande, se funde en lo grande. Yo a Flor le expliqué el plan general de lo que se ha de hacer aquí, diciéndole que a Vd. quedaba, la dirección total y absoluta de lo que hubiera de hacerse aquí y yo me llevaba todas las demás responsabilidades. Muchas ideas tenía él sobre puerto, que he dejado para que Vd. las converse y decida, y le dije que dejaría arreglada con Vd. una clave sobre ellas, para el caso de que a Vd. pareciese bien aceptar algunas de las indicaciones que él me hacía.

Para puerto, me dice que el Tortuguero es excelente—del Tortuguero a Sabana Laguna.—Y dice que en un mes puede hacerse allí mismo una embarcación segura.—De esto Vd. verá. Nada por eso cambio absolutamente en mis planes, y sigo con nuestro pensamiento entero. Caso de que Vd. creyese bien lo de la embarcación, deberían comenzarla inmediatamente para que no hubiese peligro de demora,—y aun creo que, a no estarse seguro, dentro del mes a contar de ahora, no debe emprenderse. Si se está seguro, a Vd. toca decir si le parece bien o no. El ahorro sería grande. Otro inconveniente habría: la factura que ha

de venir del Norte: y ese detalle, como que se desprendía de lo general, si se lo expliqué. Me dijo Flor que en Panamá podía obtener artículos iguales. Para estar a todo, dejaré clave en Panamá, para que, a la noticia que,—por clave que incluyo—pudieran darme de su acuerdo en este asunto, pueda yo cablegrafiar a Panamá que envíen aquí. Creo esto complicado, sin embargo, y huyo de lo que tiene que pasar por muchas manos. Vds. podían sugerirme, caso de que se aceptase lo de la construcción, un modo de enviar la factura entera a consignación amiga.

Lo que sí creo muy importante es la indicación del Tortuguero, ya por su absoluta seguridad, ya porque, a mi pregunta repetida, me dice Flor que nuestra gente podría concentrarse de donde está, tanto los de Mohín como los de Nicoya, sin que hubiera ocasión para la menor descubierta o alarma. Esto sí es muy de pensar. Yo oí todo esto; pero no dejo nada absolutamente aceptado, ni arreglado, con Flor, a quien digo que converse de todo esto con Vd. y que yo le escribiría a Vd. sobre su proposición, como lo hago. Vd. verá. Sigo, pues, sobre lo pensado; y si hay cambio, aquí queda la clave.<sup>54</sup>

De Puntarenas, cuanto cariño pueda Vd. imaginarse, nos festejaron con excepcionales atenciones, y no he sido inútil en estos días de paso. De cubanos y colombianos y costarricenses llevamos toda especie de gratas memorias:—convites, visitas, servicios. Estuvimos en la ceremonia del vapor nuevo, y con mucho gusto se lo hubiera descrito a Pío Viquez, —con todo lo de bondad y cultura que he hallado por aquí, a no haber sido esta gran contrariedad del vapor, que me ha tenido las manos atadas. ¿Cómo escribir de una cosa cuando se padece de otra? Ya vamos de viaje,—con una pena grande, la de la muerte de Pardo y Perozo. De veras que es éste, triste modo de morir. Es mejor el otro.

Ya tengo que acabar. Yo no mudo el alma, sino que la voy enriqueciendo con cuanto veo de grande y hermoso, y cuanto obliga mi gratitud.

Imagínese cómo podré olvidarlo—olvidar a María que ha de pasear todos los días de mañanita—olvidar a Eduardo Pochet.

Se va el vapor. ¿Y Enrique Boix? ¿Y Loynaz? Acaso como pensé podré escribirles. Y de Panamá vuelvo a escribirle a Vd. Quiera mucho a su

JOSÉ MARTÍ

<sup>54</sup> La clave empleada por Martí y Maccó era sustituir cada letra por su anterior en el alfabeto, y leer el resultado de derecha a izquierda.

4

Panamá, 22 de junio de 1894

Sr. General Antonio Maceo

Amigo mío:

Aquí nos tiene, y ya nos vamos. Llegamos ayer, después de mi viaje desesperante: tres días de Puntarenas a Panamá,—dejo aquí lo que deseaba,—y salimos hoy mismo, de aquí a unas pocas horas, para Jamaica, a que allá no se me enojen, por creerse desatendidos, y a tomar, como vía natural, el vapor a New York o Nueva Orleans: yo sabré quitar al viaje todo color de demasiada cercanía. Presumo que en Kingston hallaré noticias, y aun algún comisionado de la Habana, lo cual no deseo, porque sería signo de mayor urgencia y harto tenemos con la que ya llevamos.

Yo pienso llegar sin tropiezo y desenvolverme enseguida. Vd. allá irá poniéndose todas las riendas en la mano, de modo que ya dentro de unas tres semanas, como pudiera suceder, estén a punto de andar los que debiesen, sin haber tomado aún precauciones visibles ni dejar caer el arado, hasta última hora, ni anticipar mucho lo de las familias, ya que dentro de nuestra pobreza, puede Vd. asegurarle alguna miserable ayuda a los que quisieran salir. Yo iré trabajando las cosas por acá de modo que de aquí a unas tres semanas, si fuese necesario, esté lo preciso en manos de Pochet, o antes, si al llegar a New York desenvuelve sus preparaciones, de modo que si tuviéramos un poco de más tiempo, pudieran nuestros amigos continuar como están un poco más, sin el aviso que su holganza daría, y sin la merma que eso traería al tesoro: ya Vd. sabe lo que es eso, una vez que se empieza, y ve la doble ventaja de abrirse hasta el instante del fin.

Me voy seguro de que Vd. queda ordenando a nuestros amigos a ese fin, de modo que a mi aviso de allá puedan casi sin ruido ir donde Vd. me diga. No olvide la indicación de Flor sobre el lugar, por la ventaja de que se desaparezca de Nicoya y se caiga de Mohín, sin razón alguna para ser sentidos. Aquí amplió la clave en hoja adjunta, ya que por la sorpresa de la salida del vapor en Puntarenas no lo pude hacer.

Creo que le hablaba de una indicación de Flor sobre compra de una parte de la factura en Panamá: pero hallo esto complicado y como de muchas manos. Caso de que—lo que también creo de cierto riesgo porque

podiera tener que estarse esperando por ese detalle,—decidiera Vd. lo de la construcción que Flor indica, repito que la consecuencia sería que me indicase Vd. lugar donde pudiera consignarle la factura íntegra.

He de acabar, porque quiero dejar todo el correo listo, y ya se me encima la gente. Los detalles de mi viaje, por dos cubanos de la Habana que encontré y las noticias que aquí caen al paso, nos confirman en dos cosas: en la voluntad sorda y creciente del país, y en la oportunidad.

Sólo nosotros podríamos vencer.

Escribo a Pochet, a Loynaz y a Boix. A Loynaz no hablé de un ofrecimiento de Flor, por si ahí le anda estrecho: aunque en eso Vd. le aconsejará lo conveniente.

Y pudiera ser que él desapareciese antes, y se fuera con Flor, para no llamar la atención. Vd. sabe. ¿Qué he de decirle?

A María no la hemos podido olvidar y ella acaso no nos paga tan bien como debiera, saliendo todas las mañanas a la luz del sol. Yo me voy lleno de una serena confianza y como de fuerza mayor. No olvide que tiene compañero y escudo en

Su

JOSÉ MARTÍ

5

A JOSÉ MARÍA IZAGUIRRE

Panamá, 22 de junio de 1894

Sr. José María Izaguirre

Mi amigo muy querido:

No es así, en la prisa de un hotel, de un vapor a otro, como quería escribirle. En New Orleans, de donde escribí a Lico, dejé interrumpida mi larga carta a Vd. ¿Cómo rematar la obra, y, entre los pocos buenos de este mundo, no contar con Vd.? Para situación como la de ahora, —para el instante en que la oportunidad feliz y madura hubiese de ser ayudada en sigilo, por no comprometerla con el anuncio del escándalo, por los pocos hombres capaces de desinterés, y de servicio sin ostentación ni paga,—para el caso, por mí siempre previsto, de que el felicísimo resultado de nuestra acción cordial y humilde pusiese a Cuba en condición de inevitable y juiciosa revuelta antes de que afuera hubiéramos tenido tiempo para desenvolver naturalmente su programa de recursos,—para

esa hora de angustia y de dicha, que es la hora en que estamos,—siempre, en la lista de mi corazón, lo tuve a Vd. entre los pocos de la cabeza. “Le escribo—me decía—y está. El entenderá. El me ha visto desde la raíz. El sabe que yo conozco nuestros pecados, y nuestra grandeza, y que cuando le digo: “es”,—es. A la hora de las columnas, él es de las columnas. Si tenemos tiempo para desenvolvernos con plan largo, pues él, donde está, será una de las cabezas del plan; si nos dan tiempo—y no nos lo van a dar, porque apenas llegamos a hora para hacer lo que Cuba necesita que se haga;—si en un instante dado, antes de que nos hayan dado lugar para más que vencer los continuos obstáculos e intrigas, podemos y debemos caer sobre el país notoriamente amigo con todas nuestras fuerzas posibles,—él está ahí, en Managua, y unos pocos más, y se les puede pedir su ayuda, para hacer lo que se puede en toda conciencia hacer, antes de que el enemigo,—servido por los propios nuestros,—crea que se va a hacer”. Esto es todo, Izaguirre. Ya se lo dije. Esa es nuestra situación actual. De la masa admirable, todo lo que se puede esperar sin escándalo, está ya obtenido. Para más, sería necesario el escándalo,—que denuncia,—que malogra. No estamos para eso. No más pompa necia, ni alarde que nos pone en manos del enemigo. Todo está a punto, y andando. Si me quedara un solo escrúpulo, ¿cree Vd. que hablaría este lenguaje, que se lo hablaría a Vd.? Tramado todo lo esencial, asegurada toda la conexión posible y necesaria en Cuba, ligados—y de veras—todos los elementos necesarios y útiles en el exterior; decidido a la persecución en Cuba el Gobierno español ¿a qué esperamos? ¿y qué crimen no cometemos, si por demoras innecesarias, permitimos que el español caiga sobre los elementos revolucionarios de Cuba? Decidimos, y estamos obrando. Vd. sabe lo que son estas tierras, y lo lejanas, créame. Sólo tengo tiempo para cables. ¿Qué le pido? ¿Qué le pido con toda el alma, sobre todo después de su telegrama? Pues que me sitúe enseguida en New York, cuanto pueda, —que me salga a campaña, y a lo suyo reúna lo de los demás, que escriba a Menocal en Chinandega—que haga cuanto pueda por merecer en el término de tres semanas el óbolo de su República,—que piense que estamos ya para el cinco de julio en New York,—y que a fin de ir en todo sobre seguro—me ponga un cable a “Barranco.—New York”, con una sola palabra, sin firma, diciéndome (número) que significará, poca o mucha, la suma en oro americano con que de ahí puedo contar; y por cable me lo gira a New York. Así estamos, no estamos para menos. Esto no es precipitación; sino resultado estricto de una obra muy larga; y mi silencio en todo este tiempo ha sido confianza total en Vd.; ¿a qué

explicarle? ¿no veía Vd.? ¿no conoce mi alma prudente y republicana, incapaz de ceguera y ambición? No veía—y cuánto yo le dijese, era. Es el esfuerzo unánime, con cuantas fuerzas de adentro y afuera pudiéramos contar. Aquí vine, a atar un cabo del plan, acelerado por los acontecimientos, y a recabar un tanto de recursos merecidos por la obra visible. ¿Lo ofenderé con una palabra más? Estoy lleno de visitas ya celosas. Acabo aquí. Cuanto esfuerzo merezca su patria, en trabajo como éste, de la revolución para la república,—hágalo,—¡hágalo Vd.!—uno de los padres.—Que lo hagan cuantos estén cerca de Vd. Ansioso y seguro espero su cablegrama. Hay mucho que ligar, y todo lo tengo sobre mí.—Haga cuanto crea que de Vd. merece su amigo. Y de Vd. le sé su vida entera—sus felices amores—la veneración de sus discípulos,—la consideración del país,—el cariño íntimo y acendrado con que sé que lo quiere su mujer, tanto que yo a ella la quiero, y que me parece que la he visto. Bésele la mano. Que no se enoje por el robo que le hago,—por la pulsera que le quita Cuba.—Que me quiera ella a su vez.—Y Vd. crea que su amigo es tan puro como Vd. quisiera que él fuese, en la obra que ahora está. Abrácame. No me deje solo. Todos me llaman y lo abraza su

JOSÉ MARTÍ

6

#### A MANUEL COROALLES

Delegación del Partido  
Revolucionario Cubano

Kingston, 23 junio, 1894

Sr. Dr. Manuel Coroalles

Amigo querido:

Ayer llegamos, hoy deo hecho—en medio de la más calurosa adhesión—todo lo que aquí me era preciso hacer,—es la madrugada—y al clarear salimos al vapor de Nueva York. Antes quiero ponerle estas líneas para acompañarle la carta a Duque, que de Colón no hubo instante para poderle enviar, para decirle que la labor realizada aquí, y las noticias que aquí me aguardaban, me obligan a rogarle lo que a Vd. no le ruego, porque es injusticia, y cosa que huelga, y pedantería—que me ponga allí todo su inmediato empeño en la labor que le eché encima, y cuya realización no llegará un minuto más tarde de lo preciso.—Y

para decirle la dirección por cable del parte que espero de Vd., a la vez que de los varios lugares recorridos: *Barranco, New York*, y como palabra, la cifra en oro americano.

El trabajo y la hora me obligan a interrumpirme. Déjeme decirle sin embargo, aunque le parezca halago, que me salí de Panamá apenado por tener que ver a hombre como Vd. tan de prisa,—y que tiene a orgullo haber merecido su compañía y estimación.

Su amigo

JOSÉ MARTÍ

Lea la carta de Duque.

No tengo una hoja de papel en que escribir mi agradecimiento, muy sentido, a Ricardo Arango.

7

#### AL GENERAL ANTONIO MACEO

Kingston, Jamaica, 25 de junio, 1894

Sr. General Antonio Maceo

Mi amigo querido:

Es muy de madrugada. Se va ahora la gente, después de un día de la más ruda y dichosa labor, que deja allegada—y con contribución muy gustosa—la suma que aquí nos era precisa, y que en parte principal estaba ya en fondo. Ayer llegué, y hoy está todo hecho. Mañana sigo para New York. Grande es mi anhelo de llegar. Ahora voy seguro de nuestra total aptitud para desenvolver, desde el instante mismo de mi llegada si ya se está pronto, el plan rápido e inesperado de nuestra caída total y simultánea. Me parece verbo inútil decirle más. No veo qué pueda impedirnos ese arranque de todos a la vez con barcos no escandalosos y seguros. A eso voy, pues. Y ahí lo deo, como un hermano, haciendo su parte de labor, que le será fácil, puesto que ya no es más que la de distribuir como mejor quepa entre esos admirables compañeros lo que los habilite para dejar atrás sus familias. Correrse de las fincas al lugar sigiloso que me dirá, y que puede combinar con Cebreco y los de Mohín, será para Vd. juego,—y nadie lo podría evitar, ni los mismos que estuviesen ahí para espiarlo, y a quienes la gente se podría llevar

de compañeros, inútiles para hacer daño en la incomunicación y vigilancia de esas soledades. Nada temo, pues, en cuanto a esa parte, que depende toda de aquello que ya está ganado—el sentimiento de sus compañeros de siempre. Ni de lo otro que hayamos de temer. Yo enviaré con el buque un hombre amigo y prudente—a un hombre.—Y desde el punto de mi llegada, como que desde aquí escribo minuciosamente a Gómez cuanto dejé hecho con Vd., y la realización puntual de nuestros deseos, estaré abierto a toda mi obligación. La hora parece nuestra. Es imposible que nos falte en el alma la grandeza suficiente para aprovecharla.

¡Si oyera Vd. a un grupo de manzanilleros que anda por aquí, y a la mujer de José del Carmen Perea, y a los Rendón que han venido de Oriente, y lo que en su cachaza deja entender un sobrino, recién llegado, de Bartolomé Masó!

Se ve bullir toda aquella comarca en su minuciosísimo relato. No hay rincón por allí sin su jefe, y su gente, y el estado de decisión, y ferviente espera por nosotros, es realmente tal que no justifica ya mayor demora. Es la última situación, felizmente madura para lo que enseguida vamos a crear.

De por Manzanillo y alrededores—Calicito, Punta de Sagua, Campechuela, Yara-Arriba,—todo está en sazón, cautos y ansiosos y con toda su gente de importancia: Bartolomé Masó, Amador Guerra, Manuel Salgado, José del Carmen Perea, Ismael y Enrique Estrada, Chucho Len, Santiago, Leandro y Enrique Figueredo, Luis Soto y Manuel Romagosa, todo lo que allí suena hoy como lo fuerte y principal. Pero yo, que no uso vendas, gozaba—a pesar de mi cautela—en ver las muestras ferrientes de la preparación absoluta de toda aquella comarca.

Debo cesar porque clarea, y aún me falta fatiga. ¿Cómo pondría aquí—porque lo quiero poner—ahora que me alejo de estos mares de Vd., el orgullo y la fe que le dejé con mi último abrazo? Es innecesario. Pero, en estos días en que debíamos estar al habla sin cesar, en que me parece como innatural y cruel que no estemos al habla continuamente, ni un instante deje de pensar que en cuanto esté en su mano no le permitirá a la fortuna ni atentados, ni abandonos, ni desdenes contra Vd., ni abusos de su nombre, ni más peligros para Vd. que el que todos a la vez corramos—y si no, no—este hombre que fía en Vd., que lo tiene por cubano de singular pujanza y de toda especie de grandeza, y que lo quiere.

Que María no me olvide. ¡Cuánto hemos hablado Pancho y yo en Jamaica de Vds.! ¡Qué espontaneidad y ternura en el servicio práctico

e inmediato de esta gente infatigable! He tenido a Marcos cerca. Siento que he sembrado aquí mucho hoy. Póngase con fe a todo: ya ve a lo que va y a todo lo que podemos ir sin estorbo, su amigo, hondo y cuidadoso

JOSÉ MARTÍ

8

## AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

Kingston, Jamaica, 25 de junio de 1894

Sr. General Máximo Gómez

Mi querido General:

Después de un día de feliz trabajo, el único que podemos pasar en Jamaica, le escribo en un cuarto sin luz, ya al entrar la madrugada. A las seis, por fin, con todo el programa realizado, salimos para Nueva York. Pero yo adelanto esta carta, porque así ganamos una semana en nuestros trabajos. En el itinerario sólo tuvimos la demora causada por el retraso del vapor americano en Punta Arenas. Cinco angustiosos días, con todo lo de Costa Rica realizado discretamente, y con el ansia de lo que faltaba por hacer. Pero de todos modos hubiéramos tenido que esperar el mismo tiempo por la Mala Real en Colón. El 18 salimos de Punta Arenas: el 21 a la tarde llegamos a Panamá, y al buen Coroailes.<sup>55</sup> él tomó sobre sí, a más de la reunión general, la suscripción que en los primeros días de julio debe quedar cubierta: el 22 salimos para Kingston, y de ayer por la tarde que arribamos a esta hora, creo, sin dificultad visible tener allegados para principios del mes unos cuatro mil pesos, lo que de aquí necesitábamos.

Volvamos a Costa Rica. Tuve gran gozo en ver a hombre tan puro y leal como Cebreco.<sup>56</sup> De una noche de campamento en Puerto Limón quedamos como muy viejos amigos. Tales son mis hombres, íntegros y totales, y ojalá yo les parezca tal. El ve los tiempos, con entusiasta cordura, y aguarda impaciente. No tiene empacho alguno en ir con Maceo y de ese recado me encargó. Con él están en Mohin los que se dejarán correr hasta el lugar de reunión que en aquella costa se les

<sup>55</sup> Manuel Coroailes.

<sup>56</sup> El general Agustín Cebreco.

designe. De San José, lugar de cariño y actividad verdadera, sólo le diré lo más pertinente. En conversación continua estuve con Maceo los cuatro días que allí tenía que pasar, y al cabo de ella creo haber dejado compuesto un plan eficaz y sencillo, puesto que lo único que a Maceo toca es reunir, en el puerto que designe, la gente de cabeza que lo ha de acompañar—y un vapor con el armamento que me tiene pedido para doscientos—irá a buscarlo. De lo acordado con Vd. le dije todo lo necesario para calmar cualquier temor posible suyo de que se le comprometiese de avanzada o se le enviase con recursos demasiado pequeños, sin caer en ningún detalle concreto referente a los movimientos locales de Vd., sería injusto si dijese que hallé dificultad alguna. El recibió de Santo Domingo carta por la que pude ver que entendía que Vd. iba a salir de allí con una muy numerosa expedición de hombres, y pude desvanecer el miedo natural de que su caída pareciese pobre y de menguado número, sin incurrir en más detalles que los indispensables a este fin. Hallé a Maceo engolosinado con un plan demasiado vasto y lento,—con la ayuda de hoy, inquieta e insegura, de Eloy Alfaro<sup>57</sup> empeñado en empresas que le son más cercanas—para desviar sobre Cuba un crecido contingente nicaragüense y colombiano; pero quedó pronto convencido de que ni la premura del tiempo, ni la prudencia, ni un cálculo racional de probabilidades, ni los costos y lances de la preparación de tan dudosa empresa, permitían—con las noticias de que era yo portador—proyecto semejante. A lo posible, pues, se redujo, a mi petición, el plan. Sin alarde alguno pueden caer de Nicoya y de Mohín los hombres necesarios—los útiles que él tiene cerca de sí—sobre el lugar a donde, sin intervención alguna de él ni movimiento suyo de anuncio, irá a encontrarse, en la misma fecha fijada por cable para la reunión, un vapor que llevará a bordo persona que vea porque de ningún modo se pierda el esfuerzo. Maceo sólo tendrá que atender allí—con fondos que recibirá en mitad primera para los que desean enviar a sus familias a Jamaica, y en mitad segunda y suficiente que habrá de recibir en los días mismos de la concentración—a las sumas que será preciso dejar en las casas de los más pobres, de quienes como Juan Baracoa tienen diez hijos y un sitio aún improductivo, y a los pequeños gastos del muy fácil movimiento de reunión sobre la costa.

Parece que así quedan reducidas en todo lo posible las probabilidades de confusión y entorpecimiento. Con intervención asidua del mismo Maceo ajusté en Punta Arenas la útil entrevista con Flor y con José

Maceo. Flor quedó en todo y sugirió un buen puerto, que indiqué a Maceo, y un plan demasiado despacioso y que a Maceo pudiera parecer poco seguro y equitativo de construir en la costa, en lugar para la reunión indudablemente bueno, un barco de vela. Con tal asentimiento del noble y sagaz Flor he dejado totalmente en manos de Maceo la responsabilidad y dirección de su embarque, sin el menor detalle por el que pudiera aparecer sin razón que ejercía vigilancia o se desconfiaba. Y dejo a Costa Rica con la tranquilidad de no haberle hallado a Vd. dificultad alguna, y el gusto de ver a Maceo tan cauto como dispuesto, y enteramente satisfecho del pensamiento de cooperación unánime, de la equidad de los diversos preparativos, de mi presteza y capacidad de atender a sus deseos, y de las seguridades con que podrá Vd. hacer su viaje. Favorece a éste la situación actual de Maceo, que desde febrero empezó a agenciar la disposición de sus intereses, y a quien hallé terminando el arreglo de una sociedad—que de dos meses atrás me tenía anunciada—para que rija, con sus intereses, y los de algunos que se van, la colonia de Nicoya, repartida hoy en propiedades individuales. Entiendo que la negativa de Maceo a servir en las elecciones al Gobierno que acaso tenía sus servicios por seguros—negativa que ha circulado en el país—le hace hoy más ásperas sus relaciones con el Gobierno desatendido que lo que en mi viaje anterior eran. Creo que los partidarios de antes han comenzado a convertirse en dificultades y enojos. Flor termina en estos días un corte de caoba que le producirá los mil pesos que piensa dejar a su familia: el trabajo propio ha devuelto a Flor toda su gallardía y firmeza moral. ¿Qué me faltaba ya sino ver, como Antonio deseaba mucho, a José Maceo? Al verlo comprendí el interés de Antonio. Acaso José se creía desdeñado, o demasiado confundido con su hermano, y con menos personalidad propia de la que desea él ver reconocida. Su conducta en el resto de la visita, y sus telegramas y cartas posteriores me permiten creer que su concurso nos está asegurado. Y al volverse a Nicoya con Juan Baracoa y León Castro que lo acompañaron, tuve placer en ver cómo se llevaban, con visible fiesta, a Flor con ellos, que desde hace más de un año estaba muy desamistado con José. Yo continuaré en el poco tiempo,—y desde el camino así lo he hecho—cultivando todo lo ganado. Creo que de Costa Rica nada olvido, y lo que aquí le digo sobre Maceo es su respuesta por mí a Vd. Aquí, Alejandro González se me queja de no saber si Maceo recibió una carta certificada que Vd. envió a Maceo por él allá por marzo. No hubo razón en nuestras conversaciones,—sobre cosas posteriores ya,—para que Maceo me aludiese a esto. En

<sup>57</sup> Eloy Alfaro, prominente estadista ecuatoriano.

cuanto a tiempo, queda Maceo suficientemente instruido en conjunto de la labor que puedo hallar terminada a mi vuelta, de las instrucciones definitivas que yo a toda hora espero de Vd., y de que a mi retorno al Norte estoy desde los instantes de mi llegada en aptitud y voluntad de cumplirlas; y por lo tanto de enviarle por cable la fecha de la concentración y encaje con el buque, por lo que desde mi partida, aunque de modo que pudiese continuar la gente al trabajo en que está hasta última hora, estudiase y preparase lo que fuera menester para una concentración siempre facilísima puesto que no puede tener, desde que yo reciba órdenes precisas de Vd., menos de veinte días para prepararla. Y así queda entendido y explicado a Flor y a José.

De Panamá, lo importante es la cuota, que allí queda de reserva—de mil quinientos a dos mil pesos—para los fondos finales de los movimientos de Maceo.

De Jamaica, eso también era lo esencial, y dejar, como por todas partes, las almas abiertas para lo venidero. El día ha sido feliz, y de mucha hermosura. Acá está Vd. por todas partes vivo. Mi leal y tierno Pancho ha andado de mano en mano. Pero el mejor recuerdo que me llevo, y que a Vd. le será el más agradable, es el del acuerdo de Mariano Torres, hoy acomodado y padre de larga familia, a salir de aquí en combinación con el movimiento general e inmediatamente después de él, sin más compañía que la de diez o doce hombres de total confianza, ni más intervención que la suya propia, al aviso en que fía totalmente de Vd. o de mí. Todo, en bote propio y con armas de acá, costará \$500.00 que saldrán de acá mismo. ¡Qué fuerte se siente uno con la adhesión cuerda y limpia de hombres semejantes! Vd., pues, me ordenará acerca de él. El ha ido estudiando, y está entero y convencido. No debo omitir, por su calurosa veracidad, las muy buenas noticias de Oriente que de gente fidedigna—y que hoy negocia y aprovecha—he tenido sobre la espera entusiasta de aquella comarca confirmando las plenas e iguales que Maceo acababa,—a mi llegada a San José,—de recibir de su último comisionado Palacios. Y de Manzanillo tuve especiales informes por dos hermanos Rendón que de allá vienen y han hecho por allá servicio fino, por un sobrino de Bartolo Massó que anda de prisa, lo mismo que otros, viendo a ver cómo vende lo que por allá tiene, y por la mujer de José del Carmen Perea. En Calicito está Bartolomé Massó, y dicen que aquello es un sigiloso hervidero. Amador Guerra es por allí ahora hombre de mucha pujanza, y de tanto influjo como Antonio Bello que dicen que lo tiene, y en quien parecen todos fiar, a diferencia de Ramírez que no

inspira fe. En Punta de Jagua están Ismael y Joaquín Estrada, y en Campechuela un Don Manuel Ferral, muy decidido a pesar de su acomodo, y Filiberto Zayas, aquel de mucho séquito. Cabezas de otros lugares, Perea, y Manuel Salgado, y Chucho León. En Yara-Arriba, Santiago y Enrique y Leandro Figueredo: encomian de Manzanillo a Luis Soto y Manuel Romagosa, como primeros, y de amigos y consejos entre la gente nueva. Pero es preciso ver hervir estos detalles, y muchos más, en sus labios. Pendien allá de nuestros movimientos y lo saben todo. Se resguardan, y están pronto al monte a la menor sorpresa.

Creo de veras muy llegada nuestra hora.

¿Y yo qué le diré? Esta carta la escribo con la esperanza de que la recibirá Vd. poco más o menos al mismo tiempo de nuestra llegada a Nueva York. Vd. estará pendiente de estos cabos de mi labor, y tal vez tenga ya terminados los suyos. Yo no veo qué nos impida, a su orden de Vd., despachar a la vez el buque de Vd., el de Maceo, el de las Villas, calculado de manera que su alijo siga de cerca y casi coincida, con estos dos, y la orden para Mariano de Jamaica. Collazo habrá hecho cuanto en sus cartas nos prometía—con esta precisión y este sigilo, ahora—cuando no pueden esperar de nosotros celeridad semejante—podemos caer dichosamente antes de que se nos encojan, o nos cerquen en Cuba los elementos aún salvos. Mándeme General. A eso voy dispuesto, y desde el primer día de mi llegada, a ese fin inmediato trabajaré de modo de que no haya hora perdida. El gozo me conmueve. No le diré una palabra más.

Ni de Pancho querido que reposa a mi lado. Ni un gesto ni un pensamiento tengo que reprocharle en esta continua y seria intimidad. Todo lo puedo dejar en sus manos, y me arrebata el quehacer. Esta misma noche en el fuego y arrebato de la reunión de los jamaquinos se condujo con toda hombría. ¿Y tendré que dejarlo ir? Tendrá que ser, y será para mí gran soledad. Aquí termino, para despachar todo el correo menudo. De su casa no le escribiré, porque desde que le tengo a Pancho estoy como viviendo en ella. Ya no tienen Vds. secretos para mí, ni hay hijo más que Pancho fiel y piadoso. Nada de él, en donde llega, antes que de la casa donde con Vds. vivió, y se le ve el culto grave a los años de estrechez y de padecimiento. Nada, General, pudo ponerme cerca que, por dicha que es como providencial, contribuyese tanto a que le amara aún más

Su

JOSÉ MARTÍ

## A FLOR CROMBET

Kingston, 25 de junio [1894]

Flor querido:

Unas líneas. En un día de hermoso trabajo, he hecho aquí cuanto necesitábamos. Salgo al clarear, y tras la noche en vela, y el día sin sosiego, estoy velando—rematando una larga correspondencia. De todo le va ya informe al general Gómez, para ganar tiempo. Voy seguro de que nuestro pensamiento puede desenvolverse tal como el General y yo lo dejamos ajustado en abril, sin ninguna demora.

Aquí mucho afecto para Vd.—quejas para Vd. de González, porque no le escribe sobre el niño de quien Vd. es padrino con Clemencia Gómez,—y excelentes y seguras—pero admirables noticias de Oriente, principalmente de Manzanillo.

Escribí a Loynaz su oferta.

Imposible ahora, según Coroalles, sacar armas de Panamá para ahí.

Lo del barco ahí, si acaso es muy largo, y podría ponernos en demora, Flor, mejor es que venga de allá el barco a que no tengamos que temer. Tal vez Maceo le hable de eso, y Vd. verá como lo ajustado es bueno. Eso sí, el puerto es muy bueno, y así lo digo a Maceo. Pero enseguida, y desde ahora mándeme todas las señas para conocerlo, o acuerden situar en puerto interior—aunque esto de ningún modo lo deseo—práctico que de allí lo conduzca. Escribame sobre esto enseguida.—Es mucho, Flor, lo que lo estima

Su amigo

JOSÉ MARTÍ

## A FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ

New York, julio 2 de 1894

Llego dejando toda mi parte hecha.—Di amigos.—Abrázote mucho.

MARTÍ

[Julio, 1894]

Mi gran Fermín:

Ya por el cable sabes que volví. A ojear: a ver si me habían cumplido las ofertas, a estar con mi parte hecha en el día en que había ofrecido estar, y a seguir inmediatamente camino.—Esto, a ti solo, sin excepción alguna. Para todo el mundo, continuaré estando en Nueva York. Escribeme, pues, enseguida.

Primero de ti. ¿Qué hombres son esos que yo mandé, y están pensando sobre ti? ¿Cuándo me has visto tú dejar hilos por el viento? ¿No es mi cuidado mayor el que anden por las emigraciones expe<sup>58</sup>

Y para esa alma tuya incansable ¿qué tendré yo, sino un amor cada día más tierno y profundo?

Por fortuna, el aviso de alma te echó ahí, en tu puesto natural, a la hora crítica.

¿Necesitaré decirte en lo que ando? Cuanto debía hacer, he hecho. Crece la obra en las manos,—y salgo, sin perder minuto, a acomodar los recursos al crecimiento.—Pero callado.—Y es imposible, Fermín, que de ahí falle la suma con que conté: nada veo que se haya recibido: así ¿qué sería la revolución? Allá no puedo volver. Y eso está.—El martes sale una carta íntima mía a los talleres, para que tú la leas, con amor y energía,—o en cada taller quien convenga que la lea: y eso ha de ir a las entrañas; y el montante han de decírmelo por cable,—el montante seguro. En fin: olvidarlo todo, y ponerse a esto.

Y de ti otra vez. Imagínate lo que tendré que escribir. Tu carta ha sido la primera. Bueno, lo del libro. Va el papel. Y ¿cómo haré para escribir el prólogo? Dejaré unas cuartillas. Que nadie sepa mi viaje. Que todos me crean vigilando desde aquí sobre el cobro.—Mis angustias, mi responsabilidad, mi dolor mortal ante la inercia de tantos que no me echa por tierra de pura fe en los pocos buenos, mi gusto al haber hallado leales y prontas a las emigraciones que visité al volar, y cuanto

<sup>58</sup> Roto el original.

adivinas tú, quédese para que me lo ames, y para que de ti me venga en alegría y descanso lo que de pena o náusea me pueda venir de los demás.—Si salgo, por lo menos para unas semanas, te lo avisaré.

Tu

J. MARTÍ

12

[Julio, 1894]

Ferminón:

Las seis de la mañana, y cierro el delicado correo, para que vaya a mano. Aquí tengo, y he leído ya tres veces, tu alma brava y buena en tu carta última. Un regaño mereces: y ¿qué alusión es esa a *los ejemplos*? ¿Sabes tú en la agonía en que me vi yo en esos días y cómo quise entonces morir más que escribir? Eso era como una rama de árbol: y yo veía la rama con el miedo de quien por un instante no le sintió la raíz al árbol. Ahora adelante *los ejemplos*. O ¿tú, también, me vas a apenar, y a pesar, con la pena que en ti hubiese causado yo, sobre quien sólo anhela verte satisfecho y querido? Vete a paseo.

Atiendo a ese queridísimo Poyo, y reproduzco tu artículo oportuno.

Y, cuando yo vuelva, ahora, pan y tasajo.

¡Cuánto te estimo que con tu cariño le des a Poyo las fuerzas que otros le quitan! Hay que hacer, en Cuba, sobre todo, una especie de sociedad secreta de hombres buenos.

Para tí, lo que queda de alma a tu

MARTÍ

13

A JOSÉ DOLORES POYO

New York, 7 de julio de 1894

Sr. José Dolores Poyo

Poyo querido:

Al fin de vuelta,—¿y por qué no se lo he de decir?—con todo lo que me propuse, hecho. Depende el éxito de no decir más que aquello que sea de realización posible. Pero esta vez no ha dependido de eso

sólo; sino de una como iluminación, que me permitió, sin intrigas con nadie, dejar bien ligados a unos con otros, y todo liso y preciso, de modo que no pueda dejarse de hacer: dependió, sobre todo, de la gran voluntad de ayuda, en sangre y en bolsa, que hallé por todas partes. Poco tenía que pedir a los que nada habían dado aún; y fue en cada lugar, cuestión de horas: en San José, en Panamá, en Jamaica. Por eso se puede beber toda la hiel: por el contraveneno de la mucha virtud.

A Vd. ¿de qué le he de hablar que le plazca más que esto? ¿Le hablaré de su casa sólo contenta cuando nuestras cosas van bien? ¿De Vd., que me tendría por culpable si de Vd. mismo me ocupase antes que de nuestras cosas? ¿De mí, que me caigo por el suelo, en cuanto pienso en algo que no sea nuestra libertad? Con la prisa, pues, del primer correo libre,—y con muy grandes prisas, y mucho detalle que ligar a estas horas—(llegué el lunes, salí y ahora vuelvo)—le diré que, como le apunto arriba, los dos objetivos que me llevaron al viaje han quedado atendidos.—Lo que por allá se habrá de hacer, queda tratado y a una voz, y así lo doy a quien lo espera: y lo que por allá se podría recoger, queda recogido, sin súplica excesiva, sin dolor de la dignidad, con gozo de los contribuyentes.—Miserias, Poyo, si se va a ver, pero verdaderos sacrificios, atendiendo a la pobreza del mundo,—que en todas partes es hoy mucha, porque se vive demasiado de lujo y mentira,—y a los errores pasados, que a los mejores les consumieron cuanto podrían dar para su país—y a la avaricia de los pocos que tienen algún poder;—si todos fueran como José María Izaguirre!—“pobre estoy—me dijo por cable—pero escribame antes de irse; yo quiero con todas mis fuerzas contribuir”.—Pero lo necesario, y lo ofrecido por mí está hecho. Así lo notifiqué, desde Jamaica. Aguardo. Por mí, Poyo, no esperaría mi patria. Reprimiéramonos, mientras no había qué respirar ni firmeza desde donde dar el salto: después, nó. Pasa con los sucesos, como con las frutas; hay que comerlas ni un día antes de que estén maduras, ni un día después. Vd. derive de lo que le digo todas las afirmaciones que no andan bien por papeles. Ahora, para allegar, para espolear a los perezosos, para recabar las minimeces ofrecidas, para que no fallen los acontecimientos por falta del encaje preciso para remendar y hacer olvidar las imprudencias ajenas, para obtener la ayuda sincera de todos sin empeñarse con éste o aquél en obligaciones secretas, inmorales e inútiles, para organizar, Poyo, con estricta virtud, y con la pobreza reinante, una revolución como la nuestra, llena de recuerdos que aún

punzan como erizos, Vd. imaginará lo que tengo que andar, que callar. que atajar, que dar de mí. Yo, ¿qué me importa? La única gloria verdadera del hombre,—si un poco de fama fuera cosa alguna en la composición de obra tan vasta como el mundo,—estaría en la suma de servicios que hubiese, por sobre su propia persona, prestado a los demás. Lo que ciega a los hombres, y los hace llegar tarde, o demasiado pronto. es la preocupación de sí. Yo, ya sé cómo voy a morir. Lo que quiero. es prestar el servicio que puedo prestar ahora.

Y por ahí ¿cómo hemos andado? Ni un peso del Cayo, según las listas que veo, ha entrado en Tesorería. Y por la cuenta, pasaban de \$3,000 los suscritos. Su cobro es indispensable. Yo escribo el martes una carta mía, una carta a los corazones. Vds. me la llevarán de casa en casa. Más, no es preciso: eso, es preciso. Y posible: ya lo sé. Lo haré urgente, tan urgente como es. Verá que no falla. De eso, pues, hasta el martes. Yo ya no soy hombre sentado: nunca lo fui: menos, cuando empezamos a recoger la cosecha de nuestra paciencia y previsión: menos que nunca, hoy. Yo no lo hostigo. Vd. me ayudará allá, en cuanto sea dable. Que lo que allí se haga, me deje tan orgulloso como la prontitud. y placer en el esfuerzo de los cubanos que acabo de ver: sobre todo, de los de San José y Jamaica. Y mucha amistad.—mayor por la fuerza propia que mostramos,—mayor porque no andamos de mendigos,—de los países por donde acabo de pasar. ¡Qué pasión la de los colombianos! ¡Qué respeto el de los costarricenses! ¡Qué infeliz Jamaica, y qué caída, con sus libertades inútiles, sin el dominio ni el concepto de sí propia! Es gris, como la vida de los esclavos. Los cubanos. ¡quién lo dijera! son en Jamaica lo más simpático y vivo.

Ya tengo que acabar. Siempre me es difícil arrancarme de Vd. ¿Recibiré carta suya, después del único telegrama que, por ahorro, puse a Fermín? ¿Ha ido todo puntualmente? Vd., apretando la prensa, es una de mis constantes visiones. Quiérame un tantico, así como yo lo quiero. Horade y regañe, para acabar ahí la obra pendiente. Démele a sus casas un abrazo. Y piense en la vida sin sueño y sin hambre, de la suma ansia pública, de su amigo,

JOSÉ MARTÍ

El martes escribiré al Consejo.

14

A SERAFÍN SÁNCHEZ

New York, julio 7 de 1894

Mi muy querido Serafín:

Llegué el lunes, volví a salir, estoy de vuelta, le pongo al vuelo estas líneas de abrazo. Recibí su carta. Lo urgente de ella sobre la Habana, queda atendido. Lo demás, va en el pensamiento general. Mis angustias, mis apremios, mi afán porque nadie espere por mí, como no esperará, júzuelo por lo que en el Cayo sucede. Voy, enciendo, calculo, sigo viaje, baso la obra en lo ofrecido, vuelvo—y no hallo un solo peso del Cayo en el Tesoro. ¿Desmayo? ¡Oh no! Se me aprieta la garganta, y sigo camino. El martes, les ruego, en carta del alma. Ustedes me ayudarán. Que dos terceras partes por lo menos de lo suscrito sean cobradas, es indispensable. Con eso me contento. Menos, no es posible. ¡Y ahora que, ya al partir, todos inflan sus aspiraciones! Pero yo pongo en manos de cada uno lo que se me pide. ¿Y cómo? Con los ricos que usted conoce—y con nuestros pobres.

Interrumpí la carta para recibir a agente de la Habana. Suaviceme, Serafín, los cujazos a los de la acera. Flagele donde se debe: pero cántele himnos al patriotismo invencible y redentor en esa juventud desocupada. Lo hay, y hierve. Se lo agradecerán. Se han ido los visitantes, y vuelvo al viaje. He hecho, ¿no se lo dije ya? cuanto deseaba. En lo militar, dejo tratado,—sin intriga, pero con la seguridad posible en lo humano,—la parte de trabajo que fui a hacer: ni temo escape, ni he dejado las puertas abiertas para él. En lo demás, levanté, a retazos cortos, la pequeña suma imprescindible. Al volver, puedo decirle al General: "Hecho".—Y aguardo. ¿Qué más quería usted que le dijese?

El martes le irá carta más larga, sobre la suya, con todas las menudencias de ella. Vi a Gato, y atiendo a sus recados. ¿Qué carta le mandé yo a usted, en vez de la de Julio? Con la de Julio me quedé yo. ¿Sería la de Flor? Dígame enseguida.

Sobre Roloff, doy orden de que el martes le vayan \$50. Sobre Pardini, usted recibirá para él \$6 semanales.

Los que han ido de Tampa, merecen respeto; y parecen gente firme, que quise ir entrando sobre usted; pero no para que pesaran sobre el

Cayo, sino para que allá siguiesen viviendo de sí, como en Tampa hacían. Sobre esto escribo a Federico Martínez.

Sobre la suscripción, el martes escribo a los talleres. Cállelo. Ellos me responden. Es indispensable el cobro.

Sobre conducta, reprímalo todo por ahí. Que al gobierno, harto vigilante, le podamos parecer un poco fanfarrones. Pero usted, hábilmente, vaya atando todos los cabos. Apréndase su gente, hombre por hombre. ¿No está el Cayo ya quieto,—y podría Rosendo volver? O mejor está en Tampa, y a su hora me le avisa. ¡Qué cuidado hay que tener en esto de hombres! ¡Qué indiscreción la de la Habana! ¡Y qué modo de hacer campañas, enseñándole por las calles los planes al enemigo! Me dirán disciplinario; pero de mí no sabe un anís sino quien tiene que cargar con él. Y con esa guía, creo dejarlo todo bien asegurado.

A Rogelio, cuanto cariño merece él. A él. y a los escogedores escribo el martes.

Por ahí, ¡qué anhelos!—¡qué espontaneidad! ¡y qué cariño! Y por Cuba, ¡qué unánime decisión y qué impaciencia! ¿Por mí se espera? No por mí. La obra que tomé sobre mí,—repito,—la traigo hecha. Yo no salgo con un plan, y a la hora de cumplirlo, me aparezco con otro. Yo, de quince años atrás, vi lo mismo que hoy veo, y las mismas rutas. y eché por ellas esta proa con que estamos llegando. La verdad es una y sencilla.

Acabo aquí, porque es mucho el correo. A Pepa y a Raimundo, mi vieja y creciente estimación, como de la misma familia de almas. Un buen saludo a Higinio. Pancho anda por Central Valley. y no puede irse hasta el 21.—Con violencia le dice adiós

Su

J. MARTÍ

15

AL GENERAL ANTONIO MACEO

New York, julio 7 de 1894

Sr. General Antonio Maceo

Mi amigo muy querido:

Esta no es más que acuse de llegada, y recibo de la última suya; yo me apresuro a escribirla, para ajustar lo de por allá a lo de por acá. Ante todo, no habrá dificultad para lo que me dice. La embarcación

llenará sus deseos, si no el número exacto de nudos, porque eso. en la realidad de la construcción, es caso excepcionalísimo, y rara vez verdadero; pero nadie irá poco seguro, ni irá nadie más seguro que Vd. Yo me llamo conciencia.

Al llegar aquí hallo esto: lo de Gómez a toda marcha. y anunciado para de aquí a unos días el comisionado que debía venir como respuesta al informe de mi viaje; pero este informe no puede llegar allí. de Jamaica de donde lo envié, hasta el 8 ó 10 de julio, y de acá, por si el otro no llega, no puede salir Pancho hasta el 21.—Aprovecho los once o doce días en un nuevo viaje. Y al volver, aún mejor que hoy. estaré en aptitud, si los demás están listos, de desenvolverlo todo a la vez. Creo. pues, que como toda acción con hombres demasiado previa, sirve de aviso y abre la puerta a gastos que deben ser de última hora, como los mismos de las familias, que pueden ir—con más prudencia—después de la ausencia de sus jefes—la tarea de Vd. por allá, fuera de tener bien escogido el puerto y los detalles de llegada de la embarcación, será tener los hombres preparados, y sin salir del trabajo hasta el instante último. Así, ni se llama la atención, ni hay que hacer más desembolso, en quien nada tenga que dejar, que la miseria con que se les pueda ayudar en el primer momento. Indigna que haya de ser una miseria frente a tan grande sacrificio; pero aun así, debemos estarnos agradecidos, en tanta pobreza y tras tanta caída.—Vd., con su cuota, hará allá maravillas. De Jamaica le escribí. Imposible que no llevemos a Juan Baracoa. Con \$500 creo que se da él por bastante.

En Jamaica hallé muy buenas nuevas de Oriente, que le comuniqué. Ahora, sin la menor ofuscación del deseo, que lo hace ver todo galano, hallo noticias iguales de todas partes. Sobre todo, las hallo de la Habana—y ¡quién se lo dijera! de toda Vuelta Abajo—excelentes. En la Habana prendimos al fin. No tienen celos de nosotros. Pero es peligrosa su impaciencia, tanto como vivo el cariño y fe que hemos logrado inspirar. Los mensajeros oficiales y extraoficiales, de la Vuelta Abajo—son manufactureros ricos, marqueses liberales, jóvenes elegantes, obreros sagaces: no tendríamos perdón si con demora totalmente innecesaria pusiéramos en riesgo esta oportunidad—tan felizmente ayudada por la razón y la fortuna.

En el Príncipe, la situación es ésta: suspendida toda producción en las haciendas, por miedo a los bandoleros: cada uno que sale de la ciudad, sale con guardias que él paga; el Gobierno ni responde de los

que salen, ni los alivia sino con un nuevo impuesto de ganado, que ha convertido hacia nosotros a los más tibios.

Resumiendo, pues, Vd. allá habla a sus hombres, y los tiene a la capa, que esto no parece que, a pesar de las demoras con el correo, puede durar en terminarse más de un mes desde la fecha: yo aprovecho en un viaje rápido los días de espera forzada, y obrando con la rapidez a que me obligan las cartas que aquí hallo de Gómez, estaré de vuelta muy pronto dispuesto a desenvolver el proyecto acordado.

Ya he de acabar. ¿Y sus cosas? ¿Y los socios? ¿Y la salud de esa meritísima María? ¿Y su viaje a Nicoya, de que espero noticias? Yo ya sigo escribiendo a su gente, porque es bueno enseñar el corazón. Noto que estaba escrito este papel:—no son ceremonias lo que Vd. quiere de mí, sino el alma buena, activa y amiga, que ha leído en mis ojos.—Hasta el sábado.

Su

JOSÉ MARTÍ

16

A JOSÉ DOLORES POYO

[Julio, 1894]

Sr. José Dolores Poyo

Mi muy querido Poyo:

No le iba a escribir sino hasta el correo próximo. Imagíname: la audiencia a todo lo de Cuba, el curso y preparación de todo lo probable y necesario, porque veo que afuera lo tenemos todo a punto, salvo este último esfuerzo, que estaría ya, sin la pobreza, y adentro hay ya el conocimiento de nosotros, y la fe suficiente, y liga para evitar el fracaso, y pudiese ser que la demora debilitase nuestro crédito y tomase menos sorprendido al español. Así, a la callada, haciendo como que no veo, dejando pasar esta marejada, metido en el corazón de ella para que no se nos desborde, haciendo con la cubierta de ella todo lo que hay que hacer, veremos si en un plazo más breve de lo que pensábamos, aunque juicioso y bien compuesto, intentamos la campaña que creo ya posible.

Todo lo nuevo y único en este sentido. Salgo enseguida a un viaje que creo dé resultado inmediato, y si lo da, pronto va a darle su último abrazo

Su

JOSÉ MARTÍ

El sábado escribo sin esta premura. Estaré para salir. Betances me llama. Pero no puedo ir ahora. Tal vez ya no pueda ir.

17

AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

New Orleans, 15 de julio de 1894

Sr. Mayor General Máximo Gómez

Mi querido General:

Lejos de Pancho ya, a quien, muy contra mi alma, he tenido que dejar en Nueva York, le escribo esta carta por la primera ocasión de salida, que es el 21. Decidí mi viaje a México, para ver de echarle algo más al tesoro, después de recibir su cablegrama *Envío*.— Como el enviado de Vd. no puede llegar de allá, sino en el mismo plazo, día más día menos, que el que necesito para ir de un vuelo a México y volver; empleo estos días—a la vez que esquivo la publicidad en Nueva York, y los habitúo a mis entradas y salidas—en ir en persona a ver qué más traigo, y qué dejo abierto para cuando hayamos empezado en Cuba. Si el enviado de Vd. llegase, lo cual sabré porque Guerra<sup>59</sup> me transmitirá su cablegrama *tabaco*, yo por el telégrafo atenderé a lo que su venida significa, a fin de que a mi vuelta y al encontrarme con él ya llevemos adelantado ese tiempo. Para el 25 pienso haber vuelto. Una sola pena llevo, y es la de haber tenido que decir adiós a ese hombrecito que con tanta ternura y sensatez me ha acompañado. Sentí como caída y soledad en mí cuando me dio su último beso. Ha estado cosido a mí estos dos meses, siempre viril y alto. A él fiaría lo que a hombres no fio. Y ahora se tiene que ir, en un abrazo brusco, y tal vez no vuelva nunca a ver su cabecita toda de amor y genio—sus gestos rápidos, de hombre

<sup>59</sup> Benjamín Guerra.

de precisión y voluntad—y sus ojos, para mí tan compasivos y elocuentes. Pero con él siento que voy yo mismo al lado de Vd. Ha hecho Vd. bien en darme ese hijo.—En Nueva York él ha quedado entre cariños. En casa de la Sra. de Mantilla<sup>60</sup> lo ven como suyo, y de Tomás Estrada.<sup>61</sup> Guerra tiene a su cuidado embarcármelo el 21. Pancho le contará todas las menudencias que hube de suprimirle en mi carta de Jamaica. El todo lo observaba y juzgaba. Dejé para el tren escribirle largamente, y su velocidad lo ha hecho imposible. Ahora aprovecho la hora que sabía había de tener en New Orleans. De Jamaica escribí a Vd. el resultado de nuestro viaje, que ya está confirmado, por los envíos a mi vuelta a Nueva York. Sería innecesario repetir aquí lo que allí le dije, que era en sustancia esto: Maceo queda obligado, ya a voz de cable, a llevar a la costa los hombres que recogerá en el puerto que él designe, el vapor que debo enviarle de Nueva York, tan pronto como reciba orden de Vd.. que él sabe que puedo recibir a cada instante: Flor y Cebreco no tienen inconveniente alguno en acompañarle. José Maceo vino a verme a Puntarenas, y salió, obligado también, en el mismo bote que Flor, con quien hacía más de un año no se hablaba: Maceo quedaba disponiendo su gente, que será poca y de cabeza, a lo que aplicará el dinero ya cobrado cerca de él, que recibirá en dos partes, la última muy en los últimos momentos, para dejar a los más necesitados: los costos de colocación en el puerto, serán una bagatela: me pide, y tendrá 200 rifles en el vapor que lo lleve: he deseado sacar de sus manos, en esas tierras peligrosas, toda dificultad de arreglo: por clave podrá saber, con horas de diferencia, la llegada de su buque, y tener su gente corrida a la costa, y empleada en lo usual, para evitar gastos y alarma, hasta el instante último. Con Flor hablé plenamente, y él iría en un bote, pero nada queda hecho,—y esto con noble anuencia de Flor,—que Maceo pudiera juzgar secreto o a sus espaldas: jamás, sin embargo, según mis cálculos, sería perdido ese viaje. Eso en cuanto a Maceo, que por mí le responde, como escribí a Vd. de Jamaica, así como Cebreco y Flor. ¡Ah, General!: ¡A qué no se puede ir con esos hombres! Flor está hoy como en sus días más puros. Y de Maceo sé ya más: el cobrador de la cuota de Costa Rica me dice, que Maceo, en camino para Nicoya, ha arreglado ya la sociedad en que entran principalmente su finca y las de los que se van. Las dos cartas de Maceo que he hallado a mi vuelta están a nuestro aviso.—Ahora de Jamaica: Mariano Torres está dispuesto a salir de allí con los hombres que tenga,

<sup>60</sup> Carmen Mantilla.

<sup>61</sup> Estrada Palma.

tan pronto como reciba la noticia de mí, que significará, sin que él sepa detalle alguno, que llega a tiempo para ayudar a Vd., y que no va a sacrificio inútil: vino él a mí. Y de dinero, sólo le diré que tenemos los \$10,000 más que necesitábamos, sin contar los \$2,000 que envié a Collazo. Al volver, he hallado su carta, que aún no responde a la mía de New Orleans de 31 de mayo, y debo decirle que no veo inconveniente a que vaya todo lo que Vd. desea, puesto que el barco siempre ha de ser para ese número, y siempre, como cosa indispensable y elemental, pensé en abundancia de buen carbón, agua y provisiones, que podrán ser para doscientos, como el armamento. Podemos, pues,—salvo fuerzas fortuitas, hacer lo que a su salida, dejamos pensado, y de Jamaica pude darle por hecho. Creo en el sigilo absoluto: en hacer pronto, sin mucho tiempo para errores ni charlas, lo que de atrás se tiene meditado minuciosamente: en no mover, ni siquiera a última hora, hombre alguno que pueda llamar la atención, aunque se tenga que prescindir de su servicio. Dada, pues, mi carta de Jamaica donde le hablaba largo de la situación feliz de Oriente, vuelvo de México ansioso a aguardar el enviado de Vd., y podremos echar a un tiempo las tres vías—la de Vd.—la de Maceo—la de las Villas,—sin contar con Mariano Torres. Lo que Vd. me dice en su carta del 21, lo puedo llevar. Pero a última hora no hemos de estar en agonía, y vale más que menos, y de este salto a México empleo el tiempo ocioso, y veo que levanto y que preparo. Sólo que dejo a ese querido Pancho atrás.

La Habana es un peligro, por aquella manera singular de echarlo todo por las calles. Aquí vino con el hijo del Marqués de Almeida, el sobrino, valiente según dicen, de Pepe Aguirre,<sup>62</sup> y aunque me lo llevaré de aquí, si me resulta sólido y puedo hacerlo con prudencia, noté con disgusto que sabía más de lo que debía saber, verdad que me dice que es el que se lo escribe todo a Pepe Aguirre. Por él supe que Carrillo había estado en la Habana, a conferenciar con Collazo y Pepe, y que la conferencia fue denunciada, y la denuncia bien esquivada por Collazo. De Collazo hallé carta totalmente satisfactoria, que aún no respondo, para desviar en el seno mismo de ellos, cualquier peligro causado por la publicidad que noto por lo del sobrino de Aguirre. De Collazo recibí comisión verbal por Gato, que nos sirve muy bien,—mostrando ansia porque Vd., sin entrar en detalles, satisfaga la vanidad herida de Julio Sanguily. Yo, sin más que repetir lo anterior, asegurándole para lo final entera confianza de Vd., he creído oportuno e inofensivo escribirle a

<sup>62</sup> El general José María Aguirre.

ese tenor para dar tiempo a alguna comunicación de Vd. Collazo lo activa todo, sin demora y sin precipitación visible, y veo con placer que ha puesto de lado en la obra seria a uno que otro conversador innecesario. En su carta veo confianza y reposo. Por Gato es por quien sé su labor asidua. A mi vuelta hallé carta de Collazo diciéndome que la de Vd. al Marqués había llegado felizmente.

De quien nada sé, ni he hallado carta, es de Rafael Rodríguez. ¿Por qué me hace, General, la recomendación sobre él? ¿Cómo hubiera podido olvidarla? Vivo en náusea incesante, porque veo la hora feliz, y posible lo que se ha de hacer, y temeroso y vigilante al enemigo, aunque no sospecha aún nuestra actividad. Pero no espere de mí desviación ni precipitación alguna, ni cabezada criminal en cosas de tanta monta. Ya yo le digo: "está", Vd. dirige,—si Rafael no viene, estaré a quien Vd. mande. Si llega antes, Guerra lo recibirá, con todo sigilo. Guerra, que sólo sabe que puede llegar un comisionado de Vd. y me manejaré de modo que nuestra llegada a Cuba se sepa por Cuba.

Me llama el conductor y pongo punto. Cuanto le dijera en detalle sobre la condición feliz de la Isla, lo preparado del Oriente,—la inquietud del Camagüey, donde todo el mundo tiene que pagarse la escolta con que sale al campo, por los ocho bandidos que el gobierno no reprime,—lo trabajado de la Vuelta Abajo, que siempre será un poder de destrucción,—y las ventajas que esta situación nos presenta,—sería redundante. ¿Qué no sabe Vd. ya? ¿Y qué necesito yo decirle? Tengo el alma como cuando se está delante de lo extraordinario, y como llena de luz. Todo lo sé de la vida: lo grande y lo feo. Pero sé y confío. Y le mando un abrazo desde las entrañas.—¡Cómo ansío mi vuelta!

Su

J. MARTÍ

18

A GONZALO DE QUESADA

16 [julio, New Orleans, 1894]

Gonzalo escondido:

Ya lo supongo en plenas privaciones, si es que no me ha vuelto a caer por Washington. No quiso saber de mí el viernes, y esperar por este hombre tan culpable y desocupado, ni decirme una palabra de su vida, y yo se lo perdonaré en un buen abrazo a mi vuelta. ¿Me va a

dejar solo en la hora mortal y feliz? Lúzcase en *Patria*, con un buen artículo sobre el espíritu uno, desinteresado, tierno, casi religioso de las emigraciones. No precipitan: obedecen. Pero lo que importa, para los trastornos indudables de la isla, es esta disposición cordial e intensa de los emigrados. Vea que así es. Hable con Pancho.<sup>63</sup> Ha visto.

Y su *I. Mora*<sup>64</sup> ¿cuándo sale al mundo?

En lo de Ezeta<sup>65</sup> no lo hubiera querido ver. Pero tal vez yo hubiera ido también a defender al preso. De lo que hay que huir es de la fría insolencia y la fortuna mal habida. ¡Y pensar que los E. U. entregarían, o hubiesen entregado al asilado, al mismo gobierno reconocido por él, si el Salvador nuevo consintiera en entrar, bajo Nicaragua, en la unión forzosa de Centro América con la tutela del Norte! ¿Recuerda lo que decíamos desde el Congreso Pan Americano? Vd. me vio padecer, y no sin razón. Pero no será.

De mi viaje ¿necesitaré recomendarle silencio?

Bese la mano a las señoras y a Aurora

Su

J. MARTÍ

19

25 [julio, 1894, México]

Mi inolvidable Gonzalo:

De Vd. creía saber, y aún ver acá galana muestra en *Patria*, porque entre enfermedad, labores y noticias por Benjamín, pude y debí extender tres o cuatro días mi viaje: pero ¡ah Gonzalo, cómo nos engañaban!, salvo raros números, acaso los que Emilio envió; y muy pocas veces antes, *Patria* no llega aquí, sino con irregularidad continua; y los más números no llegan, vea ahora; no ha llegado con lo de Juárez<sup>66</sup> donde había una

<sup>63</sup> Panchito Gómez Toro.

<sup>64</sup> El libro *Ignacio Mora* de Gonzalo de Quesada y Aróstegui.

<sup>65</sup> General Antonio Ezeta, Vicepresidente de El Salvador que tuvo que huir de su país al derrocar una revolución a su hermano, el General Carlos Ezeta, Presidente de la República Salvadoreña. Quesada y Rubens defendieron con éxito a Antonio Ezeta y su Estado Mayor, que el nuevo gobierno de El Salvador quería fuesen extraditados de los Estados Unidos de Norte América. Véase *Liberty* de Horatio S. Rubens, New York, 1932. Capítulo IV.

<sup>66</sup> Se refiere seguramente a su trabajo titulado *El día de Juárez*, que salió en el número del 14 de julio de 1894 de *Patria*.

flecha a determinado grupo de acá, de lombrosistas que no hallan mejor modo de serlo que amar a España, a fuer de descontentos de la democracia, y simpatía entre autoritarios.

Interrumpí, y ceso, al empezar, para enviarle un abrazo, y esa hoja marcada.

Aurora.

Su

JOSÉ MARTÍ

Prisa de asuntos y gente.

20

A JOSÉ M. PÉREZ PASCUAL

Veracruz, julio 26, 1894

Sr. José M. Pérez Pascual

Mi amigo y señor:

Por la largueza en el elogio no se conoce el mérito del elogiado, sino el gallardo corazón de quien se lo aplaude y exagera. Yo no he hecho nada aún, más que sentir en mi rostro la bofetada de la soberbia a la humildad, y vivir para abogado de humildes. Ese es mi patriotismo, y nada menos, ni exclusión ni odio alguno, ni libertad tan injusta y estrecha que comience por negarla, so pretexto del rincón de nacimiento, a los que la aman y respetan. Para mí, todo hombre justo y generoso ha nacido en Cuba. Y hay un hombre más liberal que yo: el que entre la injusticia de su patria y las víctimas de ella, se pone del lado de las víctimas. Así era mi padre, valenciano de cuna, y militar hasta el día en que yo nací: él me dijo un día, volviéndose de súbito a mí:—"Porque, hijo, yo no extrañaría verte un día peleando por la libertad de tu tierra".

De entre los muy gratos recuerdos que en mis pocas horas de visita me llevo de Veracruz, ejemplo de pueblos y lección de patriotas timoratos, está, entre los más delicados y estimables, el del caballeresco saludo de Vd.—Goza en agradecer, y en abrir su patria a todos los mantenedores de la libertad, su amigo conmovido,

JOSÉ MARTÍ

## AGOSTO-SEPTIEMBRE / 1894

1. A SERAFÍN BELLO
2. A JOSÉ DOLORES POYO
3. A ENRIQUE MESSONIER
4. AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ
5. A EDUARDO H. GATO
- 6-7. A SERAFÍN SÁNCHEZ
8. A GUALTERIO GARCÍA
9. AL GENERAL ANTONIO MACEO
10. A SERAFÍN SÁNCHEZ
11. A FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ
12. A FEDERICO GIRAUDI
13. AL GENERAL MAXIMO GÓMEZ
14. A EDUARDO H. GATO
15. AL GENERAL ANTONIO MACEO
16. A GREGORIO DE QUESADA Y VARONA
- 17-19. A FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ
- 20-25. A SERAFÍN SÁNCHEZ
26. A MELITINA AZPEITIA

## A SERAFÍN BELLO

2 de agosto de 1894

Sr. Serafín Bello

Amigo querido:

¡Y me parece que hace tanto tiempo ya que no los veo! ¿Quién me hubiera dado su compañía en estos días hazañosos que pasamos por el continente rachando almas? Pensaba en Vd. a cada conquista. En Tampa, sobre todo, hubiera Vd. gozado mucho. Se abrió la tierra, y echó afuera cosas grandes.

Pero no le escribo para eso, sino para cosa urgente, que no sé si llega a tiempo. Hallo a mi vuelta espinosa la cuestión de relaciones en los Estados Unidos, por la diligencia del Gobierno Español, armado de punta en blanco para entablar reclamación formal contra nuestra organización, en cuanto nos salgamos, por ostentaciones armadas de carácter invasor, de nuestro derecho de propaganda, que no *llegue a vías de hecho*. *La organización visible de guerra contra país amigo cae plenamente bajo la ley*. Urge, pues, entre otras cosas que a todos recomiendo, que, si hay tiempo aún, me borre del discurso de Roloff, llenando el espacio con recomendación vaga o distinta, la excitación expresa de armarse de rifle y machete. Allí la hubiera suprimido, y no lo hice porque no pareciese que regateaba mérito a la obra del bravo amigo. Hoy, es mi deber hacerlo: y ya se lo digo. El lo comprende, por supuesto. *A la callada*, Bello, atiéndame enseguida a esto. Enseguida por si hay tiempo. Ese sería por ahora y será el único asidero público de nuestros enemigos. Temen; no están aquí mal aconsejados, tienen amplios recursos. Librémonos, tan al empezar, del cargo merecido de indiscretos.

En la Habana, respetos crecientes.

Ahora, patriota querido, muévame, *por la dulzura, esa gran clubada*. Déle objeto visible. Una buena conferencia, sobre tema vivo, y nuevo teatro. Secretaría rápida. Sacrifíquese un poco más. Carlos Manuel y Cari lo heredarán. No se me canse, que no se cansa nunca de quererlo su

JOSÉ MARTÍ

2

A JOSÉ DOLORES POYO

19 de agosto de 1894

Sr. José Dolores Poyo

Poyo querido:

Va Serafín, que es carta; él le pinta la uniformidad y adelanto de nuestras labores; le he contado, y él ha visto. Lo más reacio se nos acerca; por todas partes se sale a la par; he devuelto a las que vinieron, con el alma llena y el pensamiento igual; de Teodoro acá, hemos crecido en la misma dirección; estoy muerto, y me meto en el monte; a la faena de escritura, a preparar un papel y a alistarme para el salto que Betances me pide, por carta y por cables, y será el penúltimo. Otro más, para armas, muy callado, mientras lo de Cuba se nivela, y se va a morir, y a amar un poco antes, y enseñar a amar.

Su

JOSÉ MARTÍ

3

A ENRIQUE MESSONIER

19 de agosto [1894]

Mi amigo Messonier:

Lo quiero y lo merezco, y sufro por los demás, y no me escribe.—Yo angustiado, por tanta pena individual,—y jubiloso, por la cosa pública. Nada me aturde ni desvía: fundaremos la casa de amor. Bese la mano a mi amiga—y quiera a su

MARTÍ

4

AL GENERAL MAXIMO GÓMEZ

New York, agosto 30 de 1894

Sr. Mayor General Máximo Gómez

Mi querido General:

¡Con qué ansiedad estoy esperando cartas de Vd.! Ya sé que escribo al azar, y que este correo no va a Montecristi, por lo que acaso no recibirá Vd. estas líneas; pero aprovecho la oportunidad por si llegan. ¿Cómo, pues, fiar a una carta de esta especie lo mucho que tuviera que decirle, y que en realidad, aun después de mi vuelta de México, no es más que lo que le decía desde Jamaica, al volver con ese inolvidable Pancho de Costa Rica, y luego le dije por manos de él, cuando—en mi deseo de no perder día—tuve que irme sin ponerla yo mismo en el vapor, a fin de asegurar aún más, como con mi viaje a México aseguré, la realización del pensamiento que dejamos concertado? Esta es, pues, la sustancia. Todos penden de lo que, a mi paso, dejé arreglado en acuerdo con las instrucciones de Vd.; todos me atenacean, y me urgen: yo cubro y me escondo, con una razón u otra, dando tiempo a que por allá Vd. haya terminado lo suyo; pero mi agonía es grande, porque para arrancar con éxito la ayuda final, aguardé siempre un momento en que ya tuviéramos la autoridad del hecho, y faltase tan poco para su realización que de esto mismo sacáramos más fuerzas y por esto mismo pudiéramos conmovier más. Así, midiendo las horas, fui a México. Lo que deseaba, obtuve: y más hubiera podido obtener tal vez, si no nos falla por demora la situación presente. Pero quedó hecho, dentro de la más estricta prudencia, lo necesario entre propios y extraños para que no deje de realizarse por imprevisión el proyecto meditado: ¿A qué,—sobre todo en esta carta volante, y que no quiero escribir, y que temo no llegue a Vd.,—pintarle la situación que adivina, y es, adentro y afuera, la consecuencia natural de los sucesos y palabras de nuestra última entrevista? De adentro, C. es el que más apremia, y está rodeado de celos o de redes de que desde aquí, a gran trabajo, lo tengo que salvar. Yo me siento como quien lleva un mar adentro, que lo azota y lo empuja; pero esto es de mí para mí, y para Vd.: mi principal oficio ahora es mantener en cierta conveniente confusión a los espíritus más decididos o inquietos, a fin de que no se les entibie por la demora la esperanza, y den tiempo a que me lleguen las instruc-

ciones definitivas de Vd. Mi ansiedad privada es tal, sin embargo, que no pueden ser ya más las ansias de la muerte. Como veinte días hace ya que salí de México, y en todo el mes no ha llegado aún carta de allá, ni ha salido de aquí correo directo desde mi venida, para hablarle con más libertad, y enviar a los periódicos y amigos de allá las letras de ánimo que me indica, y preguntarle a la larga por ese Pancho leal y discreto, po quien me preguntan con mucho interés cuantos en el camino lo conocieron. Que él sea continuamente palabra mía para con Vd.; y que tengamos la felicidad de prestar nuestra tierra a tiempo el servicio que parece podemos prestarle.—A Manana, a Clemencia, a todos, saluda, como si los tuviese cerca de sí,—y a Vd., General, con toda angustia y cariño

Su

JOSÉ MARTÍ

5

A EDUARDO H. GATO

30 de agosto de 1894

Mi amigo Gato:

Lo esperaba ayer con impaciencia, porque tenía mucho y muy de jugo que añadir a nuestra conversación de antier, y por el verdadero placer que tengo en verlo. Necesitaré verle mañana, y pasaré por su oficina de 11 a 12. Cada vez tiene más razón para felicitarle de su prudencia, su amigo

JOSÉ MARTÍ

Le ruego que, si puede, haga llegar esa carta a C. Aguirre, cuya dirección ignoro.

6

A SERAFÍN SÁNCHEZ

Sept. 1 del 94

Serafín querido:

He vuelto del viaje callado que di por donde debía, después de mi vuelta de México, en espera de la respuesta a las cartas que desde junio, en Jamaica, escribí al General de vuelta de Centro América y luego llevé

confirmadas Pancho. Yo volví a tiempo, y muero de impaciencia. Atiendo a cuanto debo, y callo; pero nunca, de esperanza o de indecisión, he padecido tanto. No le puedo hablar aún, sobre todo por correo. Gato va, y con él, lo que aquí no escribo—lo que de Santo Domingo recibo—lo que aquí hallé de Gómez para usted, sobre Julio—y lo que escribiré a Julio,— después de recibir las cartas que sobre eso espero de la Habana por usted. ¡Lo que en esto me mortifican! ¡Lo que aquí revuelve y conversa, con el Morales y el Trujillo, sobre una carta de Gómez, escrita a mis ojos, y con mi parecer, diciéndole a este último bribón que si tantos descontentos había, lo enseñasen reuniendo dinero, y poniéndolo en manos de su amigo Flor u otro, y de cuya carta andan sacando expediente, diciendo que Gómez nos engaña, y ha autorizado otro movimiento! Pero enfrente de Gato desmenucé esta desvergüenza. ¿Quién es este Carlos Aguirre? Esa maldad me ha envenenado y robado el día de hoy. Pero quiero ponerle estas líneas, para que me sepa en pie, con el alma en tumulto, con la boca seca de ansiedad, pero con el juicio de ojos, y pensando, sobre tiempo y sucesos, como usted piensa.—Hasta el martes, de seguro. Quiera mucho—y Pepa y Raimundo—a su

MARTÍ

7

2 de septiembre [1894]

Sr. Serafín Sánchez

Serafín querido:

Sólo a Vd. le pongo estas líneas, que pasará a Fernando, a Poyo y a Teodoro. Lo largo va el martes. Más importante aún que escribirles era enviar por este correo, con el tedio de la clave, la recomendación de acelerar uniformemente sus trabajos en vista de la aceleración que aquí, en vista de las circunstancias, les damos. En lo de Julio, he obrado en acuerdo con el estudio previo y resolución que para ese caso precisamente tomamos Gómez y yo,—y con otras muchas cosas,—y con el buen sentido que manda no intentar cosa alguna por un rincón acorralable en el mes mismo supremo en que lo estamos intentando todo. Tranquilícense y quiéranme. Creo que está todo listo; por Cuba era lo que faltaba, y se nos viene a las manos. Entiendo que ya no nos falta más que ir. Así lo he escrito ya a Gómez y a Maceo. Preparo los barcos y las armas. Recojo la poca gente buena que acordé con Gómez. Vd., lo suyo.

Mientras, Cuba tiene los dos meses de preparación final que nos son imprescindibles. Y el dinerito que falta, y hay que tener, lo estoy recogiendo ya. Ese es mi modo de responderles, y de merecer un buen abrazo suyo. A la Habana ha ido un comisionado excelente. A Julio escribo el martes desde aquí, y por Vd. Ni lo ofenderemos ni lo utilizaremos, ni nos pondremos en peligro, ni perderemos con una demora, ya innecesaria, la oportunidad que hemos creado. No vivo, ni viviré, hasta acabar. Eso sí: ahora urge el mayor sigilo. ¿No está contento de su

J. MARTÍ

8

### A GUALTERIO GARCÍA Y OTROS

5 de septiembre [1894]

Sres. Gualterio García, Ramón Rivero, Angel Peláez,  
Francisco J. Díaz, José G. Pompey

Amigos, y hermanos:

Es de la mayor oportunidad la hermosa y prudente carta de Vds., y se la respondo sin demora. Yo voy, y pronto, y Vds. van conmigo. Así se lo prometí, y así se cuenta, en los planes—increíblemente acelerados por lo favorable de los sucesos—de nuestra organización expedicionaria. Vamos a padecer, y a amar mucho, en la contienda que sólo se hubo de interrumpir por falta de juicio y de amor: y es preciso que nos apretemos como un haz las almas desinteresadas. Por concepto alguno, pues, ni por rumor alguno, se muevan de ahí, hasta que con pretextos naturales, de comisión acá o allá, empiecen a ir saliendo. No tendrán que esperar mucho. Mientras tanto, recuerden que en estos delicadísimos instantes, el disimulo es tal vez la única condición que nos falta para el éxito.

De otro servicio además los quiero encargar principalmente. Y solemnemente. Los planes acordados con el organizador militar de ningún modo incluyen, y expresamente prohíben, cualquier movimiento de origen precipitado o dudoso que no conviene, como garantía indispensable para el éxito, en las regiones más avezadas y distantes de la Isla. Expresamente se ha acordado evitar todo reconocimiento aparte de estos planes

que están ya en ejecución acelerada y uniforme. Por precipitación inexcusable, o por cualquier otra causa pudiera,—desconociéndose esta orden expresa de la organización,—intentarse, con la creencia del apoyo alocado del patriotismo del Cayo, un alzamiento personal o aislado, contrario al plan general que se ejecuta, y sólo favorable, por su torpeza o apresuramiento, al gobierno español. Yo encargo a Vds. y a su alma libre de toda ofuscación, a sus almas bravas y puras, que estorben, caso de que asomaran, la realización de semejantes planes. Harto aprisa anda la Delegación, en lo verdadero y grande, y su deber principal es evitar que se le entorpezca, por el miedo injustificado de que no ande tan de prisa como debe, la organización que termina en acuerdo con el jefe elegido y respetado a quien no es justo ni prudente trastornar y desobedecer. Cuidado, pues, y ayúdenme a salvar la grandeza en que ya estamos. Ni se me muevan de allí; ni permitan ni encubran elementos o actos de precipitación, que serían delito imperdonable en estas circunstancias, y que no necesitamos.

Y de Vds. mis amigos y hermanos, no les hablaré. No es hora de llorar ahora, y no les podría escribir con los ojos secos.—Respóndanme enseguida.

Su

JOSÉ MARTÍ

9

### AL GENERAL ANTONIO MACEO

[Septiembre, 1894]

Sr. General Antonio Maceo

Mi amigo muy querido:

Llego de un viaje sobre otro—porque por México y el interior de este país, en previsión de servicio, me he pasado estos dos meses,—recibo a la vez que las cartas del General Gómez demoradas por mes y medio sin vapor directo de Santo Domingo, demora que me tenía como a la muerte, las cartas de Vd. a él y a mí; empleo en las atenciones urgentes el día de salida del vapor dominicano,—y no dejo, por si sale correo hoy, de anunciarle que *no hay por qué detener nuestra labor en la vía y forma que*

dejamos concertadas,—que por los demás caminos todo sigue paralelamente, con recelos e impacencias de la Habana, que desvié y calmé, y quejas de demora y falta de comunicación en el Oriente, a que Vd. atenderá,—que con el alma le ruego que me lo tenga todo en mano, como en su carta de hoy me dice, para que a la hora del ajuste no haya falta alguna en el encaje de unos y otros,—y que medite en serio la urgencia de enviar ya agente de aviso a gentes como Dimas Zamora y Celedonio Rodríguez, de Manzanillo, y los de Baracoa, que todo lo ven posible, y a todo están prontos y creen pronta su comarca, pero, con desconsuelo ya marcado, me dicen que por su región no han tenido aún ninguna otra noticia. Por allí los visibles, que andan como ordenando, y me llenan de cartas y no me inspiran fe, son los Sartorius y Miró, que son vistos por los nuestros como de reojo, y así creo que ha de ser, mientras no se vea más claro en ellos. Si va de Cuba, como con seguridad casi completa va, un detalle que se espera afuera, y yo he solicitado, no sé yo mismo sino que de una hora a otra, pero con todo un mes desde hoy, y aún dentro del mes, nos pudiera llegar la hora de partir.—Vd. allá, hará en lo local, economías milagrosas, ya que el costo de mover no puede ser mucho, y lo que se deje será lo indispensable. Aquí los gastos por todas partes se me anuncian dobles, y a Cuba todo se lo tenemos que hacer; pero lo suyo irá como desea, y allá no se dejará de hacer lo imprescindible. Padecí mucho este mes, desde que volví de México contento y con las vías abiertas para lo futuro, y aun para lo presente. Pero estoy justamente contento.—Esto no es carta, sino anuncio de la del sábado. Mándeme pronto por allá un hombre bueno, que de veras parece ser ya muy necesario.

De Pochet ¿por qué no he sabido? ¿o está bravo con quien tanto tiene que agradecerle como yo, y le quiere y estima tanto? Enrique ¿a dónde se quiere ir? Le escribo que se quede, a no ser que desee Vd. otra cosa.—Pongo unas líneas a Flor, por Boix. El sábado escribo a José y a Nicoya.

Ahora, luego de estas semanas de dolorosa inquietud que pasé, déjeme abrazarlo, ponerme a los pies de María, y decirle que en esta fatiga del trato de los hombres, muchas, muchas veces, vuelvo los ojos a Vd. como para hablarle, como si muy de veras lo necesitase, como quien tuviese un placer poco común en su cariño y en su compañía.

Hasta el sábado.

Su

JOSÉ MARTÍ

10

A SERAFÍN SANCHEZ

[Septiembre, 1894]

Sr. Serafín Sánchez

Serafín querido:

Raimundo vuelve para allá sin que apenas haya tenido tiempo de hablar conmigo. Llegó en momentos de indecible prisa y angustia. Ni tiene tiempo de quedarse, ni puede, a esta hora, salir ya con las instrucciones definitivas, que otro, tal vez Charlie, llevará en vez de él.—Su vuelta, hoy, responde a la situación del instante, que ni a él mismo puedo explicar.—No puedo mover la pluma, de la amarga responsabilidad.—Charlie irá, casi de seguro, y con él, una carta de singularísima urgencia para Cuba, y para la cual debe tenerme preparado el más discreto portador, que sería P. si allí estuviera.—Nada más, sino mi pena de hermano por Raimundo,—pena honda de no haberlo podido acoger con ternura visible y darle cura,—nada más quiere y puede su

JOSÉ MARTÍ

11

A FERMÍN VALDES DOMÍNGUEZ

[Septiembre, 1894]

Fermín queridísimo:

Todavía no. No puedo—de la atención del espíritu—abrir el pensamiento ni mover la pluma. Tú entiendes lo que pasa por mí—como aguardo—como espero—como temo. Ni a ti ni a nada más que lo de urgencia de hecho he podido atender. Estoy como un muerto que anda.—Hoy, sin embargo, te hubiera escrito,—y a Pedro Pérez,—y a Poyo muy querido, y sobre *El Yara*, que no sé por qué, aunque sé que por error, no ha recibido puntualmente cada mes su miserable ayuda, y la recibirá en total,—y a Roloff: velos a todos—diles que este silencio es de la consagración y de la verdad;—y que el martes suelto la pluma.

—Sali de aquí, a lo que tenía que hacer,—y al volver antier hallé cartas de Roloff, a que ya llegaba tarde la respuesta.—Adiós ahora. Lo de Rubí sale.

A Manuelito le escribiré. Es imposible que continúe pesando sobre ti.—Y créeme, jamás, acaso porque la tenga ya a la mano, se ha sentido tan cerca de la muerte

Tu hermano

JOSÉ MARTÍ

12

A FEDERICO GIRAUDI

Nueva York, septiembre 3 de 1894

Mi amigo excelente:

De paso estoy aquí en día de gran labor y veo su carta. Gonzalo está en Filadelfia. ¿Cómo premiarle a Vd. el sincero y activo patriotismo? Retrato y cauto artículo saldrán. A lo mejor en escribir y hacer, tengo hoy como siempre, que sacrificar lo mayor que sería ahora lo de oficio de los clubs, hasta la expresión de mi agradecimiento a la constancia de Vds., y de esas mujeres generosas.

Yo ni paro ni vivo; yo no tengo más que una vida. Vds. tengan casa y tiempo para escribir a sus buenos amigos. A mí déjenme seguir el camino útil y doloroso. No tengo tiempo para hacer que me amen, ni para demostrar mi gratitud; créanme ingrato todos, y hasta Vd.; pero sea libre nuestra tierra y nuestra América con ella. Esta es la cautísima y vehemente de su amigo

JOSÉ MARTÍ

13

AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

Central Valley, 8 de septiembre, 1894

Sr. Mayor General Máximo Gómez

Mi muy querido General:

Por fin me vinieron las muy ansiadas cartas, aunque con un importantísimo papel de menos, cuyo fin suplo como verá más adelante,—y del placer que me llena sólo le diré que,—gracias a Vd. y al orden que

sus cartas me permiten poner inmediatamente en nuestras cosas, y a la nobleza y lozania de lo que me escribe Vd., es mi placer tanto como durante mi estancia en México y después de mi retorno era grande mi angustia. Se la expresé en unas líneas que le envié por Cabo Haitiano, y Vd. me habrá querido más por ellas. Sólo, además del papel de Mayía<sup>68</sup> me faltó en sus cartas una cosa, y es alguna muestra de que ese Pancho querido no me ha olvidado.

Con un poco de inquietud le escribo, por faltarme aún algún detalle esencial sobre la forma del envío de dinero que tengo dispuesto para mañana, y yo no tengo paz para nada mientras me falta una paja de las que tenga que poner en el haz. Pero dentro de pocas horas, puesto que ahora es de madrugada y a las once se cierra el correo, sabré yo, y diré a Vd., al fin, cómo haya arreglado la remesa. De New York me vine pensando que lo mejor acaso sería enviar a mano la suma; pero no hay la persona, y el riesgo del dinero era más que el de la publicidad, que creo poder evitar.

En mis líneas anteriores dije a Vd. en sustancia la idea de mi viaje a México que, en las pequeñeces y apuros con que al principio tenemos que hilar, era ver de suplir, como queda hecho, con los pocos cubanos de México lo que de otra parte pudiera faltar de lo calculado, por tropiezo de la contribución o aumento de gastos, a la vez que desalojaba de sus fuertes posiciones en la República a los españoles, muy metidos hoy—y de señores— en los negocios y las familias dominantes,—y con prudente mezcla de súplica y de propio respeto, abrir el camino—con quien debía y lo puede—para un doble objeto: el que, sin revelar nuestra penuria para que no se nos tenga en poco, quedáramos en actitud de acudir a hora desesperada por cualquier retazo que nos pudiese faltar, y el que, (por la independencia mostrada, y el pensamiento de política antiyanqui que, sin exceso, dejo influyendo grandemente en México y Centro América, y entre estas dos regiones para su mayor paz) nuestra revolución declarada y ya en vías de hecho hallé por esta fuente ayuda amplia y pronta. A eso fui, y creo haberlo obtenido. Personalmente, como era necesario, obtuve el auxilio de los de Veracruz; en México cuento con los dos cubanos de valía que hay hoy allí, y de alguna realidad—Carlos Varona y Nicolás Domínguez,<sup>69</sup> y abrí en privado, entre mexicanos de fuerza, la ayuda para mañana, y acaso para ahora, si fallase la de la persona mayor de quien con razón espero y con la

<sup>68</sup> El general José María Rodríguez, conocido por "Mayía".

<sup>69</sup> Nicolás Domínguez Cowan.

cuai puede pesar, para lo del momento, menos de lo que pesé—que creo que no será para poco en lo futuro—porque la distancia a que estamos Vd. y yo no me permitió dar a mi gestión el carácter extremo, y como de sorpresa para nosotros mismos, que hubiese justificado una demanda, en apariencia mezquina, a quien con menos llegó a hacer más, y está ya hecho a cosas de la mayor magnitud. Cumplido ya mi propósito, volé acá, y hallé la situación natural,—que, sobre todo en lo de la Habana,—dejé por unos días como si yo no estuviera aquí, a fin de desenredar la madeja que me hallé, y de irlos salvando de sus impacencias o celos, y de la cabezada a que unos u otros los llevasen, por esas mismas convenientes dudas. De Costa Rica,—como de seguro le reiterará Maceo en la carta que le incluyo,—él y Flor me decían, y dicen, que sólo por la orden de marchar aguardan. En lo del Cayo, ha habido gran trastorno, con la ida de mucha gente por Tampa y Ocala, que requiere cuidado sumo en la concentración, sobre todo porque nuestros mismos amigos han dado entrada, que ya se cierra, a los numerosos agentes—de nombre ilustre alguno y de la guerra—que están clavados allá para avisar de todo movimiento: pero Serafín está muy aleccionado a estas horas, y yo mismo voy—mientras me creen entretenido en un viaje de exaltación—a arreglar estas cosas con Serafín. De la Habana, me hallé carta desesperada de Collazo, que recibió a su pedido \$2,000 inmediatamente, bastantes según él para levantar allí recursos, y ahora acude a mí por todos los recursos necesarios, por no poder alzar allí ninguno, y aún—en el apuro de ser copado, en que sin duda se ha sentido, llegó a desear, o a sugerir que pudiera ser indispensable, echarse a buscar ayuda por medios que no son necesarios, y ni Vd. ni yo pudiéramos aprobar. Sobre todo lo exaltaba la demora, y encarecía sus peligros, que hartamente sabemos. Pero eso no era lo inquietante, sino las afirmaciones de Julio que,—sobre la base de una conferencia habida en la Habana entre los compañeros, y el haber fijado en ella el mes de noviembre para el alzamiento,—increpaba sin cesar a Serafín como si tuviésemos olvidados a los de adentro, le decía que él había sido en la conferencia reconocido como jefe, y le pedía inmediatamente dinero. Serafín me dice que envíe a Vd. copia de la respuesta de Collazo, que en esa parte me tranquilizó, y que en todo lo demás, sin más que reiterar yo las instrucciones de Vd. atenderé, enviando enseguida la suma para que compre allí el armamento ofrecido, y mostrando la inconveniencia de que se cree adentro una relación peligrosa entre las comarcas, que pudiera caer como una hilera de barajas, y que es innecesaria totalmente, por estar Vd. con cada marca

relacionado directamente, y porque esto daría, en el momento crítico, al movimiento una dirección local, y de extravío seguro, que por la distancia e incomunicación tendría que chocar con la de Vd. Lo de Collazo en aquietar a Julio me ha parecido muy bien, y él quedará contento, y en todo acuerdo de seguro, con la nueva prueba de la remesa. Recibo a un tiempo los hilos de esta dificultad, las últimas cartas de Costa Rica, y las de Vd., y esto me permite ordenar en todas partes a la vez la situación. A Collazo le va, por Gato mismo, el dinero para las armas. A Costa Rica escribo en consecuencia, para que continúen dispuestos. En Jamaica, ya Vd. ha hecho lo de Torres, a quien dejé sujeto a cualquier orden que desde aquel instante recibiera de Vd., aunque no supiera más de mí,—salvo que, contra su esperanza, no pudiera alzar allí mismo la bicoca que necesita para su plan.—Y la noticia de que Vd. depende, que es la que pide en la carta al Marqués, tardará en ir a Vd. lo que tarde en llegar mi comisionado de respeto e influjo, que en la semana próxima, con las precauciones del caso, sale para el Camagüey, a entregar la carta, activar la contestación, y ver que quien haya de ir se ponga en camino, sin intrusión alguna de parte de él, pero con conocimiento de lo que le basta y necesita saber, para que no perdamos tiempo precioso. Vendrá a llegar al Camagüey,—cuya decisión real no podrán perturbar los dos o tres acomodados de hoy que procedentes de la guerra quieren ahora estorbarla—como tres o cuatro días después de que reciba Vd. esta carta, y allí pueden hacer lo que deban, en el tiempo mismo que Vd. ha de emplear en los arreglos de ahí. Y yo a ese plan acomodo, con conocimiento pleno de todas las dificultades de detalle que Vd. con tanta justicia me señala, lo que por mi parte tengo que hacer—para distribuir con mesura de avaro, puesto que de otro modo no podría ser, lo que tenemos, entre las tres atenciones mayores. Lo de surtir no parece difícil, o tan difícil como otras cosas, que con prudencia creo posible de vencer. Pero tenga tranquilo ese corazón que cada día le conozco y le quiero más. En mí tiene a todo un viejo que no fía al entusiasmo ni al azar sino aquello que inevitablemente, y sobre el pie firme, se ha de dejar a ellos. Recuerde que, fuera de poner a cada uno en el estribo, para que todo sea a la vez, no habrá tentación ni provocación que me arranque medida alguna que no sea en estricta atención a las órdenes de Vd., ni he de permitir, sino de impedir, que los demás se salgan de ellas. Ya Vd. sabe cómo quedo, y lo que voy a hacer. De Rafael, nada sé, aunque envíe mi carta última poco menos que a mano, por su amigo Izaguirre, que me habló de la disposición de él. Dentro de dos días puede venir

respuesta suya y a eso espero para poner a Vd. el cablegrama *Proteste*: Enseguida, paso acá la semana que viene, en finanzas me voy al Cayo. —y vengo ya a esperar. ¡Qué alegría tan profunda, tan grande y tan tierna, cuando pueda darle el abrazo que me ofrece! El tren se anuncia. y salgo para Nueva York, a ver cómo arreglo la remesa, de que paso a hablarle.

No vino, con la carta en que Vd. me la anuncia, la lista de Mayía. Como Fraga recibió carta de Vd. en que le hablaba de la posibilidad de que recibiese otras yo por ese conducto,—y Pancho no me escribió. creí que acaso venía por Fraga: y no ha venido. ¿Qué hacer en esta situación? Imposible aguardar a otro vapor, e imposible saber lo que la lista decía. Decidí, pues, enviar a Vd. enseguida \$3.000 en oro americano, para que Vd. no se vea en inquietud, y ya cuando la lista venga. o Vd. me responda en la carta que aún me había de venir de Vd., por pronto que el Camagüey ande, haré lo que deba, para que quede detrás de Vd., como la más santa obligación, la suma calculada. Pero anticipando esto le quito a Vd. penas. Y ahora ¿cómo mandárselo? Si a mano, el riesgo de robo o pérdida y notoriedad, era mucho. Si entregado aquí por cuenta de Chuchú para que allí él se lo entregase a Vd. en moneda del país, no recibía Vd. la suma en oro, como me parece que lo deseará. Lo mejor, hasta este instante—porque aún no llega el jefe de la casa de Jiménez con quien hablé—es enviar la suma en oro a Chuchú. que es casa de cambio, a entregar a la persona que allí le presente el duplicado del recibo, cuyo duplicado en esta misma carta le incluiré a Vd.

Esto me tiene yendo y viniendo, porque ya sabe que todo lo delicado lo hago por mí mismo, y tengo que acabar bruscamente. sin decirle más que de paso lo muy bella y oportuna que me parece su carta para *Patria* que ya impresa le incluyo, y en la cual, seguro de que no me lo ha de tener a mal,—y para que no den más los de la Habana de lo que ya dan en la veta de que les llevamos una guerra sin cuartel, que es propaganda que he hallado a mi vuelta muy extendida; como si fuéramos cnemigos de las clases cultas,—he mudado un *se encarnice* por el *aborezca* más suave, que notará Vd., y un *le* por un *lo*. Esto le va a parecer bien, y más si desde aquí oyese y viese. Benjamín le escribe, y me ayuda con toda el alma. Gonzalo anda de abogado por California, pero llega a tiempo, en pocos días,—y con la clave que tiene él, podré leer lo importante que en clave me envía Vd. al pie de la carta del Marqués.

Dejo arreglado lo de la remesa, de modo que no haya trastorno. En la casa de acá no saben si allá paga este oro derechos, ni otros detalles.

He depositado, pues, en la casa los \$3.000 en oro americano con el derecho de que Vd. los cobre allí, con el adjunto recibo inmediatamente, en su equivalencia de moneda del país,—si lo desea,—o—de que, pudiendo desde el principio disponer de lo que necesite, puesto que el dinero está entregado, lo mande Vd. a buscar en oro por medio de la casa, y con el conocimiento del modo de importación que aquí es imposible obtener.

Y en todo lo demás, mi General querido, descanse. No hemos de tener tropiezo. Yo callo, preparo, y me dejo caer a última hora. Mis angustias son muchas ¿pero no han sido las de Vd. más? y ¿qué hago yo, comparado con lo que Vd. va a hacer? Si pienso en compañera virtuosa, pienso en Manana; si en hija, en Clemencia, si en hijos, en todos los de Vd.: ¡Lo que lo pensaré a Vd.—y lo que lo quiere! Ya sabe cómo quedo, y lo que voy a hacer. Mande a

Su

JOSÉ MARTÍ

Sale en la *Patria* siguiente la carta útil a Peña. Escribo a F. Henríquez.

14

A EDUARDO H. GATO

New York, 8 de septiembre de 1894

Sr. Eduardo H. Gato

Mi amigo y compatriota:

El conocimiento que tengo del patriotismo de Vd. me hace pedirle sin vacilar un nuevo servicio, que acaso no podría poner en otras manos que en las suyas.

Tiene esta Delegación el compromiso de dotar a Occidente con el auxilio de armas que le ofreció, y de procurarle el mayor posible; y hallando a mi vuelta reiterada la demanda de estos recursos, procedí inmediatamente, por conducto de Vd., a hacerlos llegar a manos del Sr. Enrique Collazo, con quien, por instrucciones de la Dirección Militar, debo entenderme en este asunto.

La Delegación debe colocar en Occidente la suma de armas de que verbalmente ha dado a Vd. conocimiento; y para los detalles todos de este servicio es para lo que ruego hoy a Vd. que con la urgencia mayor

que le sea dable pase a la Habana a conferenciar con las tres personas de Vd. conocidas, a fin de adquirir allí esa suma de armas, como se me indica que es hacedero y oportuno, o que—si examinado el caso, resulta esto imposible—se me envíe por Vd. mismo con toda premura el modo racionalmente seguro de remitirlas.

Como la cantidad que se ha de emplear en esa suma de armas sería de imposible reposición, y urge que estén en el lugar de su destino, ruego a Vd. que, en unión de las personas referidas, no se haga la inversión sino en condiciones que satisfagan la conciencia de todos.

Aguarda impaciente el resultado de este encargo, y saluda a Vd. con gratitud y afecto.

El Delegado  
JOSÉ MARTÍ

15

AL GENERAL ANTONIO MACEO

[Septiembre, 1894]

Sr. General Antonio Maceo

Mi amigo querido:

Aún llego, en esta ansia de bestia de que no puedo salir, a tiempo para ponerle estas líneas, decirle lo del giro, y agradecerle su cablegrama *orders*. ¿Lo del giro? Cuatro días se ha andado aquí buscando quien pusiese dinero, por cable o carta, en Costa Rica,—y no se halló hasta el instante mismo en que se lo envié y con mucho ruego. Luego no se pudo mandar la suma que desea, sino las que ellos tienen acordada en sus claves, y lo mejor fue lo que hicimos. Yo quería que enseguida tuviera Vd. cómo atender a cualquier urgencia que me le ampare la persona.

Al correr le diré lo más importante. Todo ha adelantado, sin más lentitud que la forzosa, de la correspondencia en Cuba desde Santo Domingo, como lo sabe Vd., por mí,—y sin ninguna desviación; y ahora mismo estoy lleno del mayor contento, por la prueba plena de los aprestos valiosos que, con mi brazo al codo, y lo que mandamos, y lo muy poco que allá se ingenian, se hace, fuera de toda duda, y con el fin inmediato, en la Isla. Y de la comarca más reflexiva, amigo mío, tengo el mensaje más sólido y consolador, por vía mía indudable. Cuídese bien. Seamos

dignos, puesto que somos capaces, de lo que se espera de nosotros. Si ha de salir de ahí sea muy cerca y con todo bien arreglado, de modo que no haya trastorno. Yo aquí estoy como si a cada instante hubiese de recibir la instrucción final y soltar las riendas,—y así creo que andará Vd. por allá. ¿Pero y la preparación de su Oriente? ¿No me los manda su hombre? De la Habana *han mandado a Lacret, con dinero revolucionario de allá, porque él no tenía, a Santiago de Cuba*. ¿Y Manzanillo, Baracoa, todo lo de Vd? ¡Vea que todo depende de caer en unos cuantos días después de la revolución final y ésta puede ser a toda hora!

De cartas tomadas allá, no temo. Yo no he podido escribirle de donde estaba. Vd. lo ha recibido todo. No se me apene. Y adiós, y sujéteme allá a Enrique, y que me quiera un poco María, y la casa de Pochet.

Su

JOSÉ MARTÍ

16

A GREGORIO DE QUESADA Y VARONA<sup>70</sup>

10 septiembre, 1894

Don Goyo querido:

Pancho Sánchez ha muerto, y con él una de las almas más bravas y jóvenes de Cuba, uno de los que con más sensatez y honor nos ha ayudado en la fatiga de preparar la nueva era, a cuyos umbrales muere, aunque no sin el consuelo de que su patria se ponga en buen camino antes de que se reduzcan a polvo las flores de su tumba. Yo amé al hombre, y quiero decir de él en el número próximo de *Patria*,<sup>71</sup> cuanto pueda. Le ruego, pues, que se me ponga a trabajar, y mañana,—o a más tardar el miércoles—me mande cuantos datos pueda—lo más saliente y típico—para componerle unos recuerdos. ¿Por qué quiero a ese hombre como si lo hubiese conocido? Porque vivió y murió en la verdad, uniendo el juicio al entusiasmo, sin aturdirse por la primera derrota: y porque amó a sus semejantes.

Su

JOSÉ MARTÍ

<sup>70</sup> Gregorio de Quesada y Varona, padre de Gonzalo de Quesada y Aróstegui.

<sup>71</sup> Véase el trabajo "El entierro de Francisco Sánchez Betancourt", en *Patria*, 15 de septiembre de 1894.

17

A FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ

Septiembre de 1894

Adiós ahora.—Y créeme: jamás, acaso porque la tenga tan a la mano, se ha sentido tan cerca de la muerte

Tu hermano

JOSÉ MARTÍ

18

[Septiembre, 1894]

Ferminón:

Tampoco hoy.—Lo que es, no admite correo, ni me da tiempo a escribir, ni aun a ti.

A Serafín, velo enseguida. El miércoles te van a mano mis encargos. Y cállate: por allá voy yo;

Tu

MARTÍ

19

[Septiembre, 1894]

Ferminón:

Muy feliz, y sin un segundo. Sal en coche enseguida a llevarle esa carta a Serafín.

Allá voy.

Tu

MARTÍ

20

A SERAFÍN SÁNCHEZ

15 de septiembre [1894]

Serafín:

Nada, sobre lo del sábado, sino de adentro, sólidas noticias.

¡Qué peso se me ha quitado esta semana de encima! ¡Y cuánto tiempo ganado! Enriquito me ha hecho una travesura, que ni usted mismo allá puede juzgar, ni él: pero la remedio con *Patria* de hoy, y de otro modo.

Sólo para un abrazo tiene tiempo

Su

MARTÍ

21

[17 de septiembre, 1894]

Serafín querido:

Por este mismo vapor envíeme a la Habana,—luego, si no hay tiempo hoy, le mandaré el dinero para Barranco,—un mensajero a Aguas Verdes (C)—de B., el amigo de G., o cualquier otro,—con las adjuntas letras, urgentísimas y de significación feliz.—Si sale el hombre, cabléeme *Bueno*, *Manuel*, a Barranco, New York. Si no sale, cabléeme *Salió*, *Manuel*. Y un abrazo, y otro. Estoy atando puntas. Allá voy.

Su

M.

Si absolutamente no puede ir que salga por el vapor siguiente.

22

19 de septiembre [1894]

Sr. Serafín Sánchez

Mi querido Serafín:

Llegué el domingo al mediodía, me senté a todo lo grande, y no he levantado aún cabeza, ni cesado de ver gente útil.—Su lista está ya andando. Ayer lunes envié a Charlie el importe de su pasaje y las instruc-

ciones. Envío a Cuba—ya van por tres rumbos—comisiones explicando la situación y organizando la distribución simultánea de armas.—A Cienfuegos, sujétemelo sin cesar: ¿cómo se les ha de ocurrir que es mejor echarse antes de recibir la buena remesa, ya a punto de salir,—que después de haberla recibido?—Yo creo que, si me viera trabajar, estaría satisfecho de mí.—Recuerde mi ansia por cortar todo trato innecesario con la Habana.—Se repite de allí la triste referencia a Morales por persona que ya se cree su víctima en la Habana, y que servía muy bien por cierto.—Recibo con júbilo el hermoso telegrama del mitin.—Convencido de la necesidad de no perder momento, y de que podemos hacer lo necesario, urjo a las comisiones de toda la emigración, porque no tenemos más que el tiempo indispensable.—Ceso, para alcanzar el correo. Sea ésta para todos. Su

MARTÍ

23

Septiembre 22, 1894

Serafín:

Una línea.

Todo va en orden, y yo feliz. Pronto salgo.

Recibo su *héroe*. Preparen el alma pública. Yo salgo al fin de la semana próxima.

Un abrazo a Poyo, a Fermín, Raimundo y a Pepa.

Su

M.

24

[Septiembre, 1894]

Serafín querido:

Llego del campo. Sigo escribiendo esta noche. Adelanto esto, por si cambia horas el correo—como suele.

Su

JOSÉ MARTÍ

Telegrafíé Lotería. Adelante fondos.

25

[Septiembre 1894]

Mi amigo Serafín:

Atareado; y Poyo, a quien escribo de oficio, le dirá por qué. Pero una letra.

Guerra está ahí. Calderón le escribió acá, por malas manos. Yo escribiré a Calderón, a fin de que entre de lleno en la confianza justa. Guerra dice en el Cayo que Gómez “como que desapueba” nuestras gestiones, lo que va contra lo conveniente y lo verdadero. Y lo dice, téngalo por seguro, en los oídos de quienes lo repiten y me lo preguntan, y lo van repitiendo. Use el dato para remediarlo, y para que, por lo menos, vean nuestros amigos que no anda por ahí muy abundante la discreción.

No me alcanzo; pero siempre queda tiempo para quererlo muy bien a su amigo

MARTÍ

Escribo a Poyo sobre fondos Gerardo.

26

A MELITINA AZPEITIA

[Septiembre 1894]

Srta. Melitina Azpeitia  
Presidenta del Club  
“Porvenir de Cuba”

Niña querida:

Martín Herrera pone en mis manos \$31.25 como contribución de ese club de niñas a la obra de dar independencia a su tierra, honor a sus hombres y felicidad a sus mujeres. Jamás me pareció el dinero hermoso, hasta esta vez. El, que mueve a los hombres a tantas vilezas, viene hoy a fortalecer mi voluntad, y a restañar heridas. ¿Quién sabe, niñas del club, qué herida se curará con ese bálsamo, qué bandera se comprará con esa ofrenda? No yo, sino mi patria, besa a Vds. la mano.

JOSÉ MARTÍ

**DE *PATRIA*, NUEVA YORK**

**22 DE SEPTIEMBRE DE 1894**

**EL LENGUAJE RECIENTE DE CIERTOS AUTONOMISTAS**

## EL LENGUAJE RECIENTE DE CIERTOS AUTONOMISTAS

Parece que en Cuba ha causado indignación entre los cubanos constantes, y aun entre los inconstantes como cierta vergüenza—la vergüenza del hombre que ve apedrear a los que están prontos a morir por él—el lenguaje descompuesto e injusto con que los criollos que se quedaron en sus casas, suplicando y mintiendo, durante los diez años del sacrificio conmovedor de su país, o cargaban al cinto fratricida el sable cebado en la sangre pura de sus compatriotas, o se ponían sobre la toga temblona y melindrosa el uniforme salpicado de los asesinos incultos, o aplaudían las glorias del ejército que ahogaba en sangre la lucha de su patria por la libertad,—han hablado o escrito recientemente en la isla sobre los cubanos que tienen a la vez bastante abnegación para exponer de nuevo la vida por su país,—y bastante benevolencia para compadecer a los enfermos de la voluntad.

La indignación sería justa sin duda, y enteramente racional, si los cubanos que defienden ideas en las que no hay riesgo de muerte, osasen empinarse hasta los que mantienen un ideal que lleva la muerte al pie: si los que en la súplica desdeñada no han logrado para su país tanto como logró la guerra interrumpida, osasen compararse con los hombres que sólo por la guerra les lograron al menos las libertades con que suplican. Eso no necesita argumento, y cansa hablar inútilmente. En este asunto, no puede decirse palabra que no sea castigo merecido, y es mejor no hablar. Los hombres sensatos, y de práctica verdadera, no pierden el tiempo en derribar lo que está caído,—ni el honor en mancillar a los que lo tienen. Los que no tienen el valor de sacrificarse han de tener, a lo menos, el pudor de callar ante los que se sacrifican,—o de elevarse, en la inercia inevitable o en la flojedad, por la admiración sincera de la virtud a que no alcanzan. Debe ser penoso inspirar desprecio a los hombres desinteresados y viriles.

Tal vez en Cuba llegue a tanto el desconocimiento que pueda parecer necesario el correctivo en que acá afuera no nos debemos entretener, para no quitar mano de la obra. Pero los pecados de hermandad, y de humanidad, con la censura que atraen sobre el culpable quedan al cabo corregidos. Ni la política inerte e incapaz de Cuba, muerta de muy atrás en la opinión real de los que nominalmente la defienden, merece el análisis, que no soporta; ni, de puro deshecha, debe mover a ira. A la realidad estamos aquí, y hemos de estar allá todos, y no a la combinación ya extinta, con nombre de autonomismo, de las diversas fuerzas públicas que, a faltar vigilancia y acción, hubieran podido convertirse en Cuba en el funesto imperio de una oligarquía criolla, sin el poder siquiera de la inmoral riqueza con que en otro tiempo se empezó a fundar, y cuya existencia sólo se hubiera podido mantener por la liga encubierta con el poder español, o por la entrega del país a una civilización extraña, que niega a Cuba la capacidad probada para el gobierno libre, y declara necesitar de ella para fines sociales y estratégicos hostiles a la paz y albedrío del país. Ese era el peligro del autonomismo, y para salvar a los cubanos de él, autonomistas o no, hemos acá afuera, trabajado y vivido. A la significación y curso estamos aquí de las fuerzas sociales, que, por el enconado apetito del privilegio, y el hábito y consejo de la arrogancia, y la docilidad de las preocupaciones naturales en Cuba, pudieran impedir, aun después de la independencia, el equilibrio justiciero de los elementos diversos de la isla, y el reconocimiento, ni demagógico ni medroso, de todas sus capacidades y potencias políticas, sin el cual vendría la patria, desmigajada en la continua guerra, a parar en el yanqui aniquilador y rapaz, retardando acaso—por culpa que de otro modo puede ser gloria útil—la distribución natural y conveniente de los pueblos del mundo. Ese sí—y no más—era el problema, y el elemento social, incongruo y anacrónico, que venían acentuándose en el autonomismo: y a eso sí hay que estar, porque es insensato y dañino. Pero el autonomismo, como organización política, y como entidad actual de Cuba, ha cesado ya de existir, y sólo entraría a la vida real si, obedeciendo a la voluntad clara del país, lo encabezase, en vez de echarlo en brazos de sus opresores. Desertado en Oriente; vencido ya en la conciencia camagüeyana, que un día lo ayudó de buena fe; reducido en las Villas al aplauso curioso de los teatros incrédulos; postergado en Occidente, que es donde más pudiera fungir, al partido español que, con el ciego apoyo de cubanos de alguna realidad, intenta, por la oferta de las libertades imposibles en la naturaleza política de España, desalojar del

poder a los españoles que ahora lo monopolizan, queda sólo del autonomismo, como agencias ficticias de vida, el miedo de sus prosélitos notorios, que, en la fama de la lealtad española del partido, creen hallar a la hora de las persecuciones la protección que no hallaron los reformistas sinceros—el movimiento regular que siempre sigue a un impulso prolongado—y los intereses de puesto o representación crecidos al favor directo o indirecto de España, y del prestigio de su supuesta fidelidad a la decisión final del país. Al desatarse este haz artificial, jamás, jamás, acompañarán los hombres de honor, ni ricos ni pobres, al partido que se quisiera valer de ellos para sofocar, en provecho de un amo incorregible y de un grupo impotente, la conciencia del país. La masa sana, que siguió siempre al autonomismo porque creyó que con él se iba a la independencia, se irá, entera, a la revolución. El autonomismo sólo ha sido útil, por la prueba de su ineficacia, a la revolución. Mientras más viva, más revolucionarios habrá. No es que se deba caer, ni de paso siquiera, en el error de creer que el autonomismo unificase al país más de lo que lo unificó la guerra, que organizó el alma cubana de manera que la mayor alevosía y cautela no la han podido aflojar aún; sino que la catástrofe, anunciada desde su híbrido nacimiento, ha dado pábulo nuevo, y generación nueva, y más firme base, a la revolución. Y en cuanto al escaso grupo de cabeceras, a quienes se acusa hoy de haber fomentado un partido antirrevolucionario y sin soluciones, con la promesa sorda de la revolución, que era su evidente deseo evitar, puesto que en nada han contribuido a prepararla, unos caerán—esperémoslo así—del lado del combate, a donde sus compatriotas los recibirán con regocijo,—otros, si no buscan a tiempo refugio en los países amigos de América, en que se habla su lengua y se trabaja, caerán en el destierro o en la muerte,—y otros irán acaso a Madrid, a ser condes de la libertad y cabos y caireles de aquella delicada monarquía. Eso está escrito en el cielo y en la tierra. ¿A qué montar la ira, porque, ante el calor de la acción, que muda las horas de acostarse, y puede quitarnos el calesero, hablan de los hombres activos con destemplanza y con poco reposo? El fin ya se ve y no ha de haber impaciencia. Para los fieles, vengan tarde o temprano, guarda Cuba todo su amor. Para los incapaces de amarla y servirla, basta con el olvido.

¿A qué, de veras, montar la ira? Sólo los débiles se enojan. El hombre fuerte, aun al caer, sonríe. El deber cumplido da una luz que no brota jamás de la vida, ni de la tumba, de los que lo esquivan. Guardemos el enojo para nosotros mismos, por si no nos llega la virtud a

la obligación: aunque llegará. La revolución en Cuba es un gigante que sólo de sí propio, como ya una vez, puede recibir heridas. La revolución en Cuba es el aire que se respira, el pañuelo que la novia regala, el saludo continuo de los amigos, el recuerdo que venga y que promete, el suceso que aguardan todos. En todo está, y en los mismos que no la desean. Nada puede vencerla. La dificultad estaba en ordenarla y darle confianza en sí. Esta es nuestra labor. Vimos ese deber, abandonado de los demás, y lo estamos cumpliendo. Más gloria no queremos que cumplirlo. Sólo en el cumplimiento triste y áspero del deber está la verdadera gloria. Y aun ha de ser el deber cumplido en beneficio ajeno, porque si va con él alguna esperanza de bien propio, por legítimo que parezca, o sea, ya se empaña y pierde fuerza moral. La fuerza está en el sacrificio. Si la labor de hoy viniese abajo, y no parece que haya de venir, otra la sustituiría, mejorada por nuestros tropiezos y nuestros yerros. El mero éxito es premio propio de gente inferior. El esfuerzo pleno y sano es premio bastante al patriotismo limpio. ¿Qué valen, pues, contra coraza como ésta, mīgajones de papel? Y nosotros, abramos los brazos, a fin de llevar eso adelantado, para que nos claven en la cruz, y defendamos con ellos a cuantos compatriotas nuestros se cansen al cabo de esperar en vano. El templo está abierto, y la alfombra está al entrar, para que dejen en ella las sandalias los que anduvieron por el fango, o se equivocaron de camino.

## SEPTIEMBRE / 1894

1. AL GENERAL ANTONIO MACEO
2. AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ
3. A FRANCISCO BORRERO
4. AL GENERAL ANTONIO MACEO
5. A RAMÓN RIVERO
6. A FEDERICO BRUNET
7. A ALEJANDRO GONZALEZ
8. A SERAFÍN SÁNCHEZ
9. A FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ
10. A SOTERO FIGUEROA

## AL GENERAL ANTONIO MACEO

New York, septiembre 22, 1894

Sr. General Antonio Maceo

Amigo querido:

Esta llegará poco después del cable en que respondo al que hallé aquí hoy de Vd. y no repito por no fiar en cartas, y ningún momento era mejor para respondérselo que éste, en que a la vez se juntan en mis manos, la comisión de Oriente, vía Santo Domingo, pidiendo orden inmediata—la del Centro, del mayor respeto (Enrique la conoce) dispuesta, con los mejores elementos, a coadyuvar enseguida (y ya sale)—el servicio activo, a que atiendo de día en día, y de que estoy muy contento, de Occidente y Villas—y el cable convenido con el General Gómez para asuntos últimos. En esta situación, pendiente sólo de dar tiempo a un detalle, demorado en una comarca, para que ajuste con los demás, parto a disimular con una gira por Florida, mientras doy tiempo a lo que falta, que por mis manos mismas está pasando, y le ruego que para *mediados de octubre*<sup>72</sup> esté absolutamente listo, porque parece imposible que deje de ser para entonces, ni que haya que demorarlo más. En realidad, y obedeciendo a las peticiones precisas, ya puedo echar a andar las vanguardias ansiosas, cuyo movimiento somete el *General* a mi decisión: yo decido, ya que por su parte nada falta, ni por la de Vd., y si falta un encaje indispensable, aprovechar el tiempo que me da éste para *sujetarlo adentro nada más que el tiempo preciso para que nuestra entrada se combine con todos los alzamientos de adentro*. A cables me voy entendiendo ya, y todo se aprieta y ajusta felizmente: ¡qué angustias, en cambio, el mes de mi viaje a México y las semanas después de esa primera vuelta!

<sup>72</sup> Las palabras en cursiva están en clave en el original.

Lo que de Oriente me dice Vd. es lo que confirma la demanda formal y angustiosa que en estos instantes está ante mí, y a la que atiendo en acuerdo con lo que sólo para Vd. le digo. Imagínese mis apuros de última hora, aunque yo cuento tanto con la honestidad y patriotismo, y aun con la piedad de todos: imagínese mis alegrías. Lo de Oriente es el resultado de la comisión de Vd. y de dos que fueron de Santo Domingo y de la impaciencia general, y temor justo de persecución, de que ya creen que no era lícito, ni lo es,—mayor espera.—El sábado le escribo más.—Hoy le envío este abrazo, un apretado abrazo.

El giro de Mendiola, no presentado aún, será obsequiado.

Dicho lo substancial y lleno de correos y de menudencias, acabo aquí, sin más que mencionar. Acaso tenga, accediendo a demanda formal, de su localidad, que pedirle que mande a Enrique. Cada cual debe estar donde preste más servicios.

Adiós por hoy. Y quiera, y quiera María, a su

JOSÉ MARTÍ

2

AL GENERAL MAXIMO GÓMEZ

New York, 24 de septiembre de 1894

Sr. Mayor General Máximo Gómez

Mi muy querido General:

Jamás creo haberle escrito con la tranquilidad y el gozo de hoy. Pudiera la responsabilidad excesiva, y el relativo desamparo en que se está siempre al principio de estas empresas, quitarme la serenidad necesaria para ir encajando los últimos detalles de modo que el número de sorpresas y obstáculos, sea el menor posible: pero los grandes sucesos traen consigo la calma que los resuelve. Tengo delante de mí: la comisión de Oriente de que es portador, con la carta de Vd., Francisco Rodríguez: la que puedo considerar como comisión del Camagüey, por lo representativo de los hombres, y el mensaje de vuelta que llevan: y la prueba, tanto más feliz cuanto que el Camagüey la vio al pasar, de que la Habana y las Villas andan mano a mano, y de que en las Villas se hizo

desde la Habana un desembarco feliz de armas. Maceo a la vez se obliga reiteradamente por cable a estar pronto en la fecha fijada, que a sus instancias repetidas y en vista de la unánime situación presente, señalo para fines del mes de Octubre.

La Comisión de Rodríguez llegó en el propicio momento en que, por sí, y como portador del sentimiento dominante y decidido de cuanto hay hoy de solidez e influjo en el Camagüey, acababa de verme, en conversación que duró varios días, el señor Elpidio Marín, hombre rico y puro, a quien acompaña Mauricio Montejo, de familia y pujanza, e insurrecto desde niño; que es el que, para no perder tiempo lleva ahora los recados al Príncipe, a la vez que Rodríguez los lleva al Oriente, y,—si recibo a tiempo la noticia que he pedido a Collazo,—a la Habana, y por ella a las Villas.

Desde el primer instante de su visita puso Marín en claro lo que tanto nos importaba saber a propósito del Camagüey,—tanto en verdad que para no errar, ni caer allá a medio corazón, tenía yo ya determinado el viaje de un camagüeyano de respeto que tiene aquí buenos negocios: Barranco, el socio de Guerra. Lo enviaba a saber la verdad: ¿qué significación real tenía la junta? ¿Cuál era la opinión definitiva, y decisión, de la comarca? ¿Nos deseaban, o no? ¿Estaban dispuestos a coadyuvar con el resto de la Isla? Barranco iba con la carta de Vd. al Marqués. Pero la carta fue en sustancia,—por no estar en Nueva York Gonzalo, que guarda la clave,—a fin de que de allí se envíe la persona que ya se ha de quedar, y que—según sé ahora, había estado a punto de ser el mismo Montejo que ha venido aquí. Marín me contestó a todo categóricamente con sus propias preguntas. El Camagüey quiere la guerra, y la quiere ahora, si las demás comarcas, en mucho—o en poco—se levantan con él. No se levantará antes que las demás; ni dejará de levantarse con ellas. La única duda era que las otras comarcas los pudiesen dejar solos; pero ya han visto en la Habana, al pasar, los preparativos para una fecha reciente, han tratado, muy satisfechos, con Collazo en la Habana, y han visto embarcar las armas para las Villas. Montejo, pues—éste es el resultado actual—sale en la semana entrante para el Camagüey, a activar la salida del comisionado, si no hubiese salido ya, y a decir la situación, para que inmediatamente, bajo la dirección del Marqués, se preparen para recibirnos, y tengan noticia—sin demasiada anticipación,—y con la bastante a sus arreglos—de lo que se va a hacer en las otras regiones. Marín, que es persona de mucho respeto y caudal,

y el Presidente actual del Ferrocarril de Nuevitás, con ingenio y otros negocios de monta, ni pide tiempo, ni vacila: según él.—y Montejo, que también es de acomodo,—el Camagüey no necesita ninguna preparación. “Ya estamos suficientemente preparados: lo que necesitamos saber es lo que ya sabemos: lo único que se temía era que nos quedáramos solos”. Vuelve Marín enseguida, a estar allá al romper, aunque la ruda cistitis que padece le impida al principio tal vez salir al campo: quiere estar allí para echar gente y ayudar a decidir. Vd. calcula lo que, por favorable que sea la situación, podrá su voz. “La junta—dice—fue una cosa que se hizo para decir en ella lo que el gobierno pudiera saber: yo no fui, y no fuimos otros porque de todo tenía ya el gobierno conocimiento, y sabía que no podríamos decir la verdad. Los mismos que dijeron allí una cosa, harán otra, y yo vengo aquí a decirlo. Se pensó en nombrar de comisionado a Enrique Mola; pero ¿ya el Marqués—me decía Marín—no les explicó en la carta eso? En el Camagüey no hay más que dos hombres decididos en contra de la guerra, que son Bernabé Sánchez y Antonio Aguilera. Algunos, como Luaces mismo y acaso el mismo Mola—(repito las palabras de Marín, optimista en hombres, e indulgente, y exento de ligereza)—jamás se opondrán a la guerra, e irán a ella, pero tal vez no la desean hoy tan ardientemente como el Camagüey nuevo, y los demás de antes. Puede Vd. decir que la decisión es firme y absoluta. No se quedará frente a la guerra ningún hombre de valer. Los que tenemos algo, ya nos ve Vd.: y el Marqués nos tiene a los ricos y a los pobres. El mismo Miguel Machado, se irá también, a pesar de su última comisión a la Habana. Hoy mismo escribo al Marqués como Vd. me pide, para que mi apoderado dé enseguida el dinero de la comisión”. Escribí. Repetí mi carta al Marqués. Montejo va a lo que ya le digo arriba. Lo que me tranquiliza y enorgullece es la resolución serena, e indiscutiblemente honrada, de estos hombres. Me siento fuerte cada vez que hablo con ellos. Esa es gente invencible. Dentro de 10 días, pues, estará Montejo acercándose al Príncipe, el hombre se habrá ido, o—irá—a la llegada de Montejo,—y comenzarán allí los preparativos finales.—mientras Rodríguez llega a Oriente, espero yo aquí al enviado de Vd. y al que le llevará el barco a Maceo, y Collazo compra en la Habana los recursos de guerra con los \$5,000 que hoy mismo le envío por conducto de Gato, a quien envié a fin de que se convenciese de la posibilidad de comprar en Cuba las armas—500 rifles para Occidente,—y si no, volver con el modo seguro de llevarlas de afuera. Recibo en este instante el cable de Gato, y ya se está girando.

Rodríguez, sale también la semana próxima. Aún no sé si pondré en sus labios la fecha, no sea que a su paso por la Habana fie de quien no deba, además de Collazo y Lacret.<sup>78</sup> Sobre la parte de Lacret en esto pregunté a Collazo por vía de Serafín, que desconocía el contenido de la carta, y espero cable de Collazo, diciéndome qué sabe de esto y qué se hizo con su acuerdo, a fin de enviar a Rodríguez con seguridad completa de que no caemos en error. Maceo por su parte, me urge sin cesar, y me comunica la impaciencia especial de Holguín y Manzanillo. Lo que en una forma u otra haré, pues, es anunciar a todas partes que para fines de Octubre pueden alzarse, que es la fecha en que todos nosotros podremos estar al caer, sin la persecución mayor y sin duda fatal, que estorbaría nuestro desembarco si se alzara antes la Isla, y sin el peligro—grave por la desesperación del gobierno, ayudada de las primeras vacilaciones de los cubanos cobardes—de que acorralen a la revolución antes de que la podamos socorrer, sobre todo si—como sucedería caso de que no nos viesan llegar—el Camagüey dejase rota en dos la guerra, por ser tan sincera su determinación de ir a ella, en la forma y con la cabeza que le ofrecemos, como de ver venir con calma, si la guerra no empezase con esa fuerza y prestigio. Ellos en Cuba, no sabrán por mi recado que vamos a ir en esa misma fecha; y Vd. dirá lo que desee, y a quien lo desee, pero nosotros vamos más seguros yendo a la vez, y la revolución no corre el riesgo de desunión o lentitud que le traería la demora o imposibilidad de nuestro desembarco.

Yo quedo, pues, obrando en este marco. Ya estoy avisado por Vd. de que va a venir la persona con quien he de ir a buscarle. Maceo aguarda, a fecha casi fija. Doy recados a Oriente, como él pide, a Camagüey, y a la Habana y las Villas, de que cada una de las otras comarcas tienen el mismo aviso, e instrucción nuestra para alzarse en esta fecha. Montejo sale enseguida, a que Vd. tenga en tiempo el práctico allá. Doy un salto la semana próxima al Cayo, para arreglar lo de Serafín y Roloff en este acuerdo. El enviado de Vd. ha de venir con tiempo suficiente, porque sólo con él ya aquí, puedo empezar—asegurando el éxito con la rapidez y precisión—las diligencias meditadas de embarque, que no deben tomar, de su llegada a la salida, más que unos 15 días, los mismos que los del barco de Maceo. A la vez pueden salir, y saldrán, el que nos lleve y el de Maceo: y muy poco después el de Serafín. Encajado ya todo, lo mejor parece hacer cuanto hay que hacer con orden rápido, y en mucho menos tiempo del que pudiera sospecharse que necesitamos para ello. Si el práctico está aquí para el 10, como deduzco de su cable

<sup>78</sup> El general José Lacret Morlot.

“*protestado*”, o en los alrededores, muevo los hilos, ya más cerrados, desde esa fecha, y podemos, sin ahogo, caer en fin de Octubre. Ajustaré mis recados a Cuba de manera que no caigamos antes sino cuando el gobierno, recién sorprendido, tenga que hacer adentro, y no haya tenido aún ocasión para volver de esa relativa sorpresa contra nosotros. Para más tranquilidad y ajuste, aunque por el primer vapor espero a su enviado, ruego me telegrafe la palabra *compre*, lo cual significará que mis cálculos pueden seguir de la misma manera, y me dará en medio de ellos, y de sus supremas angustias, el aliento que tanto necesito.

De lo de la Habana y noviembre,—que felizmente ajusta con la situación,—creo que hablé ya a Vd. en mi carta anterior. Collazo fijó la fecha, sujeta a aprobación de Vd., para calmar a Sanguily. Pero yo sé, y lo repitió él así ahora a los del Camagüey, que—sobre todo después de la respuesta favorable del Marqués a la pregunta precisa de Collazo—éste no perderá la ocasión, sensata por fortuna, que le ofrece la aquiescencia del Príncipe, la unión con las Villas, la prisa del Oriente, y los 500 rifles que en tres o cuatro días puede ya tener en las manos.

Me entrego, pues, a las últimas faenas, sin dormir, porque no puedo, pero sin ofuscarme. Llena el alma de la grandeza ajena, de la de Vd., de la voluntad y entusiasmo que nos acompañan, me siento como oreado y mejor, y como si estuviéramos poniendo la mano en algo santo. Pero me parecerían profanación las frases. Hasta que estemos en suelo de Cuba no lo abrazaré a Vd. bien.

¡Que gusto anticipado, sin embargo, el de ver el empuje de cordialidad con que de todas partes empieza esta tarea y la identidad feliz, y de todos a la vez, entre nuestros pensamientos sobre las formas políticas de guerra, enérgicas y breves, sin trabas indebidas, y los pensamientos de todo el interior! No parece que nadie piense en amarrarnos los brazos. De todos viene el mismo clamor. La República a caballo, mientras haya un enemigo que la estorbe. Que las formas de la República sean ayuda y no obstáculos. Que Vd. no tenga que estar volviendo la cabeza atrás, ni apeándose en el camino a preguntar cómo ha de ser cada botón. Empezamos con juicio, con pericia; con amor, y con el entusiasmo y compañía de la verdadera gloria.

Ya Vd. sabe lo que quedo haciendo, con qué cuidado, con qué sigilo, con qué agonías. ¿A qué sacarlo del contento y atención, y de la melancolía, profunda, de estas últimas horas? En cada una de ellas, sienta en la suya, apretándose la con afecto indecible, la mano de su

JOSÉ MARTÍ

3

A FRANCISCO BORRERO

New York, septiembre 25 de 1894

Sr. Francisco Borrero

Mi compañero me dice Vd., que es más que amigo en cosas tan santas como las nuestras, y yo no puedo, al pie del vapor, empezar mi carta, sin decirle que eso sí me da orgullo de veras, que Vd. adivine en mí que no me le he de acobardar, ni de cansarme del hambre, ni de ir a pie, sino que, *cuando me toque caer*, todas las penas de la vida me parecerán sol y miel, si está Vd. a mi lado, contento de mí y me vuelve a decir mi compañero.

Escribo tanto al General, y con tan justa alegría, sobre el buen orden de todo, y los arreglos con Cuba de modo que ya no tardemos,—que apenas puedo decirle que en todo creo como Vd., y que las medidas que tomo están de acuerdo con sus pensamientos. No los haremos esperar tanto tiempo que nos los copen antes de que llegemos nosotros, o nos persigan a los de afuera demasiado. Yo escribo poco, mi buen amigo, pero siento en mí el alma de la guerra. Es por el desagrado del sacrificio inútil, y porque me parece que están viviendo en mí todos nuestros muertos.

Iran, por supuesto, sus 10 Winchester de fuego central, y el mejor revólver.

Día muy feliz será aquel, cercano por fortuna, en que le pueda dar su primer abrazo quien lo conoce tanto, y lo quiere tanto como su hermano, en Cuba y en el servicio de los hombres:

JOSÉ MARTÍ

4

AL GENERAL ANTONIO MACEO

Septiembre 29, 1894

Sr. General Antonio Maceo

Amigo querido:

Por carta anterior, y en respuesta a pregunta de Vd. y confirmación de mis cartas y cablegramas, le explico ya nuestra situación, a punto de madurez. Ahora le pongo éstas para que allí acomode a ellas su tra-

bajo; que nada tiene que hacer, ni más peligro que el de ocultarse mucho por la prolongada demora. Todo está dispuesto y eslabonado, del modo preciso y simultáneo que Vd. conoce, y pendiente de un detalle de Cuba que está al atenderse oportunamente, y con el cual todo lo demás se relaciona. Hoy salgo de aquí para asunto de extrema urgencia relacionado con Oriente, y de que ya le hablé en mi anterior. El comisionado de allá está aquí, pidiendo órdenes inmediatas, a la vez que gente de la mayor representación de otras comarcas, que espontáneamente y con prisa han venido por las suyas. Pero de la Habana me llegan noticias sobre la sinceridad de las cuales tengo legítimas dudas: parto a averiguar y aislar el peligro: suspendo la salida del comisionado de Oriente, hasta tanto que de la Habana y Santiago, por mis arreglos de cables, reciba respuesta clara y tranquilizadora, y no pierdo tiempo en ello, ni lo pierdo la situación de allá, puesto que el 8 debe estar pronto a salir el comisionado y allí sólo se aguarda la orden de empezar. Cómo está Oriente Vd. lo sabe, y Mayía y Borrero, por sus comisiones:—y yo por Manzanillo y Baracoa, y de la gente más representativa. Pero la comisión parte de Santiago, después del viaje de Lacret allá, que hizo como enviado revolucionario de nuestros amigos de la Habana, y ahora se me dice de la Habana por Julio Sanguily, que allí han ido a apurar Lacret y Pancho Sánchez, en nombre y comisión de Guillermo y de Urbano. El comisionado, Francisco Rodríguez, el hermano de Mayía, fue recibido en casa de Urbano, y en ausencia de éste, por Lacret, Guillermo, Malberti y Francisco Sánchez, y me habla de que Pancho, y el hijo de Urbano, no contaban con su padre sino con Vd.,—llevándolo al campo de sorpresa. Ahora resulta la comisión a la Habana. Yo sé que Collazo había mandado a Lacret. Mi deber es aclarar esto, antes de dar salida a la comisión,—y prescindir de dar noticias peligrosas a este grupo, si su intervención no resultase declarada y satisfactoria, como a la Habana y a Santiago la exijo. En tanto, de Cuba atienden al detalle, y yo estoy aquí, con todas las riendas en la mano.

A Enrique me lo vuelven a pedir, con suma necesidad, del Camagüey, y como mañana le pido a Vd. por cable que me lo embarque, ya acaso haya salido cuando llegue a Vd. esta carta.

Aquí un abrazo. No me alcanzo a lo que en este instante tengo que hacer. Son las cuatro de la mañana, y salgo a las nueve. ¿Verdad que quiere cada vez más, por lo que anda y por lo que vigila, y por lo que mira por Vd., a su amigo y al de María?

JOSÉ MARTÍ

5

A RAMÓN RIVERO

New York, 29 de septiembre de 1894

Mi querido Ramón:

Mucho es mi quehacer, pero he de poner estas líneas para que me felicite a los *Ecos de la Emigración*. En *Patria* diré lo que debo; pero aquí le quiero decir que los pedantes de la pluma escribirían difícilmente con la virilidad y soltura, con la claridad y pensamiento con que están escritos los *Ecos*. De mí, trabajo y ansias, y mucho orgullo de la gente de mi tierra; ¡cuándo, sin obligación pública, si me dejan vivo las pasiones humanas, podré ponerme de maestro de guajiros! Entonces sí vivirá contento su

JOSÉ MARTÍ

¿Y a qué he de rogarle por la obra seria en que estamos, que no deje por su parte caer nada de lo alzado, puesto que hoy mismo es ya más urgente que ayer la necesidad a que hay que atender, y que no puede explicarse a todo el mundo? Salúdeme a las protectoras queridas y al leal Santiago.

6

A FEDERICO BRUNET

Septiembre 29, 1894

Mi querido Federico:

Lleva esta carta a mano mi buen sobrino Alfredo García, a quien Vd. tiene la bondad de recibir como amigo en su casa. Yo lo iba a llevar, y a ayudarles en lo que hay que hacer. Pero es imposible. Me arrancan de aquí trabajos aún mayores. Arriba ustedes. Todos arriba.

Alfredo va de antemano muy agradecido a Vd. Ya sabe que debe abonar anticipadamente a Vd. \$20 cada mes, y es portador de su primer mesada.—Yo pasaré, por supuesto por Filadelfia, a mi vuelta, que es enseguida.—Mientras tanto, Vd. me pone a Alfredo en camino,—en su casa y en el colegio. El ama el trabajo, y es hombre leal. Dele toda

especie de quehacer, que va a eso. Y él entiende, y honrará, la hospitalidad con que su señora y Vd. lo favorecen.

Fred querido: no hay tiempo ahora para ponerse oro en los dientes. Escribo a Emilio, y de veras lo quiere a Vd.

JOSÉ MARTÍ

7

A ALEJANDRO GONZALEZ

[Septiembre, 1894]

González querido:

Lleno de buena gente y ¿cómo sino con palabras pagarle ese retrato viril y agradecidísimo? Ahí le envío para el pasaje esos cheques, de las 25, 13, 3 que me trajo el fiel tesorero.

Vd. me los hará cobrar y pagará el pasaje de ellas.

Su

J. MARTÍ

8

A SERAFÍN SÁNCHEZ

[Septiembre, 1894]

Serafín querido:

Le fue Charles: noble mozo. Y se me va el correo. Acá todo parejo. Manténgame en respeto a Marcos García: que no nos ayude, pero que se tenga la mano. El ve a la mar, y la ve subir. Vd. puede, indirectamente, contribuir a esto. Sus encargos, andando. Véame a Roloff, y ayude con toda la fuerza de su buen deseo, el muy arduo y rápido trabajo de su

MARTÍ

A Rogelio, que atiendo, agradezco, y escribo a Barranco enseguida; —y a él.—Volveré y escribiré antes de salir otra vez.

9

A FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ

[Septiembre, 1894]

Ferminón:

Unas líneas. Llego y te pregunto. Bien lo de Tampa. Traigo lo que fui a hacer.—Y ¿lo demás? Esa es mi única pena. Confío en tu éxito en Tampa, si vas a tiempo, y a vivir como anacoreta. Un hombre solo vive como un frijol.

Allá te va un cartón, y a Serafín de tu hermano

MARTÍ

10

A SOTERO FIGUEROA

[New York, 30 de septiembre, 1894]

Sr. Sotero Figueroa

Figueroa amigo:

Mi ausencia, y el atraso de *Patria*, le darán idea de mi labor. Tócale quererme, seguirme con buenos ojos, por donde quiera que tenga que ir,—preparar entre lunes y martes el número atrasado, sin lo de Giraudi, ni lo de Martínez Campos, que de ser tratado ha de ser después y de modo más contundente, e intimidades que le guardo para la hora de efecto,—y a fin de que el periódico resulte ameno, con algún artículo de cabeza de alma pública y popular, de respeto revolucionario a las realidades todas del país, a sus mismas enfermedades coloniales, que trata como médico a enfermo, sin ira jamás, y sin perderle de vista la filosofía, —a sus justicias, hijas del dolor, y realizadas por el esfuerzo del combate y la cultura: algo que ponga en la verdad los ánimos, y los incline, sin decirlo, al 10 de Octubre.—Y la citación e invitación al 10.—Y unas muy sencillas líneas sobre el 10. ¿Y algo de Puerto Rico? Y las notas que mañana le escribiré en el tren.—Y acaso una nota de la reunión de Filadelfia.

Sobre el 10 de Octubre hay como una carta a Vd. en la que escribo a Benjamín, y en ella también le hablo de la composición que me parece

más fácil y a mano para el 10 de Octubre. La fatiga en que vivo me da derecho a pedir su tanto de fatiga a Vds.

Este número atrasado iba a tener cierto carácter, si debía tenerlo No, a última hora. Ya ve que también se le compone fácil.

¡Ah! Figueroa; ¡cómo va Vd. a hablar este 10 de Octubre! ¡Qué oración y qué arenga! Pague por los dos—vea la carta a Benjamín— puede tener su discurso.

Y al fin Vds. no me dieron de almorzar.—Calle mi salida.—Consejo el lunes para el 10.—Cita, el martes, y periódico.—Sin hermanos ¿qué haría su

JOSÉ MARTÍ

DE PATRIA, NUEVA YORK

2 DE OCTUBRE DE 1894

DOS JUSTICIAS

## DOS JUSTICIAS

A dos da ocasión la nota en que el Secretario del Consejo de Martí City anuncia, desde aquella ciudad donde viven en la amistad del trabajo cubanos y españoles, la creación del club *Fermín Salvoechea*, y el nombramiento, para presidente del club *Leopoldo Turla*, de José Sánchez Roel.

A Fermín Salvoechea lo recuerda *Patria* aún andando por su Cádiz, alto y en traje negro, con rostro por donde se derramaba, de debajo de los espejuelos de humo, la mirada compasiva, con el puño cerrado, buscando donde tundir a los republicanos traidores, o abierto, para dejar caer su última moneda. El chambergo caía atrás, dando a la frente luz, y alero al cuello. Con la honrada lentitud de la república novicia hubiera tenido paces él, a pesar de su lívida indignación, que le sofocaba y desfiguraba la elocuencia, como aquel hombre manso y puro, Francisco Díaz Quintero, todo seda y perfil cuando conversaba, entre tierno y doloroso, junto a su Pepa de refajo y pañolón y su hijo benévolo, y desborde y mandoble cuando, con los puños en un nudo, como para no partirlo por la cara de los diputados comodines, defendía, quemada la cara de la vergüenza de la humanidad, la justicia amarga o cómoda, en España y en Cuba. Pero a Salvoechea, como a F. Díaz Quintero, le daban asco esos ambiciosos de alquiler, rebeldes en el hambre y señores en la autoridad, que se reparten, con nombre de república y constitución, la tiranía que derribó a sus voces a pujanza de sangre, la crédula muchedumbre. Y creyó el gaditano que bastaba con segar las ortigas, cuando lo que había que hacer era mudar las raíces. Vivió de héroe, o de preso. Hoy mandaba en el municipio, y a culatazos lo defendía de los quintos que se cebaban en los abogados de su libertad; y mañana estaba en la cárcel, esperando la sentencia de muerte, y ense-

ñando a los cubanos negros a leer. Era rico y vivió para los pobres. El club debe llamarse así, y aquel español hubiera tenido silla de cabecera en la casa cubana.

La otra justicia es la elección del presidente de *Leopoldo Turla*. Era un día memorable: colgaban mustias sobre los balcones de Key West las orlas y banderas que la ciudad estremecida, con los rostros como luces, sacó a celebrar la noticia del alzamiento de Purnio. Cara a cara de aquel entusiasmo suspenso, de aquellas dudas mortales, de aquel sordo desgano de trabajar, y aun de hablar, el Delegado del Partido Revolucionario, recibido entre palmas inútiles, declaró la irresponsabilidad del Partido en el alzamiento que la ciudad frenética creía su obra, y el temor de que hubieran de apagarse, por la extinción del movimiento, las esperanzas desbordadas de los corazones locos. A la mañana siguiente de aquella declaración, cuando al más sagaz debía parecer que el alma cubana se echaría atrás del rebote y se vengaría con la larga inacción de su propio engaño, cuando sólo en la mano del Delegado ardía el pabellón que andaba ya por tierra en Cuba, cuando pudieran andar como deshechos del golpe, y enemigos, los que veían caída de nuevo la fe de los catorce años, se puso un bravo en pie, y pidió que cada par de manos llevase diez pesos al tesoro de la revolución. Por la tarde la revolución tenía diez mil pesos más. El hombre fue José Sánchez Roel, el presidente de *Leopoldo Turla*.

## OCTUBRE / 1894

1. A SERAFÍN SÁNCHEZ
2. A EDUARDO H. GATO
3. A SALVADOR CISNEROS BETANCOURT
- 4-5. AL GENERAL ANTONIO MACEO
6. AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ
7. A GERARDO DOMENECH

1

A SERAFÍN SÁNCHEZ

Octubre 3 [1894]

Serafín querido:

Este es día de gran contento para usted y para mí. Ya salí de dudas. He roto tres cartas a usted y decido escribir a mano, porque de otro modo no puede ser. Pongo estas líneas en el correo mismo, para que no llegue el correo sin que sepa que mi angustia, justísima, se ha trocado en júbilo—no menos justo. Ahora veremos. Desde que recibí esta mañana la correspondencia hasta este instante, sólo he podido atender a las inmediatas y más urgentes consecuencias de mis cartas de hoy. A Poyo, a Fermín, Roloff y Teodoro que la imposibilidad absoluta de tiempo es la razón de mi silencio.—Y a usted,—uno, dos, tres abrazos de

Su

MARTÍ

2

A EDUARDO H. GATO

Jacksonville, Fla., octubre 8, 1894

Amigo muy querido:

Esta es la carta a que me referí por cable, para que siga viaje si puede, como Vd. y Serafín hayan pensado. Es urgentísima. Vaya la carta por vía bien segura. Y a Vd. mi profundo cariño. Sale el tren.

Su

JOSÉ MARTÍ

3

A SALVADOR CISNEROS BETANCOURT<sup>74</sup>

[Octubre, 1894]

Mi muy querido Marqués:

Las cosas van muy de prisa,—yo no tengo tiempo para hablar con Vd. hoy,—y, como fío mucho en la importancia y elevación de todo lo que Vd. hace, y no sé si podré verle mañana, le ruego que no deje de la mano el trabajo que le encargué, sobre reunión de sus amigos.—Yo, si no lo veo mañana, lo veré al día siguiente.—Supongo que habrá leído el *Heral* de hoy. Creo que no es necesaria más confirmación.

Es de Vd. amigo afmo.

J. MARTÍ

4

AL GENERAL ANTONIO MACEO

New York, 13 de octubre [1894]

Sr. General Antonio Maceo

Amigo muy querido:

Llego de la Florida, de ajustar de nuevo lo de acción a que por allá se ha de atender, y de recibir de gentes mayores las pruebas del adelanto activísimo de todas las labores en Occidente, y la *garantía* de la entrada de los elementos reacios, como Lactet y Urbano, en los últimos trabajos, en que yo continúo procediendo—sépalos así—con igual energía que tiento: ansío creer, pero vigilo; y así en todo: no sacrificio nada, ni arriesgo nada; ni en esto de ahora echo nada a andar hasta que no esté en mi mano la clave última, que es la que en estos instantes espero de

<sup>74</sup> Aunque esta carta aparece sin nombre de destinatario, fue dirigida al Marqués de Santa Lucía, Salvador Cisneros Betancourt.

Gómez: el correo está entrando, y éste de Vd. se va: por cable reiteraré a Vd. el lunes *medicina*, en respuesta a su pregunta. Gómez mismo sólo esperaba un detalle práctico e indispensable de Cuba: o lo ha recibido, o está al recibirlo: yo aquí tengo, en la mano, calladamente, todos los preparativos necesarios para el pensamiento total. Ni Cuba sola, de vanguardia de víctimas posibles, sin que nosotros la ayudemos a la vez, —ni nosotros aquí sin la plena adhesión,—*hoy ya ardiente*— de Cuba, —ni de afuera unos sí, y otros no; ni unos delante y otros detrás. En quince días, amigo bueno, puedo desatarlo todo. Y nada desato, aunque tardemos días más o menos, sin la clave en mi mano. Días más o menos, semana más o menos, Vd. me aplaude por eso más que nadie. El tiempo de cumplirle lo de allá da, con el cable y aviso previo, oportunidad para que me diga, a mis preguntas, los detalles que ya tendrá todos estudiados, como yo acá todos los míos.

De Cuba, no puede imaginar. Del Camagüey, lo mejor y con todo empuje. De Oriente, Vd. lo ve. Villas, al hombro. El Occidente, increíble de bueno, y con todos sus recursos *adentro*. Mucho me he angustiado. No sé cómo he podido. Está. Ahora amarro la pobreza que queda, lo indispensable para las arrancadas. Lo que allá empleó ya Vd. es exactamente lo que, según, nota previa, pidió, y ha empleado Gómez por su parte. Déjeme reservas, como en el caso de él; lo poco restante para los momentos de Vd. de última hora. Nadie me le ha de decir después que Vd. necesitó por allá más, ni alegar que había que preparar allí menos. Déjemelas echar de padre viejo. Y quererlo, para ahora y para mañana.—Vd. me lo tendrá todo, como yo por acá, al caer de un lado, y a punto de andar.—A Enrique he tenido que quitárselo, porque el Camagüey me lo pide—lo pide la mejor gente, para la arrancada. Hoy le telegrafíé: aquí lo esperan sus amigos: Vd. sabe qué clase de gente es: la que tarda en decidirse, y es la decisiva.—Vd. me lo habrá mandado.

Perdone papel y ansia, y letra. Ya conoce el espíritu que me mueve, mi prudencia, mi horror al sacrificio inútil, y lo que lo quiero: callo, y supla lo demás.—¡Ay!, sólo un temor tengo,—que se nos adelante la Isla, o que fuera a desmayar, por criminal demora, una situación tan feliz, y ya allí tan extrema. No será; para eso también vive sin dormir

Su

J. MARTÍ

5

New York, 20 de octubre 1894

Sr. General Antonio Maceo

Amigo muy querido:

Es hoy mi vida como el vórtice de toda nuestra tormenta. A todo atiendo en persona, lo que no es poco por acá, con tanta distancia y un espionaje más bajo y fino que nunca. No tengo hora, ni sé cómo robo este instante en que confirmo mi carta anterior,—incluyo la de Gómez a Vd. en duplicado —que supone demoras mías en que no puede Vd. creer, y cuya patriótica suposición entiendo,—remito \$200 por giro que espero hoy de Benjamín, reservando lo que queda de su parte para la labor de a bordo, que es lo único que le pueda ya faltar,—y le reitero, en vista del cablegrama último y cartas de Gómez, lo que en mi anterior le dije sobre el plazo y fecha de nuestros embarques dependientes todos del detalle central que el ciclón impidió a su hora—por la interrupción de todos los cables de las Antillas—y Gómez me anuncia. La situación es, pues, la de mi carta anterior: todo lo tengo dispuesto; pero en nuestra pobreza y dificultades, no podemos errar; tengo todas las bridas dentro de muy breves días. Por cable le iré avisando.

Ni parece que nada pueda torcer nuestro camino. Del Camagüey, de donde debió ir determinada noticia, ha ido a Gómez una intriga en que él no parece haber caído mucho y era, so pretexto de adhesión revolucionaria, y en nombre de revolucionarios de antes, decirle que aquello estaba sin preparar, y que le pedían demora,—a lo que Gómez, según me dice él a mí, y el comisionado al volver, no ha accedido, aunque cree de buena fe al mensajero, a quien las apariencias todas acusan de doblez, en estos momentos, funestísima. Vea Vd. en el momento del cuajo, la certera villanía de ir a ponernos confusión y temores en apariencia justos, y por fortuna desmentidos por los más serios conductos, y por el Marqués mismo, de quien el comisionado decía llevar también la representación. Vuelve al Camagüey, y tras él un hombre de la mayor influencia, que ha traído la verdad feliz de aquella comarca. Después del comisionado vino la carta de Gómez a Vd.

De Urbano le diré. De él parecen haberse recibido, por su invencible odio a Yero, hoy triunfante entre los autonomistas, pruebas plenas por la gente de la Habana de su adhesión y del trabajo entusiasta de *Pancho*

Sánchez. De ningún modo correríamos peligro, puesto que lo que acepté de ellos fue que se alzarán, sin comprometer fecha de llegada de Vd. ni de Gómez, ni más detalle que el de llevarles enseguida auxilio. Y de allá escribieron que lo seguían disponiendo todo para el 15 de noviembre o los alrededores, y pendientes de mi contraorden si no se creyese esa fecha oportuna.—Con toda la prudencia humana he andado en esto. Hace una hora me telegrafian de Tampa que *La Unión Constitucional* de la Habana anuncia que hay ya partidas por Oriente—que Moncada está en el campo—que a los jefes no se les encuentra en sus hogares.

De Manzanillo sé por Estrada que Titá anda por el monte, y que allí todos los acaudalados, le hablan de la guerra inminente. Amador Guerra había ido a Santiago. ¿A qué acumularle pequeñas noticias o meros rumores? Yo aquí creo no perder un solo día. Dependo de Gómez, para echarlo todo a la vez. Tengo aquí ya su portador hasta ésa. Deme desde allá, de sus anchas espaldas, y de su corazón, fuerzas con que ir acumulando, entre tanta bajeza y escasez, los últimos recursos,—para irlos empleando con prudencia y honor—para irme salvando de tanto obstáculo y traición,—para esperar sin ira, y para que no se tenga que esperar por mí.

Vd. me quiere ya un poco. Quiérame aún más y entienda bien a su

JOSÉ MARTÍ

Por supuesto, ya Enrique estará al llegar. Se lo he quitado: pero era imprescindible. Y ¿ya María está mejor, con toda la salud con que la ví en Jamaica, con todos los cuidados de Vd.? ¿Y la ingrata Florencia? ¿Y todos los Pochet? ¿Y el inolvidable Boix, los Boix? ¿Y Palacios?

6

AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

New York, 20 de octubre, 1894

Sr. Mayor General Máximo Gómez

Mi querido General:

A las tres cartas de Vd. contesto ahora, a las dos que trajo Alejandro Rodríguez y la que vino por correo, y me inquieta la pluma, nunca imprudente ni tardía, el justo gozo de pensar que acaso sea—por lo que ya me dice y por la condición del país—la última que haya de escribirle.

Cuántas medidas previas hubiera podido tomar, están tomadas. Ni a estas cartas siquiera fio los detalles de esta última labor; pero en caso de secreto, y de más de una persona, todo lo que se haya de hacer tiene que ser muy meditado de antemano, hombre por hombre, y hecho a su hora con tal precisión y rapidez que el enemigo no tenga tiempo de advertirlo y contrariarlo. A eso ajusto lo que me falta por hacer, que depende todo de la llegada de los delegados de Vd., que desdichadamente no pudieron venir por el *Saguinaw* y sin cuya presencia aquí, que implica la certeza de nuestras llegadas diversas a Cuba—salvo los riesgos de la suerte dentro de unos veinte días después, no oso—por esa la llave maestra del movimiento unánime—fijar al Oriente y Occidente la fecha que directamente han pedido, y aguardan de mí, en respuesta a la comisión que Vd. me trasmitió y a la que, en conexión con ella, trajo Gato de la Habana que es el que ha estado yendo y viniendo, con mucho éxito y juicio, y sirviéndonos de verificador y veedor, en todo lo relacionado con la Habana. De las Villas recibí por Gato recado de Carrillo de que por sus hermanos le fuera la noticia directa. Del Camagüey, donde todo está como debe, según verá más adelante, Alejandro lleva ahora la espoleada de Vd., que no todos necesitan tanto como pudiera aparecer, y Elpidio Marín que es uno de los hombres de más riqueza en la comarca, y tan acomodado e influyente como el que más allí, sigue enseguida a llevar la prueba,—por algunos dudada con honradez, y por otros sin ella—de la ayuda y movimiento inmediato del resto de la Isla,—a unificar en persona con su influjo local de hombre sensato y rico, las voluntades tímidas que pudieran aún faltarnos,—y a compensar como ya por mi parte lo he hecho yo, el mal efecto que en algunos hombres útiles, como Machado<sup>75</sup> y Monteverde<sup>76</sup> pudiera causar la inoportuna carta de Enrique Loynaz,<sup>77</sup> que me negué a publicar en *Patria*. En detalle, al correr de la pluma le iré fijando aún más claramente los puntos actuales de la situación.

Lo primero es la fecha y manera de los levantamientos en Cuba, y su conexión con los desembarcos, que tengo meditados de manera que anden poco por la mar y lleguen todos a la vez. En esto, la situación ha pasado toda por mano de Vd. El Oriente ha pedido órdenes, que Vd. refirió a mí: yo, temeroso, con justicia probada, de la discreción del mensajero, y de la intervención súbita e íntima de Lacret y Urbano

<sup>75</sup> Miguel Machado.

<sup>76</sup> Manuel de Monteverde.

<sup>77</sup> Véase *Patria*, Nueva York, 1894, año III, número 134, págs. 1-2.

Sánchez en Oriente, fui al Cayo, llamado a recibir en persona las comunicaciones de la Habana sobre ése y otros puntos, y volví con la seguridad del estricto empleo del dinero sin el cual se declaraban incapaces y desamparados, y con la garantía dada por todos, de la adhesión decidida de Urbano Sánchez, de que deseaba convencerme no porque ella fuese indispensable, sino porque de ser él desleal, y de caer en su conocimiento los acuerdos entre nosotros y la Isla, y la Habana y Oriente, podía Urbano, con ese hilo deshacer toda la madeja. Rodríguez no siguió camino porque es demasiado verboso, y porque de la Habana me anunciaron que sería preso a su vuelta. La fecha, en cuanto a Oriente, quedó ligada, con la de la Habana, por la comunicación íntima en que ya están. Y la Habana, proponiendo 15 de noviembre, se refirió a mí. ¿Qué hacer en esa situación, y después de conocer ya, por los informes de Marín y los viajes y exportación de dinero y ventas de los camagüeyanos, la disposición del Camagüey y saber que las Villas no están ya desprovistas de armas? Como por el *Saguinaw* después de su cable *Protestado*, que me anunciaba la venida de sus delegados, los esperaba yo, lo cual nos daba un mes amplio, y tiempo necesario para que en Cuba se alzaran casi a la vez de nuestros desembarcos, sin plazo intermedio entre éstos y los alzamientos que permitiese el refuerzo serio y temible de vigilancia en las costas, contesté que siguieran las cosas como estaban, preparándose para el 15 de noviembre, o antes, si había peligro inevitable de sorpresa, aunque siempre de acuerdo con sus instrucciones de Vd., de manera que el Oriente tuviera combinado a una palabra el modo de alzarse primero, a fin de atraer hacia allá el grueso enemigo, y dejar respiro en sus comienzos difíciles al Occidente. Me obligué, además, a avisarles con tiempo, caso de que acá nos sucediera alguna seria e improbable interrupción, que hiciese imprudente o prematuro el estallido en la Isla. Atendiendo, pues, a todo, a la condición favorable y expectante de la Isla; al peligro de que nos copen o debiliten adentro la revolución si la dejamos abandonada demasiado tiempo a sí misma, o en la duda de nuestros auxilios,—al tiempo que aún tendríamos—si todo encaja como espero—para caer alrededor del 15 y antes de que los españoles nos aguarden, si la presencia inmediata de sus delegados me permite poner mano a los trabajos a que de ningún modo puedo dar comienzo sin ellos, —atendiendo a todo, digo, dejo estante lo fijado con la Habana y el Oriente, que, a no forzarlos la situación ya desencadenada en Cuba, aguardan sin embargo, desde que conocen el encargo de Vd. a mí, la fecha que por mi conducto se les fije. Una gran fortuna tenemos, y es

la de que de ningún modo pueda embarazarnos ni en la conciencia ni en la historia, el temor a que Vd. alude, de que pudiera decirse que quisimos imponer la guerra. Felizmente no iremos ya a Cuba como los instigadores de una revolución aceptada a regañadientes; sino como el auxilio prometido que esperó para ir, a que lo solicitase la Isla revolucionaria, con unanimidad y premura de que queda toda especie de constancia. Oriente ha pedido órdenes a Vd.: Occidente, ansioso y pertrechado nos azuza sin cesar, y pide órdenes, reiterando la demanda de Oriente: del Camagüey, acaba Vd. de recibir, a más de las seguridades del Marqués, la comisión de adhesión, que vuelve mucho menos moratoria de lo que vino, y yo aquí declaraciones no menos precisas, sobre la capacidad y voluntad de los camagüeyanos de coadyuvar a una guerra que lo tenga a Vd. de Jefe, en el plan de alzamiento total de que ya está convencido: en las Villas, Vd. conoce la situación no menos expresa, y con representante de indudable significación, y hoy de adentro del país. Estamos, pues, en plena libertad; y deber,—obedeciendo la voluntad del país de que al principio fuimos los impulsores—de ajustar la forma del levantamiento, que él desea, y por cuya dirección acuden afuera todas las comarcas, del modo que,—en acuerdo, como estamos, en la Isla—mejor convenga a juicio de Vd., al éxito de la guerra. Nuestro único temor podría ser, por esperar demasiado a que la Isla se alce primero, el de que, a la distancia inevitable—y, a mi juicio, militarmente feliz en que estamos—tardásemos tanto en que las noticias llegasen a Vd., y de Vd., los delegados a mí, y después de los delegados el trabajo que depende de ellos, y luego las ideas, que ya llegaríamos cuando hubiera el enemigo, del primer empuje, debilitado la acometida del país, y de los auxilios simultáneos. Pero Vd. es hombre de mucha precaución y gloria para eso y su carta, llenándome de orgullo y gusto, me anuncia la venida oportuna de los delegados, que permite obrar por acá a la vez que por allá, y me dará derecho para confirmar las fechas ajustadas, y dependientes—por disciplina de muy buen augurio—de la confirmación mía en que saben que va envuelta la de Vd. En cuanto a mí, descanse, puede fallar mi parte, como falla todo en este mundo, por error, o fatalidad, o estrechez de recursos, aunque no parece que nos sobre un centavo, ni nos vaya a faltar para el plan sencillo y, según todas las averiguaciones y tentativas, posible. Pero no me faltarán la cautela, la desconfianza extrema y necesaria de los hombres, y el tesón para negar a perezosos o buscones el dinero que hemos recogido, con tanta agonía. Midame y quírame. Niéguese razón para crearme capaz de caer en trampas y

debilidades; eso sí: si aún hubiera tiempo, que no parece haber, para más letras tuyas, consuélame y alienteme con su aprobación y su cariño: que mi única flaqueza, y necesidad, es la de ser amado.

Sobre fondos, le quitaré pena. Ni un solo peso he enviado a Julio Sanguily, a pesar de tener en mis manos poco menos que la amenaza de ser maltratado por Manuel<sup>78</sup> si no me le mostraba amigo. Sólo yo puedo maltratarme, con aquello en que yo obre mal. Y a nada temo, porque siempre hice lo que debí. Ni provoqué tampoco por eso, ni encono, enemistades inoportunas, ni dejé de hacer nada para mudarlas en amistad y tener el campo abierto a la concordia que necesitamos. Nada envié a Julio, pues, y de la disposición favorable de su ánimo, y de eso, tendrá Vd. pruebas con la carta de él que le envío, y donde por cierto se habla, como en varias de Collazo a mí, de que Julio fuera de Jefe a Oriente, a lo cual dije que sólo Vd. podría tener en eso voz, aunque de la composición previa que Vd. ha dado al movimiento y de mis conversaciones con Vd., deducía que estaba en su ánimo, y nunca le oí otra cosa, que Julio mandase en Occidente. Y esto lo dije de modo que a eso se inclinasen, y abandonaran lo de ir Julio a Cuba,<sup>79</sup> sin lastimar a Collazo. A Julio no envié fondos; pero a la Habana sí, y de eso creo tener informado a Vd. en mis cartas anteriores. Para levantar fondos ellos, y como única suma,—después de meses de quejas de abandono, por saber yo que el empezar ellos, en la denuncia de la Habana, debía ser cosa de última hora,—me pidieron dos mil pesos, y se los envié por cable, lo que creó excelente efecto moral, y los puso a la obra. Fui a México, a esperar, pendiente del telégrafo, las cartas de Vd., cuyo vapor próximo me daba tiempo a emplear en ese viaje los días que hubiera empleado aquí en ocio forzoso, y hallo carta sobre carta de desesperación demandando recursos que ellos allí no habían podido levantar con los dos mil pesos ya gastados, y que me tenían que pedir, puesto que, en confirmación de mis ofertas, Vd. había dicho a Collazo que conmigo se entendiera para ello. Me recordaban con razón mi oferta de trescientos rifles para Matanzas. Conocía yo ya la publicidad de sus trabajos, la feliz disposición de Occidente, su impotencia, que me explico,—después de tanto esquileo y fraudes allá en estos catorce años, y con el miedo de ahora,—para obtener fondos. Y a fin de cumplirles la oferta, proveerlos de armas, mudarles la inquietud en confianza y resguardar el dinero, obtuve que Gato fuese de portador de él, a entregarlo si se convencia de

<sup>78</sup> Manuel Sanguily.

<sup>79</sup> Santiago de Cuba.

que allí podía emplearse, como a su vista se empleó, en armas y pertrechos, o a reservarlo si no podían comprar armas allí, y traerme un plan seguro para que las recibiesen de afuera. Collazo, Aguirre y J. G. Gómez recibieron el dinero: tres mil pesos se han empleado en Matanzas, mil por Collazo y por Aguirre. No sé sin embargo, de seguro, aunque lo creo, si la C de los mil pesos es Collazo o Carrillo, en cuyo caso éste emplearía eso más, sobre las ciento cincuenta armas que Elpidio Marín vio en la Habana para él. Ya ve, pues, cuantas vueltas doy a nuestra pobre bolsa. Y no se enojan. Se me muestran llenos de satisfacción y de cariño. De Maceo, de sus fondos le hablaré de una vez. Creía él imposible levantar en San José dinero alguno, y levanté cerca de dos mil pesos americanos, que, destinados a la expedición de él, no podía yo sin ofensa, aunque los dejé sujeto a mí, emancipar de la administración de él; que en su expedición y sus hombres los había de emplear. Un mes después de su vuelta de Nicoya me telegrafió por fondos repetidamente, tras aviso de su desacuerdo con el gobierno y necesidad probable de movimiento personal, para estar sobre la obra. Deseoso de que no se nos pueda tachar de abandono, le envié cuatrocientos cincuenta pesos, a tiempo que llegaba un giro de él por doscientos pesos más. Ahora recibo por cable nueva demanda: la silencio al responderle, explicándole en carta que lo que pueda tocar a su expedición ha de ir a mano, y se lo reservo: reitera la petición, y le envió doscientos pesos. Muy bien me ha parecido la carta de Vd. que en duplicado me llega, y le mando hoy; y le agradezco la incidental defensa que en ella hace de mí. Feliz caso es que sea hoy Maceo quien muestre esa impaciencia. Ella sólo puede explicarse por no haber yo revelado de los detalles de Vd., y la delegación, más que lo que en justicia se requería para su confianza y movimientos. Cable continuo he estado recibiendo de él, pidiéndome fecha, que yo, en septiembre, fijé para octubre, y expliqué luego por carta una vez y otra, de manera que no quede la menor razón para duda, por las demoras que demande la prudencia.

Ahora le hablaré de la comisión de Alejandro Rodríguez. El vino a mí después de mi conocimiento detallado, y muy personal, por lo mucho del Camagüey que me rodea, de todos los asuntos y hombres de aquella comarca,—de la junta y su significación real—de los intereses que, valiéndose de revolucionarios tibios o arrepentidos; y de intereses encubiertos, pretendían llevar al ánimo de Vd. allá, y acá al mío, el deseo del Camagüey, falso totalmente a la luz real, de demorar la guerra por falta de preparación. Sabía yo de Bernabé Sánchez, enemigo

de la revolución, y capitán de voluntarios en la guerra pasada, que hoy con el influjo de su gran riqueza y su anhelo de sacar la zafra, es el centro de todas las intrigas de demora, paga directamente en forma de sueldo o negocios, a revolucionarios de antes, que hoy viven de él, y urgía el envío de una comisión a Vd.; conocía yo a todos los asociados y dependientes de Bernabé Sánchez. Y de la situación real del Camagüey, de su madurez revolucionaria, de la condición que Marín califica de *revolución popular y espontánea que empuja y arrollará a los que no la quieran seguir*, sabía no sólo por la señal segura de las ventas apresuradas de ganados y casas y colocación de fondos camagüeyanos en el Norte, sino por las declaraciones precisas de Elpidio Marín y de Mauricio Montejo, éste, joven de alta casa y aquél, quien es y de los cuales hablé ya a Vd. en mi carta anterior. Del Marqués no sólo recibí hace tres meses, a más de la que escribí a Vd., carta plena y confirmatoria sobre la situación favorable allí, sino que a las pesquisas de Collazo respondió que alzadas las demás comarcas contarán con que el Camagüey les ponía en pie no menos de mil quinientos hombres. El Marqués además, por comisiones graduales, ha ido recibiendo noticias de nuestros progresos afuera y en la Isla, y una de sus respuestas me vino por Enrique Loynaz, cuya venida como contestación hablada e información sobre el Camagüey, anunció por carta a Serafín Sánchez y a mí, lo que ampliamente me capacitó, después de tres meses de estudio sobre el valor y sagacidad del impaciente joven, a enviar por él las doscientas armas, como prueba de la capacidad pecuniaria nuestra de que se dudaba; y como anuncio de la revolución práctica en caso de sorpresa, que había de agitar y animar, como animó y agitó a la Isla, y sirvió de prueba necesaria en la obra difícil de ir sosteniendo sin revolución visible las emigraciones. A grados, pues, ha ido el Marqués recibiendo y contestando estos informes, y sólo dejó de llegarle la comisión que solicitó, y no cumplió, el yerno de Francisco Sánchez. Lleno yo del contento de las noticias precisas de Marín y de las demás que la confirmaban,—probada con hechos difíciles y de riesgo personal la fe de Marín en el éxito de la revolución inminente, a servir a la cual vuelve enseguida,—me llega Alejandro, antiguo conocido mío, y lo oí con el gusto de ver que Vd. lo había empujado y animado desde allá, y la sorpresa de que, en una conversación previa me mostrase obstáculos poco naturales a la situación que ya en la segunda conversación no me mostró, y tratase a hombre tan bueno y querido como Marín, de quien sospechaba la vehemente adhesión, como el cuatrero que no es; y me hablase de Collazo,

por vez primera a mis oídos como del ebrio que no he oído yo que sea. También me extrañó que viniendo comisionado, entre otros del Marqués, pintase al Camagüey como enteramente desconocedor de lo que por Vd., y por mí, y por sí propio sé que conoce, y el Marqués sobre todo, e ignorase, totalmente, el contenido de las cartas entré el Marqués y yo, y los sucesos a ellas referentes. Y me extrañó también, a más de la repulsión marcada de su esposa al movimiento inmediato, que por conducto del mismo Benjamín Guerra solicitase fondos de anticipo para llevarse de aquí una factura de comercio,—que ya no se lleva—a Vd. digo, porque debo, mis impresiones todas, porque Vd. de seguro sabe ya que estoy exento por completo de entusiasmos pueriles, y de la muy peligrosa disposición a descreer lo que no sea agradable, y denigrar lo que no se conforma a nuestros deseos. Y esas fueron en este caso, mis impresiones. Alejandro se va hoy, sin causa alguna para estar descontento de mí, y con las mayores muestras de alegría por el carácter general de la guerra, de que dice ir convencido, y a la que va a ayudar enseguida, conforme a las instrucciones de Vd. ¿Por qué, sin embargo, me ha quedado la impresión de que le hubiera agradado más la demora del movimiento, o que yo no supiera del Camagüey tanto como los camagüeyanos me dicen? Yo le ofrecí, si era preciso, si lo creía él preciso, escribir por él en el sentido que Vd. me indica: pero él no deseaba llevar nada consigo, y a más me dijo que él era carta viva, que explicaría la situación extrema y nuestro respeto y confianza para con el Camagüey, donde “téngalo Vd. por muy seguro,—me dijo una y otra vez—lo único que se necesita es que las otras comarcas ayuden, y que el General Gómez vaya, como yo sé que va; allí no se necesita más preparación”. “¿Más armas quieren?”—le pregunté:—“Algunas pueden tener”:—yo pensaba en las que con Vd. han de ir—“No—me dijo:—ya no hay tiempo: ni son necesarias: allá tenemos armas”. Y a todo respondí a su contento y de todo parecía ir entre contrariado y satisfecho. Pero me costaría mucho trabajo dudar de su resolución final. Yo para ayudar a esto, escribí ya privadamente con mesura que les irá al corazón, suavizando el efecto penoso e innecesario de la carta de Enrique Loynaz y rehaciendo cuanto, en ánimos tan importantes hoy como el de Miguel Machado y Monteverde, y el joven Lope Recio, pudiese haber deshecho la inopinada publicación de Enrique. Y hoy sigo dando, y de público diré algo tan lleno y generoso dentro de muy pocos días, que no quede a nadie en conciencia derecho para desconocer nuestro peso y nuestra cordialidad.

Ya el correo se acaba, y yo callo. ¡En qué ansias me quedo! ¿No podrá salir todo como lo anhelamos, sin perder una situación que no quiero pintarle, no vaya Vd. sin justicia a tenerme por muy juvenil o esperanzado? A la hora en que escribo, por ejemplo, está la Florida llena de noticias alarmantes, y las cartas que aquí todos reciben. Por telegrama me dicen que *La Unión Constitucional*, el periódico español de la Habana, denuncia la ausencia de sus casas de los Jefes Separatistas: que el mismo periódico anuncia la aparición de partidas en Oriente: que Moncada está en el campo: que en la Habana ha habido numerosas prisiones de jóvenes, con motivo tal vez de las protestas en que la juventud se separa del Autonomismo, y se declara por la Independencia. Vamos tan de prisa como iríamos siendo todo eso cierto, y no nos acusaría la conciencia de lentitud ni de abandono. ¿Lo veré pronto? ¿Lo abrazaré pronto?

Sólo para hablarle de mí no he tenido tiempo. ¿Cómo duda aún de mi utilidad fuera de aquí, al principio por lo menos, y de que yo no estaré jamás sino donde más útil pueda ser? Aquí, los primeros ímpetus, con la fuerza y crédito de la guerra armada, serán todo lo que deben ser, y el auxilio fácil mensual que dejo organizado. Allá, Vd. sabe mi alma y mis propósitos y encenderé, y juntaré, y quitaré estorbos, y haré en eso cuanto quepa en mí. Y si luego debo echar a la mar el corazón, y volver a ordenar el esfuerzo último, sin el descrédito que acompañaría a un revolucionario meramente verboso, volveré, donde sirva más. Este es su amigo, muy atareado y ansioso

JOSÉ MARTÍ

7

A GERARDO DOMENECH

Octubre 24 de 1894

Sr. Gerardo Domenech

Mi muy querido Gerardo:

¿Conque yo lo ando buscando y Vd. a mí, y no nos hemos podido ver? Vd. recibiría, Gerardo, mi carta, la que le escribí al salir para la Florida. Ya entonces lo necesitaba para el servicio que sólo Vd., con su tacto y prudencia, puede hacer. De determinado grupo hay que ir a pedir informes decisivos, sobre un punto esencial que me tiene con

justicia dudoso, y que sólo Vd. me puede traer aclarado. Vd. sabe que yo no puedo emplear a hombres de su valía, y a quien quiero como a Vd., en cosa en que corra un riesgo innecesario, o que pudiera hacer otro que no fuera Vd. Lo que es, se lo diré el viernes, si está Vd. en casa de Gonzalo a las 3, o el sábado, allí mismo, a las 11. Vaya, y vuelva tan pronto como pueda. Vd. no regaña, porque disponga de Vd. con esta confianza, un amigo suyo de quien a su vez puede Vd. disponer. Mi mucho cariño a la casa de Guiteras.

Su

MARTÍ

Le incluyo \$50.00 que va a necesitar, y quiero que ya tenga en su poder. En el correo le preguntarán quién le remite la orden: va como enviada por B. J. Guerra, 192 Water St.

**DE PATRIA, NUEVA YORK**

**24 DE OCTUBRE DE 1894**

**LOS POBRES DE LA TIERRA**

## LOS POBRES DE LA TIERRA

Callados, amorosos, generosos, los obreros cubanos en el Norte, los héroes de la miseria que fueron en la guerra de antes el sostén constante y fecundo, los mozos recién venidos del oprobio y de la aniquilación del país, trabajaron, todo el día Diez de Octubre, para la patria que acaso los más viejos de ellos no lleguen a ver libre; para la revolución cuyas glorias pudieran recaer, por la soberbia e injusticia del mundo, en hombres que olvidasen el derecho y el amor de los que les pusieron en las manos el arma del poder y de la gloria.—¡Ah, no!, hermanos queridos. Esta vez no es así. Ni se ha adulado, suponiendo que la virtud es sólo de los pobres, y de los ricos nunca; ni se ha ofrecido sin derecho, en nombre de una república a quien nadie puede llevar moldes o frenos, el beneficio del país para una casta de cubanos, ricos soberbios o pobres codiciosos, sino la defensa ardiente, hasta la hora de morir, del derecho igual de todos los cubanos, ricos o pobres, a la opinión franca y al respeto pleno en los asuntos de su tierra: ni con otra moneda que la del cariño sincero, y el amor armado en el decoro del hombre, y la viril liebreza de quien no se tiene por varón mientras haya en la tierra una criatura mermada o humillada, se compró esta vez esa fe tierna de los hombres del trabajo en la revolución que no los lisonjea, ni los olvida.

No se ha bajado a la tiniebla; ni se ha adulado, cobarde, en la hora de la necesidad, a los que, en la verdad del seco corazón, se desdeña y aleja, o se mira como poco mientras no se necesita su ayuda; ni han apretado manos en la sombra la demagogia y la venganza. Para salvar a la patria de crímenes se ha madurado el alma pura de esta revolución: no para cometerlos. Pero el cubano obrero, dispuesto ya para la libertad por su fatiga de hombre acorralado, y por la idea creadora que en la vida real ha desenvuelto,—en vez de desatarse en invectivas, al amparo del cadalso español, contra los que, de una vez por todas, quieren, con

la unión de las fuerzas posibles, sacar del cadalso en que está al honor de Cuba, y del destierro en que en su propio pueblo viven, a los cubanos,—en vez de morder las manos de los libertadores, y besar las manos de los déspotas a quienes aborrecen,—en vez de ayudar, en lengua escarmentada, al gobierno que en sus mayores desarrollos jamás consentiría, por su naturaleza e incapacidad política, y por las necesidades de sus hijos sobrantes o viciosos, la plena vida americana indispensable a Cuba para que no se le antepongan y le reemplacen sus competidores libres,—en vez de negarse a dar de sus manos el socorro que, en las vueltas de la preocupación, desconozca acaso mañana, en la hora del triunfo de la república, a los que para ponerle al hombro un arma más privaron a su casa en un mes triste, del pan, o del vino pobre, o del abrigo de la criatura, o de la medicina,—en vez de esto, decimos, el cubano obrero bajó la cabeza sobre el trabajo el día de los héroes, y en el tesoro de la justicia y del honor humano, echó con las manos fuertes su óbolo sin nombre.

¡Ah, hermanos! A otros podrá parecer que no hay sublime grandeza en este sacrificio, que cae sobre tantos otros. Que el rico dé de lo que le sobra, es justo, y bien poco es, y no hay que celebrarlo, o la celebración debe ser menor, por ser menor el esfuerzo. Pero que el que, a puro afán, tiene apenas blancas las paredes del destierro y cubiertos los pies de sus hijos, quite de su jornal inseguro, que sin anuncio suele fallarle por meses, el pan y la carne que lleva medidos a su casa infeliz, y dé de su extrema necesidad a una república invisible y tal vez ingrata, sin esperanza de pago o de gloria, es mérito muy puro, en que no puede pensarse sin que llene de amor el corazón, y la patria de orgullo

Sépanlo al menos. No trabajan para traidores. Un pueblo está hecho de hombres que resisten, y hombres que empujan: del acomodo, que acapara, y de la justicia, que se rebela: de la soberbia, que sujeta y deprime, y del decoro, que no priva al soberbio de su puesto, ni cede el suyo: de los derechos y opiniones de sus hijos todos está hecho un pueblo. y no de los derechos y opiniones de una clase sola de sus hijos: y el gobierno de un pueblo es el arte de ir encaminando sus realidades, bien sean rebeldías o preocupaciones, por la vía más breve posible, a la condición única de paz, que es aquella en que no haya un sólo derecho mermado. En un día no se hacen repúblicas; ni ha de lograr Cuba, con las simples batallas de la independencia, la victoria a que, en sus continuas renovaciones, y lucha perpetua entre el desinterés y la codicia y entre la libertad y la soberbia, no ha llegado aún, en la faz toda del mundo,

el género humano. Pero no será ésta, no, la revolución que se avergüence—como tanto hijo insolente se avergüenza de su padre humilde—de los que en la hora de la soledad fueron sus abnegados mantenedores. Bello es, aunque terrible, después de bárbara batalla, ver huir por el humo, a los ruidos deshechos de la derrota, el pabellón que simboliza el exterminio de una raza de hijos a manos de sus padres, y el robo al mundo de un pueblo que puede ser bello y feliz. No menos bello, ni de menos poder, el día Diez de Octubre, era ver trabajando sin paga a los cubanos obreros, todos a la misma hora, todos recién salidos de sus tristes hogares, por la patria, ingrata acaso, que abandonan al sacrificio de los humildes los que mañana querrán, astutos, sentarse sobre ellos. Bello era ver, a una misma hora, tantos corazones altos, y tantas cabezas bajas.

¡Ah, los pobres de la tierra, esos a quienes el elegante Ruskin llamaba “los más sagrados de entre nosotros”; esos de quienes el rico colombiano Restrepo dijo que “en su seno sólo se encontraba la absoluta virtud”; esos que jamás riegan su bolsa a la caridad, ni su sangre a la libertad!—¡Qué placer será—después de conquistada la patria al fuego de los pechos poderosos, y por sobre la barrera de los pechos enclenques—cuando todas las vanidades y ambiciones, servidas por la venganza y el interés, se junten y triunfen, pasajera y al menos, sobre los corazones equitativos y francos,—entrarse, mano a mano, como único premio digno de la gran fatiga, por la casa pobre y por la escuela, regar el arte y la esperanza por los rincones coléricos y desamparados, amar sin miedo la virtud aunque no tenga mantel para su mesa, levantar en los pechos hundidos toda el alma del hombre! ¡Qué placer será la muerte, libre de complicidades con las injusticias del mundo, en un pueblo de almas levantadas!

—Callados, amorosos, generosos, los cubanos obreros, trabajaron, todos a la vez, el Diez de Octubre, por una patria que no les será ingrata.

**OCTUBRE / 1894**

1. A GONZALO DE QUESADA
2. A SERAFÍN SÁNCHEZ
3. A EDUARDO H. GATO
4. A SERAFÍN SÁNCHEZ

1

A GONZALO DE QUESADA

Partido Revolucionario Cubano  
Tesorería

New York, octubre 26, [1894]

Mi buen Gonzalo:

A las dos dije a Jorge Aguirre que estaría ahí hoy, y no podré estar. Démele en sobre cerrado la carta adjunta, con los \$50 que le manda Benjamín, y ruéguele que mañana sábado me espere sin falta a las 12 en su oficina.

Su

J. MARTI

2

A SERAFÍN SÁNCHEZ

Octubre 27, [1894]

Sr. Serafín Sánchez

Serafín:

No le parezca increíble. La noche en vela, el día a la mesa, y no le puedo escribir, se va el correo. Leída, más de una vez, la carta en clave y madurada. Haré cuanto pueda—y lo que me indican. El miércoles aguardo de Gómez la acción ya improrrogable.—Y a camino. El

martes sí le va carta tranquila.—Y a Roloff, que no se me enoje por lo de la lotería, y cosas locales contra las que no se puede luchar.—Y a Fermin y a Poyo.

Su

J. MARTÍ

3

A EDUARDO H. GATO

New York, octubre 27 [1894]

Sr. Eduardo H. Gato

Mi amigo muy estimado:

Otro nuevo favor tiene Cuba que agradecerle, que es su último viaje, que yo no me atreví a echar sobre sus hombros, y Ud. emprendió voluntariamente. Esto, por mí al menos, no será olvidado.

Pero ahora le escribo para algo más. Le escribo con angustia, y con fe. En las manos de Ud. está hirviendo la revolución, y yo no necesito demostrarle cuán cerca está, y cuán poderosa viene. No necesito asegurarle que sólo en el instante decisivo de ella podría yo permitir a nadie, y sobre todo a quien ha hecho tantos ya, un sacrificio que pudiera evitarse. No necesito encarecerle la necesidad en que a última hora me veo, porque es mucho lo que hemos hecho, y es muy poco lo que hemos tenido para hacerlo. Llega la última hora. Llega la hora de emprender por fin, con todos los elementos posibles de éxito, la campaña por la libertad de nuestra Cuba. ¿Y será posible que quien conoce como Ud. toda la realidad de ella,—quien sabe como Ud. que ya no me queda esfuerzo por hacer, y todo puedo hacerlo con el servicio glorioso que le pido,—quien como Ud. sabe que no le pediría el servicio sin necesidad mortal, y que es fácil su inmediata satisfacción,—quien tiene de mí la lástima justa que me tiene Ud.,—me obligue, a la hora en que debo estar más callado, y parecer que nada hago, a revelar mi angustia y mis hechos solicitando de corazones empedernidos,—puesto que ya a los pobres nada tengo que pedir,—los \$5,000 que sé de atrás que me habían de faltar, y que me faltan, y que me librarían de toda angustia, y cuyo pago dejaré yo garantizado, si se los quiere adelantar a Cuba el corazón generoso de Ud.?—¡Ah! amigo: con eso, ¡qué tranquilidad en estos últimos instantes! Sin eso, ¡qué terrible agonía!

Semanas acaso, días acaso, me faltan nada más. Todo me es fácil, si con desembarazo,—y sin indicar a nadie lo que hacemos, por mis súplicas de ayuda,—puedo desenvolver el plan desde tanto tiempo meditado, y que está ya en sus últimas líneas. Todo minuto me es preciso para ajustar la obra de afuera con la del país. ¿Y me habré de echar por esas calles, despedazado, con náuseas de muerte, vendiendo con mis súplicas desesperadas nuestra hora de secreto, cuando Ud., con este gran favor, puede darme el medio de bastar a todo con holgura, y de encubrir con mi serenidad mis movimientos? Como un perro infeliz vivo, y no me quejo, desde que empecé este trabajo de salvación: y Ud., que lo ve todo, que lo sabe todo, que ama a Cuba, que me ve padecer, ¿me dará estos momentos,—acaso los últimos de mi vida,—de gloria y de respiro, o me dejará, solo en mi dolor y responsabilidad, rodeado de hombres que ya han hecho cuanto podían hacer, arrastrándome y mendigando, por salvarle a su patria, suplicando en vano, lamiendo la tierra, lo mismo que un perro? Lo haré, si Ud. quiere. Ojalá no lo tenga que hacer.

Yo de estas cosas hablo mal. Doy cuanto tengo—el bienestar que tuve, y mi vida. Sé dar más que pedir. Pero con Ud. me siento más a mis anchas. Ud. es de mi raza, de la raza de hombres que se levantan solos, y de la crueldad y abandono del mundo se empujan hasta la altura desde donde se puede derramar el bien.—Ud. ama el trabajo, y no ve la riqueza sino como el triunfo de él.—Ud. sabe que yo admiro en Ud., con cierto apego de hermano, la bravura con que se ha hecho paso por entre los hombres, y el espectáculo magnífico del desvalido que sin más apoyo que sus manos de trabajador, ha ido ganando, una por una, tantas batallas a las enemistades de la tierra. Ud. defiende la riqueza que con tanto trabajo ha levantado; pero siempre me ha dicho, con acento que guardo con agradecimiento en el corazón: “¿Y Ud. cree que si mi patria necesita de mí en un momento supremo para su libertad, yo seré capaz de negarle mi esfuerzo?”

No.—Ud. no es capaz.—Por eso he esperado la hora de la plena convicción de Ud., y de la necesidad absoluta. Si Ud. puede adelantar \$5,000 a la Delegación, ella puede inmediatamente atender con desahogo a los planes que realiza. Si Ud. no los adelanta, será indecible la amargura en que me verá, y no podré realizarlos por completo. Ya no es tiempo de cartas, ni de más súplicas que ésta que desde mis entrañas le hago. A cada instante, desde el miércoles próximo, el 2 de noviembre, puedo ya necesitar de esa suma. En el instante, pues, de desatarlo todo,—todo a la vez, con la felicidad y unanimidad que Ud. conoce,—¡se me

trastornará todo por la escasez, por faltarme el auxilio de Ud.,—o se podrá emprender de nuevo la revolución de Cuba, gracias al auxilio de Ud.?—A dos condiciones está sujeto el préstamo que pido a Ud.: —no usaré de él, sino en el caso indudable, y con el último detalle, en mi mano, de echar a Cuba nuestra parte de la revolución:—la suma me será entregada—para evitar la malignidad humana—por la persona que Ud. indique, y con esta persona quedará obligada la Delegación a pagar. por Tesorería, esa cantidad, como obligación primera y única, salvo otra de \$1,000 a que se atenderá en West Tampa,—de los productos de las emigraciones, que Ud. sabe a lo que montarán cuando haya estallado la guerra en Cuba.—Y si sucediese lo que no parece que pueda suceder; si a la vez fuese extinguida la revolución adentro y la ayuda que le llevásemos, y yo quedase vivo,—yo, que valgo cinco mil pesos,—y que acabo de dar a mi patria ocho mil que ganaba por año,—yo, que soy pobre y tengo honor, quedo personalmente responsable a Ud. de esa suma. Aunque esto es caso innecesario, y como imposible; puesto que ella no se ha de emplear sino cuando, como ahora ya, no queda duda alguna del concurso de la Isla y del extranjero.

Y el favor que le pido es tan urgente,—y tal responsabilidad pesa sobre mí,—y todo lo tengo ya a tal punto, que me sería en verdad imposible dejar de pedir a Ud. que me enviara por cable a *Barranco*, la palabra *Compre*, si Ud.,—para gloria suya y satisfacción de su amor de hijo a Cuba, puede hacerle este servicio: y si no puede, y me he de echar como un perro por las calles, ponga a *Barranco*, la palabra *Venda*. —una u otra firmada *Luis*. Imagine la ansiedad con que espero. Necesito saber, para proyectar lo que deba—que ya nada puede ser, en el caso de que me falle la esperanza que en Ud. pongo.—Si me dice *Compre*, ya no hay dificultades para mí.—Ojalá viniera Ud., a atender a esto por sí, o cambiar detalles, y darme el gusto de verlo.—Mida mis angustias, y mi tiempo escaso. Si le escribo más, me parece que lo ofendo.—Ud. es hombre capaz de grandeza. Esta es su ocasión. ¿Le prestará a un negociante \$5,000, y no a su Cuba? Déme una razón más de tener orgullo de un cubano.

Y sigue adelante

Su

JOSÉ MARTÍ

Absolutamente nadie tiene, ni tendrá, conocimiento de esta carta.

4

A SERAFÍN SÁNCHEZ

[Octubre, 1894]

Mi querido Serafín:

No quisiera escribirle, sino hablarle. Viene Julio, y veré la novedad que traiga: pero ¿qué habrá que no hayamos previsto, o qué conocerá que sea más que lo que conocemos nosotros? No prejuzgo sobre lo que no he oído aún; ni el exceso de la precaución podía llevarme nunca a un desconocimiento torpe, ni a una injustificada demora. Demora, la imprescindible; la que necesitamos para echar sobre la isla, como muy pronto espero que podamos echar, la suma de recursos suficientes con cuya oferta, como una parte de contrato, hemos obtenido la simpatía y el acuerdo de entidades que podrían llamarse a engaño, o negar su ayuda, como la han negado ya antes con terrible eficacia, si vieran que los lanzábamos a combatir en un plazo insuficiente para ordenar con éxito una sola siquiera de las expediciones, de armas más que de hombres, que deben ir a Cuba,—para rodear de sus jefes seguros, y poner en un barco viable, a la cabeza militar de la revolución. Porque eso es todo lo que por mi parte quisiera esperar, Serafín: cerciorarnos, enseguida, de lo que racionalmente podemos tener: volar a Gómez otra vez, para emplearlo según su consejo y pericia: y disponer, como un rayo, la reunión de nuestros hombres indispensables y su caída sobre la isla. Yo sé que la isla no necesita más tanteos. Afuera, ya hemos hecho lo que tenemos que hacer. Hasta que Gerardo vino, hace quince días, no sabíamos a derechas de Cuba, no sabíamos todavía del Camagüey, no sabíamos, con la plena conciencia necesaria para obrar, que nos respondía lo indispensable de la isla. Ahora sabemos: podemos llamar a alguna puerta, seguros de que la isla no se nos niega: si la poca puerta a que tenemos tiempo de llamar se nos cierra, por la sorpresa de la poca preparación, o por cualquiera otra causa, con lo que tendremos de nosotros mismos, tenemos bastante. La isla no se nos niega si le cumplimos nuestra promesa. Y se nos niega, si no se la cumplimos. ¿Cómo resumiré mi pensamiento? Creo que debemos esperar el tiempo estrictamente necesario para reunir, de dos golpes posibles, más lo juntado y añadible de la emigración, lo indispensable para los recursos mínimos, y sin embargo bastantes, que hemos ofrecido llevar; para acordar con

Gómez el modo del desembarco inmediato, y reunir para él las armas aún no compradas y los jefes dispersos. A nada más necesito esperar por mi parte: pero yo me pregunto, ¿cómo esperar menos? ¿cómo reducir el plazo físicamente preciso para ir a ver a Gómez, arreglar la distribución, y distribuir el desembarco conforme al arreglo? ¿cómo ir a ver a Gómez, ni qué desembarco se puede arreglar, sin más recursos que los que hoy tenemos? ¿cómo reducir a acción, a armas y expedición en viaje, lo mismo que tenemos ya hoy, en un plazo que ni siquiera nos permite juntar a los que tienen que ir en un lugar seguro, en un lugar nuevo e inmediato, como el que tengo ya visto? Esa es toda mi espera: la materialmente para cargar de armas y jefes los barcos que han de ir: la materialmente indispensable para procurarnos, en dos golpes simultáneos, mientras Gómez prepara su pensamiento, la suma mínima para las armas y los barcos. Y por supuesto, día sobre día, papel sobre papel, enviado sobre enviado, por cuantos medios eficaces sugiramos, deslumbrar al país con nuestra actividad, levantar ante el país la solución de independencia, estorbar en Europa por cables y cartas, como ya hago, el logro del empréstito. Yo no me ciego a los peligros, ni me los exagero. La reacción autonomista, lejos de ponernos en mal, nos ha servido de bandera: aturdida está, y la seguimos aturdiendo: los que están con nosotros, con nosotros siguen: con los que pudieran estar con los autonomistas, nosotros no contábamos. Y mientras seguimos, a fuego brillante, encendiendo el país, precisamente hasta la raíz de los colores, que es todo lo que necesitamos, afuera, con modos nuevos, compramos nuestras armas, trazamos la reunión de nuestra gente, caemos a la vez, con el menor tiempo dable entre la preparación visible y el resultado que así no se podrá evitar.—Mañana viene Julio, y oiré, y hablaremos. El sabe de tiempo y de espacio. El sabe medir. Gómez ha de ir: usted ha de ir: otros han de ir: todos hemos de ir: no se ha de ir en barcos vacíos: los que van han de salir de donde están, han de juntarse en donde no estén: en pedir el consejo de Gómez, que ya sé yo lo que piensa y el tiempo que juzga indispensable, se va el plazo. ¿Y a qué la prisa extrema, con tantos peligros, y el riesgo supremo de que la misma isla revolucionaria no nos responda por la preparación insuficiente, cuando, guiando bien la oportunidad, esquivamos los peligros con un poco menos de prisa? Es que lo que se pide no cabe en lo físico. Y luego, Serafín: por el Occidente no ha de empezar la guerra: por supuesto que habían de consentir las demás comarcas, sin lo cual, sin su previo y expreso consentimiento, sería insigne error el romper en Occidente: ¿y

están ya las comarcas, diciéndoles nosotros la verdad, diciéndoles que han de levantarse antes de que pueda llegarles nuestro auxilio, diciéndoles que lo que tenemos apenas carga una goleta, diciéndoles que se puede hacer un esfuerzo hermoso, pero para llegar, con los riesgos mayores, mucho después del levantamiento, están ya las comarcas, salvo nuestras Villas, y aun en ellas, aun hombres como Spottorno y Marcos García, en disposición de entrar en guerra sin las condiciones bajo las cuales ofrecieron entrar? ¿qué se habrá hecho en La Habana, cuando Aguirre mismo pidió papeles para empezar a trabajar en Sagua, cuando Collazo manda decir que ellos están listos "cuando nosotros tengamos lo necesario"? ¿y el Camagüey, que todavía no nos ha enviado la noticia de haberse reunido? ¿el Camagüey estará ya a punto de alzarse, con la noticia de que se ha de alzar, sin tiempo para que llegue el auxilio que espera, sin tiempo siquiera para que vaya Gómez? Aquí le pongo el alma, a borbotones, porque usted es para mí como yo mismo, y me aborrecería si le escribiera con pesas y ambages. Como a mi hermano lo quiero, y tengo por su juicio mucha estimación, y a su alma cubana le tengo admiración profunda. Yo también tengo prisa, y ni vivo, ni me llamaré hombre, hasta que tengamos el pie en campaña. Pero lo que he hecho con mis manos, no lo puedo desconocer: y sé que no podemos desperdiciar esta ocasión, ni dejarla entibiar, ni atacarle sin el tiempo absolutamente preciso. Por supuesto que ahora mismo podríamos hacer un esfuerzo extraordinario, y acaso lo tendremos que hacer. Yo quiero estar a la verdad. Si hay que saltar, se salta. Si es eso el deseo patente, lo que nos toca es prestar la mayor suma de servicio que quepa en el tiempo que se nos señala. Pero ¿quién nos señala el tiempo? ¿Qué número de voces? ¿De dónde oímos esa petición urgente? De Holguín, de donde habíamos oído la misma sin esta situación, de modo que no podemos tomar su voto como nacido de la situación. Y ahora, de Julio. Ansío porque llegue. El no puede tener más prisa que nosotros. Pero, ¿cómo es que nosotros somos los llamados a decidir, si es la isla la que se nos dice que lo decide? Conversaremos, pues. Y yo lo veré a usted: no sé cómo aún, pero yo lo veré. Si hay causa para prisa extraordinaria e irremediable, a la prisa. Si no, todos lo sabremos y cambiaremos juicios. Yo estoy de vigilante y de ponente: la decisión es de todos.—Pero este mundo tiene oscuridades extrañas, Serafín; tiene móviles varios, increíbles para quien en su pureza obedece a otros móviles: déjeme saberlo todo, y estar a todo. Sépame sólo incapaz de perturbar mi juicio.—¿Cómo me ha insinuado cosa semejante?—por el celo de la gloria ajena, o por el miedo de perder mi gloria. ¿Y qué es gloria,

sino la estimación de la propia conciencia, y de unos cuantos hombres buenos? ¿Pues qué menos que infame sería yo, y traidor a mi patria, si me opusiese al servicio que quieren hacerle los demás para que no resaltara otro nombre sobre el mío? ¿Qué he hecho yo, para merecer que usted piense así de mí? ¿Ni qué merma pudiese haber en eso que usted llama gloria mía, y no es más que la prueba del mérito de todos, porque la obra que todos hemos emprendido rompa hoy por éste y mañana por aquél, puesto que por su naturaleza tiene que romper por muchos? ¿Ni qué deleite mayor que el mío, cuando pongamos la obra hecha en brazos del país, sin imponerle una forma, sin pedirle una recompensa, sin más título que el de quien ha cumplido desinteresadamente su deber, y con la miel del desinterés en el alma, con el gusto divino del desinterés, decline toda esperanza vanidosa, necia entre tantos méritos, ante la patria libre al menos de la ambición de uno de sus hijos? Servir es mi anhelo, y ver felices a los hombres. Me avergüenza y angustia creer mías las culpas y lentitudes ajenas. Y yo, en mi agonía, sólo deseo morir. No me vuelva a apenar. No crea que cabe en su amigo una sola idea egoísta o impura.

Es muy tarde. El sincero Domenech duerme a mi lado, y sale de aquí a dos horas. ¿He dicho ya a usted que nada nuevo podía traerme, que lleva el encargo de seguir con actividad extrema los trabajos de Matanzas, y de mantenerse, fuera de detalles, en contacto y cariño con Julio? Y a usted ¿necesito decirle que ya veo a Julio a caballo, en sus nuevas hazañas, y que esto es lo único que tengo que ver en él, y lo que resplandecerá en cuanto haga y hable? Adiós, pues, hasta pronto; por lo menos hasta una carta próxima. Adiós a Pepa, que sí me conoce bien. Adiós a la casa buena de Rogelio Castillo.—Y aquí queda pensando su

JOSÉ MARTÍ

DE PATRIA, NUEVA YORK

30 DE OCTUBRE DE 1894

EN CUBA

## EN CUBA

En Cuba se hacen en estos días esfuerzos de toda especie, fáciles o inicuos, para evitar—con esperanzas mentidas o canijas de reformas indignas de la capacidad cubana, y de realidad imposible en la constitución nacional de España—la guerra hacendera y ordenada que sólo pueden echar atrás en Cuba la indecisión, tan funesta como la traición, —y la traición.—Sólo ellas pudieran aflojar, o impedir, la guerra pujante contra un enemigo sin más fuerza que las que le dé la confianza injustificada de los cubanos a quienes oprime; la guerra que Cuba necesita, y desea, para entrar de lleno en su vida americana propia, antes de que, por el engaño voluntario de consejeros débiles, o por el desamor del sacrificio útil, mude su estado de república naciente, con fuerzas superiores a sus obstáculos y con bienestar definitivo, por el de predio satisfecho, y sin brío para las demandas del honor, de una nación corrompida y famélica que entra descompuesta a la lucha larga y desorientada de su renovación interior, en los instantes en que el mundo impaciente, y sin empleo para los pueblos torpes o cobardes, asalta y ocupa los puestos delanteros de la vida moderna. ¡Ah, miserable pueblo de empleados ladrones, de soldados viciosos, de mujeres inmundas, de hombres inmundos, propios y ajenos, el que nos quieren unos cuantos criollos canijos poner, con el consentimiento ciego de una generación ganada al interés, sobre la tierra donde hierven todavía las lágrimas sublimes de Rafael Morales y de Ignacio Agramonte!

Es inoficiosa y pueril la lucha contra las incapacidades, políticas y morales, inveteradas o ingénitas. El silencio es mejor, que deja espacio para luego al cariño con que los pueblos suelen saludar, en la hora inevitable de la confesión, a los hijos que se les negaron, o les salieron pecadores al camino, en la ocasión de probar—entre los fáciles alardes de lealtad a una condición envilecedora creciente, y del entusiasmo que el

opresor beneficiado azuza y protege—aquellas virtudes raras que emancipan a los pueblos de sus verdaderos tiranos, de sus únicos tiranos temibles, que son los que excusan y apuntalan el sistema vicioso e incurable de la tiranía. Con la incapacidad que se limita a sujetar a los destinos españoles en América un pueblo americano rebosante de inteligencia y de fuerzas de progreso, nada tiene que hacer, ni con los intereses empedernidos, la palabra de la revolución. La revolución ha de pasar sobre ellos, aunque con el cariño piadoso de los fuertes, y salvándoles lo que en ellos haya de futura potencia pública. Sólo la revolución—y nadie fuera de ella—puede dañarse a sí misma.—Otras cosas no importan: ayer publicaba un diario de New York la pintura de una mujer yanqui, vestida de azul, que besaba por la ventana a un oficial inglés, con la chupa roja de la sangre libre de sus conciudadanos. Y ahí queda el dilema:—o sangre libre o la moza azul.

Pero debe decirse lo que sí pudiera importar en realidad. Ni composición cordial y prudente,—ni orden inflexible,—ni los medios bastantes para poner a Cuba en condición de luchar con éxito por su destino definitivo faltan a la revolución,—ni ella ha dejado de cumplir a su hora, en Cuba y afuera, todos sus deberes. Ni España, ni los cubanos que a la faz de la ineptitud notoria de España proclaman—entre increíbles aplausos cubanos, ¿increíbles no más?— la patria española, pueden nada, pueden una paja, ni un globo de humo, contra la revolución. Los únicos que tendrían en Cuba poder contra la revolución, serían los cubanos indecisos,—o los traidores.—Cada día, en la vida de los hombres, es una página imborrable de la historia.

OCTUBRE / 1894

1. A SERAFÍN SÁNCHEZ
2. A JUAN FRAGA

## A SERAFÍN SÁNCHEZ

New York, octubre 31 de 1894

Sr. Serafín Sánchez

Mi muy querido Serafín:

Llego de afuera, sin tiempo para escribirles con el sosiego que quería, a Vd. y a Roloff, y sin haber recibido aún la carta que espero dentro de unas horas de Montecristi, y debe echarnos ya a andar. Pero si puedo, aunque al vuelo, responder a Vd. para que Vd. responda lo que deba, —las preguntas que hace la carta que me envía. Sí, Serafín: estamos perdiendo un tiempo precioso, y debilitando con cada día que perdemos la oportunidad que labramos. Imagine mi inquietud silenciosa. Todo ese teatro de reformas<sup>80</sup> es simplemente una puñalada dirigida a nuestro corazón.

¿Por qué hemos dado tiempo a que siquiera asome? ¿Qué son mis esfuerzos y preparaciones, ni qué crédito tendré después, si desperdiciamos por falta de la acción esperada y oportuna, una situación que es hoy muy difícil de crear, y es nuestra aún, y hace quince días era más nuestra que hoy, y pudiera serlo menos—o no serlo bastante—si prolongáramos la demora indecisa? De mí, Serafín, no depende hoy nada; yo tengo que esperar. Desde agosto estoy esperando. Déjeme escribirle poco. De todas partes se azuza, a acá y a Santo Domingo. Gómez me anuncia lo que era preciso que me anunciase. Eso, Serafín, no lo dirijo, y he de acatar. Sufra conmigo, y por mí. Pero creo que llegamos a tiempo. Y así ha de responder al de la carta:—Si se permite por nuestra parte esa propaganda, y España da enseguida las reformas, que a la

<sup>80</sup> Se refiere a las reformas de Maura.

larga nada han de ser, y aun no nos hacen daño,—enseguida, antes de que empecemos,—la demora nos perjudicaría en el ánimo del país, aunque bien manejadas las cosas, y no tardando demasiado, la situación de hoy no puede ofrecer a la guerra una resistencia mayor que el entusiasmo con que se la desea. En lo que se piensa ahora es en llevarlo todo adelante, para que no se debilite esta situación feliz, y no tengamos que dilatar un esfuerzo que hoy se puede iniciar bien. Sólo por lo que Vd. sabe se espera.

A lo segundo: ¿se llevará la guerra aun con las reformas? De aquí a que las reformas pudiesen debilitar el ánimo del país, podemos de sobra llegar con ímpetu, y hacer olvidar ese ardid antes de que cause verdadero daño en la opinión. Si diéramos tiempo a que lo causara, habría sido nuestra culpa. Por los últimos anuncios que se me hacen, no lo daremos. Diga pues, que medimos la situación juiciosamente,—que a la propaganda de reformas no hay que tenerle miedo, sino a nuestra demora, que ya va a cesar,—y a la intriga que en conexión con las reformas se ha tramado, y es entrar a última hora en la revolución, allá en Cuba, para encabezarla, retenerla hasta que llegue un plan u otro que calme al país, y así, a traición de ellos,—y lentitud nuestra—vencer la guerra.—La dirección política, pues, cree el momento feliz, y peligroso si no se aprovecha, como quiere aprovecharlo. Sólo espera impaciente los detalles que tiene ajustados, y debe respetar, con la dirección militar, a que no puede sustituirse. Los directores, pues—según pregunta la carta—no creen necesario echarse atrás, sino ir adelante y de prisa.

Se va el correo.

Su

J. MARTÍ

2

A JUAN FRAGA

[Octubre 1894]

Sr. Juan Fraga

Mi muy querido don Juan:

No puedo ir a verlo, y tengo que conversar con Vd. un instante, aunque sea por carta, a fin de que de la reunión de esta noche no se pueda ni aun con la mayor astucia, sacar mal partido contra sus propios fines, ni el principal objeto para España y sus agentes, que es dar pre-

texto a las demás emigraciones y al país para repetir—caso de que por sano patriotismo y excitación natural, a más de él lo dijéramos en nuestra casa propia—que la emigración en New York está *desorganizada*. No hay, pues, más que un medio de evitar totalmente este riesgo, que anda como una culebra por entre los clubs, y es que por Vd. sobre todo, no se pronuncie la menor queja sobre el descuido y lentitud que otros pudieran presentar como la desorganización de almas y voluntades que no es; que al invitar Vd.—no a *reorganizarse*, porque esta palabra no se debe pronunciar, porque Vd. *sobre todo no la debe esta noche pronunciar*—al invitar Vd., digo, a *ensanchar nuestra organización*, a traerla a mayor actividad, a encarar aún más de frente la situación de Cuba, no diga la menor palabra que, por la hermosa austeridad de Vd., sea en Vd. forma natural de su cólera ante la desidia incurable del hombre, y sólo del hombre cubano y es desorganización. A la raíz hay que ir, a la disposición de las almas, y ésta me consta que es hoy aquí excelente.

Para ligar, pues, con la dulzura, que es mejor recurso que el recio convite, sin causa que entre ya por los ojos; para *felicitarse en público* de ver que todos *están en su puesto*, en vez de *dolerse en público* de que no estén; para convidarlos a ensancharse, ya que de todas partes salta la prueba, y a tener *clubs* nuevos; para eso, y nada más, sin *excitación ninguna a cuotas, ni referencia alguna a falta anterior*, debe ser el mitin esta noche, a mi juicio. Y creo que pudiera usarse luego, sin embargo, como una *confesión* de Vd. de que los clubs habían estado desorganizados. No reunirse, cuando no hay asunto dramático que los reúna; no pagar sus cuotas, cuando la Delegación los eximió temporalmente del deber por las estrecheces notorias de los dos últimos años; no asomarse sino cuando hay algo que los cosquillee o conmueva, es desidia que en privado y con habilidad y aprovechando las circunstancias, como Vd. hace ahora, se puede ir curando, y jamás se acabará de curar sino con la guerra en Cuba; pero no cumplo un deber dándole esta opinión, porque conozco la culebra toda, y sé que esta noche, y de las palabras mismas de Vd., en cualquier sentido en que Vd. o alguien pronunciase la palabra *reorganización*, se pretenderá sacar, y se pretende, la causa para la *desorganización*, o para decir que existe y debilitar, por lo menos, la situación futura en Cuba, y la de la guerra hoy; en la situación presente, mi don Juan querido, no digamos ni hagamos nada que, por confusión o desconfianza, pueda parar o aflojar el brazo alzado de la Isla. Eso es vital, aunque haya de sujetarse la indignación ante la desidia humana.

Contésteme, pues, con el portador. Aunque yo puedo estar tranquilo. Sea el mitin de fiesta, de verse las caras, de *ensanche*, sobre lo que se

tiene, con un espíritu liberal humano, que nadie podrá echar atrás. Loynaz no podrá aceptar presidencia, y así lo dirá; pero sus palabras causarán todo el fin que Vd. se propone. Ojalá que Figueroa pudiese formar el nuevo club. Vd., haga la queja que se espera; sea la clave ésta: "la revolución crece, y lo vemos; seamos más desde esta noche, para servirla mejor, para eso nada más estamos aquí." Y si por alguien se hubiese publicado oficialmente, lo que no creo, la palabra *reorganización*, déle Vd. el sentido real, y sin peligro, el de *ensanche* de la organización. Así en vez de sacar mal provecho de las palabras de Vd., se aturdirá y sorprenderá al enemigo con la serenidad y confianza de ellas.

¿Y Charlie? Me oye.

Pocos, don Juan, lo quieren a mi modo, silencioso y brusco. como su

J. MARTÍ

## NOVIEMBRE / 1894

1. AL GENERAL ANTONIO MACEO
2. A JOSÉ MACEO
- 3-4. A SERAFÍN SÁNCHEZ
5. AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ
6. A JUAN GUALBERTO GÓMEZ<sup>81</sup>
7. A ENRIQUE COLLAZO
8. AL GENERAL ANTONIO MACEO
9. A EDUARDO H. GATO
10. A SERAFÍN SÁNCHEZ
11. A JUAN GUALBERTO GÓMEZ

<sup>81</sup> Desde noviembre de 1894, en la mayor parte de sus cartas a Juan Gualberto Gómez y a Enrique Collazo, Martí envió en clave las instrucciones para el nuevo alzamiento. Las claves se identificaban por las palabras HABANA Y MARÍA.

En las cartas que siguen, las palabras que en el original aparecen en clave, se transcriben, ya descifradas, en letra cursiva. Lo mismo se hace con los nombres de provincias y de patriotas, que también se atenían a una clave.

Se debe a la paciente y cuidadosa labor investigadora de la Dra. Rebeca Rosell Planas, el haber descifrado las palabras en clave. Ella fue también quien fijó el orden de gran parte de las cartas sin fecha; todo lo cual constituye una valiosa contribución al más exacto conocimiento de la intensa actividad desarrollada por Martí en la organización de nuestra última Guerra de Independencia.

Véase el importante libro de la doctora Rosell Planas *Las claves de Martí en el plan de alzamiento para Cuba*. La Habana, 1948, Archivo Nacional de Cuba.

## AL GENERAL ANTONIO MACEO

New York, 3 de noviembre de 1894

Sr. Mayor Gral. Antonio Maceo

Amigo querido:

Con un cablegrama que le pondré el lunes, supliré la carta que ese día le debió llegar, y no le pudo ir, por no haber modo de enviársela desde donde había ido a ver por mí las cosas en que andamos, y que sólo en lo muy esencial fio al papel. El General Gómez me había anunciado para el vapor que entró hace cuatro días determinadas y finales instrucciones, que requerían que ya tuviese yo a la mano todos los preparativos,—y en eso andaba al salir el vapor de Costa Rica. No trajo el “Santo Domingo” por completo lo que esperaba por él, sino la carta en que Gómez me lo anuncia definitivamente para el que llegará aquí alrededor del 18 del corriente. El se ha estado entendiendo con Cuba, por mi conducto y por el suyo, y las cosas han ido acercándose sobre esas fechas, y yo viéndolas crecer,—y en algún caso con más lentitud de lo que deseara, y acomodando mis actos y todos los que dependen de mí, a las prórrogas que sin mi voluntad han venido causándose, y que no podrían continuar sin riesgo demasiado grave de perder cuanto hemos obtenido. No me pregunte mi opinión. Es la de Vd. Y sé que es la hora del país, y que, en nuestra economía y modestia podemos servirle. Pero he de estar, no a mi voluntad y juicio solos, que hartos han podido, sino al concurso de los demás, sobre todo cuando mi premura pudiera parecer intrusión. Hace un mes, más ya, que recibí el telegrama en que se me anunciaba el detalle pendiente, lo cual significaba el desatar yo aquí enseguida de la realización de él, toda mi labor: han llegado tres

vapores sin él, aunque en el primero apenas había tiempo para la combinación,—el segundo no pudo, por el ciclón, tocar donde debía,—y en este tercero los trastornos de los caminos fueron aún la causa, según me dice el General, que procura ajustar. Nuestra acción varía a la forma y plazos que se ha dado a la Isla, y sé que son ciertas, y pasan por mí, muy empleado durante el mes pasado en desviar dos intrigas que a última hora han pretendido perturbarnos,—una, la que ya dijo a Vd., que me parece que tiene a gentes conocidas de Vd. por cabeza, y ha querido tal vez ir tratando las cosas, so pretexto de guiarlas, hasta ver si de España venía alguna moratoria de reformas,—aunque debo decir que las personas a quienes se pudiera sospechar de este intento son las mismas que enviaron hace tres meses a pedir a Gómez la orden de alzamiento que aguardaban ya en el campo,—orden que él refirió a mí—y yo di, después de garantizadas a mi pregunta las personas de Cuba por sus compañeros,—cuando ya los que la pedían, habían fijado la fecha aún no vencida a que Gómez ha deseado ajustar su parte de labor, lo que, en nuestra composición uniforme, implica la demora que todos llevamos con tanta inquietud.

Después de mi última a Vd., vino aquí Bernardo Sánchez, que acaba de irse para Santo Domingo, a estarse en Macorís. El ha revuelto esto con las noticias que sin reserva alguna ha propalado y todo el mundo confirma. Del campo se habían rodado todas las familias a la ciudad. De la Habana habían vuelto *Pancho* Sánchez y Lacret cargados de cápsulas que se salvaron. Lacret andaba por el campo. Imposible parece a Bernardo pedir más decisión y mejor oportunidad. El salió porque creía que la revolución iba a ser ahogada por las persecuciones. En tanto, yo pedía a Cuba noticia estricta de la actitud de Urbano, a lo que me responde reconociéndola, pero dando por necesario el aguardar—¡con semejante situación!— a que pase la alarma creada “que será muy pronto”. Y me pide un dinero, que yo mandé. Y todo el hilo pende de los arreglos de Cuba y la Habana. ¿Es demora o es engaño? ¿Se contará con ese incurable, o, como quieren o parecen querer *Pancho* y *Mariano*, hay que pasar sobre él?

Del Camagüey fue a Gómez un comisionado, Alejandro Rodríguez, que a mí me ha hecho la impresión de haber intentado, en beneficio de los azucareros, demorar la guerra, pero Gómez lo ha devuelto con instrucciones terminantes, que yo reiteraré tras él, y ya le sigue persona de empuje, que desvanecerá, en bien de la situación general, cualquier confusión que pudiera haber.

¿A qué amargarnos habiendo de la demora,—o preguntándonos si no hubiéramos podido fiar un poco más a la actitud conocida de la Isla,—o lamentándonos de que el Camagüey no hubiese mandado antes lo que desde mayo se le pidió, y ha venido a ir en septiembre, a pesar de la disposición suficientes de la comarca,—u opinando, caso que hubiera sido preferible—caso de que hubiera podido ser,—aceptar el apremio de Cuba, aun corriendo un poco más de riesgo, que caer acaso en la red tendida por España, de alborotar con las reformas, y parecer que las va a dar, en el instante en que de todas partes se siente decisión revolucionaria?

Las revoluciones, por muy individuales que parezcan, son obra de muchas voluntades, y hay que inclinar con frecuencia la propia. En todo pienso, pues, amigo mío, y azuzo y estímulo para que no se desmigaje el sentimiento del país, ni afuera se transparente o desmaye, lo que tenemos hecho.

Y así queda la situación: que en este instante parece haber de resolverse dentro del mes. Todo a la vez, y ni Vd. ni nadie sacrificado antes, o de vanguardia riesgosa. Esa es la única espera. Lo de Vd. lo tengo todo listo, como Vd. me lo encargó, y a punto todo. Continúe al rescoldo un poco más, y con Vd. todos los suyos. Está todo al romper y no le he de poner a Vd. de delantero, a correr la aventura que a la vez los demás no corramos. Fue siempre mi súplica a Vd. por mayor seguridad, y para evitar la zozobra y el cansancio, que la gente allá siguiese en sus labores hasta el último momento, y de ellas se deslizaran al punto de embarque. Y así creo que lo habrá logrado Vd. a no ser que las cosas de la colonia hayan hecho salir de ellas a los compañeros. De todos modos, Vd. evitará la publicidad que aquí ha dado a la expedición Mendiola Boza, que exagera sin duda la publicidad que las cosas allá tengan, y que Vd. con este aviso hará sin duda por esquivar y burlar en cuanto sea dable. Y como estamos en esta cadena de detalles—que yo nunca he de permitir, ni los sucesos, que sea interminable, y de Vd. pende ahí todo,—y nada hay en la situación general deshecho, sino naturalmente prolongado y adelantado,—no creo yo que este estado de cosas justifique el menor cambio de posiciones, aunque nos consuma la justa impaciencia. En cambio, yo tengo de antemano visto, y como ensayado, todo aquello en que pudiéramos titubear, o emplear mucho tiempo después. De la situación de Vd., amigo mío, me hago cargo, y haré lo que debo. De Cuba se nos sangra y estrecha, y yo a todo acudo, a lo racional y útil, para que quede probada la participación del país, y no se excuse nadie

por falta nuestra. Y mis ahogos Vd. los calcula. Pero todo va saliendo. Saldrá. Ayúdeme Vd. con su sobriedad, como me ha ayudado hasta aquí, para mi orgullo, que está en que todo el mundo le vea y conozca el mérito como se lo conozco yo,—y las varias clases de méritos que le conozco. Además, Vd. no tendrá que aguardar mucho, ni pensar en abandonar esos países nuestros. Esto nuestro, no queda en el aire meses. O se emplea, o se le corta el hilo. Se va a emplear, o somos muy viles los hombres, y nosotros capaces de perder la ocasión más feliz—lo que no parece que seamos. Pero si no se hubiese de emplear, suspendemos esta amenaza, no gastamos el tesoro; y no salimos, como hasta hoy nadie ha salido, de su vida individual. Fíe en mí. No nos desperdiciaremos, en cuanto yo pueda evitarlo.

¿Y el lugar? Yo se lo pedía ya en carta anterior, y Vd. de seguro lo tiene ya escogido. Por carta habrá acaso aún,—escasamente,—tal vez no—tiempo para que me envíe los detalles que por cable nunca pueden ser tantos. Acaso me vengan por el camino.

Lo de Enrique, si no ha venido, me causa profunda pena. ¿Cómo puede él juzgar la importancia del servicio especial a que lo llama su comarca, y que sólo él puede prestar? ¿Negarse Enrique a prestar un servicio difícil y glorioso, y en acuerdo con sus simpatías? ¿O ha perdido la confianza en mi cordura y el tacto que me da mi pequeño conocimiento de los hombres? A Vd. le pesará privarse de tan gallardo compañero; pero a su lado de Vd., por razón de comarca y de influjo directo, no puede prestar el servicio decisivo y magnífico a que le llaman, respaldadas por mí, personas que tienen pleno derecho a su agradecimiento y atención. Es de tal naturaleza el servicio,—y tiene tal puesto en la situación general—que al recibir Vd. esta carta habrá salido tal vez Enrique, por el cable que le volveré a poner,—y si no ha salido, Vd. que sabe tanto de la oportunidad de ciertos hombres y sucesos, y de cada hombre en su suceso natural, le pedirá sostenidamente que acceda a mi ruego, y verá que emprenda viaje por el primer vapor.

Debo acabar, y contra mi voluntad, porque con Vd. hablo como conmigo mismo. Y será siempre así.—De una cosa no le he hablado, y debo. Luego de enviada la carta del General Gómez a Vd., recordé que en ella se aludía a mi viaje a México, como si de éste hubiese dependido alguna dilación. Si ese es el sentido, he de aclararlo. A México fui, aprovechando los doce días que faltaban para el primer vapor de Santo Domingo, porque al volver aquí, con mi parte hecha, aún no hallé las instrucciones y noticias que luego han ido viniendo, y me estaban

anunciadas para esa fecha: por lo que al ocio de doce días, en que no podría aún recibir carta alguna, preferí un viaje oportuno y provechoso, que distraía además la atención española, en días en que de un día a otro podíamos ya emprender la marcha. Vd. me ha visto a la obra: ¿tendrá jamás nuestra patria que esperar por mí? No.

A María, mi más fino cariño y a la casa de Pochet, callada e ingrata. Vd. quiera y entienda bien a su

JOSÉ MARTÍ

2

A JOSÉ MACEO

Noviembre 3 de 1894

Sr. Brigadier José Maceo

Mi querido José:

Lo vi una vez, que fue de hombres, y no podría olvidarlo. Todo mérito de cubano me parece mío, y creo que es de mi brazo todo el valor del de Vd. Y le conozco sus penas y quejas, sin que me las haya dicho, y se las endulzaré con mi cariño y mi estimación. De nuestras cosas, sujetas al pensamiento general de la guerra y a las combinaciones militares con Cuba, no le hablo en papel, ni necesito decirle que por mí nada tienen que esperar, ni los tendría un solo día alejados de sus afectos y quehaceres en cuanto para ese sacrificio dejase de haber razón, como la hay hoy. Yo nací para defensor, José: y en todo como en todo, seré su defensor. Lo que les dije, es, y cada día más cerca. En cuanto cesase de ser, se lo diría. Pero la tierra nos llama, y podemos ir. No depende de mí todo, y tengo mucho que vigilar; pero veo claro el camino. No menos claro que aquella tarde hermosa en que vi alejarse por el agua del golfo el bote cargado de mis bravos amigos. Yo no olvido. Ni abuso de las palabras. Pero quien ha defendido con valor a mi patria, y su libertad de hombre, es como acreedor mío, y me parece mi hermano. A todos saludémoslos. Y tenga un poco de cariño a su amigo

JOSÉ MARTÍ

3

A SERAFÍN SÁNCHEZ

[Noviembre, 1894]

Sr. Serafín Sánchez

Serafín:

El martes es su día, y el de gracias para el Cayo.

Gran desvergüenza de un grupo moroso del Camagüey, que quiso echarlo todo atrás, so capa de preparaciones no hechas. Y mucha labor de todas partes. Y para Roloff y Vd., reflexiones muy serias, sobre la gran dificultad—el modo de hacer lo que A. ayuda en Tampa, y acaso tenga que alterar, en parte al menos. Vea la dificultad. En manos de Cadet, de Lico Cadet, echado hoy de Tampa por espía, y por mí de muy atrás sospechado, como Ramírez, vi la circular impresa, en máquina, copia de la de Gómez a Roloff. A Rosendo me lo tienen infestado. Hay que llevarlo al Cayo, y rodearlo Vds. noche y día. ¿No le hicieron escribir una carta dando gracias por su vida al Cónsul español? El me lo explicó ya; pero vea qué cosa. Hasta el martes; e irá el encargo por expreso.—De Santo Domingo, todo bien, a pesar de la intriga del centro.

Quiera a su

J. MARTÍ

4

3 de noviembre [1894]

Sr. Serafín Sánchez

Serafín:

Ya no veo lo que escribo. Dos días seguidos a la mesa y sin noche. Pero sepa al vuelo, y con Vd. Roloff y Fermín, y Batista y Rogelio, y Raimundo, que mi silencio es trabajo,—y lucha activa por que no triunfe en Cuba la intriga que se nos quiere, a la hora de herir, clavar en el brazo. ¿Por qué nos rodamos hasta estos meses? Ahora el trabajo es mayor. Creo poder escribir para el martes con sosiego, y le irá carta expresiva a Carrillo, que ojalá Vd. pueda anticipar. Que no dé de mano a nada. Que nada se detiene. Que con instrucciones enérgicas acaba

de volver a Cuba, de Gómez, un comisionado que acaso fue a debilitarlo. Que se está enteramente a lo fijado en la Habana. Que Gómez, está enteramente a eso: él es quien insiste en depender de esa fecha, y a ella ha acomodado todas sus órdenes, y tengo yo,—que antes los tenía rematados,—que acomodar todos mis trabajos.—Y a Vd. le digo: mucho deshecho, y vuelvo a hacer. Pero estoy a pie firme. Sin duda el martes le hablo largo. Si halla a Gato por ahí, me le da un abrazo de hombre, sin decirle por qué.—Vd. no acuse por sus pocas letras, ni acuse Fermín ni Poyo, a quien es tan suyo, y lo piensa tanto, como su

J. MARTÍ

5

AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

New York, 3 de noviembre de 1894

Sr. General Máximo Gómez

Mi querido General:

Su carta última, especialmente grata, me halló dispuesto, como encargaba Vd. en la anterior, a recibir junto con ella a los comisionados que no la pudieron acompañar, y cuya venida por el vapor siguiente ya me anunciaba. ¿Qué le diré ahora, sino que los espero con los brazos abiertos, y con ansia grande; puesto que los trabajos que con la presencia de ellos han de hacerse, son de tal naturaleza que sólo con ellos presentes se pueden comenzar? Volveré a disponer todo lo que tenía dispuesto para continuarlos velozmente a su llegada, de modo de poder dejarlo ir, porque cosas como éstas han de ser hechas con muy poco aviso, y como de una picada. El ensayo ha sido un poco costoso, a pesar de mi incorregible economía; pero él me confirma la exactitud del plan meditado, y la posibilidad de realizarlo sin obstáculos excesivos. Vengan, pues; desde mi vuelta de Costa Rica y Jamaica, la situación, para nosotros de espera, es la misma de hoy y tal como en la memorable y querida visita de Vd. en abril la dejamos ajustada. Y de Cuba, nada le diré que por manos de Vd. no haya pasado a más de lo que le decía en mi última carta. ¿Y a qué entretenerlo desde aquí con detalles que cada día se alteran, y nada añaden a la situación general? Yo empleo mi tiempo todo,—puesto que en lo demás sólo me toca ya esperar,—en

esclarecer y uniformar la situación de Cuba, donde la traición anda suelta, y donde la forma de la traición parece ser ahora la de haberse introducido en nuestras gentes, so pretexto de ayuda, para aconsejar y lograr una demora tal que cause la perturbación adentro y el desbarajuste afuera, o dé tiempo que España acuerde un plan de ofertas que permita a los falsos revolucionarios abogar porque, por ahora, se desista de la guerra. Siguiendo esa clave nuevo cuanta prudencia puedo en Cuba, y procuro fijar allí las promesas y las responsabilidades.

Sobre la fecha hablé largamente a Vd. en mi anterior, y en esto es preciso evitar una especie de círculo vicioso que pudiera ser fatal. Nosotros aguardamos por ellos y ellos aguardan por nosotros. He aquí las palabras exactas de Collazo en su última carta, respondiendo a mi aviso sobre la conveniencia de anticiparse unos días si veían peligro o para evitar la sorpresa sobre una fecha demasiado anunciada: "*Estaremos listos el 18, lo que Vd. deberá confirmar con el aviso previo indispensable, y extraordinariamente necesario antes de iniciar nada, pues ese aviso es el todo*". Vd. lo ha ido dirigiendo todo sobre la fecha fijada al fin por Collazo y sus compañeros de acuerdo con los de Oriente, y con conocimiento de Carrillo, que por su hermano me pide noticia directa sobre nuestra intención decisiva, y noticia del Camagüey, que a lo sumo—a mi juicio—aunque sólidamente decidido a secundar, por sobre los que de allí se le quisieran oponer, limitará la primera parte de su acción a prepararse a recibir a Vd., sin alzarse en serio hasta que esto no suceda, a menos que el gobierno, contra lo probable en este instante allí, no los violente con la persecución. Vd., digo, lo ha ido dirigiendo todo sobre la fecha fijada por Collazo, en esas circunstancias, y después de enviarme detalles y mapa de la preparación amplia e inquieta de Occidente; y Collazo me dice que *mi aviso es el todo*. De nosotros esperan, pues, no la imposición de la guerra, que no puede serles impuesta cuando la tienen acordada y solicitada, sino instrucciones sobre la manera y momento de comenzarla. Avisado yo por Vd. nuevamente de la venida de los comisionados, que significa—salvos mar y muerte—el desatar a la vez toda nuestra ayuda en los quince días, poco más o menos, en que la tenemos calculada, reitero hoy las instrucciones que ya di, para remover por nuestra parte todo obstáculo que se pudiera oponer a esa fecha o a alguna cercana posterior, si hubieran tenido por alguna confusión que posponerla, y vuelvo a decirles que le será enviada nuestra ayuda dentro de los primeros veinte días posteriores al levantamiento. Y para limpiar la situación en Cuba, como creo mortal

que Occidente se levante sin Oriente, y de Oriente recibo—de Urbano Sánchez, a la vez que una demanda de dinero que por cable atiendo—una como noticia vacilante sobre "variar las circunstancias, que creo será muy pronto", totalmente en oposición con las noticias de plena disposición revolucionaria que, entre otros, me ha traído indignado de que se empezase ya, el hermano mismo de Urbano, Bernardo,—para limpiar la situación, e impedir el acorralamiento de la guerra en pequeñas fracciones incomunicadas, pido que se envíe enseguida de La Habana a Cuba quien escalone las fechas, y pase por sobre cualquier oposición tenebrosa e innecesaria. A Carrillo ya respondí por Serafín, y ahora le repito noticia de estas medidas. Al Camagüey escribo sobre esto al Marqués, y va de vuelta Elpidio Marín, que del Marqués mismo sabía la carta en clave que envió a Vd., y los demás detalles de la situación, y él, que por voz pública sabía la comisión de Alejandro va aparte de la carta, de él ignorada, al Marqués, a disipar cualquier confusión que allí pudiera haberse causado. Pero de ningún modo lleva Elpidio autoidad de dar por supuesto, ni sospechado siquiera, que Alejandro pudiese haber traído, confesa o encubierta, una demanda de demora. Es cierto que su primer conversación conmigo fue toda tendente a inclinar mi ánimo a una dilación que no justifica nada de cuanto sé, ni la oportunidad que hemos creado, ni la opinión de otros camagüeyanos de indudable valer y representación, ni el cable de Costa Rica que acabo de recibir, y dice así: "Familia Enrique (Loynaz) dice 'Imposible esperar más' (Maceo)". Es cierto que su segunda conversación aunque sumisa a la situación de urgencia de que me decía era portador por orden de Vd., tuvo por objeto principal demostrarme que no se había hecho por el Camagüey lo que el Marqués a Vd. y a mí ha ido comunicando, y con nosotros haciendo, y de que él se mostraba desconocedor. Es cierto que la inquietud y desigualdad de su conversación y la absoluta nulidad de ésta contrastaban penosamente con mi precisión y mi cariño y sólo quedé obligado a decirme por un cablegrama si al llegar, "había podido inclinar el ánimo de aquellas gentes". Y José Pujol, camagüeyano rico asociado con Barranco, vino de la Habana dando como prueba de que en el Camagüey no había guerra el que "Alejandro Rodríguez había ido con una comisión contra ella al General Gómez, y la cual Alfredo Costa, o Acosta, comerciante en Camagüey conocido, había contribuido con sendos centenes para los gastos de viaje". Desnudamente trato con Vd. este asunto porque es nuestro deber, y porque el hijo que tengo, si me le

falla a su país, o me lo engaña u oscurece, ni es mi hijo, ni lo defiendo contra mi patria. Pero la intervención del Marqués en este asunto, la confianza que Rodríguez ha inspirado a Vd., la afirmación, aunque ligera y como de paso, de que llevaba de Vd. ya instrucciones precisas e inmediatas, pesan en mi tanto o más, en cosa tan grande y decisiva como esta—el cuajo del país en el momento del cuajo de la revolución—como la relación íntima entre Rodríguez y Bernabé Sánchez, el carácter que el rumor interno del Camagüey da a la Comisión, la contradicción entre la actitud de Rodríguez al paso por aquí y la situación de que Vd. me le dice portador y él me ha dicho,—y el hecho de Pujol, que apunto antes.—Y en esto me he limitado a mi doble deber de vigilancia y confianza: si hay malicia, he puesto unidad suficiente para que se descubra a tiempo, pero sin la menor palabra, hablada o escrita, que dejase para hoy o después lastimado a Alejandro en el caso que la malicia,—como anhelo—no hubiese existido. Esas, pues, son las precauciones que tomo, para evitar trastornos, en Oriente, Camagüey, Villas y Habana. Ni he podido echar en saco roto, sino que de atrás le vengo presintiendo comunicando a Vd., la observación de la carta de Rodríguez que me incluye, y dice así: “Tal vez el plan de ellos es hacer que Vd. tenga confianza en algunos (traidores) para descubrir la verdad”. No pienso en nadie especialmente cuando digo esto: pero pienso en todo. Por eso, de mi boca, nadie sabe detalle alguno, ni el que va con mi barco sabrá de los otros barcos que van; ni Maceo mismo, a estas horas, sabe, fuera de lo suyo, a pesar de su natural impaciencia—y la de sus hombres alistados desde mi visita—más acerca, por ejemplo, de la parte de Vd., sino que aguardo un detalle que me permita poner los demás en movimiento. Los detalles de afuera con tanto bribón que se desliza cerca de cada hombre o grupo de hombres a quien suponen decididos, son de extrema dificultad por esa diafanidad e indiscreción que parecen entre nosotros inevitables. Pero la dificultad mayor creo que está en salvarse de la puñalada que, en el instante de obrar, han querido clavarnos en el brazo, creándonos dudas, confusiones, y demoras de aparente excusa, en los instantes más felices para la acción. A mí no me aturden, ni me sorprenden, y a Vd., ¿qué me lo van a aturdir, ni sorprender? De ningún modo obtendrían nada, dada la claridad y respeto con que nos hemos ido guiando, sino que estos fuesen conocidos, y que la revolución, mejor pertrechada en el descanso nuevo, volviese con fuerzas muy crecidas a la carga. Pero ¿y el desmayo y desconfianza del país al ver desapro-

vechada una ocasión propicia, y como perdida la ilusión que en su ánimo caído pudimos levantar? ¿Y el desorden creciente de los caracteres, y el creciente acomodo de los cubanos, cada día más venales, en ciertos grupos,—con la condición que a ojos abiertos los mantiene España? No lo quiero pensar. Creo que es ésta la hora sensata y propia para redimir.

Lo de Mariano Torres es como dije a Vd., y él mismo dice: que deseaba llegar a Cuba directamente, y solo, de Jamaica. Sobre recursos, bien recuerdo lo que a las dos de la mañana nos decíamos en el balcón del hotel: “¿Y qué pueden necesitar Vd. y unos pocos hombres? Alquilen una goleta como aquí la alquilan todos los días en la costa, que les costará \$100 o \$200. Y armas, ¿qué mucho van a necesitar?” “No, me dijo él; eso todo es poco, y creo que se podrá conseguir aquí”.—“Y si no, yo se lo mandaré”. Y se lo mandaré, cuando estemos al salir. Y más, para que no le detenga eso. Y él vino a mí espontáneamente, cuando me quedé solo, y se había ido toda la gente de entusiasmo vano. Si quiere, pues, podrá ir. El no parece desear que Vd. le pelee por la tierra por la que no pelee él. El es áspero y bueno.

¿Qué más le tengo que decir? Lo importante es lo que le dije al principio. Mucho hemos de fiar a la decisión y a la fortuna; pero al poner a prueba, dispuesto a la venida de los amigos que esperé, los métodos, rápidos y naturales que tenía estudiados, por medio de gente poca, y toda extraña a nuestras comidillas y chismes, y la parte que de acá se ha de hacer para las salidas, todo lo he tenido a punto de cerrarse, sin dificultad alguna visible, en caso de que la llegada de nuestros amigos lo hubiese hecho necesario. ¿No es ésa, de este hombre que vela tanto por los demás, la mejor carta que Vd. pudiera recibir? ¿y la que más halagase su bravo corazón? Aquí ceso, pues; cuanto Rodríguez le recomienda es poco. Yo aquí lo siento también, y salgo, y me esquivo, y creo que los tengo fuera de pista, por la absoluta soledad en que lo hago todo, y mis continuas entradas y salidas. Vengan esos nobles amigos, y en ellos me parecerá que lo veo venir a Vd. A Máximo lo espera Estrada. ¿Y mi Pancho? ¿Y Clemencia que me parece mía?—Gato y yo conversamos, como dos hombres de veras, la última vez que nos vimos: y Gato me dijo así: “Y al General me le ha de decir que hay una promesa que yo le hice una vez, y que la tengo muy presente, y se la he de cumplir”. “Cuideme a mi familia”, me dijo Gómez y cuando me lo decía, me pareció aquel hombre mejor que nunca. “Dígale que

yo no olvido eso, y que esté tranquilo: yo se la cuidaré". ¡Benditos sean todos los hombres naturales, únicos de quienes hay que esperar algo noble en este mundo!

Hasta muy pronto, pues.

Su

JOSÉ MARTÍ

6

A JUAN GUALBERTO GÓMEZ

Noviembre 3-94

Amigo muy querido:

Todo acá sigue su camino seguro, calculado exactamente por mi compañero y por mí para acomodarse a lo que Uds. han fijado. Pero allá me han de poner mano inmediata y muy sagaz, para evitar confusiones. Y no creo que puedan perder un solo momento. Llamo con toda insistencia la atención de Ud. sobre los hechos siguientes. Nuestro amigo Aguas Verdes<sup>82</sup> me dice en 20 de octubre, lo que sigue, y aquí pongo en la clave de Ud.: *estaremos listos para el diez y ocho*, y me pide *el aviso previo*, que en la carta adjunta doy ya como *definitivo*, por estar todo acá pendiente, *con las calderas encendidas, de que allá se empiece sin más pujanza que la necesaria para mantenerse hasta que lleguemos*.

Y además me dice: "en la parte *oriental* es fácil". Como es; y lo sé de sobra, por toda especie de pruebas espontáneas y diversas, y el informe revisado de cinco agentes viajeros. Pero, en respuesta a mi pregunta directa a U. S.;<sup>83</sup> he aquí lo que éste me hace decir: "El abogado,<sup>84</sup> a fuerza de instancia de los interesados presentes y ausentes se resolvía a hacer la transacción ahora, pero con las alarmas que ha habido nadie quiere ofrecer nada por los terrenos, de modo que la transacción sería funesta, y habrá que esperar varíen las circunstancias,

<sup>82</sup> Enrique Collazo.

<sup>83</sup> Urbano Sánchez.

<sup>84</sup> Urbano Sánchez.

que creo será muy pronto". Y me pide al mismo tiempo honorarios, que ya envié, por cable. ¿Qué es esto? A estas fechas el hermano<sup>85</sup> mismo del abogado acaba de venir, y dice que ya no puede haber más documentos que los que hay, y toda la prueba está adentro. Si el abogado domina o representa a los dos clientes *Lauret y Guillermo*, y éstos son los obligados con ustedes ¿cómo va a hacerse entonces para el tiempo deseado, o inmediatamente después, la transacción? Pido, pues, que sin perder un día envíen a *Santiago* quien aclare esta indecisión, exponga nuestro deseo y capacidad de transar enseguida y la oportunidad de ánimo de los interesados que puede no volver; y prescinda del abogado indeciso, si su incurable vacilación pudiera ser causa de que se perdiese, por la diafanidad ya creciente, y la imposibilidad total de mantener a tanto cliente necesitado en esta espera, la ocasión de acabar este asunto a satisfacción de todos los interesados. Eso es cosa de tal monta que Uds. la habrán visto y resuelto ya. Apenas quedará al enviado el tiempo de ir y avisar a Uds. *Occidente no puede levantarse sin Oriente y nosotros y lo que en Cuba seguirá a nuestras llegadas felices. Estamos todos pendientes de ese primer movimiento de la isla.*

Esto les servirá de clave, para asegurarse con tiempo, y no errar. Gravísima y tal vez fatal es *la demora* sólo conveniente a los contrarios, que acaso la han ingeniado y la fomentan. Grave también sería el iniciar la transacción entre los de una parte, cuando con un poco de diligencia, y dentro de la verdad patente, se puede obtener la aquiescencia de los de la otra, aunque haya que pasar por sobre alguna resistencia tímida o traidora. El momento requiere virtudes ejecutivas. Uds. componen el cuadro de dependencias, correspondencias, y trastornos posibles que por la brevedad no puedo trazar aquí,—enviarán la persona hábil,—y sorprenderán a los que acaso quieren sorprendernos, o todo lo asesinan con su vacilación. Ud., que lo autorizó, puede fácilmente entenderse con *Pancho*.<sup>86</sup> Yo nivelo la situación con los demás clientes. Aquí del ojo certero y de la mano segura. ¿Cuándo condiciones semejantes? Lo abraza y queda muy ansioso, y esperando cada correo sus cartas queridas y necesarias, que no vienen.

Su

M.

<sup>85</sup> Bernardo Sánchez Hechevarría.

<sup>86</sup> Francisco Sánchez Hechevarría.

7

A ENRIQUE COLLAZO

Noviembre 3 de 1894

Amigo querido:

Respondo a su última de 20 de octubre, con el placer natural de decirle que, en acuerdo con mis prevenciones y ansiedad natural que de ningún modo quiere decir precipitación, sólo tengo que reiterar y confirmar mi aviso anterior. La situación por mi parte no ha variado, y me autoriza plenamente a dar a Ud. desde ahora, y sin necesidad de más confirmación: el *aviso previo* que desea. Tomo por mi parte desde aquí cuantas medidas me son dables para ayudar a la posible *uniformidad*, y si un momento antes del que Ud. me señala, tuviera razón para detenerlos, o para creer, contra todo lo humano, que podría fallar *nuestro auxilio*, sólo a la salvación de los asociados atendería; por cable lo comunicaría a Ud. El aviso previo, pues, que me pide, queda desde ahora dado, porque nada hay en este instante, ni parece que pueda haber, para alterar *los planes que sólo dependen de ustedes*.

Insisto en la necesidad inmediata de escalonar *la fecha con Oriente* para dividir, desde el principio, la atención enemiga.

Y si el objeto ha sido, por la parte contraria, valerse de los que pasan *por nuestros* para mezclarse en nuestra labor y demorarla; dando tiempo a que afuera y adentro entre *el desorden, y de España* venga un plan suficiente para descuajar la actual resolución a la *guerra*, en tiempo lo he denunciado a Uds., para que se le opongán, y es preciso ganarles la mano. Ese es el peligro, y a Ud. toca vencerlo.

Lamento que en su carta no me venga la dirección a que pudiera mandarles los cables necesarios, o la respuesta a los que Ud. me envíe, que es en ambos casos cosa fácil y precisa. Puede registrar allí una palabra, y por cable mismo, y enseguida, dirigírmela aquí a *Baeza* que será para Ud. mi registro. Yo, enseguida, de cinco en cinco días, le iré diciendo por cable, a la dirección que me dé, la palabra *alza*, significando que todo sigue bien, y como le he dicho, y si recibe la palabra *baja*, que siempre sería con tiempo, significaría, contra todo lo visible, que debe *suspender* lo fijado para el *diez y ocho* y circularlo así, y esperar carta. No es lo probable; pero se debe prever. Ud. de allá

me telegrafiará. *Urgen piezas*, significando, de 5 en 5 días, que todo continúa como me lo tiene anunciado y sus palabras *suspenda compras* significarían demora grave: y *suspenda*, demora ligera. Espero impaciente el cable en que me dé su dirección telegráfica.

Para más detalles lea con la carta que le escribo, y es también para Ud. Un solo peligro real hay, y es el señalado. Uds. se desembarazarán de él.

¡Cuándo sustituiremos por cosa más grande esta pequeñez de las cartas! Ningún cable le tendré que enviar, sino *alza*.

Quede ésta, pues, como *aviso previo* que me pide. Nadie vela por Uds. mejor que su amigo

MARTÍ

Para C.

8

AL GENERAL ANTONIO MACEO

New York, noviembre 10. 1894

Sr. General Antonio Maceo

Amigo querido:

¡Noviembre 10, y aún le tengo que escribir! Me llena de alegría su carta del... donde me anuncia las órdenes de Vd. a Cuba, en que tengo mucha más fe,—mucha más—que en las extrañas composiciones de última hora en Santiago, con que indudablemente se ha querido ganar tiempo, para desviar y descubrir la revolución. ¿Por qué enviar a Lacret a Cuba? ¿Cómo vuelve Lacret con el nombre y el hermano de Sánchez y éste mismo me escribe por conducto de Rafael Portuondo, entre sí y no, y un mes después, dos días hace, me envía una carta firmada en que declara su resignación absoluta a lo actual, y desiste de toda acción de guerra?

Así está de ese lado, en conexión con la Habana, esa liga de que parece esperarse más de lo justo como fuerza de arranque. ¡Ah; rompan por fin! volaremos: ¿no me conoce Vd. el alma? Obedézanmele, sin esperar por esos hombres a quienes parece que se puede tachar una vez más de traición, y ya nadie puede tener pretexto de ojeo innecesario,

ni de mortal demora. Nada me sorprende. He previsto el bien y el mal. De todo nos salvaremos. Si se hubiese dado tiempo, sin necesidad a que la traición nos conociese y entregase,—si hemos dado, por injusta dilación, modo de que vengan a ponerse a la cabeza de una situación tan feliz los agentes del Gobierno Español,—vigilo y habremos conquistado un derecho grande. Pienso y callo. Déjeme callar.—Ahora, sin haber faltado aun los de Cuba a una fecha que estimo tardía,—dispuesto aquí todo por mí de modo que,—según el ensayo que felizmente acabo de hacer—salgamos con dicha y secreto, y tenga Vd., allá lo que le falta para sus labores,—anunciado por Gómez el detalle a que he de subordinar todos mis actos,—porque no soy yo el director militar de la guerra, que hubiera podido y debido ya empezar,—réstanos aguardar impacientes, y tenerlo todo a punto por nuestra parte como lo tenemos; a fin de obrar con rapidez en un instante que ya parece inmediato; o de salvar las reservas, para nueva y más libre campaña, en vez de hundirlas, sin esperanzas de renovación, en gastos que se pueden evitar. Por eso, al recibir un cablegrama de Vd. anunciándome que le serían necesarios “*para cerrar el negocio mil quinientos pesos*” seguido de dos palabras ininteligibles en cifra, le pedí que me las repitiese, y después de esperar dos días en vano la repetición, telegrafíe a Vd. en acuerdo estricto con la situación: *cierre negocio seguridad absoluta pago momento realización unamos energía reservas*. Eso he hecho yo aquí, caldeándolo todo y teniendo a punto todos los embarques, sin haber gastado en esos preparativos, que el General Gómez me pedía tener dispuestos para el detalle que no llegó, más que \$450.00, a cuenta de lo que en la realización se había de pagar. La seguridad del pago es absoluta y nadie le ha de exigir, ni a nadie le ha de consentir Vd. pago adelantado por servicios, que acaso no se hagan. Descanse pues. Pero si, por dilación que no será jamás justificable, hubiésemos caído en un instante enemigo, y de Cuba no rompiesen a sus órdenes, como con toda el alma anhelo, ¿desmigajaremos lo que con tanto dolor hemos conquistado y se nos ha dado con la última fe? No: lo salvaremos: y Vd. es grande a mis ojos, y no me afligirá, sino me ayudará a salvarlo.

¿A qué decirle más? A Vd. se me va un abrazo muy largo; pero, midiendo y vigilando, acaso hablase con un poco de amargura. La omitiré.—Enrique desconoce la importancia y responsabilidad de su desoimiento: por cariñosa generosidad no insisto aquí, a reserva de insistir por cable antes de que llegue esta carta, si fuese necesario. Erró al suponer que podría ir en dependencia que le fuese desagradable. Y en

cuanto a sacrificios ¿no estamos empezando? ¿Cómo no me repitió la cifra que debe ser esencial a su cablegrama? Vd. imagina los esfuerzos y cuidados que en este instante preocupan u horrorizan, pero no ofuscan ni agobian a quien lo quiere a Vd. tanto como su,

JOSÉ MARTÍ

9

A EDUARDO H. GATO

Nueva York, noviembre 10 de 1894

Sr. Eduardo H. Gato

Amigo querido:

Esta no es la carta que le quieró escribir y que mi patria le debe. Cuanto hay de hermano en mí se ha conmovido con su carta sencilla; —con su noble acción adquiere un amigo para toda la vida.

Aquí me tiene. No me desdeñe: que pocos lo conocerán en toda su verdad ni lo querrán con mayor ternura.

Padezco, vigilo y espero, y sólo hablo para juntar y empujar. Sobre el corazón guarde este acuse de recibo informal que con el corazón le envío.

Llegaremos por sobre todos los obstáculos. Si no fuera la hora, por culpa jamás mía, de hacer nuestro grande esfuerzo, yo le daré a guardar los \$5,000 hasta que sea la hora. Yo no llamo hermano a todos los hombres; déjeme llamarle hermano.

Su fiel,

JOSÉ MARTÍ

10

A SERAFÍN SANCHEZ

New York, noviembre 10 de 1894

Sr. Serafín Sánchez

Mi muy querido Serafín:

Ante todo, quítese una pena; lo que nos habíamos prometido, aunque para la última hora de la convicción y la necesidad haya dejado alguna parte de mi pensamiento, ha estado a su hora dispuesto; todo lo que

depende de mí, absolutamente todo, está dispuesto como Vd. mismo, y ensayado con éxito como si fuera a suceder: si alguien no está en Cuba, o ha dejado de hacerse algo—de lo mucho, y acaso todo, que ya se hubiera podido hacer—no consiste en mí, sino que se ha hecho sin mi consejo, y contra él y mis angustiosas súplicas: si aún estamos esperando, no pende de mí: desde el 22 de junio, en Jamaica, estaba como estoy hoy; y desde entonces aguardo angustiado, viendo crearse a nuestro paso obstáculos e intrigas que pudimos evitar—evitarlas todas—yendo al llamamiento de Cuba antes de que, según temo seriamente, se haya puesto en Cuba un alzamiento tan fuerte y tan bello en manos de sus enemigos. En cartas no quiero hablar, ni quiero censurar. Pero no desconsuele un corazón como el mío con la menor injusticia. ¿Qué me da fuerzas, contra tanta pasión y maldad que conozco mejor que Vd., sino el cariño, que no quiero ver nublarse, de los pocos hombres desinteresados y sinceros a quienes puedo amar de veras, y con los que será libre nuestra patria? ¿Qué: olvida, Serafín, que yo, en cosas militares, he debido ser, con paciencia inflexible, mero y enérgico auxiliar, como he sido, a un grado aún mayor del que Vd. sospecha? Básteme decirle que nadie, ni en actos ni en dinero, ha tenido que aguardar por mí: que su opinión fue la mía siempre, y la transmití y apoyé porque es la voz justificada y notoria del país. Ahora, anunciado todo, aunque sujeto a una acción interior que dudo, y no sujeto por mí, sino a despecho de mis intimaciones y las de secciones muy importantes de nuestra obra, —todo lo tengo dispuesto, y lo acabo de ensayar totalmente, según constancia escrita y registrada, tal como lo tenemos meditado, y como he podido hacerlo, y lo he tenido anunciado, desde el mes de agosto —anunciado desde junio. ¿O me quería indisciplinado y usurpador? Y ¿a dónde hubiéramos ido, y qué división y descrédito no surge, si entro por campos que no eran míos? Dígame enseguida que me entiende y me quiere. Aguardo con el corazón atravesado. Yo vigilaré y salvaré. ¿Cómo rehacer esto si se perdiera? ¿O debo desvanecerme en gastos fútiles, y el empuje de mi fe quedar para siempre anulado? El problema es dudar, empujar, tenerlo dispuesto todo, y a modo de salvarlo si la dilación injustificable nos ha privado de la condición feliz en que pudimos comenzar. Descanse en su amigo. En tanto, avisado todo, y no fallidas aún las esperanzas anunciadas, para lo que aún es futuro, sigamos a la capa, y con aparente desorden, haciendo cuanto hay que hacer. En carta no puedo decir más. Bien está el ánimo; atiendo hoy a Aurelio. Lo de R,—tal es su visibilidad—y aun cierta flaqueza suya—como la

que por conducto de López le hizo escribir una carta de gracias al cónsul Solís cuando su prisión,—y su amistad con hombres como Cardet, y el Ramírez indudablemente dudoso que lo acompañó, que a menos que no se le llame con total engaño, habrá que prescindir de él.—O yo me buscaré mi modo, si ya no lo hubiesen arrimado Vds. por allá.

Al dedillo me sé la carta en clave, y todo será en tiempo atendido, salvo dos detalles, que lo serán en lo más posible: ¿olvida que lo de Vds. lo tienen íntegro, y tal como me lo encargaron, desde noviembre? Añadiré cuanto sea dable. Ya he añadido.

Mil pequeñeces me mortifican en este instante, y roban el tiempo: y la indecible angustia de Cuba, y del precioso tiempo que hemos perdido. Jamás culpe de él a quien más lo ha llorado. Aquí quisiera tenerlo a Vd., pero no puede ser; con Vd. me desahogaría, me fortalecería; pero no tema: conservo el juicio claro y sé de tormentas, y aunque se echen a comerme las entrañas, yo las sacaré triunfantes en el puño. Ya Vd. sabe cuáles son mis entrañas: la libertad de nuestro país.

Lo de ese nobilísimo Gato, ya yo antes se lo advertí, y era preciso, sobre todo desde las exigencias de la Habana. Hecho está, y es un gozo poder amar más a un hombre bueno. Lo adiviné. No lo dude.—Su esfuerzo me deja totalmente tranquilo, con la tranquilidad que necesitaba. Si no se hubiese de usar hoy, por amarga desdicha, él será su guardián,—hasta que lo usemos. No cejamos, Serafín. Convérsele de ésta al buen Roloff, a quien por no poder escribir con el contento que quisiera, no escribo. A Raimundo, mi estimación profunda. ¿Y a Pepa?

Quiera mucho a su

JOSÉ MARTÍ

11

A JUAN GUALBERTO GÓMEZ

Noviembre 10 de 1894

Amigo muy querido:

Nada me sabido aún sobre un punto que ha venido a ser capital, y del que aún no deseo hablar, ni decir más, en mi justa angustia,—y con la prueba ya casi innegable de una gran maldad—que lo que en mi anterior dije a Ud. Básteme decir a Ud. que la persona abonada por L.<sup>87</sup> como buena,—y cuya entrada en estos asuntos jamás entendí,

<sup>87</sup> José Lacret Morlot.

ni la de L.,—la persona de que ya en mi anterior le decía el consejo de espera, después de haber ella fungido cerca de Uds. por L. como la apremiadora, me acaba de escribir con su firma, después de demorar un mes la respuesta que le pedí y pudo dar por cable, confesándose para siempre resignado a no intentar nada para salir de su condición actual. Y ahora hace decir que T. Y. ha denunciado a G. M.,<sup>88</sup> que en estos últimos meses sólo con S. ha tenido que hacer, en actos de que tengo aquí persona viva. En la disciplina y encaje a que yo más que nadie estoy obligado,—y que no romperé, por razones de largo alcance—cúmpleme sólo aguardar noticias de Uds.—que, por otros arreglos, me veo obligado a pedir con extraordinaria urgencia, y a vuelta de vapor. Callo, vigilo, y salvaré. Un abrazo, y la constante admiración de su

J. M.

## DE PATRIA. NUEVA YORK

10 DE NOVIEMBRE DE 1894

1. AL DIARIO DE LA MARINA
2. INÚTIL IRA
3. LA PROMESA DEL MIEDO

<sup>88</sup> Guillermo Moncada.

**AL DIARIO DE LA MARINA**

*Sobre su artículo "Exageraciones", y un plan supuesto del  
Partido Revolucionario Cubano*

Tarde, y por mano amiga, llega a *Patria* un artículo del *Diario de la Marina*, del 11 de octubre, titulado "Exageraciones", donde, con el motivo visible de una respuesta a *La Lucha* y *La Unión Constitucional*, de la Habana, describe "un plan revolucionario del señor Martí", da por terminados "los ligeros temores" que el plan sorprendido pudo haber inspirado, con el anuncio de "esa satisfactoria noticia a Madrid", y afirma concretamente sobre la organización revolucionaria en Cuba hechos falsos de que sólo toma nota *Patria*, porque más no es menester, para desmentir en alto la relación toda, como apurada y nimia tentativa de reducir la agitación unánime de Cuba a una intentona foránea, local y descubierta, y para recabar ante la historia el honor de haber dicho siempre la verdad sin miedo,—sólo comparable a la vergüenza de combatir a un adversario noble con la mentira y la alevosía.

Para unir en acción común a los cubanos en el extranjero nació *Patria*, y para salvar la revolución inevitable, por el acuerdo oportuno y sincero de sus elementos útiles, del desorden a que la dejaban ir los que, anunciándola siempre en lontananza, cuando no ofreciéndola encubiertamente, nada hacían para expurgarla ni componerla, o la exasperaban de antemano por su insinceridad y celoso encono con el español, y su pigmeo desdén de los cubanos productores. Se fundó *Patria* para poner en la revolución aquel espíritu de justicia cuyo desconocimiento en las prácticas de la guerra, de parte de nuestros revolucionarios seño-

riales, echó en brazos de España más guerrilleros, en el desconsuelo de una aspiración engañada, que los que se ganó por la paga o el terror. Para la política positiva de Cuba, y de Puerto Rico, se fundó *Patria*, que los elementos indecisos de Cuba, celebrados al fin por los que la corrompen y la invaden, abandonaban al azar tremendo, mientras que en la verdad íntima reconocían, desde las sillas cuadradas de *Patria* en New York, o las sillas giratorias de los bufetes habaneros, la imposibilidad radical de obtener de España las libertades eficaces que en público convidaban al pueblo cubano, por desusado permiso de la conciencia, a pedir y aguardar con fe. Extinguiérase de nuestra parte la certeza racional de que Cuba quiere la guerra, y la puede, como el más breve medio de ponerse en el dominio urgente de su capacidad, y del bienestar que ya otros pueblos semejantes le disputan, y nos parecería, en nuestra conciencia revolucionaria, no menos que robo el defender la posibilidad de la guerra un día más: nos parecería que las manos de los hombres y los árboles de los caminos, nos gritaban: "¡ladrones!" *Patria* se creó para tener dispuesta toda la suma de guerra posible, y tenerla ofrecida al país, sin más prisa que la que suele necesitarse en especiales ocasiones para salvar una obra santa de la rivalidad o la traición. Y esta obra, de afirmación toda, excluye el debate, agrio y mortatorio, que la afearía o perturbaría. ¿A qué palabras, en tiempo de hechos? Lo que se hace es lo que queda, y no lo que se dice. La lengua es fofa, y el brazo es membrudo. Ni en Cuba hay más que un enemigo que combatir. El cubano monstruoso que lealmente sirva a España, no es enemigo de contar, por su gran rareza, y por lo enorme de su delito. Ni el español es enemigo en Cuba, ya porque el arraigado y bueno que es de suyo rebelde y liberal, aunque a su modo autoritario y crudo, amará una revolución que lo emancipe de los poderes que en su patria misma anhela destruir; ya porque los soldados forzosos, abanderados en los últimos veinticinco años con las ideas humanitarias, no son obstáculo suficiente, ni los logreros de profesión, para rechazar la arremetida franca y de alma cordial, de los cubanos libres. El enemigo único en Cuba es la ingénita cobardía, ayudada en estos últimos tiempos con el feo interés, de los cubanos agrupados en los usos menores de la inteligencia por igual desamor a la mudanza y al sacrificio, a quienes es inútil tratar de convencer de aquello de que su conciencia les tiene convencidos, y a cuyo pavor o comodidad el ejemplo de la abnegación ajena sólo mueve a plebeya ira. Como a hermanos los tratará la revolución, y ellos, incapaces de su grandeza, la negarán en lo que le saben de más puro, o la morderán

como comadres, o se sentarán, inicuos, en sus consejos, para clavarle, con la mano de la amistad, el puñal sonriente. Y esa porción inevitable de la naturaleza humana, que en todos los pueblos con unos u otros nombres aparece,—con el de afrancesados en España, con el de francos en Córcega, con el de imperialistas en México,—esa suma fatal de resistencia a la creación que demanda desacomodo y desinterés, sólo se vence a fuerza de empuje de los desinteresados,—a fuerza de empuje, de olvido y de amor. Por eso *Patria* desdeña controversias insinceras e inútiles, y sólo levanta de su propia voluntad los casos de hecho, para que se la deshonre y confunda si miente, como levanta hoy las aserciones de *El Diario de la Marina*, en justo castigo de la ignorancia desleal, o de la mendacidad censurable.

He aquí en lo que a *Patria* atañe, el relato de *El Diario de la Marina*.

Lo que ha ocurrido en este asunto, es que se tuvo noticia en el Gobierno de que algunos elementos, muy escasos en número y sin contar con el apoyo de persona alguna significada y de arraigo e influencia, siguiendo instrucciones enviadas desde Nueva York por el señor Martí —el cual aún no se ha querido convencer de lo bien hallado que el país entero se encuentra con la paz—se agitaban en un pueblo de la provincia de Santiago de Cuba, pretendiendo encontrar apoyo para un levantamiento separatista.

El Gobernador general, que conocía esos manejos y el estado de la opinión pública, se limitó a dar las órdenes oportunas a las autoridades de aquella región, y a poner los hechos, significando la poca importancia que revestían, en conocimiento del Ministerio de Ultramar.

Las instrucciones que dichas autoridades recibieron fueron tan oportunas y tan bien ejecutadas, que sin recurrir a precaución extrema alguna, ni siquiera a hacer ningún alarde de fuerza inusitado, ni menos a adoptar medidas de carácter personal, desaparecieron los ligeros temores que había hecho concebir la estéril agitación de los que secundaban las instrucciones del señor Martí en aquella provincia; y pudo el Gobernador general anunciar esa satisfactoria noticia a Madrid, cumpliendo el mismo elemental deber que le había impulsado anteriormente a comunicar los informes que recibiera de sus delegados en Santiago de Cuba.

Los agitadores acostumbran siempre a exagerar los recursos con que cuentan, y uno de sus medios de acción consiste en fingir el concurso de elementos lejanos, para decidir a aquellos otros cuyo apoyo se busca. Esta tarea la realizaron en diversas regiones de esta isla algunos agentes del señor Martí, pretendiendo hacer creer en Puerto Príncipe, por ejemplo, que las provincias de Santiago de Cuba y de Santa Clara secundarían

cualquier movimiento, y en estas últimas, que Puerto Príncipe y la Habana no aguardaban más que la iniciativa de las otras para levantarse en masa.

El plan es infantil, más que infantil es burdo; pero la autoridad no debe quedar jamás desprevenida, pues si es imposible realizar hoy ningún movimiento importante en sentido sedicioso, no es difícil que una veintena de hombres que no tienen nada que perder y sí la esperanza, aunque sea infundada, de ganar algo, se lancen engañados por falsas promesas, en el camino de la insurrección. Testigos de ello las recientes intentonas de Purnio y de Lajas.

En estas circunstancias, el Poder público no debe perder su serenidad, pero tampoco debe descuidar medida de precaución alguna de las que dentro de los recursos ordinarios tiene a su alcance. Una intentona anunciada y aun pregonada, cuyos menguados recursos se conocen, no puede inspirar temor, porque es lo más probable que fracase antes de nacer; pero siempre debe encontrar a la autoridad prevenida para destruir la al primer amago.

De ese relato, que *Patria* copia íntegro, para rechazarlo íntegro, sólo tres afirmaciones importa levantar. No es verdad, sino falsedad absoluta, que el señor Martí haya enviado instrucciones para un levantamiento separatista en Santiago de Cuba, ni que jamás haya solicitado allí de elemento alguno, ni en ninguna otra parte, más que opinión y consejo, o declaración precisa de participación revolucionaria, en los casos siniestros en que se ha usado sin razón de determinado nombre, o so capa de guerra se ha entrado en ella para averiguarla y acabarla. No son los veinte mil soldados de España, que es número diez veces menor del que perdió en la primer guerra de Cuba, lo que pudiera contener, o perturbar, en cualquier hora propicia, el alzamiento de la Isla; sino la traición quien puede únicamente ganar batallas incompletas a la revolución que la esquivo y persigue, y que conoce, hombre por hombre, sus métodos y recursos. Es falso que el señor Martí haya rebajado una misión tan vasta como la que el Partido Revolucionario le impone,—la misión de preparar con todos los elementos de Cuba una guerra generosa para una república sincera,— a la escurridiza y culpable instigación de un alzamiento en un pueblo aislado. Se reta a *El Diario* a que exhiba las pruebas de lo que sin ellas osó afirmar; y puede en alto decirse que no hay, en la Isla toda, un hombre solo a quien importune o solicite de guerra el Partido Revolucionario. Si lo hay, muéstrase. Exhiba un documento, denuncie una conversación. La revolución cubana no anda de mendiga. Acepta:

y sólo pide a los que la aman y conocen. Y obedece al país para quien se hace. Vana es, en verdad, y gastada, la tarea, en que andan manos que debieran emplearse en más puros oficios, de exhibir como mero aventador de uno u otro rescoldo que dejó la guerra, al Partido Revolucionario, cuyo objeto confeso, con métodos claros que desafían la menor prueba de hecho en contra, es tener compuesta en el extranjero, a disposición del país, la guerra que él en su esclavitud y condición de isla no puede ordenar, y ligar desde estas preparaciones todos los elementos justicieros de Cuba, para que a la pelea imprescindible suceda la república que en su plenitud llevará asegurada su moderación. Intentona no es lo que se agita en Cuba, sino el honor y la razón del país, que se siente otra vez fuerte, y sólo puede sofocarse, durante breve tiempo, por el miedo justo a la traición que le anida en las entrañas. Testigo preparado, el Partido Revolucionario aguarda el mandato de su pueblo. Si Cuba puede, él puede. Si Cuba espera, él esperará. Para la revolución, esperar es crecer. Désele descanso, y arremeterá mejor. La impaciencia es cualidad de los hombres ínfimos, a quienes perturba la pasión del éxito. El desinterés espera, hasta triunfar de tal modo que le quepan en los brazos sus enemigos. Los fuertes, ni ofenden ni solicitan. Si hay un solo cubano a quien el Partido Revolucionario haya instigado a la guerra, muéstrase. Es falso que el señor Martí haya instigado un alzamiento particular y reciente en un pueblo de Santiago de Cuba.

No es verdad, sino falsedad absoluta, que “los agentes del señor Martí finjan el concurso de elementos lejanos, pretendiendo hacer creer en Puerto Príncipe, por ejemplo, que Santiago de Cuba y Santa Clara secundarían cualquier movimiento, y en estas últimas que Puerto Príncipe y la Habana no aguardaban más que la iniciativa de las otras para levantarse en masa”. Así asesinó España, cuando el Zanjón, la revolución en Cuba, diciendo a las Villas cuando no era cierto que el Oriente se había ya rendido, y engañando al Oriente con la supuesta entrega de las Villas. Pero ¿qué esperanza de éxito, en pleno vapor y telégrafo pudiera tener desde el extranjero quien afirmase en Cuba lo que ella a cada paso, en el contacto natural de los hombres afines, tiene ocasión de desmentir? Rétase al *Diario* a que exhiba prueba escrita o de persona de la afirmación inexacta de que “los agentes del señor Martí exageren los recursos con que cuentan”, según en ese mismo párrafo insinúa, o “finjan el concurso de elementos lejanos”. Se reta al *Diario*,—porque el señor

Martí no tiene un solo agente en Cuba. No tiene un solo agente en Cuba el señor Martí. La revolución que en Cuba haya, de Cuba es. El acuerdo que quisiese tener con el Partido Revolucionario, de su voluntad lo tendría. El respeto del Partido Revolucionario a la patria es tal, tan honda su certidumbre de la espontaneidad y vigor de la revolución, y tan vehemente y preciso su concepto de la dignidad cubana, que no la ofende con estímulos ni espuelas. No hay, de un cabo a otro de la Isla, una sola persona empleada por el Partido Revolucionario para fomentar sus propósitos, ni provocar, ni acelerar la guerra. Acaso la guerra brota de todas partes en Cuba. Acaso “los delegados” del gobierno en Santiago ven tan de cerca su vigor que aconsejan al gobierno que la demerite, sin caer en que sólo revela lo que la teme cuando cree necesario apartar de ella los ánimos, aludiendo por boca del *Diario*, como de paso, a “sus menguados recursos”. Acaso la guerra llega ya tan cerca del estribo que España ha creído necesario mudar, con un nuevo subterfugio, toda su política, y clavar tal vez en la revolución a los que se le prestan de puñal, para dar tiempo, con su falso auxilio, a que se prolongue una situación que pudiera desmigajarse, o a que se aturda y vacíe el Partido Revolucionario, que ni se aturdirá ni se vaciará. Acaso quiere Cuba la guerra, y la puede. Pero es falso que agente alguno del señor Martí, o comunicación alguna, “exagere los recursos o finja elementos lejanos”.

No es verdad, como el *Diario* sugiere, que el Partido Revolucionario haya movido, ni dispuesto, ni apadrinado, ni ayudado con “falsas promesas”, ni con promesa alguna, “las recientes intentonas de Purnio y las Lajas”. Medida de la honra propia, en diarios y en hombres, es el respeto en que se tiene la honra ajena. El que no respeta la honra ajena, no respetará la propia. A quien combate a espada limpia, sólo los de asesino corazón, cubanos o españoles, pueden buscarle con la navaja los costados. No a escondidas ni a medias palabras, sino faz a faz de un pueblo ebrio de entusiasmo declaró el Partido Revolucionario, cuando aún podía estar en pie en nuestros montes el alzamiento de Purnio, que a él se iría con todo empuje, si por él se había anticipado la guerra en Cuba, pero que él no era obra del Partido Revolucionario. El único manifiesto del Partido Revolucionario,—que en ningún documento privado o público ha azuzado a la guerra al país, ni ha necesitado más que conformarse con amor y presteza a su voluntad,—vio la luz en los días mismos de aquel acontecimiento, y afirmó la irresponsabilidad del Par-

tido en él. Pero si no le hubiese superado en belleza el espontáneo y cuantioso donativo de los cubanos de Key West a la revolución, después de haber desaparecido el movimiento en que acababan de poner la esperanza durante catorce años comprimida, hubiera sido tal vez el más puro y hermoso acto del Partido Revolucionario su espontánea denegación, en los días mismos de Purnio, de una gloria que no le pertenecía, frente a frente de un pueblo febril, de un pueblo de veinte mil corazones, que, a la sombra de las banderas acribilladas y las banderas nuevas, vitoreaba al Partido como autor del alzamiento. Pudiera tal vez tildarse con razón de villanía a los que, ante hechos tales y tan notorios, afirmasen o apuntasen aún que el Partido Revolucionario provocó el alzamiento de Purnio.

¿Y las Lajas? A su tiempo—porque el Partido Revolucionario lo sabe siempre todo a tiempo, y lo investiga y confirma, para salvar después con su prudencia al indiscreto o castigar después con su energía la traición—a su tiempo supo el Partido Revolucionario cómo andaban por Cienfuegos personas dudosas, y sospechadas de oficios policiales o de venalidad, que no obedecían a agencia revolucionaria alguna, fomentando una intentona que creía hallar allí fácil acogida. ¿A quién iba a aprovechar en Cuba la intentona? ¿Se quería alarmar al gobierno en España, o dar allá pretexto para la conservación del estado de guerra a los que en él, de Cuba y de España, trafican? ¿Se quería mostrar por el gobierno en Cuba la capacidad, fácil por cierto, de sofocar un movimiento por él mismo alzado? ¿Se quiso componer un alzamiento ficticio, y de seguro fin, para darlo como obra nimia y atentatoria del Partido Revolucionario, y quitar a éste el crédito que goza por su obra mayor, continental y humana, y por su cautela y su desaprobación de toda tentativa personal o aislada, o de menor grandeza que la que requiere la Isla? Lo que el Partido Revolucionario hizo,—en vez de aprovecharse, como mero agitador, de esa ayuda innecesaria, como de tantas otras de mayor claridad de que habría podido asirse,—fue precaver a la comarca, según prueba personal y escrita, de la intriga, a todas luces española, en que podría caer, y desautorizar plenamente allí todo alzamiento que se cobijara bajo su nombre. ¿A qué la rama, que agita el viento enemigo, cuando se siente, bajo la tierra toda, crecer ya la selva? —Es falso que el Partido Revolucionario promoviese “con falsas promesas, las intentonas de Purnio y las Lajas”.

Desmentidos así los hechos que el *Diario de la Marina* afirmó, en asuntos de tal gravedad que no se puede sin pueril ligereza asegurar en él lo que no se sabe de cierto, ni contra lo cierto sin verdadera alevosía, cesa aquí en este tema la tarea de *Patria*. No se desmienten estos hechos tanto porque sea ya necesario, sino por asir la ocasión de contraer ante la patria ansiosa, que tiene derecho a la verdad, la responsabilidad de estas declaraciones formales. A acelerar en Cuba, por un esfuerzo inevitable y posible, el advenimiento de una situación decidida y próxima, digna de su puesto en el continente y de su hora en la humanidad, se consagra, sordo a la ira y a la provocación, el Partido Revolucionario Cubano, no a azuzar con promesas engañosas intentonas de mozo, que entreguen al país a peligros que de ningún modo serían mayores que el de la ocupación creciente de todos sus medios de vida por el sobrante vicioso y famélico de una nación incapaz y desocupada, con la ayuda inicua de los cubanos que resulten favorecidos, como favorece la tiranía a sus instrumentos, en la consumación del desalojo de los cubanos en su propia patria. De esa inmoral y funesta complicidad,—muy distinta de la unión viril del español y del cubano en el goce común de una república cordial, de donde el padre jamás será expelido por el hijo,—es de lo que debe, por insincera e incauta, guardarse Cuba: de esa liga,—insegura siempre para el español bueno, por el descontento cubano que ella no ha de calmar, y no menos que parricida para con el cubano mismo,—entre los españoles que con el nombre de las reformas, abierto a todo, como la mujer fácil del Evangelio, procuran sustituir a los españoles privilegiados, y los cubanos incapaces para obtener de España una promesa siquiera de concesión que no sea en realidad obtenida por el Partido Revolucionario, con la mira española de desviar con una esperanza perturbadora la amenaza de la guerra. Esa fatal demora en depurar los componentes devorantes de la sociedad cubana, antes de que la invadan y ocupen por completo,—como no la habían nunca invadido,—los elementos viciados y codiciosos de una nación atrasada; e incapaz esa fatal demora, imperdonable en hombres de pensamiento varón, y de rudimentaria capacidad política, es el peligro único de Cuba, no el pueblo cubano, ya preparado para la libertad; no el cubano negro, que a la idea de raza,—que sólo los blancos advenedizos y los mestizos encubiertos recuerdan o enconan,—antepona la idea de la patria, con la caridad que da la larga desdicha, y la moderación que viene del trabajo real, y el trato hermano con los hombres justos. Ese es el peligro en Cuba,—no las intentonas que el Partido Revolucionario no ha fomentado jamás, y de las que no ha querido aprovecharse nunca.

A más altas obras está el Partido Revolucionario obligado; y libre del aturdimiento que oscurece el juicio—y aún suele tristemente nublar el honor—de sus enemigos, marcha sereno, entre las dificultades de la distancia y las redes, que le tiende la traición, al fin de componer las fuerzas de la emancipación de Cuba, de manera que la Isla, de su pleno acuerdo y con cuanto auxilio pueda esperar, conquiste por una guerra cordial y franca para el español, y capaz de olvido sincero para los errores o tardanzas de los cubanos, la independencia que permita a Cuba, con las fuerzas desconocidas y reales de su población sesuda y laboriosa, desenvolver en el continente a que pertenece la riqueza americana que a sus rivales aventajados le disputan, antes de que, por la cobardía o la incapacidad disfrazadas de augusta prudencia, se convierta Cuba en asiento definitivo del sobrante imperioso e infecundo de la desmadejada y turbulenta nación española. En la vida nueva y creciente de América, y en el roce amigo con los cubanos aleccionados y creadores, se aprende política distinta, y más americana, que la que se aprende, de capa a capote, en los cafés de Madrid. No para predio holgado de la política aún feudal de España educamos a Cuba; ni a nuestros hijos educamos, en época tan noble y adelantada del mundo, para mantenedores y celestinos de los cesantes y pisaverdes, de Vigo a Jerez, que dan gala y picardía a la capa española. ¿Taberna nada más ha de ser Cuba, u holgazana cervecería de San Jerónimo, y fonda de las Cuatro Naciones? ¿O pueblo propio, trabajador, y americano? Esta, y no menos, es la obra de Cuba. Y ésta es la obra del Partido Revolucionario Cubano.

El objeto del *Diario de la Marina* fue harto patente, y se ve en el artículo como encubierto—y por cierto desdichado—manifiesto de la capitania general. Ayúdala los cubanos: los cubanos que cargaron sable o hule en la inicua guerra contra sus compatriotas, los cubanos que saludaban las glorias del ejército español cuando morían nuestra ancianidad y nuestra juventud por crearles la patria que habían de deshorrar. Mas no habla *Patria* hoy con estos cubanos o aquéllos, sino sobre la revelación falsa, y en realidad angustiada, de un plan revolucionario mínimo,—sin más base probable que la inducción, ayudada de traidores desorientados,—como medio de empobrecer ante el país la idea revolucionaria, presentándosela reducida a un plan mezquino y descubierto. Y ya queda en su cruz la infeliz habilidad. Falso es que el Partido Revolucionario haya fomentado en un pueblo de Cuba el alzamiento que se

dice sorprendido, como falso fue que fomentase el de Purnio y el de las Lajas. No por agentes intrusos ha logrado el Partido Revolucionario levantar amenazantes las fuerzas rebeldes de la Isla, sino porque éstas aguardaban sólo para batallar la unidad de propósito, y fe en el auxilio posible, que el Partido Revolucionario nació a darle, y le ha dado, sin caer en la trama pueril de las conspiraciones imposibles en tanto recelo y espionaje, sino por el modo superior y seguro de demostrar en esfuerzos crecientes al país, y sin cuidar de ser oído o desoído, su capacidad, su cordialidad, su cordura, su paciencia, su respeto, su cariño. Al gobierno español aloca esta revolución que siente bajo los pies, ya que no puede verle los hilos,—a la que ni siquiera un traidor de su seno pudiera venderle ni cortarle los hilos. Y es que hemos hecho, por medios sensatos, la revolución de las almas. Ese es el pregón que teníamos que hacer: el de anunciar a Cuba que estábamos disponiéndonos a servirla, y sujetos a su voluntad. ¿Cómo lo había de saber, si no se lo decíamos, ni lo había de creer ella, si no se lo demostrábamos? Cuba está determinada, y nosotros con ella, a intentar con todas sus fuerzas puras, y con cordialidad invencible para las mismas fuerzas impuras, la acción necesaria para poner al país en condición definitiva y digna de él, antes que la sumisión mal aconsejada a la política incapaz de una nación famélica, y nula en el mundo moderno, convierta a Cuba en mísera y satisfecha sentina de la población estéril y logrera de España. Pero nuestro pregón era salvo, porque no lo dirigíamos a la preparación tenebrosa, y siempre sorprendida, sino a la luz impalpable de las almas. ¡Enemigo: encarcela la luz, quema el cadáver de la luz, arrastra por las calles el cadáver de la luz! No puede el enemigo: y Cuba sólo sabe de nosotros que esperamos en pie, con la cartuchera ceñida, y con los brazos cruzados. —En cuanto al *Diario de la Marina*, sólo se ha de añadir que el empeño de rebajar al enemigo empieza cuando se ha cesado ya de desdenarlo.

## 2

## INUTIL IRA

Se nos habla de destempladas circulares de Cuba, a propósito de la revolución, y desviando al país de ella; y de destemplados periódicos de Cuba. No caerá *Patria* en destemplanza igual. La destemplanza ¿quién no lo sabe? es muestra cierta de debilidad y sinrazón. Revelaciones pudiera hacer *Patria* que dejarían en el hueso la cara de mucho hombre

ahora osado a poner lengua sobre los que, por servir en hora oportuna a su país, están prontos al sacrificio, grande para quien pudiera evitarlas sin trabajo, de codearse con las pasiones humanas—y al de la muerte, que es sacrificio menor. Conocerle el interior a ciertos hombres tenebrosos, da náuseas mayores que las de la muerte. Opositores tiene ahora en Cuba la guerra a quienes de un tirón se podría dejar desnudos delante del país. ¿A qué? El infierno tiene derecho al cielo: y los criminales a la redención. La caridad nos cierra los labios; y el aseo moral. ¿A qué atacar la revolución, si no existe en el país? Si hay que atacarla, porque existe, ¿cómo negar el poder de los que la han levantado? Si es verdad, respétesela. Si no lo es ¿qué importa que de afuera se la predique? En cuanto al Partido Revolucionario, en vano se le provocará con ira inútil. La ira es una enfermedad, y acá tenemos puesto hospital de almas. Ni olvidamos nunca lo que Mme. de Rémusat decía: que el puñal que dirigimos a nuestros compatriotas enfrente al enemigo, acaba por clavarse en nuestro propio pecho.—Pero ¿a qué esa descompuerta cólera, volvemos a decir? Si no hay peligro real de guerra ¿a qué precaverse desatentados contra él? El desdén mataría mejor la guerra que el alarde que la publica y reconoce. ¿O es tal ya, y se la siente tanto, que no basta a matarla el desdén?

## 3

## LA PROMESA DEL MIEDO

¿Reformas? ¿Cae el ministerio en España para dar tiempo, sólo a la revolución provechoso, de que Madrid anuncie, con alguna prueba visible, la disposición a conceder reformas cuya única consecuencia—la confirmación legal del predominio español en Cuba—sería el combustible decisivo de la guerra inevitable, para cuando la guerra tuviera ya más horno y más alas? Y ¿qué reformas anuncia España? Ha sido necesario todo el temor patente de la guerra, y el conocimiento de que se viene encima pujante—para que España, a fin de mostrarse dispuesta a proponer el plan de Maura,—que la golosina de un parlamento fútil pretende desposeer a los cubanos de la energía precisa para emanciparse de un pueblo impotente,—pone a Abarzuza en el ministerio de Ultramar, para que proponga, en el ministerio donde está Maura, el plan de Maura.

¿Y habrá aún lomo, mejilla, lengua que defiendan el subterfugio cobarde? ¿Y a pueblo semejante se han de sacrificar las esperanzas justas de libertad, y de la constitución definitiva y propia del país? El nombre de Maura, para capear. Y luego, la puñalada del matador.

## NOVIEMBRE / 1894

1. A JUAN GUALBERTO GÓMEZ
- 2-3. A SERAFÍN SÁNCHEZ
4. A ENRIQUE COLLAZO

## A JUAN GUALBERTO GÓMEZ

Noviembre 13, 1894

Amigo muy querido:

Ante mí tengo su carta del 2, que a la vez me causa alegría por la precaución y el ordenamiento que me revela, e inquietud por la confusión que de ella resulta, y la necesidad de acudir inmediatamente a disiparla. Un abrazo, y a fijar los puntos.

Ante todo, piense siempre en que mi oficio ha sido combinar y reducir fuerzas diversas, y, por su seguridad y la común, distantes, y que ni me es dado mudar de súbito lo compuesto en estas condiciones.—ni dependo de mí,—novicio como soy, o debo parecer que soy, en campos que ya tienen dueño—sino de la voluntad y lealtad de los demás, que he ido atrayendo y obligando de modo que no noto razón mayor de queja, en cosa a lo menos que sea ya irremediable;—ni podrían fallar sin el descrédito definitivo de la traición o incapacidad patente. Yo aquí aguardo; pronto de muy atrás el servicio que se ha juzgado como bastante: aguardo por Uds. *adentro*, y por Gómez<sup>89</sup> *afuera*; de esto último tengo anuncio perentorio. Pero el punto supremo de confusión es éste: Uds. esperan para todo mi aviso, que ya tienen pleno, y en conformidad con lo aquí meditado, hecho, y a punto de hacerse—o de salvarse si por increíble desdicha no se pudiera ahora hacer—mi aviso con una anticipación de 15 días de que no se había hablado hasta hoy, y con la cual de ningún modo se cuenta por Gómez, como verá por la parte de su última carta que copio—y él, a quien,—por disciplina, y acatamiento a las realidades, y lealtad, y conveniencias presentes y futuras—para todo,

<sup>89</sup> Máximo Gómez.

y sobre todo para *comenzar*, espera por Uds.—por la *fecha* fijada por nuestro C.<sup>90</sup> “Fijese en la *fecha el quince*, que es lo esencial y en estando para entonces...” dice la última carta, al anunciarlo todo de acuerdo con ella. En otro lugar me dice—“...Pues no queriendo yo descomponer la *fecha* que eligió C. mismo, está repetido en todas mis cartas, y sujeta a ella irán en lo adelante todas las *operaciones*”. Y pareciéndome eso más fácil, si—(sigue *Gómez*)—allá adentro quise dejar intacta, entera, no tocar la *fecha* de C., y obrar dentro del posible simultáneo en todo el negocio en la *fecha* por ellos mismos fijada”.—A todo estaré. aunque hay partes muy difíciles de extender hasta lo que Uds. ahora me dicen, y haré por que los demás se sobrepongan—que yo estoy siempre sobrepuesto—a las dificultades. Pero Ud. imaginará mi trastorno cuando se fije en el partido que el adversario está sacando y puede sacar de la *demora* que con razón cree *Pancho* un *desastre*—en que *Gómez* me lo tiene todo, en lo de acá, anunciando con sujeción a *quince*—y que en este *quince*, sin contar la pequeña diferencia fue entendido siempre por mí —y por *Gómez*,—puesto que nada me ha dicho, ni hecho en contrario, sino conforme, que era de *noviembre*. Y ahora, en situación que cada día es una puñalada, resulta que se trata de *diciembre*. Pongamos, pues, el posible orden. De *Oriente*, ¿qué razón de *demora* puede haber, cuando hace más de tres meses se mostraban desesperados *Moncada*, *Pancho* y *L<sup>91</sup>* además, y enviaron a pedir a *Gómez* una orden que pudo ser atendida. sin referencia a mí, por tener ya yo advertida la terminación feliz de todo mi caso, tanto como pudiera tenerlo terminado ahora? ¿cuál puede haber, contando con Uds.? ¿cuál, sobre todo, si han podido atender, con la comisión que les sugerí, las precauciones de mis cartas anteriores? ¡Ay amigo! ¿podría *Moncada* ser instrumento voluntario de U.<sup>92</sup> Desháganme esto enseguida,—y Ud. lo puede. Pero Ud. mismo me dice en su última “*Pancho* el hermano de U. S.<sup>92</sup> que como Ud. sabe fue nuestro interlocutor en las conferencias que tuvimos, y que venía autorizado no sólo por su hermano, sino también por *Moncada*”. Ahora lea Ud., lo que dice su hermano, después de esquivar por un mes la respuesta a mi pregunta directa, y pretender entretenerme con una carta ajena de que dí cuenta a Uds. pidiendo *demora*: “La realización de esa idea es imposible al presente. No hay más remedio que sufrir y esperar. Confíemos en el porvenir”. ¿Qué es, pues? Engaña U. al interlocutor y a su otro

<sup>90</sup> Enrique Collazo.

<sup>91</sup> José Lacret Morlot.

<sup>92</sup> Urbano Sánchez.

poderdante? ¿Qué más que decirselo enseguida, como con tiempo suficiente aconsejé, para que salten por sobre él, con la fuerza que de atrás decían que tenían, y la nueva de la indignación? O son los agentes conscientes del adversario, y hay que descubrirlos, desviarlos, y seguir con quienes sobran. El rayo tiene su oficio, y ahora es. Menos prisa no basta.

Sigamos fijando. De *Carrillo* ya me he ocupado en ese mismo sentido; y me ocupo hoy, del modo terminante que confirma lo anterior, y además, por si hubiese tiempo pedí por cable refuerzo de instrucciones, directas. De ahí no hay que temer más que la natural cautela; y la determinación estricta de estar a la letra de *Gómez*, lo que no es mal, salvo cuando no hay tiempo para ello. A eso atenderé con fortuna—algún día me querrá Ud. aún más que hoy. Grande es, y seguirá siendo mi sincera e incansable mansedumbre.

Con *Julio*,<sup>93</sup> que ya tiene, enviada por mí, de *Gómez* la última respuesta que podía esperar, no hay más que hacer que lo que Uds. hacen. Nada más sería posible ni prudente. Yo le vuelvo a escribir, en el sentido de franca reserva e ilimitada confianza en que le he escrito siempre.

La acción ligada con la rapidez y atención que indico es tanto más necesaria cuanto que, según les advertí en la alusión a los ganaderos, con que les quise poner sobre aviso, tengo razón sobrada para creer que de *Camagüey* se envió a *Gómez* una comisión cuyo objeto real fue demorar, si no impedir; el contrato final. Del motivo real de esta comisión no tengo sospecha, sino prueba; y toda especie de legítimas dudas sobre cierta inquietud que, so capa de falta (mentida) de preparación o con otra habilidad, hayan podido llevar al ánimo santo de *Gómez*, en quien parece ser decisión absoluta,—que no debo intentar mover, por respeto a sus atribuciones,—el aguardar, para todo lo dispuesto, a lo que, tomando por asunto a *Camagüey* queda bien fijo en las líneas que aquí de propósito transcribo: “tenemos que esperar que los de allá que hemos logrado que se decidan, *de hecho*, pues aquellos hombres no quieren de ninguna manera *se les imponga la revolución*. Así me lo expresan en cartas que tengo a la vista últimamente recibidas”. Y esa no es la situación en *Camagüey*, según sé de seguro. Deséase sólo conocimiento preciso de voluntad unánime de los demás interesados. Ya yo, también en esto, tomé rápida y eficaz medida. Trátase allí sólo de un grupo, en parte de antiguos amigos que inspiran a *Gómez* fe, los cuales, abogando acaso con sinceridad equivocada por *demora*, sirven realmente

<sup>93</sup> Julio Sanguily.

a los que se valen de ellos para impedir todo el negocio. A Uds. toca con la facilidad mayor que tienen, acudir, inmediatamente también, con su declaración de hecho, conforme y a una con las que ya por mí se les hacen, a impedir esta maldad, para lo cual acaso lo mejor será obrar con la clave de lo que digo, pero como si de ello no se tuviera noticia, sino de que por acá no ha habido duda,—a fin de abrir las puertas a algún arrepentimiento, o no herir a un equivocado de buena fe, en aquel terreno que es muy resbaladizo.

Lleguemos ahora a conclusiones precisas. Hay que salir de este círculo. Yo, por mí, de muy atrás estoy pronto a todo lo que tengo que hacer. No se trata de mí. El círculo es éste: Uds. dependen de nosotros para comenzar y Gómez espera por Uds. De Uds. es, pues, la resolución, como ya en mis anteriores más recientes fijé. Todo está sinceramente compuesto de modo que, sin perder más tiempo que el necesario, acá conmigo, para esa certidumbre, se acuda a hora feliz. Ya les dije que si había causa imprevista de demora, y necesidad de ella, se la avisaría, a la dirección de cable que espero con la palabra *baja*. O si, contra lo que parece imposible en lo humano; viniese a notar alguna insinceridad. Jamás, por fama infame, o terquedad, un sacrificio inútil. Ni ha de fiarse al azar más que lo estrictamente necesario. Como se está sobre la *fecha* que se entendía, la primera—y Ud. me dice:—“Si puede ser en *noviembre*, mejor”,—lo que revela que por Ud. no habría que esperar,—y por acá hay cosas que se deshacen ya o peligran en la espera,—aconsejo y pido:

Que envíen inmediatamente a *Oriente* quien aclare y traiga a punto aquella situación, arrancándola a U.<sup>94</sup> sin que éste tenga tiempo de advertirlo; y como por allá se está muy bien, y se ha andado mucho por quienes debían, fácil será que ajusten entre los interlocutores y Uds. lo que por *Oriente* debe comenzar con Uds. a seguida,—sujetándose la comisión, que fatalmente tiene tiempo para ello, al aviso de prórroga corta que de Uds. le deberá ir si yo en conciencia aquí creo deber telegrafiarles como he dicho, y en el camino entonces o a la llegada misma les alcanzaría:

Que envíen persona o carta suficiente a *Camagüey*,—a la vez que la otra, pero sólo a *el Marqués*<sup>95</sup>—reiterando y fijando ahora su capacidad y voluntad, a fin de asegurar la resistencia a la acción contraria, sólo temible porque se ha cubierto con nuestros vestidos:

<sup>94</sup> Urbano Sánchez.

<sup>95</sup> Salvador Cisneros Betancourt.

Que tengan definitivamente en cuenta que de mi parte, ni de *afuera*, hay ya más *fecha* que anunciar, puesto que cuanto hay que hacer a *ese fin ya está hecho*, y Gómez aguarda por Uds. para *comenzar*, y todo se hace por Gómez depender de la acción de Uds.

Y si, por sobre cualquier consideración humana, y obedeciendo a la que tengo yo por superior a todas, debiera avisarles,—contra la fe que debo y creo poder tener en el honor ajeno y en el encaje con que hasta aquí se ha hecho todo,—cualquier dilación inmediata, o suceso imprevisto, y por ningún asomo de esperar—lo haré a tiempo, porque los amo y es de justicia.

A *Carrillo* de aquí atiendo, porque aunque él teme un tanto a la verbosidad habanera, será urgente que lo tengan en continuo aviso.

Con *Sartorius* no hay razón plena para no tratar, aunque eso nunca me ha convencido ni satisfecho; mas hágase de modo que ellos sigan, y nunca repose en ellos la primera acción. Una pregunta queda sin respuesta, a más de otras confusiones relacionadas con esto por acá: ¿cómo se hizo lo que se hizo con *Antonio*<sup>96</sup> y *Flor*<sup>97</sup> y no se hizo lo mismo con *Sartorius*? ¿Cómo salió *perseguido* un amigo que le envié, y él después se presentó muy de improviso y sin derecho a una persona que en *Cuba* suponía mi amigo especial?

De no haberle hablado de mis amistades no me ha de culpar. Desde cierto punto en que cesaron mis atribuciones y empezaron las de otros, he sido celosísimo en no invadir las, porque hubiera podido tenerseme por intruso novel, o encubierto ambicioso. Mi oficio en eso ha sido siempre atendido: y he respetado plenamente aquel para que yo mismo he habilitado a otros.

¿Me queda algo, amigo querido, por decir? ¿Y no han tenido Uds. allí en la realidad,—lo cual me alegra y confirma mis juicios—a la *campana* de *ofertas* en *España* que ha coincidido tan certeramente con la aparición tardía de determinadas personas en nuestros asuntos, y la *campana* de *demora* en nuestro propio campo? ¿y no comprenden el desmayo que a éstos o aquéllos pudiera venir de que resulte mucho más lejano lo que tenían por más cerca, y más cerca aún lo apetecían, por las circunstancias presentes? Me echo en sus brazos, tan anchos y calu-

<sup>96</sup> Antonio Maceo.

<sup>97</sup> Flor Crombet.

rosos, y aguardo ansioso el resultado; y el aviso inmediato aquí, de las medidas acaso salvadoras en que a tiempo insisto. Yo aquí puedo prever, Uds. ver.

Ame a su

M.

Abro para añadir que habiendo pedido por cable instrucciones precisas para Carrillo, inmediatamente me ha enviado Gómez esta respuesta: "por primer vapor".

¿Por qué no aquietarme enviando a la dirección que repito en la carta adjunta el cable, voy, si mi primer encargo se ha atendido y mejor, si el segundo?

2

A SERAFÍN SÁNCHEZ

New York, noviembre 13 de 1894

Sr. General Serafín Sánchez

Mi querido General:

Aprovechando el ofrecimiento que me hace usted en su carta del 7, tan oportuna que ésta se cruzó con el cablegrama en que pedía usted alistase allí persona para el mismo servicio, ruego a usted despache por primer correo, y si es posible por el mismo que lleva esta carta un comisionado al Brigadier Francisco Carrillo, a fin de comunicarle las instrucciones siguientes, ajustadas a los acuerdos de esta Delegación con el General Máximo Gómez y a la última carta del General al Delegado que firma.

1.—No se ha interrumpido trabajo alguno en adelantamiento de los decididos por el General y éste anuncia tener ya terminados todos los suyos.

2.—El General, que venía anunciando las causas que le habían impedido cumplir, en las fechas por él fijadas con el detalle culminante y clave de la combinación, la anuncia expresa y finalmente al Delegado para dentro de muy pocos días.

3.—No puedo fijar fecha, porque, aludiendo el General Gómez a la fijada en la Habana, que acepta, y de la cual hace depender todos sus

movimientos, dice así el General mismo: "No queriendo yo descomponer la fecha que eligió Collazo, esa misma (subrayo lo que subraya el General) está repetida en todas mis órdenes, y sujeta a esa misma fecha, de ella en lo adelante, irán ajustadas todas las operaciones".

4.—Como en ajuste preciso a esta situación y manifestaciones, instruyo a la Isla para contraminar y arrollar las intrigas de demora y trastorno que allí han nacido en los dos últimos meses a perturbar la organización revolucionaria, y como acá extenderé los sucesos de modo que puedan acomodarse sin perderse a la demora de la fecha fijada, demora que en este instante me parece tan poco deseable como inevitable, debo pedir, pues, al Brigadier Carrillo, en apoyo de los movimientos que me tiene anunciados el General Gómez, que esté preparado para obrar a cada momento, bien le sirva de guía el alzamiento en Occidente, que, conforme a las instrucciones del General, continuamente reiteradas por la Delegación, debe combinarse con el de Oriente, bien reciba noticia expresa de la Delegación y directa, la cual no irá nunca sino en consecuencia de la realización de los anuncios del General Gómez, y en estricto acuerdo con ellos, caso de que el General, confiado hoy en mi comunicación frecuente con la Habana y el Brigadier Carrillo, no haya creído necesario enviarle más aviso directo.

5.—Como aún puede haber tiempo, y acaso no haya más que el indispensable, la Delegación ruega al Brigadier Carrillo que le dé sobre asuntos y personas cuantas noticias le puedan guiar, seguro de que la Delegación estima su juicio y su prudencia y le pide que el comisionado envíe alguna dirección y palabra con la cual se le pudiera por cable enviar el anuncio, siempre sujeto a las condiciones anteriores, de que estuviera listo para una fecha muy inmediata, caso de que, puesto que él desea tener de afuera confirmado lo que se le dice de adentro, no haya más modo o tiempo de anunciarle esta confirmación.

Es mi ánimo, General Sánchez, al fijar estas instrucciones asegurar al General Carrillo una vez más el respeto y cariño en que se tiene su vida, e impedir que por falta de este anuncio oportuno, o confusión entre noticias dudosas, pueda ayudar oportunamente a los movimientos que en su último detalle me anuncia ya el General Gómez.

Con el mayor agradecimiento y estimación, queda de usted affmo. compatriota.

El Delegado,

JOSÉ MARTÍ

Nov. 14 de 1894

Serafín querido:

Ayer a toda prisa puse en el correo, por si suprimían la prórroga que ahora dan—y suelen de pronto quitar—a la correspondencia para Key West, la carta en que me pareció oportuno dejar formal constancia de lo que en esta fecha mandamos decir a Carrillo. Y ya la había cerrado cuando me llegó un cablegrama del General Gómez, respondiendo al mío de antier, enviado en cuanto recibí carta de Cuba, de la Habana, pidiéndome con afán que hiciese modo de hacer llegar a Carrillo órdenes inmediatas, y noticia de Gómez, porque—aunque J. G. no se me muestra en su informe de ninguna manera, ni en un ápice, alarmado por la propaganda de reformas—urge en la situación actual que por la carencia de esas instrucciones precisas no se entibien los elementos en que influye Carrillo. Adivinando yo esas situaciones, ya había pedido a usted, antes por cable a Palma, que tuviera lista persona que pudiese seguir viaje con la carta que a Carrillo pensaba enviar, y que he sustituido, de acuerdo con la indicación de usted, por la que a usted escribo, para que se la transmita verbalmente. A Gómez envié este cablegrama, que como la respuesta ha tenido que pasar por la Habana:—“falta factura ordenada rubio puede trastornar negocio: úrgenla”. Y Gómez me ha contestado: “factura oportuna primer vapor”. Dicha ha sido poder calzar con esta confirmación lo que decía la Delegación a Carrillo.

Esa carta que pensaba enviarle, aun antes de recibir las de la Habana, era, y ha sido, parte de un esfuerzo laborioso que he hecho para recoger en Cuba a la vez los hilos que por la demora andan enredados o sueltos,—para aclarar en todas partes a la vez, la situación que allí de una parte a otra andan confundiendo, a fin de descubrir cada día más, con la demora lograda so capa de servicio; y de alarmar más, y aflojar con la prórroga indecisa la confianza de los buenos.—Y en esta situación tengo que combatir desde aquí con la intriga que en toda apariencia capitanea Urbano Sánchez en Santiago, que allá fingió ceder y encabezar a última hora para inquirir y sujetar, como cree haberlo logrado—y con la deliberada traición que parecen haber hecho del Centro, poniendo de enviado a Gómez, en nombre de los que él tiene allí por sus mejores amigos, a un hombre que según todas las apariencias y rumores, y aún

pruebas de hecho, ha ido a clavarle a Gómez el brazo en el momento de obrar, y a crear tal situación que él mismo, encargado por Gómez de rematarlo todo, es el que lleva la consigna, y tenemos que esperar que los de allá, que hemos logrado que se decidan, se decidan de hecho, pues aquellos hombres no quieren de ninguna manera que de acá se les imponga la revolución: así me lo expresan en cartas que tengo a la vista, últimamente recibidas. ¿Cómo, a tales distancias, aclarar estas cosas a tiempo en el Camagüey y con Gómez? Todo lo he hecho a este fin, ya diciendo desnudamente a Gómez mi verdad fundada sobre el comisionado que me enviaba como árbitro sumo en las cosas del centro y “había de hablarme mucho”, y no me dijo nada, sino fue tratar de aturdirme con una velada oposición y enmudecer cuando la vio inútil, aunque con la confianza visible en que iba y en que venía de Santo Domingo, triunfante. Y a su vuelta, le puse el fuego al pie. ¿Depender todo porque todo ha venido a depender, de un hombre públicamente señalado como el agente a Gómez de los enemigos de la revolución, de los revolucionarios cansados! A todo he estado atendiendo,—a eso, y a muchas cosas más, y eso es lo que me tiene tan callado con usted, que no necesita cartas, y me roba todos los momentos, que aún son pocos, para poner orden desde esta soledad a esos elementos que tuvimos todos en el puño, y se han envalentonado en cuanto pasó sin aprovecharse el primero y feliz momento de sorpresa:—de Santo Domingo, la carta a Carrillo dice la situación exacta, y la decisión de Gómez que se me anuncia confiadísimo en las fechas que usted conoce, de aguardar por los que a su vez están aguardando por él. Con toda lealtad voy acercando ambos extremos, ajustando a Cuba mis promesas a la verdad estricta y la situación que Gómez me crea. Pudiera, en verdad, fatigarme este peso extraordinario: pero la misma dificultad del deber me da alientos para cumplirlo, sin que los unos ni el otro puedan tacharme de azuzador,—ni dar caso, afuera, al menor roce o choque. Llène con su juicio los claros que en este apunte dejo.—Y adelante.

Lo que me dice sobre su parte, en lo que hay que hacer, de eso le hablo aquí poco. A Aurelio le envié \$25. La masa, ahí debe estar;—y Rosendo también, salvado de Ibor, y de un Ramírez pequeñín, de nariz colorada, que le anda mucho al pie. ¿Pero que ustedes, viejos sabuesos, no adivinan? ¿Este Ramírez, que se apareció cubierto con lo del testamento del silencioso Rafael, no se sentaba de diario en Key West a la mesa de Fernando? ¿No he visto en poder del traidor Cardet la copia

que Roloff le envió de la circular de Gómez a los jefes, que él llevaba en la cartera acreditándose con ella ante todo el mundo? ¿Y aunque se insista en lo contrario, no hay razón para tener los ojos sobre Mayolino, y no usarlo, por si realmente es útil, sino en la última extremidad y de sorpresa? Duele esto: pero ¿no es nuestro deber? En clave le escribiré por el primero o segundo vapor. A los dos mayores de que me habla, de West Tampa, déjelos allí, y a cuatro o seis más: es así indispensable, para lo que se ha de hacer en realización de la parte de usted: allí, donde están, se les sospecha menos, al verlos divididos, y es indispensable.

Acabo aquí. Apenas podré poner unas líneas a Fermín y a Poyo. De Maceo, ya ve. Se atiende a todo.—Y sólo pide que no le frunzan el ceño sus amigos.

Su

JOSÉ MARTÍ

4

A ENRIQUE COLLAZO

Para C.

[Noviembre, 1894]

Amigo querido:

Leo con el alma las pocas líneas que con la suya me ha escrito, y satisfago—ampliamente los puntos de la que le acompaño,—a la vez que insisto en mis anteriores, y les pido oportuno esclarecimiento. Vea, por supuesto, esa carta como para Vd.

¿Necesitaré advertirle que yo, naturalmente silencioso en las cosas graves, ni adelanto palabra sin volvería bien a un lado y a otro, y ponerla de que la vean en sí y al través, ni he querido conseguir nunca en comenzar por una *vanguardia sacrificada*, y soy contra eso quien más compone y vela? Una cosa es aprovechar la oportunidad mientras verdaderamente existe,—y otra forzarla. Tanta responsabilidad hay en dejar pasar la una, como en violentar la otra. No vivimos para un día. Y hay

pechos que no cejan. Sea; pero no más de lo que debe y pueda ser. No tema ligereza ni obstinación de mí. Ni crimen.

Atiendan pronto a la justa ansiedad de su amigo cariñoso.

M.

La dirección a que me deben mandar la suya por cable, según ya dije en mi anterior es: *Baeza*.

La noticia sobre *Maceo*<sup>98</sup> que yo mismo he hecho publicar, no interrumpe lo pensado,—y encaja en lo que se debe hacer aun estando ustedes a la *fecha*<sup>99</sup> primera.

<sup>98</sup> Se refiere al atentado a Antonio Maceo en Costa Rica.

<sup>99</sup> La fijada por Collazo, 18 de noviembre de 1894.

**NOVIEMBRE / 1894**

- 1. AL GENERAL ANTONIO MACEO**
- 2. A SERAFÍN SÁNCHEZ**
- 3-4. A JOSÉ DOLORES POYO**

## AL GENERAL ANTONIO MACEO

Noviembre 17, 1894

Sr. General Antonio Maceo

Amigo muy querido:

¿Cómo no me contesta mis cables? ¿No imagina mi ansiedad? ¿Herido,<sup>100</sup> y le pregunto cómo sigue y no me dice? ¿Qué digo a cuantos me preguntan? ¿Y este cable, que precipita mi vuelta a New York y no logro entender?

Dice: "Salieron Enrique cartas efqns cable".

Lo que de Enrique me informa, por la clave no corresponde, porque es al escribir las letras siguientes y luego copiarlas por el fin. Supongo que olvidó esto último y traduzco: *dempro*. ¿Esto qué es? Sobre fondos de empleo público, ya cablegrafié a Vd.: hágase todo, a pagar cuando se haga, como he hecho yo aquí; pero tal vez diga *dinero*, y aunque negado a creer que, víctima Vd. ahí de un atentado, siendo Vd. el hombre independiente y viril que es, pueda faltarle algo, pasado mañana lunes primera ocasión, le enviaré \$200.00, no se me vaya a ver en la necesidad de adelantar algo y no tenerlo. Acá quedo en mi absoluta decisión. Pendemos de Gómez y la Isla sólo exige, entusiasta y dispuesta, que designe fecha, precisa e inmediata. Todo está a punto—¡y el vapor, ya demorado tres veces, no llega hasta fin de este mes! ¿Qué hacer?

<sup>100</sup> Se refiere a la agresión de que fue objeto Maceo y algunos cubanos en la noche del 10 de noviembre de 1894 a la salida de una función teatral, en San José de Costa Rica. Atacados por un grupo de españoles, so pretexto de un artículo de Enrique Loynaz del Castillo, publicado en *La Prensa Libre*, periódico que en San José dirigía Loynaz—también agredido,—resultó muerto el comerciante español Isidro Incera, y Maceo fue herido, a traición, en la espalda.

¿Correr el menor riesgo, si el tiempo y la ocasión se nos van de entre las manos, de quedarnos sin dinero, sin modo de levantarlo de nuevo, y sin la autoridad de la prudencia, ya que no tuvimos—tal vez—la de aprovechar la ocasión?

De ningún modo:—y a Vd. previsor, a Vd. con quien he juntado pecho de hermano—a Vd. cubano y hombre, me dirijo principalmente, para que me ayude en mi sobriedad, y salvemos de todo peligro lo que nos quedaría de haber errado ahora,—contra lo que aún hoy parece innecesario e imposible. ¿Mandó a Cuba a pisar a Urbano? ¿Volvió a mandar? De Cuba, serenos e impacientes... De Gómez. tengo que aguardar.

¿Y de Vd.? ¿de su herida? ¿qué fue, que no me responde, y firma el cable Tomás Deru? Lleno de ansiedad escribe, en la prisa de un tren, su

JOSÉ MARTÍ

2

A SERAFÍN SÁNCHEZ

[Noviembre, 1894]

Sr. Serafín Sánchez

Serafín querido:

Va la respuesta, urgente como ve, a F. Z. que Vd. hará salir enseñada. Por supuesto, yo ofendería a Vd. si insistiera en suplicarle que desvanezca por completo, en la situación definida en que estamos, el peligro a que alude, y anuncia, la carta de Mayolino.—Ya comprendo que en los días de aturdimiento de las promesas de Julio, se enviase a Cuba, o se usara una vez allí, a algunos bravos muchachos; pero Vd. mismo los calmará, y lo oirán. Sé, pues, que con la causa desaparecerá la decisión de que habla Mayolino. Me iría sin vida si otra cosa no pensase. ¿Qué puede durar en las Villas, a donde hay todavía tanto traicio y traidor a quien vencer, sin el apoyo, de ningún modo asegurado a una cabezada desconocida, del Camagüey y el Oriente?

Vd. sabe de sobra, y me enviará a decir que ha aquietado a esos mozos, y les explicará lo que baste de la situación.—Por eso, después de todo lo acordado, no puedo creer que sea verdad lo del envío de

más gente aislada por Rosendo, vía Julio. Rosendo me habló de esto antes en otro sentido, y creo en él. Tener gente en Cuba no es malo; pero fuera del peligro de que sirva de mero instrumento para que, con la semblanza de una falsa revolución, saque sus fines éste o el otro partido español.

Fío en Vd. Tranquilíceme.

Su

J. MARTÍ

3

A JOSÉ DOLORES POYO

[Noviembre, 1894]

Sr. José Dolores Poyo

Poyo querido:

Estamos de buenas, aun en lo mismo que parece contrariedad innecesaria o demora que nos hurta un tiempo precioso. Yo esperaba el incidente que me tiene ahora escribiéndole de tan cerca, aunque no tan pronto, ni con la fortuna inmediata que ha señalado ya sus primeros pasos. Vuelve el comisionado, que es todo sinceridad, y por él aclaro la situación de Matanzas, que nos debe satisfacer, y preparo las cosas de modo que la organización siga allí al vuelo, como va desde que nos vio acá Domenech, con sus propios ojos, sin caer en ningún lazo, para este objeto o aquél, ni enemistarse con los que a su hora prestarán sin duda servicios cuyo instante no parece llegado todavía.

Le escribo con desagrado, porque tengo que escribirle a medio pensamiento; pero Vd. fía en que, sin estar de ningún modo dispuesto a negarme a cualquier novedad evidente que pueda alterar con éxito nuestros planes, no me ofuscaré tampoco con esperanzas ni prisas en que no vea yo conveniencia y realidad. Creo tener medido, en mi afán de aprovechar la oportunidad feliz, el tiempo mínimo en que podemos tener hecho lo menos que podríamos cumplir de lo ofrecido, y que sería inevitable hacer para que nos sigan las comarcas terminantemente obligadas a una obra de ayuda total, que a mi juicio se negarían a obedecer un convite premioso que comienza por lanzarlos al combate en que entraron con la condición de la ayuda, sin esta precisa condición, o con ayuda muy pobre y tardía para lo que esperan, lo que necesitan, y lo

que, sin duda, y sin pérdida de momento, podemos llevarnos. Y no sé cómo, teniendo el tiempo tan medido que apenas nos va a alcanzar a lo imprescindible, a cerciorarnos enseguida de lo que inmediatamente podemos tener, y a distribuirlo con rapidez—a comprar nuestro armamento, coordinar las expediciones y juntarlas,—cómo, digo, aparte de toda otra razón, podemos acelerar lo que parece que no tiene ya reducción posible. Lo que quiero es que Vd. sepa que estoy a todo; que conoceré sin duda y aprovecharé cualquier novedad de importancia verdadera; y que en mis cálculos urgentes no entra más demora que la materialmente indispensable para juntar y emplear los elementos que tendremos, y que estimo bastantes, sin dar tiempo a que se nos entibie la Isla por la tardanza, ni ocasión a que se nos niegue parte de ella por incurrir en la sorpresa insuficiente a que una porción de ella, y debo decir que lo más valioso de nuestra amistad en ella, parece negado. El papel me estorba y quisiera hablarle, quisiera haberlo visto. Será. Aquí quedo esperando a Sanguily, y seguro de que volverá satisfecho de lo que en conciencia debemos acordar. Leí uno a uno los detalles de su carta, y están todos en orden y razón. Esto es para que Domenech lleve algo en las manos. Escribiré poco hasta tener esto hecho. Y enseguida a ligar todos los detalles de una hora que no es para perdida. Quiera a su

J. MARTÍ

4

[Noviembre, 1894]

Sr. José Dolores Poyo

Amigo mío:

Estas letras van acompañando la nota de pago adjunta, para las atenciones de la comisión con que vuelve a Cuba el general Sanguily. Yo sé que el Consejo no debe tener abundancias, porque le han caído muchas obligaciones, en estos últimos días, y aun entiendo que tenemos empeñadas las entradas inmediatas. Pero como por la cuenta se ve y prueba la entrada positiva de fondos de acción, vuelvo a pedirle que sobre ellos se esfuerce en levantar la suma de la nota, y me ayude al General bravo y querido, si él halla allí quien haga el anticipo con la garantía de los fondos, a obtener a paso de vapor el total de la comisión.

Con Vd., y tratándose de comisionado de tal valía, fueran ociosas y pedantescas mis recomendaciones.

He halado de la pluma la noche entera; me levanto a despedir al General, y él le lleva las buenas nuevas que en carta posterior le he de repetir. No hay dos pensamientos entre los servidores sinceros de la revolución. Quedamos en tascar un poco más el freno, hasta que estén en plena fuerza los dientes. A Fernando le ruego le diga que lo de la carta esperada va por el correo próximo, con más viveza de la que teníamos empleada.

No regañe, por breve, a su fatigado

JOSÉ MARTÍ

**DE *PATRIA*, NUEVA YORK**

**17 DE NOVIEMBRE DE 1894**

**¡AH DE LOS JINETES!**

## ¡AH DE LOS JINETES!

Ni sujeta una rueda, ni muda un consejo, ni tuerce un brazo, ni afloja una voluntad en el Partido Revolucionario Cubano la agitación actual de Cuba sobre “las reformas”, sujetas del dedo astuto del cazador, como el halcón, preso del pie por el hilo invisible, a quien se echaba por el aire azul a bajar de él la caza:—la caza es el Partido Revolucionario Cubano. En vano pidió las reformas un partido español, ganoso de tomarles los puestos a los que de muy atrás los gozan, y de ver cómo descujan el país cubano, levantando en él una cría de criollos ahitos, que, del brazo de los españoles, ponga freno a los cubanos capaces y previsores que quieren desligar de un país distante, inútil y convulso a la isla rica, laboriosa y americana. En vano el partido mantenido por la isla, en la sorda creencia de que por vías encubiertas llegaba a la independencia sin trastornos de sangre, el partido que prosperó a sabiendas con el concepto mismo para cuya extirpación en realidad existe, vino, de abogado de la autonomía de Cuba, del gobierno de Cuba por los cubanos, que son en la isla la mayoría natural, a aceptar, en nombre de la autonomía,—con ciego suicidio, o erróneo intento de crear un partido de cubanos y españoles que cerrasen el paso para siempre a los esfuerzos naturales de la unidad cubana de la isla,—las reformas ideadas para hacer en Cuba imposible la autonomía, y asegurar, con el sostén e interés de los cubanos beneficiados, el gobierno de Cuba por los españoles. Ni al partido español, que con el apodo de las reformas reúne en aspiración común a los aspirantes desairados y a la llaneza próspera y envidiosa de la población peninsular, con uno u otro nacional acriollado, oyó España; ni a los cubanos que, con apodo ya inmerecido, buscan en la defensa de las reformas modo de vadear, a la hora grave la campaña muerta del autonomismo, o de ganar bajo esta máscara una espera que les guarde en paz la toga y el coche mientras les dure la vida.

Pero el ministerio muda, de manera que parezca súbitamente picado de justicia, cuando la guerra, por declaración ya pública del capitán general, te quema a España en la isla los pies. Entonces muda, y no antes, porque en Cuba no hay más reformista eficaz, ni más poder verdadero, que el miedo ya confeso de España a la guerra anunciada y alimentada por el Partido Revolucionario. Pudo la vanidad, a la vez' infernal e inocente, creer que no estaba de más, afuera de Cuba, esta locura mansa del Partido Revolucionario, que se dejaría crecer, ya que no se la podía evitar, hasta que escociese tan de cerca al gobierno tozudo que, por el miedo a los revolucionarios, diese a la isla las libertades que los habían de desarmar, aunque no podían obtenerse sino por medio de ellos. Del robo de esta conducta, y la inmoralidad de emplear a sabiendas, en daño de sus autores legítimos, el beneficio que se les debe, juzgue quien ame la lengua áspera. Erró la vanidad al creer que la obra floja de libertades limosneras que nació avergonzada de la revolución a que debió la vida, era de más poder en el país que la obra confusa, y triunfante en lo invisible, de las virtudes más bellas de la especie humana; que las mejillas abofeteadas podían más en Cuba que los diez años de honor; que media generación de súplica vergonzante y estéril había echado más raíz que el decoro y el sacrificio de la guerra. Cundió en la isla la esperanza de emancipación, en cuanto vio de afuera la ayuda y orden que no puede en su servidumbre sacar de sí,—burló el Partido Revolucionario las redes que adentro y afuera se le tendían con alzamientos falsos y espoleados a deshora,—ganó y ligó con la cordialidad las almas apartadas u hostiles,—recabó de los hombres gloriosos obligación tal que sólo con el desmayo o deshonor, en semejantes pechos imposible, pudiera quedar sin cumplimiento,—y el gobierno, precipitado, accede a anunciar su benevolencia, en tal forma que la niega por la cobardía con que la reduce. Esas son las reformas, y no más. ¿A qué salirse de las realidades? ¿A qué embestir con ira distante e innecesaria contra un plan que, frustrado o coronado, sólo será,—sin más diferencia que la del tiempo, que expurga y sazona,—pábulo rápido de la revolución? El cieno o el polvo, se caen de sí mismos, y es mejor dejarlos caer que poner mano sobre ellos, a que, por falta de ensayo libre digan que queda ocasión aún para una nueva prueba. ¿A qué inquietarse por las reformas que otro ministro liberal, muy respaldado en su partido, declara que "jamás serán ley"—que se quitan del alcance de su iniciador, donde acaso las pongan cuando arrecie el apuro,—que ya corren peligro de ser mermadas en manos de los liberales más adelantados de la monarquía.

de los republicanos conversos, aún antes de ser propuestas? Continuar ordenando es mejor; continuar, ajustando a la patria la santa inquietud, el esfuerzo sereno e invencible. Si la patria quiere, sea. Si no quiere aún, querrá. De la nueva mentira, saldría con nueva fuerza e indignación.

Esto hacemos ahora, sin levantar mano de la obra futura, los cubanos revolucionarios, frente a este humo y prestidigitación de las reformas. ¿Y en Cuba, podrá honradamente convidarse a tener en ellas fe?

¿No es natural, lo único natural, al ver desde su planteamiento amenazadas las reformas por la exclusión de su mantenedor del ministerio que las ha de defender, que se hubiesen vuelto al país los cubanos que las apoyan, aun cuando tenían jurado a la patria desaparecer con su bandera antes de consentir la menor merma a la autonomía,—que hubiesen denunciado al país esta burla ofensiva, o medrosidad punible, de parte del gobierno nuevo,—que convidasen a la desconfianza justificada, en vez de seguir convidando a la confianza a que al nacer se quita justificación,—que hubieran llamado al país a nueva agitación reformista, a nuevos y más vistosos divertimientos rurales, a mayores y más lucidas cabalgatas maurinas, como aquella principeña, y aquellas espirituanas, puesto que no es verdad, a lo que dicen, que en Cuba haya espíritu revolucionario, ni temor de revolución? ¿Qué es lo sensato ahora, y lo que la razón impone, cuando aparece tardíamente, y sólo después del anuncio de guerra a Madrid por el capitán general, el ministerio inclinado a las reformas, y es su primer acto, con el engaño de poner de halcón a Maura sobre el respaldo de otro sillón ministerial, negar la cartera de las reformas al ministro que las apadrinó y las representa,—qué es lo sensato, qué es lo inevitable, qué es lo honrado, sino alarmarse al menos, preguntar la causa en alta voz, apelar al país a que declare, en demostraciones de a caballo y de a pie, que no consentirá merma en las reformas, propuestas para hacer imposible la autonomía? "¡Ah del castillo!" se decía en tiempo añejo, cuando el caballero menesteroso llamaba con el cuento de la lanza al postigo del portón. Y ahora parece que es la ocasión de decir: "¡Ah de los jinetes!" En verdad que, a sernos dado, en nuestra humildad de gente real, dar consejo entre los cubanos leales a la patria española, y harto seguros de ella en Cuba, diéramos, por caer de sí, el de invitar al pueblo cubano a expresar con energía indudable su adhesión a las reformas, que es lo menos que se puede hacer cuando se ve peligro racional, por el primer acto vacilante y escurridizo del ministerio, de que lleven camino hindú, de aparecer y volar, las sustanciosas reformas. Y cuando a ese acto

inicial del ministerio, excluyendo de la cartera reformista al ministro reformador, sucede la noticia de que Castelar apoyará la merma del plan de Maura,—con toda la fuerza y significación que Castelar tiene para un gobierno monárquico, que es la sumisión en él representada de la república a la monarquía,—¿cómo pueden los cubanos satisfechos con las reformas, compuestas para hacer imposible la autonomía en Cuba, prescindir de denunciar el nuevo peligro, de excitar al país a mera manifestación, a meros paseos, con machete de Collins y estandarte de Castilla, a nuevas y más pujantes cabalgatas? En verdad, digámoslo otra vez, ésta es la ocasión de salir de la torre, y decir, con voz alterada y de buen timbre: “¡Ah de los jinetes!”

## NOVIEMBRE / 1894

1. AL GENERAL ANTONIO MACEO
2. A SERAFÍN SANCHEZ
3. A JUAN GUALBERTO GÓMEZ

## AL GENERAL ANTONIO MACEO

New York, 23 de noviembre, [1894]

Sr. General Antonio Maceo

Amigo muy querido:

Al fin supe de Vd. Sé que por su noble herida me lo quieren más. ¿No me ha sentido en estos días cerca de Vd. al lado de su sillón? ¿A qué hablarle de lo pasado? Ya eso es pasado y Vd. está en plena salud. ¿De qué le vale si no el cariño que a mí alrededor le muestra todo el mundo, la ansiedad con que se han estado esperando sus noticias, la alegría con que se han sabido las que por las cartas de Loynaz supe ayer, y *Patria* publica hoy? No es eso lo que quiere Vd. saber de mí, —sino lo que por carta puedo pálidamente decirle, y es aún, con esperanza del fin de más inmediata solución,—de inmediata solución—lo mismo que en mi anterior y en más de una carta mía, le he insinuado, en cuanto lo permiten cartas. ¿Por qué me apena sin razón suponiendo que de mí, en lo más mínimo, pueda provenir demora alguna, o que no vea yo todo lo que ve Vd., y de todas partes? ¿Cómo vivo yo desde agosto; y desde principio de octubre sobre todo, sino como está viviendo Vd? Carta a carta le he ido enterando de la dilación y de las causas de ella que tengo que acatar, y en este instante, diciéndoselo de mal grado a tanta distancia, la situación precisa es ésta: habiéndose dado tiempo a que se rehiciesen de la sorpresa e intimidación en que los teníamos los elementos de oposición nuestra en Cuba, salió de Santiago, capitaneada por U.,<sup>101</sup> porque de Lacret siguen garantizando sus compañeros la buena fe, una intriga que logró poner en manos de U. gran

<sup>101</sup> Urbano Sánchez Echevarría.

parte de los asuntos de Oriente, y el conocimiento de las conexiones de la Habana, dependientes del Oriente así vendido, hasta que yo le esclarecí, y en este instante se remedia, mientras que las operaciones acá afuera dependían de esas conexiones descubiertas, y por lo de Cuba, desorientadas, de la Habana:—a la vez, y por sobre mi cabeza, cayó sobre Santo Domingo, en el instante mismo de realizarlo todo, una comisión falsa, porque so capa de revolución iba en nombre de revolucionarios a impedirla en lo verdadero, y a perturbar, a deshacer la confianza de Gómez. Las consecuencias de esto, dedúzcalas. Una vez asidos estos sucesos, que sólo en los dos meses últimos han hecho su aparición, propuse y realicé en Cuba, a cable y emisarios veloces, la tarea de reponer lo confundido, de excluir del trabajo a los que habían entrado en él con traición, de avisar y encauzar al Camagüey y a Cuba, y de mantenerlo todo sin desconfianza a punto de obrar, mientras que los de la Isla, como nosotros amargados y atónitos, al ver la situación verdadera que de aquí les tuve que iluminar, y temer que afuera—y no de mí—hubiera confusión o indecisión, deshacen en Santo Domingo, con la autoridad de gente del país, lo que esa intriga tenebrosa haya logrado hacer, que parece poco, puesto que ayer tengo cable en que Santo Domingo me avisa el envío definitivo del detalle a que tiene ajustada, en su capacidad de director reconocido, la operación que él, y no yo,—conduce. ¿Cómo ni en qué, sino cayendo por todas partes velozmente, y callando mucho, aun con Vd., cómo ni en qué puedo yo precipitar, ni mudar en cuanto a tiempo y hecho, una situación que hoy, sólo para evitar desmayos y oscuridades, depende de mí? El más activo colaborador de su ansiedad y de su ímpetu, soy yo. A todo he atendido y de todas partes he sido oído. Lo de Camagüey, en que parecen ser agentes principales algunos hombres de la guerra, con Bernabé Sánchez a la espalda, ha estado aconteciendo durante todo el mes pasado con el mayor sigilo, y directamente del Príncipe a Santo Domingo. Por aquí volvió;—lo acorralé,—le puse al pie enseguida su gente propia, para evitar el mal que hubiese hecho.

Del Camagüey, de Oriente y de la Habana, se obra combinadamente, —y espontáneamente,—ahora, sobre Santo Domingo, con las mismas ansias y las mismas razones de Vd. y las mías. Santo Domingo sale al paso de esto,—parece haber entendido la trama que a tiempo y en detalles le avisé,—y de su propia voluntad me anuncia por cable la llave de las operaciones.—Acaso, según todo está a esta hora, reciba Vd. un cable mío poco después de esta carta. Si no, lo que de todas

partes va en camino, sigue; en Cuba se impide por su Oriente de Vd., con excelente enviado, el desbando o desconfianza, mientras acá se precisa y determina,—y acá, con el freno de esas medidas oportunas de adentro, que nos conservan lo de allá y nos lo salvan, se hace, de Cuba y de mí, al vuelo y con alma de hombre, cuanto se tiene que hacer. ¿Y Vds. allá? Como yo aquí: al rescoldo, como medio perdidos, con derecho y razón para aguardar un fin pronto y seguro a estas confusiones que a paso de carga se esclarecen, y con la seguridad de que nadie allí, ni Vd., está más impaciente, ni sufre más que yo. No me contento con sufrir. Salgo sin miedo y con dicha hasta hoy, al paso de todas las intrigas. Cuanto haré y hago, déjemelo callar. Adivínelo.

Tengo que acabar. A Loynaz, lo tengo, y aquí. ¿Y ese pobre Alberto, leal y querido? ¿Y todos los que me le han mostrado afecto a Vd. y ya por eso tienen derecho sobre mí? ¿Y esa nueva brava herida, que ha ido derecha al corazón cubano y viene a su hora? No diré palabras inútiles. Ninguna mano apretará la suya con el calor de la mía. Cúreseme.

Los detalles recibidos, y a ellos estaré. Téngalo todo al calor, y a punto de servir, a lo cual ayuda el mismo desamparo y pobreza aparentes y sepa bien que como Vd. anhela y así hace, su

JOSÉ MARTÍ

2

A SERAFÍN SÁNCHEZ

23 de noviembre [1894]

Sr. Serafín Sánchez

Serafín muy querido:

Lleno de labor,—sin nada aún nuevo que decirle, salvo la esperanza de que el G.<sup>102</sup> haya entendido la trama enemiga, según entiendo de un cable preciso que me envió,—y el gusto de la compañía de Collazo, que no se aparta un instante de mí, y vino a lo que debía venir. Creo haber aclarado a tiempo el campo,—conservado la confianza en nuestra obra a pesar de la lentitud y confusión innecesarias, y aun para cuando se extremasen y diesen al traste con todo lo presente, en cuanto a acción,—y retenido sin que se me desmigaje en las manos lo que ya debiera

<sup>102</sup> El General Máximo Gómez.

estar deshecho. Creo estarle pisando el calcañal a toda la intriga. Ahora, afuera, hagámonos los callados—confiados en lo abstracto, pero como si nos sintiésemos vencidos. Así España, que es una tercera parte en la combinación enemiga, se apresurará menos en medidas de forma que, juntas con las de adentro, pudieran pararnos la obra en la Isla:—las otras dos partes del plan son—clavarle el brazo al G. en la hora de obrar,—y en Cuba, deslizarse en la revolución, para venderla so capa de capitanearla, y dar tiempo a que otras agencias inspiren en sus filas la confusión y la desconfianza.—¡Ah y todo esto parte de dos meses! ¿Por qué se dio lugar a esto? Refreno de un lado, empujo de otro, vigilo de todos, se hace cuanto hay que hacer, y en lo humano puede hacerse. Allá, téngame a la gente muy apagada.

Estoy lleno de menudencias. A Collazo, por su telegrama, lo recibí en Filadelfia. Vi a Emilio: ¡qué diferencia! Creo que ya está ganado ese corazón.—Un abrazo a Roloff,—y a Raimundo—y a Pepa, su

J. MARTÍ

3

A JUAN GUALBERTO GÓMEZ

Noviembre 23 de 1894

Amigo muy querido:

Con la mayor alegría le escribo hoy, por tener cerca de mí al muy valioso amigo que ha tomado sobre sí lo que en verdad había que hacer, y porque ahí se ha hecho en lo demás lo que con el mismo tesón y rapidez debe continuarse haciendo. Sobre la confusión hay que caer, para evitarla. De la sociedad en que ha entrado *Cruz*,<sup>103</sup> estoy más tranquilo ya, porque él me inspira confianza absoluta, y allí hará cuanto sea dable. Que trabaje sin tasa, y nunca se crea vencedor: acá nuestros negocios, con el auxilio que Uds. me envían; justifican a la vez la esperanza plena y la vigilancia más estricta. Lo que me inquieta más, porque nada sé aún de lo que a esta fecha debiera, es lo de *Camagüey*. Mucho me inquieta. El trabajo ahí ha sido mentir y confundir, y en parte importante, hasta ahora, parecen haberlo logrado. Hay que poner a

eso la primera atención. Y eso parece ser, en la premura con que le escribo, lo que en realidad le he de decir: desenmarañar allá, mientras desenmarañamos acá: seguir ajustando el arreglo, porque ya por cable sé del socio, que parece haber entendido la combinación rival, y estar dispuesto a anticipársele, y a lo que me tiene anunciado. Pero la combinación ahí tiene tres focos: el que atiende ese magnífico amigo *Cruz*—el de *Camagüey*, adonde se ha de llevar la mayor claridad y respeto; porque de veras se ha logrado hacer desconfiar a los amigos mejores, y la campaña menuda de *Habana*, fácil de deshacer; con la exposición continua y pública, con cualquier pretexto, de nuestros métodos y moderación, tales como van a ese fin en los números 136 y 138 de *Patria*. No está de más advertirle que parece que el literato de H. E. ha tomado a su cargo parte de esa campaña, con la ayuda principal de *Yero* y *E. Mola*. Creo que la suprema actividad, y el andar como al rescoldo, puede salvarnos.

De un gozo grande y puro tengo que volver a hablarle, aunque tan de prisa: de ver en manos tan hábiles, y de tanta realidad, el trabajo que acá me han enviado, y de sentir tan cerca de mí a un espíritu de tanta hombría y desinterés. Vamos por el camino derecho, y a buen paso. Mucho lo felicito por todo, y por el socio nuevo, y por la veloz resolución.

Insisto en lo de *Camagüey*. El plan ha sido confundir sobre nuestra verdad y capacidad. Reponga cerca de las cabezas principales lo confundido.

Lo abraza largamente,

Su

M.

<sup>103</sup> Manuel de la Cruz.

**DE PATRIA, NUEVA YORK**

**24 DE NOVIEMBRE DE 1894**

1. UN BANDOLERO
2. EL 27 DE NOVIEMBRE

## UN BANDOLERO

Ciertas palabras se deben reservar friamente para marcar en el anca con ellas a los malvados que pretenden salvarse de los deberes del sacrificio necesario, o remendar la vanidad malherida, con calumnias de que suelen, con superior decoro, retraerse los salteadores de caminos. Más bandolero es quien roba honras que quien roba bolsas. Más bandolero es aun quien roba honras útiles a la patria que quien roba honras privadas. El más punible de los delitos es aquel que lastima, o trata de oscurecer, una fama o una pureza útil a la patria. Acaso es el único delito que justifique, por la extensión del mal, la pena de muerte: el de deshonar, o perturbar, las fuerzas útiles al rescate y purificación del pueblo en que nacimos. Quien miente a sabiendas, de modo que la mentira manche una fama incólume y útil a la patria,—quien miente a sabiendas, con la intención de presentar como violentos forzadores de la voluntad del país a los únicos que, con suprema paciencia, la respetan y acatan, y no osarían obrar sin ella, y no la desobedecerán jamás,—quien en el seguro de la distancia inventa y propala falsedades dirigidas a aflojar el poder ordenado de la indignación pública, con la calumnia a mansalva asestada contra quienes previeron y ordenaron la cólera cubana, en vez de dejarla abandonada al odio insano y la pueril envidia, y limitar a mero desorden de destrucción lo que debe ser la obra creadora de un pueblo capaz, con los mismos elementos de su oreo necesario,—quien difama de lejos la obra pura, y ni en un solo acto—privado o público—tachable, de la composición oportuna y generosa de los elementos viriles y de verdadera sensatez del país en que nació,—es eso, es bandolero.—No se dicen estas palabras de prisa, como ira, sino despacio, como castigo.

Por la Habana dicen que anda una persona conocida afirmando que “el señor Martí lo fue a ver a Saratoga, y a pedirle dinero para la

revolución; que el señor Martí recibió de él la oferta de unos cientos de pesos, y le respondió que persona de su caudal no debía dar cientos, sino miles; que airado el señor Martí, con su negativa, levantó la visita, anunciándole que le había de pesar”.

Absolutamente todo ese relato es falso. Jamás ha visitado a nadie, ni impetrado limosnas de gente tardía, ni de ninguna otra gente, el Partido Revolucionario. Su tesoro se ha hecho espontáneamente, de los amigos públicos de la revolución. No hay en toda la ciudad de New York, ni ha habido en Saratoga jamás, persona a quien el Partido Revolucionario, ni por el señor Martí ni por ninguno de sus miembros, haya pedido dinero alguno. Ni directa ni indirectamente ha hecho petición alguna nunca el Partido Revolucionario a ninguna persona procedente de Cuba; ni petición de opinión, ni petición de dinero. Jamás ha ido el señor Martí a Saratoga. Jamás ha visto en Saratoga el señor Martí a la persona que dice haber sido vista de él, ni a persona alguna de Cuba con semejante objeto. Ni el señor Martí, ni nadie en su nombre. El hombre miente.

¿Y a qué usar, de remate, más palabras que éstas que terminan un folleto recién publicado en Venezuela?:

“Si el antiguo testamento dijo: “Non facies calumniam próximo tuo”; si los persas echaban a los calumniadores en un pozo para ser devorados por los leones; si la ley romana de las doce tablas les señalaba la pena del Talión; y si la Remmia disponía que se les marcara en la frente con un hierro ardiendo, que figuraba la letra C, inicial de calumnia, la Historia terrible y justiciera imprimirá también debajo de vuestros nombres, con letras indelebles, estas palabras: ¡*Sicarios de la honra...*!”

## 2

## EL 27 DE NOVIEMBRE

Pecan los pueblos cuando se azuzan el odio, y cuando olvidan el honor. La naturaleza humana, continuamente convidada a la flojedad y el acomodo por el dolor y sobresalto, que van con el sacrificio, y por el veneno sutil del goce, necesita, de vez en cuando, que los esqueletos le llamen a la puerta, y que la conciencia salga de la noche. Ni es capaz de indignidad definitiva el alma del hombre, y el más venal y bajo de ellos ama las grandes horas de rebelión y de recuerdo en que se ve,

con la virtud de todos, como aliviado de su propia villanía. Esa es la razón, y ése el poder social, de los días simbólicos. Recordar, es rehacerse.

Vuelve, en el curso del año, el día doloroso de la revolución cubana, el día en que la cólera y vergüenza del país están como purificadas y embellecidas por la juventud y martirio de los adolescentes que salieron, a paso firme, del asiento de la escuela a la muralla de los fusilados. Se enlutarán las tribunas; se henchirán las casas del pueblo; se agruparán los cubanos silenciosos, allá en las ciudades nuevas de la Florida, a oír al hombre leal que con hazaña más duradera que la vida, arrancó a los matadores la confesión del crimen y el respeto a las víctimas sacrificadas. En Cuba, muchas mujeres leales llevarán rosas y laurel al monumento de los héroes;—y muchos hombres huirán de él, con el paso alado del miedo: los que no osan mirar su crimen faz a faz, ni honrar a los muertos, con los labios que les sirven para celebrar y robustecer a los matadores.

**D I C I E M B R E / 1 8 9 4**

1. A SERAFÍN SANCHEZ
- 2-3. A JUAN GUALBERTO GÓMEZ
4. A JULIO SANGUILY
5. A JUAN GUALBERTO GÓMEZ
6. A SERAFÍN SANCHEZ
7. A ALEJANDRO GONZÁLEZ
- 8-9. A SERAFÍN SANCHEZ
10. AL GENERAL ANTONIO MACEO
11. AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

1

A SERAFÍN SÁNCHEZ

2 de diciembre [1894]

Sr. Serafín Sánchez

Serafín querido:

Una línea. Cable muy satisfactorio, plenamente satisfactorio, de Gómez:—y yo, contentísimo, y nunca con más fuerza, y con vía más segura que hoy. El martes le escribo, y pronto lo veo. Del gusto no escribo. Dígalo a Teodoro y a Fernando. No escribir, no es perder tiempo. Dígamele a Roloff, y téngamele siempre contento. Dígale por qué no escribo. Es la sinceridad de la alegría.

Su

J. MARTÍ

2

A JUAN GUALBERTO GÓMEZ

New York, diciembre 2, 1894

Amigo queridísimo:

En el estribo del ferrocarril, y con nuestro amigo a mi lado, le pongo estas líneas para decirle que nada ha mudado desde mi anterior; y que por ambas partes hemos de seguir por las mismas líneas. Para Ud. ahí no me bastan las gracias; aguardo tranquilo el resultado feliz de sus medidas: del *Camagüey* nada sé aún, y eso me inquieta, pero ya está hecho cuanto se debe: Este es volante, y sólo le diré que recibí

con verdadero placer, por su serenidad y por ser prueba de buena fe, la carta de L.,<sup>104</sup> a que nada podía yo responder que pudiera ir oportunamente y que Uds. no hayan anticipado. Recibí además lo que me anuncia: Todo me llega casi en el instante de salir a una corta excursión. A Julio<sup>105</sup> sólo me le dice que, aunque forzado, por sobre mis mayores simpatías a salvar con recursos escasos un negocio que tiene lo imprescindible, y no más que lo imprescindible, hallará atendidas sus recomendaciones en caso de un conflicto que no es de esperar, porque ahora todo ha de seguir como al rescoldo, para no alzar a los rivales. Pero que ésta, al vuelo, no es respuesta. El martes le escribo.

Espero carta de Ud. con ansiedad, y con mucho cariño.

*Aguas Verdes*<sup>106</sup> está conmigo sin cesar, y lo quieren a mi alrededor, y acompañan,

Su

M.

3

4 de diciembre [1894]

Amigo querido:

Creo resuelto ya nuestro problema. Afuera, ya está en mi mano la prueba de que,—como que a tiempo y sin temor se preparó este resultado—todas las confusiones han cesado. Vamos, sin ningún obstáculo visible, y en condiciones más gratas que las que eran de esperar, al arreglo que Uds. nos propusieron. Hay, pues, sin alarmar a los acreedores, que ponerlo todo por ese camino: por no pecar de presuroso no le escribo más, como pudiera. Mi próxima será tan precisa como debe, y como ya para entonces podrá ser; aun más que hoy. Importa sólo que los socios, a la vez que se sientan inclinados, y a punto de firmar para la fecha fijada el arreglo, no adquieran con demasiada anticipación esperanzas imprudentes. El aparente desorden de nuestra labor nos ayuda ahora principalísimamente a salvarla: así parece que debemos seguir hasta el instante mismo de las escrituras, para evitar avisos, cabezadas y demandas de imposible atención. Ud. se lo sabe todo: todo se lo fio.

<sup>104</sup> José Lacret Morlot.

<sup>105</sup> Julio Sanguily.

<sup>106</sup> Enrique Collazo.

A la carta del Cerro,<sup>107</sup> que recibí, respondo hoy. Ud. me quiere más por estas agonías, y me ayudará a que sean menores.

Un encargo le tengo que hacer, desde ahora. Temo a la indiscreción de *Domínguez*, tanto que especialmente ruego que lo que caiga en sus manos sea tal que no pudiese imposibilitar la transacción.

Con honda y justa alegría le digo adiós. Esta carta lleva, de importancia y cariño, cuanto Ud. pudiera desear de ella.

Su

M.

4

A JULIO SANGUILY

4 de diciembre [1894]

Sr. General Julio Sanguily

Amigo querido:

En la mayor ocupación le escribo, y con razón contento de nuestra labor, y de que vaya adelante sin obstáculos. A tiempo recibí las cartas y el cable y por fortuna con ellas la noticia de que lo más urgente a que Vd. se refería, que eran los veedores, ya se había arreglado ahí. Lo de la remesa de artículos a la otra punta no debe ir por vía de Vds., y no debe dudar de que quedará bien atendido. Otra cosa queda, y es el viaje de la familia, que hallará Vd. atendido bien y con tiempo a la hora necesaria. Ni sé qué me hago, cómo en tal estrechez y en tiempos tan diversos de los que Vd. conoció, se ha podido a pura ferocidad, llegar a tanto. No me regañe. No sea Vd. quien me angustie. Cuento los centavos, y tan de veras lo conozco a Vd. en lo más hondo y puro de su carácter, que sé, de seguro, que Vd. no se enoja conmigo, ni de paso siquiera, porque salve con estos cuidados mezquinos e indispensables una obra tan difícil. No cese de querer a su amigo

J. MARTÍ

<sup>107</sup> De Julio Sanguily.

5

A JUAN GUALBERTO GÓMEZ

5 de diciembre [1894]

Sr. Juan Gualberto Gómez

Amigo queridísimo:

Esta es fe de vida, y sólo va a confirmar la anterior. Nada muda ni cesa, y todo sigue por las mismas líneas. ¿Cómo sé que es eso de la vuelta de L.? Con qué ansias espero la carta de Vd.—y las noticias del C., de tal importancia que le ruego mucho, aunque sea innecesario para diligencia como la suya, su envío inmediato.

Lo que Gener<sup>108</sup> dijo a William<sup>109</sup> será hecho, en parte principal al menos, lo de los cien sacos. A Gener démele un fuerte abrazo, y muéstreme mi contento y gratitud.

De intento callo, que hay mucho que hacer. Me rodean muy buenos amigos. Aguas Verdes<sup>110</sup> junto a mí en este instante, y no lo dejaré sentir soledad.

A Vd. todo su

M.

6

A SERAFÍN SÁNCHEZ

[Diciembre, 1894]

Sr. Serafín Sánchez

Serafín:

Recibo un cable de Fermín en que me dice:

“Tu encargo William en Habana”.

Por esto entiendo que, a pesar del giro de los Escogedores a New York, la forma se ha arreglado, y el encargo está en la Habana. Si no

<sup>108</sup> Julio Sanguily.

<sup>109</sup> Eduardo H. Gato.

<sup>110</sup> Enrique Collazo.

es así, por telégrafo le ruego ahora que llame a William,<sup>111</sup>—por telégrafo instruyo a Guerra que tenga a disposición de Vd. el giro,—por telégrafo puede Vd. saber y probar a William que el dinero está disponible,—y el dinero, que ya ha tardado mucho en estar donde debe, puede volar, probando nuestro deseo de obrar, y nuestra capacidad para ello a la palabra menor.—Vd. conoce la importancia de esto. Que no haya, por Dios, trastorno, cuando va todo tan feliz. Arregle las formas, de modo que en nada aparezca William.

Y grandes gracias de su

J. MARTÍ

7

A ALEJANDRO GONZALEZ

[Diciembre, 1894]

Sr. Alejandro González

Alejandro querido:

De hora en hora lo estoy viendo, y de hora en hora es imposible. No salgo de la muerte. De una agonía me libro y ya estoy en otra. Y ya todo, todo se está hilando alrededor de nuestro campo. De viernes a sábado voy a conversarle una hora. En este instante, a fin de tenerlo inmediatamente fuera de aquí, le aviso, para que Vd. mismo me le busque cuarto en la casa, o cerca, y sólo con Vd. se vea al coronel Patricio Corona, hombre de todo honor y discreción, que viene a volverse con el mismo camino que va a ir Vd. Nos lo manda Flor, para evitar lances. Por él verá Vd. cuán bien preparado se tiene todo allí. Acá estoy cerrando. Ahí van los \$30 que en este instante tengo conmigo; pague la primera semana—que en estos momentos parece que no será más—de Corona. Acompañese de él. El sólo sabe que Vd. irá también. Va esa carta de Jamaica.

O viernes o sábado lo veo. Hágase idea de la zozobra, casi espantada de mi existencia, por este cuidado mío de no ahorrarme un trabajo de cuya publicidad pudiera venirme un peligro.

Su

J. MARTÍ

<sup>111</sup> Eduardo H. Gato.

8

A SERAFÍN SÁNCHEZ

8 de diciembre [1894]

Sr. Serafín Sánchez

Serafín querido:

Trabajo enorme, y de todo. Esa, de Mayía,<sup>112</sup> muy urgente, para Carrillo. Todo en camino. Un cable de ayer de Santo Domingo me ha aliviado la angustia de que antier le hablé.—¿Cómo pienso en Vd! Van unas líneas de Mayía, nobilísimo compañero. Collazo le escribe el martes. Imposible hoy. Todos al vuelo.

Su

J. MARTÍ

9

[Diciembre, 1894]

Sr. Serafín Sánchez

Cesan nuestras angustias. Todo parece encaminado. En mi mano está ya, hoy, la clave de lo que faltaba por hacer, y a la cual había acomodado la situación en Cuba. Ahora va todo a la par. Donde había indecisión, ha cesado. Se me amontonan, a última hora, por falta de franqueza anterior o por olvido, obligaciones imprevistas, y cuya angustia se pudo y debió evitarme. Las encaro, y las cumpliré. Estas pocas palabras, y lo que va entre ellas, le indican lo que aquí callando dice quien nunca habla sin razón. Ahí, téngamelo todo en la mano, como la rienda al ir a montar, pero sin que lo sienta el caballo. ¿Lo de Tampa? Todo el mundo lo supo.—Si Rosendo no está ahí, llámelo enseguida, y con su mujer, para despistar: no lo llame luego. Conténtese con lo que haya a mano. Lo demás está en Cuba. Vale más cinco, y llegar, que quinientos, y no llegar. Insisto en que de Mayolino no se haga confianza, sino de modo que sirva en vez de servirse, y nada pueda descomponer. Sólo le escribo para que Vd. lo vaya—en silencio—inclinando y componiendo todo; a Roloff nada digo aún, porque le conozco el entusiasmo parlero: sólo a

<sup>112</sup> El general José María Rodríguez.

Vd. escribo de esto. ¿No encontré la circular de Gómez, enviada para Roloff, en el bolsillo del espía Cardet—la circular a los Generales? Un Ramiro o Ramírez, que se las da de oficial, chiquitín, de nariz larga, y ojos de ojeras, que engañó a Fernando y Teodoro, es espía.—Con que un abrazo, vea menos gente cada día, piense en que no olvidaré sus encargos, y en que todo, todo parece llegado.—Aquí está Mayía.

Su

J. M.

10

AL GENERAL ANTONIO MACEO

N. Y. 8 de Dbre. 1894

Sr. General Antonio Maceo

Amigo muy querido:

¡Si me viera en este instante! Sus viejos compañeros están cerca de mí: doblemos el trabajo, porque ya todos los campos están claros,—el desorden de Cuba vencido,—o encarado de modo que ya la perturbación se ha convertido en enemistad franca y poco importante de elementos sólo dañinos cuando se visten con nuestra ropa y se valen de la traición, acorralada esta vez y descubierta—y el General Gómez ya en la última disposición, que en persona me trae Mayía, que era el detalle que tan anunciado le tuve, y que en cablegrama de ayer me confirma, en respuesta a mi anuncio de estar llenas sus primeras indicaciones. ¿Qué me queda, pues, temeroso de las cartas, que confirmarle el cablegrama de Mayía y el mío?

La forma feliz y por mi ya aquí anticipada, por ser tan fácil y tan poco costosa, de sus trabajos ahí; apenas requiere más que el aviso general que ya por cable le dí para irle poniendo todo sobre esa fecha, o la noticia, por la clave de días o la de letras, de la prórroga mínima, días más o menos, de una labor segura, y en este instante en todas sus partes perfectamente atada. Ya veo cuán poco por fortuna queda que hacer ahí, así que sólo tengo ya, cuando se avecine aún más el día y rapiñe de mis angustias lo que pueda, remitírselo por cable, para las últimas idas y venidas. De lugar, ya tengo la nota, y seguiré preguntando, para no errar. Lo que haya de ir, fiémelo que yo nada olvido.

¿A qué pintarle mi alegría, que sólo podría nublarse con la noticia de que aún no estaba Vd. bueno? ¿A qué decirle el extremo cuidado que para cada detalle necesito? Aún le escribiré una vez, así podré responder la carta que de Vd. espero, y acaso me aguarde en Central Valley. Mi júbilo es silencio, y Vd. me lo acompaña con el suyo. Mucho hemos padecido, pero ya estamos premiados. No puedo alzar la cabeza; pero Vd. me ayudará de allá con toda su bondad, su ahorro y su cordura.—Y su cariño. Si aún hubiere tropiezo, fie en el juicio y en la conciencia de su

JOSÉ MARTÍ

11

AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

New York, diciembre 8 de 1894

Sr. General Máximo Gómez

Mi querido General:

Mi carta está hoy en la que le escriben conmigo nuestros amigos Mayía y Collazo, y en el documento incluso, escrito luego de pensar bien todos los detalles de nuestra situación, y en especial de la de Cuba, de la que trae Collazo, los detalles minuciosos, y de hombre sensato, que acá hubiéramos podido desear. Escribirle yo más, sería repetir lo que ellos le dicen, y ven con sus ojos. De todas partes continúa la demanda angustiosa de nuestra actividad de adentro y de afuera. Todo se ha podido hasta ahora sujetar, sin desorden ni razón de queja, pero ya hubiera sido imposible sujetarlo más. Afortunadamente, y por mano que parece superior a la nuestra humana, todo se combina a su hora, y a la vez que las medidas que se esparcieron sobre Cuba para contrarrestar la intriga de demora,—la de algunos en Camagüey y otros en Cuba,—contenía allá adentro el desbande amenazado y nos servía para mudarlo en orden mayor, acá afuera nos reuníamos Vd., en la muy querida y eficaz persona de Mayía, Cuba, por el noble Collazo, y lo que depende de mí. Distancia, tiempo, confusión, todo se ha vencido a la vez, de aquí, ya ve Vd. lo que va a Cuba, y los tres grupos de ayuda, debidamente escalonados, se combinarán con esas instrucciones. Vd.,—con su ojo seguro,—medirá los resultados. Tan felices andamos, que el grupo que se nos pudiera

torcer, el de Costa Rica, quedó, sin intriga alguna, de tal modo trabado que naturalmente ha venido, e inevitablemente, a caer en Flor por si Maceo, por la herida o la persecución, no pudiese ir. En el otro grupo —S y R,<sup>113</sup>—hay el mismo vivo entusiasmo, y ya a esta hora parece salvado lo que a mí mismo me parecía imposible salvar—el escándalo de la concentración. Angustias, he de tener y tengo, pero las venceré todas. y son ya pequeñeces. De nada me quejo y sólo siento ternura y pureza en el corazón. Y orgullo de tener cerca de mí, en esta hora de prueba. a almas tan enteras y leales. De los cables, ya nada le diré. Hecho el giro, según la carta por Mayía, vino la del Saguinau, y mi cable, y al fin el de Vd., que recibimos juntos los tres, con muy vivo cariño. Me pareció verle cerrar los ojos, bajada la cabeza ante quien todo lo manda y premia la virtud y entregarse al destino, que esta vez no parece abandonarnos.—Lo demás, queda ya al cable, y a la mar.—Abraza a Pancho. a la casa toda,—y quiera a su amigo

JOSÉ MARTÍ

<sup>113</sup> Seguramente Serafín Sánchez y Carlos Roloff.

## **PLAN DE ALZAMIENTO**

## PLAN DE ALZAMIENTO

N. Y., 8 de Dbre. (1894)

Reunidos aquí, para acomodar a un mismo fin, sin publicidad ni confusión, *B. G. ya con un término cierto*—las diferentes partes de la labor, hemos decidido, de acuerdo con el enviado especial, apoderado plenamente por *el General Gómez*,—que con nosotros remite copia firmada y la deja en New York, comunicar a Vds. desde hoy las instrucciones precisas, *y ya como finales*, por las que se deberán Vds. guiar ahí, y que comunicarán *inmediatamente*, de manera que tengan preparada la labor en la hora oportuna, sin que haya peligro de conocimiento demasiado *previo*, por quienes pudieran usar de él sin discreción o con malicia.

1º.—Todos los trabajos deberán dirigirse desde ahora con la idea de comenzar, todos unidos, *hacia fines del presente mes*.

2º.—A todos los trabajos debe presidir la certidumbre de que toda la colaboración *de afuera está en marcha*, sin una excepción sola,—de que este aviso, como todos los que pudieran sucederle, está en acuerdo con las medidas generales de que somos garantía, actor o testigo,—y de que en el caso imprevisto de que se rompiera esa unidad, lo avisaremos a tiempo, a fin de ahorrar un *sacrificio imprudente*, o no serían *abandonados los que a él se lanzasen si ya no hubiese tiempo de evitarlo*.

3º.—Desde este instante deben *esparcirse las instrucciones por toda la Isla*——— de manera que sólo lleguen, y nada más a *las cabezas principales* y esenciales y fuera de toda duda, y quede desde *ese aviso* y por medio de él, ajustado un medio doble, *por dos vías*, de anunciar *por telégrafo* o de cualquier otra manera suficiente, *el aviso final, que sólo irá de afuera*, en condiciones demostradas de la mayor probabilidad humana de éxito, en la forma de *un cablegrama* a Vds., que indicará que

ya se está en capacidad y libertad de obrar en la Isla.—El aviso, ha de escalonarse de este modo:—primero,—éste que damos, para arreglar el recibo unánime de *el aviso final*—y luego irá nada más el cablegrama que por los medios ajustados por Vds. sea la señal de obrar en la manera especificada en el párrafo siguiente.

4º.—Estudiando cuidadosamente, y con el deseo principal de velar por los cubanos de la Isla,———las formas y combinaciones de la empresa total, hemos resuelto enviar a Vds. un cablegrama final, que indique que de afuera está hecho cuanto hay que hacer———en la certidumbre de la cooperación ordenada de la Isla,———y a cuyo recibo puedan Vds. acordar, según su conocimiento local, si pueden aguardar a alzarse con seguridad personal hasta diez días después de recibir el cablegrama,———o si, dadas las condiciones de peligro que se pueden crear en Cuba inmediatamente después de ciertos sucesos y que sólo Vds. ahí pueden advertir les conviene alzarse unánimemente———y correr las órdenes ajustadas en la 1ª comisión, siempre que puedan mantenerse de doce a quince días, con probabilidad bien estudiada de éxito.

5º.—Es nuestra opinión que una vez recibido nuestro cablegrama final debe repetirse el aviso unánime, a fin de que los jefes esenciales se pongan ya a resguardo, a reserva de no abrir hostilidades sino unos ocho días después de recibido el cablegrama.

6º.—El cablegrama será puesto por duplicado y de distinto modo, pero ambos con el mismo significado, dirigido a R. Ponce: “Contesta pronto”———y por la dirección de Gener: “Espero aviso”.

7º.—Como la Delegación envía directamente noticia a Carrillo, sólo quedan de aviso Camagüey y Oriente, para cuyas 2 comisiones, alguna otra de urgencia, Gira hoy la tesorería trescientos pesos,———recomendando que los avisos sólo sean hechos a persona indudable, y sobre seguro, y de manera que, quedando los jefes advertidos, no trascienda por consideración alguna fuera de ellos, y a ellos mismos se les intima el silencio mayor, con sacrificio de todo interés o parentesco, y exigencia de la responsabilidad más estricta.

8º.—Todas las comunicaciones después de recibido el cablegrama final, deben dirigirse a B. J. Guerra directamente. o por conducto de E. H. Gato, pero de modo que a nadie llegue aviso previo del alzamiento en Cuba,———ni lo haga en los E.U. sino doce días después del recibo del cablegrama final. De hoy al día del recibo de éste, cualquier comunicación necesaria por telégrafo debe dirigirse a Baeza.

9º.—Las instrucciones siguientes deben formar parte del aviso, que lleve a comisión previa———, y deben en toda forma reiterarse y hacerse cumplir:

I—La guerra, debe procurar, como medio principal de éxito y robustez inmediatas, y prueba de su cordialidad, asegurarse la benevolencia o indecisión de los españoles arraigados en la Isla, y a este fin debe rigurosamente suprimirse toda medida de pura nacionalidad o de terror, y tomarse toda medida que les inspire confianza, a cuyo efecto se debe a la vez usar toda la fuerza de las armas contra el español que salga armado, y aquietar, o proteger en caso justo, al español, que no haga armas, o no ayude probadamente a hacerlas, teniendo siempre como norma la indulgencia más que la persecución.

II—Deben respetarse todas las propiedades, y no exigirse, hasta nuevas órdenes, contribución de dinero alguna, y sólo de armas, pertrechos y provisiones.

III—Las alocuciones serán conformes a las ideas de el manifiesto que, con un pretexto u otro, publicará en estos días———la Delegación, basado sobre esas mismas ideas esenciales, y de las que rogamos que de ningún modo se prescindan, sino que en todas formas se ayude con ellas a facilitar el arraigo y expansión inmediatos e indispensables del movimiento revolucionario.

IV—Sólo se obrará, en caso necesario, contra los cubanos que se opusiesen con las armas, a la revolución, o que probadamente ayudasen de modo material contra ella, respetando siempre en este último caso sus vidas.

Esto decimos y ratificamos cuidadosamente, y con la mayor vigilancia por la seguridad de los cubanos de la Isla,———y el ruego de que ellos contribuyan con el sigilo y unidad a la salvación de la ayuda del extranjero.

José María Rodríguez.—José Martí.—Enrique Collazo

**DE *PATRIA*, NUEVA YORK**

**8 DE DICIEMBRE DE 1894**

**LAS REFORMAS EN CUBA**

## LAS REFORMAS EN CUBA

Pasaron como una nube, cargada de sangre. Vinieron, y *Patria* nada tuvo que decir, porque sabía que pasarían. Se van, y *Patria* nada tiene que decir. Esas eran añagazas y mañas, y redes para crédulos. Unos juegan con sombras, y visten los esqueletos de palabras, y llenan los ecos de pueril desafío: los otros caminamos, caminamos. El lodo resbala sobre el mármol: el diente se rompe contra el mármol: las estatuas de polvo se caen solas por tierra. Guiar es prever. El débil se aturde por lo superficial: el fuerte le ve las entrañas al enemigo, y da sobre ellas. No se lee en papeles, ni se oye en discursos; pero da en las entrañas. Y eso es lo que hay que hacer; a las entrañas. Para Cuba no hay más esperanza de emancipación de un gobierno estéril, y de iniciación en el mundo contemporáneo en que ya está perdiendo puesto, que la independencia de España por un sacrificio inevitable, y de alma generosa. Ver después, no vale. Lo que vale es ver antes, y estar preparados. Ese era el deber de los cubanos libres en el extranjero, y a eso atendimos. De canijos o necios es ver venir la dificultad y no prepararse para ella. De malvados, y no menos, es la tarea, inútil por fortuna, de quitar fuerzas a los que se preparan a encarar una situación fatal e inminente. Se prometieron, como un quite a la revolución, las reformas para Cuba, —y *Patria* calló tranquila, porque el miedo de provocar la revolución en Cuba, la revolución unida de españoles y cubanos, al menor goce de libertad local verdadera, es mayor en España que la creencia de que la revolución pueda detenerse con reformas nominales. Se creyó, por la gente ligera o aturdida, que las reformas de imposible realidad, podían dañar a la revolución, y aflojar la fe y el hecho de sus mantenedores, —y *Patria*, se limitó, firme en lo verdadero, a declarar que la obra revolucionaria, de alma en que caben españoles y cubanos, continuaba sin prisa y sin ira, sin un héroe menos, sin una esperanza menos, con nuevas esperanzas. Las reformas asomaron vergonzantes, y hoy caen, y con

ellas, toda esperanza, siempre insensata, de autonomía para Cuba,—con el escándalo de Sagasta y Azcárate en las Cortes:—*Patria* señala, caída por tierra, la estatua de polvo. Decían en Cuba, y dicen, diputaciones, autonomistas y revolucionarios de ayer, generales y prohombres de España; y diarios y discursos, que si las reformas no vienen, íntegras e inmediatas, el país va derecho a la revolución;—*Patria* no lo dice, sino la isla y sus autonomistas, y los revolucionarios a quienes, con razón o sin ella, se tenía como valladares de la revolución: *Patria* previó y obró a su hora, y conoce y aguarda la voluntad del país. Su deber no era azuzar engañosamente: sino preparar prudentemente. Ver venir es lo de hombres, y tener casa hecha a la tempestad, y cauce abierto al incendio de la sangre. Si la sangre se enciende, tendrá idea, tendrá brazo, tendrá amor, tendrá adentro un alma convencida, y afuera un propósito serio revolucionario, un patriotismo cordial y constructivo. De hombre es ver de lejos, y disponerse al conflicto que ha de venir. De malvados es parar el brazo, o herir el costado de aquéllos cuya gloriosa culpa es haberse dispuesto a tiempo para atender a las consecuencias inevitables de una situación que hoy reconocen, contritos y azorados, los que no tuvieron juicio o valor para preverla. ¿A qué quejas, recriminaciones, desconfianzas, iras, motes, recuerdos de encono? En la patria, el honor es de todos, y de todos es el deshonor. Los que esperaron en vano de España, cubanos o españoles, confíen, que no confiarán en vano, en la revolución robusta y breve que los cubanos intentan con pericia y sin odio, y que los españoles útiles,—los padres, los hermanos, los amigos, los trabajadores, los de alma liberal,—saludarán con timidez primero, y luego con orgullo, por ser la obra buena y difícil de sus hijos, cuando le vean toda la firmeza del propósito, y toda la nobleza del corazón. A silbidos ha echado España del Congreso la autonomía de Cuba. A balazos, dice el jefe del gobierno español que echará atrás la autonomía. Ya no hay en Cuba autonomistas. No los debe haber. El honor no permite que los haya. Ni la revolución, que erró a sus horas, y puede volver a errar, será implacable con los yerros de sus hermanos por la historia y la naturaleza. ¡Todos, pues, a la obra de todos, con alma en que quepan todos! —El Congreso español ha echado a silbidos de España a la autonomía.

## DICIEMBRE / 1894

1. A SERAFÍN SÁNCHEZ
2. A. J. FRANCISCO NAVARRO
3. A SERAFÍN SÁNCHEZ
- 4 - 7. A JUAN GUALBERTO GÓMEZ
8. AL GENERAL ANTONIO MACEO
- 9 - 10. A JULIO SANGUILY
- 11 - 12. A JUAN GUALBERTO GÓMEZ
13. AL GENERAL ANTONIO MACEO
14. A EDUARDO H. GATO
15. A SERAFÍN SÁNCHEZ
16. AL GENERAL ANTONIO MACEO
17. AL GENERAL FLOR CROMBET
18. A ALEJANDRO GONZALEZ
19. AL GENERAL ANTONIO MACEO
- 20 - 21. A JUAN GUALBERTO GÓMEZ
- 22 - 26. A SERAFÍN SÁNCHEZ

## A SERAFÍN SÁNCHEZ

St. Denis Hotel  
Broadway and Eleventh Street

New York, Dic. 13, 1894

Sr. Serafín Sánchez

Serafín querido:

Déjeme tranquilizarlo. Ya lo habrán tranquilizado mis cartas anteriores. Muchos, muchos peligros ha causado la demora; pero no son, en cuanto al Camagüey, los que Vd. cree, y todos, hasta hoy, se han obviado. Mucho, de detalle vital o mortal, queda siempre por obviar en estas cosas; pero lo que le agitaba—el temor de la indecisión de Santo Domingo—ya se lo resuelve, al fin, la presencia del amigo, y por eso C. no sigue viaje, porque ya lo que iba a hacer está hecho, y todo comunicado y explicado a Gener y amigos en larga carta de instrucciones.—Lo del Camagüey, nunca fue como Vd. pensó en la carta, aunque eso era lo natural. Las fuerzas confusas de allí se han ido combinando de manera que mientras de un lado parece que ya están, los mismos que lo dicen les ponen luego reparos esenciales. Jamás hubo el pensamiento que Vd. supone, de aprovechar determinado elemento. Parece ser el temor de que se les escoja para una iniciación aislada—temor sin derecho y contra la realidad que les es conocida,—y de cuyo temor en los unos, y afectación de él en los otros, se valen los que andan por allá entre nuestras filas para descubrirlas e incapacitarlas. Ya trabajo hondo cerca del M.—Y adelante. Ya saben la resolución. Cálleme esto a Noy. No tiene tiempo de ir ni puede pasar por la Habana.

A la Habana, ya ve. Ya ve la lotería. Todo lo doblan todos a última hora. Cosas inesperadas, y acaso inicuas. Sin embargo, aún espero enviarte \$1,000.—Y el encarguito de P. irá a mano. Ya está.

Ahora, lo capital, al vuelo, porque hoy ha sido día de morir, y apenas tengo tiempo para ésta.—En el lugar de donde fueron a Vd. los últimos debe de haber, de modo que no se note su salida en junto, aunque haya que dejar alguno esencial, unos quince trabajadores, y yo solo me he de entender con una cabeza, y ellos han de salir creyendo que van para despistar, y que volverán naturalmente luego al Cayo. Que cada cual viva por sí hasta el último instante. Esa dificultad es la mejor garantía de silencio. Eso debe ya hacerse. Dentro de diez días deben estar allí, según todo se ve ahora. Yo creo que allí hay, como ya antes dije que convenía, algunos, que han de ser de los mejores. Allá Vds. callados, ¿qué tienen que hacer? Ya Vd. conoce bien el terreno.

Para fondos de viaje escribo a Navarro, a reserva de quedar asombrado de su carencia de fondos.

Al buen Roloff, lo que él imagina. Y a todos. ¡Ojalá, con razón de las pascuas en que todo se mueve, pudiera ser Raimundo de los que vinieran, y con él entenderme; y él ayudado, tal vez, de Florestán, si Florestán se ha quitado de malos socios,—y singularmente de Ramiro o Ramírez.

Adiós, y un abrazo de

Su

J. M.

2

A J. FRANCISCO NAVARRO

St. Denis Hotel  
Broadway and Eleventh Street

New York, diciembre 14, 1894

Sr. J. Fco. Navarro

Estimado compatriota:

Ruego a Vd. que—para una atención improrrogable y de la mayor importancia y urgencia, ponga en manos del Sr. Serafín Sánchez la suma de *ciento cincuenta pesos*.

Saluda a Vd. afectuosamente,

El Delegado

JOSÉ MARTÍ

3

A SERAFÍN SANCHEZ

New York, diciembre 15 de 1894

Sr. Serafín Sánchez

Serafín querido:

Acabo de ponerle un cable. Acaso todo pueda ser mejor de lo que se presentaba en mi última. Guárdeme ahí los tabacos. No voy a necesitar del intermediario. Si necesito, le pondré a Palma un cable: *fondos*, y eso indica que se ha de estar a mis instrucciones anteriores.—Si pongo otro, *cobre*, eso quiere decir: que ahí me debe tener los tabacos. Esto va a ser un buen negocio.

Lo de *Gener* me agobia, y lo de su socio.—No a mi conciencia. Ya dije que no les podía pagar más. William mismo se lo dijo. En este instante, ¿sabe Vd. en qué me veo? Calculé todos los pedidos, medí todos los pagos, pedí a esa alma de William, que desde el primer día conocí, y aún diré que amé, por su bondad y su sagacidad, y cuando de todo hubiera podido salvarme con desahogo, y reservándome, acudí a lo de *Gener*, sin prometérselo, con algo más, viene José María<sup>114</sup> con una petición del viejo por *todo el doble de lo ajustado* a última hora, por toda la suma de la terminación y del respiro. Y eso, como condición indispensable. Y se la envié por cable. Mis agonías calcúlelas. Ahora ¿qué hago en lo de la Habana? La lotería se cerrará pagando algo, pero eso mismo es para otro pagaré de la Habana, ya que no pudo ser para éste. ¿Tengo hoy libres los \$1,000 que deseo enviar a Juan?<sup>115</sup> no: y sin embargo, creo firmemente moverme de modo que en una semana se los puedo enviar. ¿Y acudiré otra vez a William, a que anticipe esa suma, única que ya prometo, cuando no estoy terminantemente seguro de su pago? No lo puedo hacer.—Y ¿escandalizaré todo el mercado por mil pesos? Tampoco debo. ¡Ojalá se pudiera enviarlos, para no perder días preciosos! Yo fío, al fin, en hacer lo que digo, acaso un poco tarde. Pero ¿Vd. me acusará de demora, Vd. me acusará de dejar de hacer lo que pude hacer, Vd. no ve la agonía que quise evitar, y que no he evitado? Yo no me quejo. Yo no le diría esto. Pero es preciso, para que pese mi

<sup>114</sup> José María Rodríguez.

<sup>115</sup> Juan Gualberto Gómez.

angustia, y entienda bien por qué dejo sin hacer... ¿Qué alma podrá Vd. moverme allí? Ninguna. Yo veré de prestar ese servicio sin caer.

Ahora, vuelta a lo esencial. Guárdeme los tabacos ahí, sujetos a cables. Enviaré a tiempo al corredor. No deje que nadie note la negociación. Todo está muy bien hecho, todo lo que me dice.—Ceso, para atender a lo que falta.

Su

MARTÍ

Si Teodoro está ahí, démele, enseguida, esa carta, después de leerla.—Si ya está en Tampa, dígamelo por cable, para yo determinar.

4

A JUAN GUALBERTO GÓMEZ

[Diciembre, 1894]

Amigo queridísimo:

Prisa extraordinaria, y todo en curso, sin más que la agonía natural, y ninguna razón para alterar lo dicho. Sobre la noticia al *Camagüey*, habrá Ud. recibido ruego por K. W.<sup>116</sup> de suspenderla: Sólo se ha de mandar a *Salvador Cisneros*, y nada más que a él. El ruego era para escribir; ya lo hago. Ahora acaso lo mejor, salvando la tentativa inútil, y dañosa por ir de la *Habana* (mido lo que digo y sé) sería evitar la lastimadura de enviar de espuela nueva al de la *Habana*, y la mayor fe en el juicio y vigor para los negocios de los socios de persona de afuera de ellos, sea quien sea, —y enviar sólo a *Salvador Cisneros*, la parte de instrucciones, de tal modo que se muestre en la comunicación la mayor cordialidad de la *Habana*, y la mayor fe en el juicio y vigor para los negocios de los socios de allá y de su comarca, a fin de quitar el pretexto que se quiere usar hoy de que—si se resistieran al negocio—sería porque, de la *Habana* o de afuera, se les quiere imponer. Suavice, y vaya lejos. Quite ese pretexto. Y el envío, por carta, seguro. Más barato, menos escandaloso, y no sale de ahí A., que por ahí, por Ud. va a tener él qué hacer. Cuidado con que la advertencia salga, allí o afuera, de las cabezas principales. De lo que me piden, falló lo que por cable y a

<sup>116</sup> Key West.

mano, tenía para Uds. aunque ya advertí que nada más podría, es mucha la vileza humana, más que la virtud. Pero creo poder llegar a tiempo. Creo hacerlo, aunque me ahogan. Mi prisa es de trabajo útil. De L. nada me dicen. Cuidado, y con D. de *Matanzas*. Recibí su alarmada del 8. Ya estará tranquilo. Por la dirección vieja fue carta el 4, y muy larga la de las instrucciones. Por si acaso, repíto las mañana, si no me llega noticia de que recibió la del 4, que indica que recibirá las posteriores.

5

[Diciembre, 1894]

Amigo queridísimo:

En medio de angustiosos quehaceres, hallaré tiempo para decir a Ud. lo indispensable. Es lo primero que todo continúa el curso anunciado, con demoras de detalles vencidos hasta hoy, y dentro de las líneas fijas. Es lo segundo que ayer recibí por cable de *Gómez*,—nueva confirmación de las combinaciones realizadas por el poder pleno de que vino provisto su representante, y en virtud del envío de éste, convenido de atrás como clave de todo el arreglo.—Es lo tercero sobre los cien tercios: lleno de ardiente deseo de que pueda mejorarse así el negocio, haré lo sobrehumano para que aún por sobre los mil ofrecidos, vaya el total del montante, o lo más posible, y vaya en tiempo: Uds. distribuirán la suma de modo que alcance a una parte y a su transporte. Sin escándalo pueril, en estas condiciones para Uds. totalmente desconocidas, y muy diversas, en su inmovible realidad, de lo que puedan Uds. presumir,—sin ese escándalo público y denunciador, único al que William pudo referirse, —no hay, clavado yo aquí y todo y todos clavados en mí, modo de alterar a última hora los cálculos estrechos, con mucha anticipación y con mucha fatiga cubiertos. Y más: y lo suficiente para el desahogo,—que siempre calculé, y que en masa, y por demandas imprevistas e ineludibles, ha sido empleado por los que exigían para sus partes decisivas ese inesperado servicio. Deliberadamente, y con toda formalidad anuncié por William que yo mido de lejos, y afirmo el pie antes de andar,—no podía ir más allá de la remesa por él hecha.—Es injusto afligirme y espolearme, luego de esta precaución y de su aceptación. A Gener, y su agitada carta a *Collazo*, y a mí, contesto asimismo hoy, y no temo por un instante que aun la total, respetable y anunciada imposibilidad de acudir a los 100 tercios con lo que aquí digo, pudiera torcer el curso solemnemente encadenado de los sucesos que por esa sociedad se han

de anunciar, y que con tanto brillo y juicio presagia la de V. del 12. En cuanto a mí ¿mide U., cuánto es lo que he de cubrir, y qué formidable, y en qué condiciones de atado silencio, y cuánta seguridad exige cada socio que viene al arreglo? ¿Y me cree Ud. capaz—a mi—de dejar de hacer algo que pudiera hacer? Digo lo de torcerse el curso del arreglo. o serle negado determinado auxilio, porque así en un instante de premura, lo dice Gener para el caso de que no se pueda, como de ningún modo se podrá, enviarle \$5,000, y \$2,000 más para su casa. Por la porción de Uds. calculen el total del esfuerzo, calculen el costo final de la transacción, recuerden la absoluta falta de cooperación de los socios de allá, y ni a U. que es todo luz, ni a Gener mismo, ni a Job, ocurrirá de veras lo que acaso les ocurre:—que se les niega lo que habría modo de enviar. Aquí quedo, que es lo importante, con lo estricto para la obra total, y la voluntad firme, en cuanto pase determinado detalle, de ver cuánto hago para lo de los 100 tercios.

Muy cariñosamente me hago cargo de las noticias todas de la bella-quería del de *Camagüey*, de la obra sólida, que con mi poca alma le premio, de ese hermano *Cruz*, del aislamiento saludable de los buenos amigos de *Oriente*,—y de la garantía sobre *Domínguez*.

De aquí, nada puedo decirle más que lo anterior, porque desdichadamente no he recibido aún la suya, que acaso me llegue antes de cerrar.—la suya posterior a la mía del 8.—Esta—¿necesito decirle yo a Ud?—no es de ningún modo mi obra verbosa, ni mi voluntad, sino el acuerdo perfecto de la situación presente, de los detalles de vida o muerte de la situación real, con el enviado expreso, y formal apoderado de *Gómez*. A Ud., a su cordura, a su indulgencia, a su serenidad fío grandísima parte de la labor,—y a la justicia segura, y al patriotismo desinteresado de nuestros amigos, que de seguro lean esta carta. Crea que quedo lleno de angustias y digno del respeto de nuestros socios.

D-20

Cuando se deba, el cablegrama irá confirmado por *enviado personal*.

6

[Diciembre, 1894]

Amigo queridísimo:

Con el mayor placer recibo la noticia de que llegó a Ud. todo, y naturalmente, la carta larga, creo que del 8.—¿Qué he de decirles, sino

que todo, hasta este instante, continúa conforme a lo pensado en condiciones visibles de un unánime logro, y rápido? Esto lo dice todo: y la menor paja en mi conciencia, se la dejaría ver. Minutos tengo apenas. Iremos hoy a lo muy preciso. A *Cruz*, un largo abrazo: nada me dice Ud. de *Lacret*. De los otros socios silenciosos, lo único que hay que hacer es quitarles todo derecho a alegar que de Uds. se les quiere imponer la transacción, o que Uds. se echarán atrás. *Continúe avisando*, por cada correo, a *Salvador Cisneros*, con la dirección que en clave pongo abajo,—por cada correo—que Uds. están en el arreglo, y a todo lo de él, con el propósito de una administración igual, y respetuosa para la natural autonomía de cada socio. Eso mismo, solemnemente, un correo tras otro:—y, sin *detalles de nombre*, la afirmación de la aquiescencia robusta de los socios que acaban de entenderse con *Cruz*—veamos a lo venidero. Abramos puertas; pongamos precedentes, cerremos escapes. Lo otro todo auxilio. Ya hablé. Fío en poder, dentro de pocos días, enviar *mil pesos*, que aparte de otra obligación que ya he contraído con *Gener*, es lo que no puedo enviar y enviaré sin embargo. ¿Cómo cree necesario azuzarme? ¿Lo necesité jamás? Pero ¿miden Uds. de veras lo que pesa sobre mí, lo miserable de las fuentes, de que pueden juzgar por las suyas propias,—y lo vasto de la transacción, y las sorpresas finales y agonizantes de este género de arreglos? En mi conciencia no queda pesar, puesto que William, al pagar los \$5,000, dijo terminantemente, según sus instrucciones, y su informe a mí,—que eso era lo último y lo más con que podría yo contribuir al abogado. No crean que esto es abundancia, sino continua amargura; salvada por una juiciosa distribución e implacable economía. Eso haré, pues, y no se debe confiar en más. Ni me espolee, porque me ofende. Si más pudiera ¿qué mayor gozo? Dígalo así a *Gener*; que conoció otros administradores y otro estado del negocio, y que tal vez a pesar de la invencible ingenuidad que hay en el fondo de su carácter, no quiera entender que, a pura escasez he podido hacer cuánto va hecho. ¿Qué mucho de él, cuando Ud. mismo,—que es como sangre propia mía,— cree necesario azuzarme? No es cargo mío, sino quejido. Por William recibirán lo que digo. Aquí quedo con todo el ánimo del mundo, y ninguna razón para alterar lo que va dicho. Adiós, pues. Mucho le ruego que, correo a correo, sin expresión excesiva ni falta de formal firmeza, anuncie a *Salvador Cisneros* la disposición serena; inmediata y conjunta de Uds. y de los socios que vio *Cruz*. Un correo tras otro, felicitándose de que entre la compañía en bases francas de cariño, experiencia e igualdad, y de que el Central (el

C) tiene a su cabeza socios del justo y viril carácter que hoy tiene esta obra de arreglo:—Ud. sabe cuánto lo quiere

Su amigo

M. Agramonte Betancourt. San Fernando 97.

Y, dentro, a S. C. p<sup>a</sup>: Santiago Correoso.

7

[Diciembre, 1894]

Amigo queridísimo:

Llego al vuelo,—recibo asombrado, con cartas que, en realidad me parecen diversas de las que debía recibir, la declaración terminante de *Julio Sanguily*, en respuesta a las instrucciones de *Gómez* de que las desobedecerá—y de que no les dará aviso hasta no recibir \$5,000 y \$2,000 y hasta no recibir lo que jamás se había pedido, la orden firmada de *Gómez*. Desde marzo, según mi conocimiento, puesto que por mi mano pasó, tiene *Julio Sanguily* la orden final y se le anunciaba ya que era la última. ¡De modo que hoy, a estas horas, con un pensamiento total a punto de desenvolverse o desenvuelto por porciones, se me anuncia que he de esperar, por lo menos, *un mes y veinte días!* ¿Y esto me lo escriben los mismos que exigían que la compra fuese antes de *Pascuas*, y me decían que fuera de eso ya no eran responsables? ¡Y se hace así,—y ahora, al hacerlo, ya no se hace! Ruego a Ud. se entere de la carta adjunta a *Julio*, y sin intimaciones que creo indecorosas e inútiles, consiga, al vuelo, alterar resolución terminante, cuyas responsabilidades terribles debo declinar, y declino en absoluto. Aguardo aún. ¿Qué no harán Uds. con un poco más de calma?—¿Y esto, en medio de mis esfuerzos para enviar a Uds. siquiera \$2,000 más? ¿A qué? ¿Cómo extender hasta aquí a más de mes y medio una situación que decían Uds. no se podría prolongar más de *Pascuas*? ¿Y calcula Ud. el trance en que se me pone? Cesó, y aguardo muy ansioso la respuesta a las cartas mías anteriores, y a ésta. De la demora ya no soy desde hoy el responsable.

Mucho fía al juicio de todos, mucho al de Ud. su

M.

8

AL GENERAL ANTONIO MACEO

New York, [diciembre] 1894

Sr. General Antonio Maceo

Amigo muy querido.

Sobre la palma de la mano le escribo, escapado de un cuarto de conversación con gentes de Cuba, que vienen y vuelven, o vienen para no volver. Estoy contento. Todo lo hemos ordenado. Se ha acudido al desorden que todos los elementos de perturbación muy bien señalados por Vd. habían pretendido y en cierto modo logrado. A *Gómez* le ha ido y va cuanta prueba y estímulo pueden ayudar a deshacer las confusiones en que intentaron ponerle.

De él sabré dentro de tres días, y la situación no ha mudado un ápice, a no ser lo adelantado en asegurar la obra por la Isla,—de lo que dije a Vd. en mi anterior. Con júbilo recibí su cablegrama con mi nombre, que vino a tiempo, porque por acá no se entendía bien la difícil situación en que nuestras cosas se suelen ver por esos países amigos. Vino bien el cablegrama. Yo tengo muy cerca todos los suyos, y le pondré uno el miércoles.

Salgo al vuelo, a acomodar y devolver mis visitas,—y sólo para un abrazo, y desear que sea toda de mano de Vd. la carta que de seguro me viene en camino, tiene tiempo, satisfecho de cuanto se ha ganado en medio de la demora,

Su

JOSÉ MARTÍ

9

A JULIO SANGUILY

[Diciembre, 1894]

Mi amigo Gener:

De veras que no quisiera responderle su carta injusta a *Agua Verde*<sup>117</sup> y a mí, ya porque yo sé que Ud. escribe esas cosas, en el calor del momento, cuando, contra toda verdad, se cree desatendido sin razón,

<sup>117</sup> Enrique Collazo.

—ya porque lo sustancial de ella, sobre remesa de fondos, queda contestado precisamente en mis cartas anteriores. Pudiera haberme apenado su carta de Ud. pero nada diré a Ud. que lo apene. Déjeme sólo repetirle que el concepto formado por Ud. de las fuentes de recursos de la sociedad, y de la dificultad, hasta hoy vencida, de atender a necesidades grandes y varias con fuentes cegadas o mermadas,—es un concepto muy diverso del que la realidad debía inspirarle, a poco que piense Ud. en ella,—y de lo que creía tener merecido de Ud.—del verdadero carácter de Ud.—el hombre que tiene hasta ahora inquebrantable fe en la sanidad de su corazón y en la limpieza de su juicio.

Sólo me toca responder en breve, por espacio y prudencia, a los cuatro puntos principales de su carta.

1º.—Sus alusiones a las noticias que dimos a Uds. en la carta del 8 sobre falta de declaración o ausencia de Gómez. La nueva lectura de las noticias probará a Ud. que ellas son la declaración a que Ud. alude,—y que, con poder, escrito, y total, trae en persona, y cumplimiento de los arreglos previos, el enviado de Gómez. No soy yo quien hablo: es Gómez. Yo, junto con el representante de Uds. autorizo, la parte de mi responsabilidad, bajo la inspección del enviado de Gómez, y el de Uds., y ellos declaran los acuerdos de forma y combinación tomada en virtud de las instrucciones definitivas de Gómez. Por eso, naturalmente, no debió seguir Aguas Verdes, su camino: porque el enviado trajo lo que él iba a buscar,—lo trajo, plena y solemnemente respondido. Es, pues, ese documento,—en que se garantiza no enviar el aviso hasta el encaminamiento ya indudable del resto de la labor,—la misma declaración personal y terminante de Gómez que Ud. indica.

2º.—Los fondos; sin duda necesarios, y no sólo útiles, que Ud. y sus compañeros piden. En cuanto a mi sorpresa justa la comprenderá Ud. cuando, después de haber asistido con \$7,000 en masa, y mucho más en detalle, al negocio local ahí, y de haber declarado, con aceptación de los socios, de que era ese, dadas las numerosas obligaciones, el último esfuerzo que de acá se podía hacer, recibo la muy injusta inculpación de mezquindad, por enviar aun para una comisión lo necesario para ella, y prometer \$1,000 más sobre lo ya cumplido. Pero no se trata de mí, sino de Ud. Las cosas no se hacen con lo que se desea, sino con lo que se puede. ¿Cree Vd. que yo, que lo conozco, tomo al pie de la letra su carta,—que Gener dará derecho mañana a que se diga que el negocio salvador para su familia, que toda su familia deseaba,—no se hizo porque no se pudo enviarle para su finca este dinero o el otro? Si

se pudiera enviar, sería inicuo negarlo:—cuando no se puede, ni se contó jamás con la necesidad de él, ni ésta se avisó, ni entró ésta en los cálculos anteriores y ya inmutables, no es justo pedirlo con enojo, como si se le negase por placer, o necesitara esa espuela una conciencia firme. No pierdo aún la esperanza de acudir con algún esfuerzo de importancia a esos servicios positivos, y ese es mi anhelo: ¿cómo lo duda? Pero Ud. será quien se responda, aun en el caso de que no pudiera ser; ¿puedo poner en peligro seguro la obra total, que sólo cuenta con lo suficiente para ella, por atender a una de sus partes,—por atenderla más, porque ya ha sido atendida? ¿Desea Vd. mismo que por reforzar una parte, lo haga imposible todo?

3º.—Lo de la casa. Nunca pensé poder llegar tan lejos, a pesar de la cantidad de estos deberes personales, como Ud. desea, en un caso que me llega muy al corazón, como tantos otros que quedarán totalmente abandonados. Pero prometí y cumplo, aunque en esa amplia vida parezca—como a mí mismo en otras condiciones me parecería—ridículo lo que le digo, y pobre para su objeto. Vd. hallará para ese fin quinientos pesos. Pero no quiero que Vd. ignore de dónde van a venir. Un hombre pobre, un trabajador de toda la vida, me tiene una vez y otra ofrecida esa suma, que son todos sus ahorros. Yo no se la he aceptado nunca,—y se la voy a pedir, para Ud. El es Nicolás Salinas, y no sabrá jamás de este destino. Pero V. sí quiero que lo sepa. Así se ha hecho, Gener, toda esta labor; de esa dificultad, y de esa pureza. ¿Verdad que será Vd. el último hombre que se sienta con razón para regañarme?

4º.—Es lo que ya dije, lo de Aguas Verdes. De aquí tiene ahora mayor oficio, que por el mismo enviado de Gómez, se le asigna. No siguió, porque aquí vino a encontrarle la respuesta total a sus preguntas, que oyó con sus oídos y vio por sus ojos. No de mí. De Gómez.

Ahora, el correo se cierra, y yo le pongo aquí mi acostumbrado abrazo. No pierde fe en su justicia ni en su inteligencia.

Su amigo

D-20

10

[Diciembre, 1894]

Mi amigo Gener:

Imposible me sería ocultar a Ud. el amargo pesar que me causan las últimas de Ud., y en especial la que acabo de recibir por Ar. Ni deseo encarecer a Ud. el trastorno inmediato, e imperdonable acaso, en

que me pone. Después de haber recibido Uds. la orden expresa y terminante que solicitaban;—después de haberse despedido Ud. mismo de Gómez, en carta que pasó por mí, anunciándole que por la simple afirmación de sus amigos de que se estaba listo, se iba Ud. al *Oriente*, sin esperar ni pedir firma,—después de saber Uds. lo que debe significar a estas horas,—dadas las instrucciones,—lo que en ella decíamos,—me anuncia Ud. terminantemente, que no comunicará las órdenes que le envía Gómez,—en la persona autorizada (por documento total y expreso y visto por su enviado de Uds. A. Verdes) en la persona de *José María Rodríguez*,—hasta que le vayan firmadas por Gómez,—lo cual requiere un mes y veinte días a contar desde hoy,—y hasta que no se le envíen \$5,000 para trabajos de colocación de gentes, que sólo pueden ser cuando reciba la orden firmada de aquí a un mes y veinte días, por la vía más pronta,—y \$2,000 para su familia. ¡Y esto, en medio de mi esfuerzo y mi mayor voluntad,—cuando ya no debía perder tiempo en estas cosas, de enviar ahí la mayor suma posible! Ni de nada nos servirá enviar a Ud. ahora los \$7,000 que exige, puesto que además requiere Ud. la orden firmada de Gómez. No oso, todavía no oso, leer esa carta de Ud. al representante de Gómez. Antes me dirijo de nuevo a Ud.: antes perderé ese tiempo precioso, mortal tal vez, hasta recibir la respuesta que de Ud. espero a mis cartas anteriores; ¡y cómo adelantar, a la hora de emprender camino, cuando me clava Ud. el brazo! ¡Ah, amigo Gener! ¿No habrá sido alguna injusta cólera la que le habrá hecho escribir esto? ¿Ud. el hombre que tenía en febrero organizado en V.<sup>118</sup> Abajo un movimiento que ya iba a ser, sin firma de Gómez, ni su conocimiento siquiera, ni liga alguna en la isla;—Ud. que según carta que he vuelto a leer estaba dispuesto, a una simple indicación de sus amigos, a salir ya al *Oriente* sin firma de Gómez.—Ud. que jamás había hablado hasta hoy de firma de Gómez—es quien ahora pone en duda la firma de Gómez,—total y absoluta, que ha visto su propio enviado A. Verdes? Réstame sólo aguardar su respuesta, y echar sobre Ud. entera la responsabilidad de las consecuencias de la intimación que de Ud. recibo, y de la brusca y fatal interrupción de mis labores—por lo menos hasta recibir de Ud. respuesta a esta carta, para la que con toda mi alma de cubano y de hombre indulgente, le pido aún especial consideración.

D-20

118 Vuelta.

11

A JUAN GUALBERTO GÓMEZ

Diciembre 22/94

Amigo de veras, queridísimo:

Tranquilícese por completo...<sup>119</sup> así aparte a la suya del 16. La adjunta impone, no sólo explica, la situación en que Ud. queda colocado. Yo le ayudo carteándome con Ud. sin llegar a nada preciso, mientras todo corre su curso natural.—Ud., y nadie fuera de Ud., recibirá los avisos de pago, y nadie fuera de mí estará en posición de enviarlos. Así no hay peligro, ni compromiso para Ud., pues que ya sé cuán independiente está todo lo real, por esa parte de la plaza, de estos corredores exigentes. Ud. recibirá, lo menos, dos mil pesos. No hay compromiso, digo, porque lo de ahí puede, y conviene ser dejado para cuando ya lo demás no peligre. Y Ud. queda autorizado, y aun ordenado, por el mismo socio con que, caso de conflicto, se le quisiese recusar. Yo enviaré siempre a *Julio Sanguily*,—\$500.00—por Ud. Siga, pues, ligando. Aquí, con la premura con que ve que le escribo, estoy a mi obligación. Ni me aturdo, ni se aturda. No recibirán las instrucciones, sino de modo que podrán resistirse a darles aviso. Las del 8,<sup>120</sup>—Ud. y yo las hemos enviado al *Marqués*<sup>121</sup>—y Ud. al *Oriente*. Ni de aquí, nadie podrá sospechar que Ud. las reciba. Asimismo, sin que yo lo haya aceptado para hacerlo, sino dicho que lo rechazaba, piensa—indignado—A. Verdes. Ni trataré puerilmente de engañar a *Julio* con una cesación súbita. Seguiré en la nota que le inicio hoy. Adiós, para tener tiempo de todo, de echarme en sus brazos, de decirle que le entendí de muy atrás el alma clara, y para mi amadísima. Ud., es uno de mis orgullos.

Y a ellos, ayudándome, Ud. hallará modo de que al fin sean útiles sin irritarlos hoy.

Desde ahora, aunque el aviso le irá por *mano*, conviene que me telegrafie a *Barranco* una palabra o más que sea la dirección a que puede enviársele a Ud. un cable diciendo *Gire Boston*, que será el aviso de pago.

M.

<sup>119</sup> Roto el documento.

<sup>120</sup> Las instrucciones del 8 (Plan de Alzamiento coordinado al movimiento expedicionario de Fernandina) las remiten Martí y Juan Gualberto Gómez a Camagüey al Marqués. A Oriente las remitirá Juan Gualberto.

<sup>121</sup> Salvador Cisneros Betancourt.

12

[25 de diciembre, 1894]

D. 25

A toda especie de dificultades, las más fieras e injustas, estoy atendiendo.—y a una gran infamia, sigo camino, y no sé qué me dirán sus cartas. Lo sustancial es esto: espero salvarlo todo, y jamás, como hasta hoy, les haré correr un peligro que no tenga base cierta. No estoy aquí para créditos ni fama—sino para salvar la revolución, y para salvarlos. Adiós, sale el tren. Ame a su amigo, y confíe en él. Este hombre no es vencido ni ceja. Todo como esté. El martes le va carta. No sé qué me dice Gener, ni qué me ha dicho Ud. desde hace 5 días a Miyares. Pague a Gener, si no ha pagado por cable—temo que mi cable no haya sido puesto, por pérdida del papel, que el portador avergonzado no quiere confesar. Pague. Eso tranquilizará y agradará a *Gener*. Adiós. A vencer, ahora o luego. Tal vez ahora.

13

AL GENERAL ANTONIO MACEO

New York [diciembre] 1894

Sr. General Antonio Maceo

Amigo queridísimo:

De tal modo se acumulan los sucesos, que en el espacio de dos horas he tenido que decidir el viaje, hasta este instante impensado, de Alejandro González, desarreglar y arreglar parte de lo que se relaciona con él, y sentarme al vuelo a confirmar por escrito lo que él a Vd. de viva voz dirá. Todo queda preparado a la salida de Alejandro, para la salida escalonada y la llegada simultánea, de tres expediciones, garantizadas igualmente las tres: una, porque es de Vd., de quien sólo grandeza espero, y hago que la esperen los demás; otra, porque es la de Serafín y queda sacada de manos de Queralta, y puesta en manos de un hombre enérgico y de habilidad suma, un joven del sur, caballeresco y ambicioso;—y otra, la del General Gómez, porque aquí está *Mayía* en nombre y representación de él, y de los expedicionarios entusiastas y congregados de Santo Do-

mingo, y *Mayía* es garantía, portador y testigo de las instrucciones finales de marcha que realizo como digo a Vd., y en virtud de las cuales, y por acta firmada por él,—por Collazo, que viene en nombre de Occidente y de las conexiones de Oriente, y por mí, en acta—digo—firmada por los tres, hemos fijado y comunicado a la Isla un plan que no revela el de las expediciones y se ajusta en plazo y lugares a él.

De palabras, y en las instrucciones que le acabo de dictar a Alejandro, lleva él a Vd. muchas otras cosas: como he deshecho intrigas de Oriente, respecto a Vd. mismo,—como Lacret se dice lastimado por una circular de Vd. de ahora en su contra,—como la he explicado, por si es cierta, compartiendo con Vd. la responsabilidad de haber dudado de él, con aparente justicia, y en cumplimiento de mi deber de vigilancia superior a la amistad.

Y de la cooperación, ya de la Isla, por la impaciencia de allí que terminó en enviar cerca de Gómez a Collazo con preguntas como las que formuló Vd. en su carta de excitación a él, ya de Gómez, por la solemne y decisiva significación de que *Mayía* se siente y declara por escrito investido,—de la cooperación de la Isla y Gómez, repito,—y de la de Gómez principalmente, Alejandro le va a ser testigo de ojos, aparte de la garantía y raíz que Vd. siente en mí.

Sobre fondos, de días antes de la salida del *Amadis*, giraré hasta \$2,000 de ahí, para que Vd. haga correr a los pocos que faltan sobre el punto de cita, y Corona llevará a mano alrededor de \$1,000 en oro, para encarar.—que no lo creo necesario—cualquier dificultad, la cual no espero, porque el Capitán va a las órdenes del representante de D. E. Mantell, cuyo hijo va a bordo, y él, el D. E. Mantell, estará en Santiago de Cuba, aguardando su maquinaria, sus trabajadores y sus 5 ó 6 amigos, que son los que irán al yacht en cuanto asome éste. Y el yacht va con Corona de práctico, que acaba de llegar a este propósito. No sé si debe, le preguntaré,—no creo que deba ir consignado a Limón de seguro, no; pero si lo fuese estaría a las instrucciones de las cartas de Vd. y Flor, y le habré hablado por cable.

¿Qué me falta, pues, que decirle? Con muy poca merma, va su pedido de armas y los preparativos,—cuatro barriles y tablonas, para una balsa de desembarco, remolcada por el bote grande de a bordo, donde además van otros pequeños: y ese bote grande es nuestro.

Estamos, pues, al borde de la obra grande, y yo en tal angustia de deber, y con tantos detalles a mi alrededor, que no tengo espacio para la emoción que me embargaría, de otra manera, al escribirle. No me

pidas palabras, sino el corazón con que lo quiero y entrego a Vd. la obra ayudada, y con muy poco peligro de abandono ajeno, que por su parte coronará Vd. con gloria. Flor con su inglés mediano y su aire de elegante, haría una buena cabecera de los amigos que han de ir a bordo. Vd. sabe de eso. Y aquí acabo. Abrácame, que bien lo necesito en mi agonía. Yo salgo muy poco después del *Amadís*. Si nos volvemos a ver vivos, será para asegurar la libertad que hayamos conquistado a Cuba o para acabar de conquistarla, plena y conforme a toda la justicia. —Si me acabo, Vd. me recordará con cariño. Vd. y su noble María.

Su

JOSÉ MARTÍ

14

A EDUARDO H. GATO

[Diciembre, 1894]

Sr. Eduardo H. Gato

Amigo mío:

En la gran prisa de los últimos momentos, y con la casa llena de gente que me prueba su entusiasmo práctico, sólo tengo tiempo para adjuntarle la carta a Ortiz. Todo arrecia, y entrañablemente ruego a Vd. que no demore mucho el viaje a la Habana. Así estará todo a tiempo. Vd. ve que estamos viviendo en el filo de una navaja.

Y ojalá que no fuese Vd. lo rico que es, para poder decirle cómo lo conoce y estima su amigo,

JOSÉ MARTÍ

15

A SERAFÍN SÁNCHEZ

[Diciembre, 1894]

Sr. Serafín Sánchez

Serafín querido:

Todo recibido. Y lo de la Habana. Dos asuntos hay—el de los cien tercios, legítimos y que con toda el alma ayudaría.—El otro ilegítimo, y de imposible ayuda. A eso estoy. A Teodoro telegrafíé hoy. Para lo

1º, por William, cuanto pueda dar la lotería, lo que se sabrá el lunes, y puede ir el martes, anunciando así antes algún envío, para calmar la impaciencia. ¡Aquí cuánta angustia! Pero lo pienso sin cesar.—Vd. habrá recibido en tiempo por el doctor mi cable.—Traiga, y no saque. —A tiempo le digo. Un buen cariño al noble William.

Por mucho escribir hoy, a esa infeliz Habana,—y de propósito, le escribo tan poco. Padece y adelanta su

J. M.

16

AL GENERAL ANTONIO MACEO

New York, diciembre 25 de 1894

Sr. General Antonio Maceo

Mi amigo muy querido:

El día está lleno de sol, y con todo él en el alma le escribo esta carta última. Allí estará ya Alejandro. El *barco* que lo va a buscar sale hoy de su primera estación, y ya al llegar ésta a sus manos habrá recibido un cablegrama mío anunciándole la salida, lo cual querrá decir que partió de aquí felizmente con la *carga*, que el *capitán* va preparado a tomar los amigos de D. E. Mantell en el lugar adonde le lleva el empleado Miranda<sup>122</sup> que va a *bordo*, y a llevarlos, camino de *Santiago*, a visitar en la costa la mina de manganeso de Mantell. A Vd., pues, a su cordura y serenidad, toca el ajustar las apariencias de modo que la salida de ahí convenga con este propósito,—y luego, en el camino natural del *barco*, y sólo en el momento preciso, detener la marcha y bajar. Hasta el último instante se puede conservar la situación: lleven de ahí dos o tres hachas, con que abrir las cajas al caer en la costa, y así no habrá que entrar siquiera en explicaciones. El *barco* lleva, además de sus *botes* usuales, uno grande, de 30 pies, que es nuestro. Lleva amplia comida, y *carbón* para 25 días.—Van con Miranda *mapas* de la *costa*. La demora ha consumido parte de lo calculado, y Miranda lleva \$500 en monedas de oro americano, que es lo mismo que llevaré yo por otro camino. Y ya sólo por la mar le podría dar la mano, porque el cablegrama con las palabras “Imposible giro”, que llegará a Vd. tres días después de la salida final de su *barco* para allá, se le pondrá como por mis propias

122 Patricio Corona.

manos, sólo cuando ya el *barco* de Gómez, y yo en él, y *Mayía* en él, estemos ya andando. Mi promesa será cumplida: ni Vd. ni los suyos correrán más riesgo que el que corra yo propio, y con todos los frenos que puede poner a los hombres el miedo a un deshonor seguro, que sería inexorablemente exhibido. Y el plan de esta otra rama del asunto, y el de la que va detrás, para *llegar* a la vez por las *Villas*, es exactamente igual al de la parte de Vd., sin una garantía menos ni más, ni más recursos.

En *Mayía* tenemos un magnífico y honrado compañero, incapaz de cobardías ni tapujos. El cumple y está dispuesto a exigir, y a cumplir a todo trance la oferta en que han creído nuestros amigos, que, por instrucciones comunicadas y aceptadas, y conforme a ellas, estarán echándose a la vez por *tierra* en la misma aventura a que nos echamos nosotros por la *mar*.—De la situación le impondré brevemente:—lo suyo, Vd. lo conoce: Lacret está en la Habana en paz, y el mismo Julio, a quien al fin tuvieron que dar participación de detalles desde octubre, escribe que es un misterio: y así lo dice Juan Gualberto, que vigila y ordena con gran dicha, honradez y eficacia. Así como se ha sacado lo de Oriente de manos de Lacret, así—y esta es la causa de la prórroga de fechas,—se está sacando y se puede sacar, lo de Occidente del conocimiento previo de Julio, cuya conducta en estos instantes está siendo singular. Pero nada real depende de él, y su misma conducta de última hora acaso tenga un solo objeto, en él habitual; sólo que el deber me impone salvar, aun a costa de algunos días, el sigilo de las operaciones, y la clave decisiva, que—por lo mucho que hemos permitido que se prolongasen las cosas—vino a caer, sin que Juan mismo pudiera evitarlo, en manos de Julio.—Pero Occidente, tan importante como fuerza de distracción, está lejos de comenzar tibio ni desamparado. Hablo casi por mis ojos, porque lo que allí se ha gastado de lo nuestro tuvo un inspector del mayor respeto y responsabilidad, así como lo que ahora mismo ante su vista se gasta: y él conoce y ha palpado, el verdadero terreno, que es firme y vario, aunque con la limitación natural al comenzar un negocio de esta índole. De las *Villas*, sabe Vd. también. La tierra de Don Salvador temía sinceramente que la echasen sola y a la cabeza, y estaba tan poco dispuesta a eso, lo cual dijo con franqueza, como dispuesta está, según declara expresamente, a coadyuvar desde el arranque a la obra general.

Ahora, otra vez a lo de Vd.—A *bordo* sólo han salido de aquí Miranda y un joven muy experto, que ya se lleva ganada la voluntad

del *capitán* y la *tripulación*,—que va como hijo de rico, y lo parece,—que habla el inglés muy bien, porque se ha educado aquí.—me ha salvado ya aquí de un grandísimo apuro, y es el que Vds. deben buscar enseguida ahí: John Mantell. Fíese a él, en este asunto, como a su propia persona. El daría la vida por mí. Sólo él, por sus condiciones sociales y su conocimiento del carácter de esta gente, y el trabajo que desde hace ya tres días viene haciendo a *bordo* y continuará, pudiera servir de buen intermedio entre Vds. y el *capitán*. Le digo que en estos días he tenido que poner a prueba su presteza y resolución y ha salido airoso. El se ajustará a Vds. y los entenderá a media palabra.

Ya, antes de que reciba ésta o al pie de ella, le irá el giro final, de \$2,000 de ese país. Si más tuviera ¿qué más no le mandaría? Peso a peso vivimos y Vd. encajará ahí lo que falte.

En este instante me llega telegrama de un detalle difícil y premioso a que tengo que atender en persona. No puedo ponerle en palabras, con esta ansia del espíritu, mi esperanza de batallar cerca de Vd. por la patria justa y entera que amamos.—¡Piense en mí! Bien lo necesita, para salir de tanta agonía, su

MARTÍ

Por supuesto, las instrucciones sobre la gente son las mismas. Iban a seguir viaje unos cuantos amigos,—y ya que van, se llevan, según instrucciones de Mantell a González, los trabajadores que vuelven a Cuba.

17

AL GENERAL FLOR CROMBET

[Diciembre, 1894]

Sr. General Flor Crombet

Flor queridísimo:

Mis cartas a Manuel Mantilla, a quien le recomiendo como hijo, y a González, y a Maceo, que envío por Vd. abiertas, dicen lo que—pareciéndome la lengua inútil entre Vd. y yo—no debo repetir a Vd. ¿Lo que espero de Vd.? Que aprovechando el plan con que sale el yacht seguro y veloz, salve la expedición o le ayude a Maceo a salvarla, para lo cual bastará mantener la ficción de los trabajadores que vuelven a las minas

de Mantell en Cuba y los tres o cuatro amigos de Mantell ahí que el yacht va a buscar, hasta que ya se esté a vista del lugar de Cuba y se diga que ahí es donde deben quedar las provisiones y los trabajadores, e irse a ver si está Mantell, para seguir viaje. Y si eso no pudiese ser, si no pudiese el yacht salir de ahí, espero que me salve el cargamento. y con el oro que lleva... me lleve la expedición en una goleta. Que si no ha recibido cable antes en contra, es que ya está peleando o llegando por el Norte este hombre que lo ama a Vd. ¿Qué más he de decirle? Preparen la balsa a bordo; van hachas para romper en tierra las cajas; van revólvers en una maleta de Manuel para hacer entender razón a última hora; y sobre todo va el oro para endulzar, so pretexto de gratificación de despedida, el trabajo final de la tripulación.

De su esposa, hago antes de salir, a la organización que para eso ya se forma, especial e íntima recomendación.

De mí, nada. De Vd., la esperanza de verlo defender con el civismo independiente la libertad que conquistó con la fuerza de su brazo, y el rayo que le luce en los ojos.

Su

JOSÉ MARTÍ

18

A ALEJANDRO GONZÁLEZ

New York, december 25, 1894

Mr. Alejandro González

My dear González:

The "Amadis" is to leave soon,—in fact, she is leaving to-day for her cargo for the mines,—and I should like you to keep the party ready as per instructions, and to ship back all useless laborers. They will be glad of this early opportunity.

Tell our friends to excuse the crowded company. This save me some money.

My son John goes with Mr. Miranda.<sup>123</sup> Look for him immediately. He is the bearer of fuller instructions.

<sup>123</sup> Patricio Corona.

See that my friends, as well as the men, are well treated on board. Mr. Borden tells me the captain is a most pleasing fellow.

In haste

yours truly,

D. E. MANTELL<sup>124</sup>

*Traducción*

Nueva York, diciembre 25, 1894

Sr. Alejandro González

Mi querido González:

El "Amadis" saldrá pronto,—de hecho sale hoy mismo para su carga para las minas—, y quisiera que me tuviese a la gente lista de acuerdo con las instrucciones, y embarcando de vuelta a todos los trabajadores no utilizables. Les agrada tener esta pronta ocasión de hacerlo.

Diga a nuestros amigos que excusen el hacinamiento. Esto me ahorra algún dinero.

Mi hijo Juan va con el señor Miranda. Búsquele inmediatamente. Es portador de instrucciones más detalladas.

Cuide de que mis amigos, así como los trabajadores, sean bien tratados a bordo. El señor Borden me dice que el capitán es hombre muy agradable.

Muy urgido, suyo,

D. E. MANTELL

19

AL GENERAL ANTONIO MACEO

[Diciembre, 1894]

Sr. General Antonio Maceo

Amigo muy querido:

Si nada ha impedido la realización de nuestros planes ahí; si, a pesar de las muy grandes dificultades de la salida de aquí, por la torpeza o malintención de un solo hombre, puede haber llegado hasta Vd. el barco

<sup>124</sup> Nombre supuesto, empleado por Martí, de acuerdo con el llamado *Plan de Fernandina*.

que le lleva esta carta, que no es el que para Vd. tuve primero y deseché por insuficiente; si esta carta, en fin, llega a sus manos, no será en momentos en que tenga Vd. mucho espacio para leerla.

El portador de la carta es Manuel Mantilla, que ha vivido siempre muy cerca de mí, y a quien su madre, viuda y pobre, ha cedido sin pestañear para esta mortal comisión. Manuel ha ido para preparar el fácil éxito del plan, inclinando a lo que se ha de hacer el ánimo del capitán, de modo que hasta el instante mismo de detener el barco, y aun después—porque el cargo lleva hachas para que se le pueda abrir enseguida en tierra,—todos crean que se trata de recoger en... unos pocos amigos, y unos cuantos trabajadores, para llevarlos de ese plantío del arrendador del yacht, a las minas de éste en Cuba, que estarán donde Vds. elijan en el mapa que... lleva a bordo,—el mapa de la costa sur de Cuba. Es cuanto desde aquí puedo prever. A Vds.; a su valor y ojo seguro, lo demás. Y si por suceso infeliz no se pudiese este pensamiento realizar, ni pudiese salir el yacht de... aunque va contratado de manera que lo pueden Vds. retener y usar después, sin más que alimentar su tripulación, siempre—¡no lo quiera la fortuna!—estaría andada la mitad del camino. Las armas habrían llegado a Vds. y provisiones para cuatro días, en una goleta que pueden fletar con el oro que para ese objeto, o congraciarse en un momento definitivo, con la tripulación, lleva a mano...

¿Y yo? O todo estalla a mi alrededor, o cuando Vd. esté leyendo esta carta, ya yo me le habré adelantado en el camino. Y así le cumpliré lo que le dije: a nada lo expondré a que no me exponga yo, ni yo gozaré de más seguridades de las que Vd. goce.

Adiós ahora: del exceso de trabajo, apenas veo las letras con que le escribo, y mi corazón está ya muy henchido para mostrárselo en palabras. Delante de mí, en instantes en que acaso no se creía Vd. tan observado, ni tan digno de observación, se me mostró Vd. un día lleno del gozo infantil, y del denuedo invencible, de la pura virtud: lo vi sereno, abnegado, magnífico; lo vi superior al mundo, injusto a veces, y capaz de triunfar de él con su juicio redondo y sagaz y su corazón disciplinado y desinteresado. Siempre estaremos de la misma parte en la pelea por levantar a los cubanos al decoro de la libertad. Adiós aún. --Ame a su amigo.

JOSÉ MARTÍ

20

A JUAN GUALBERTO GÓMEZ

[Diciembre, 1894]

*Especial*

Amigo queridísimo:

Muy leída, y toda atendida, su carta de tres pliegos. De un viaje de tres días emprendido para ajustar la situación a la de allá creada, y remediar y sustituir cosas de aquí, llevo, leo ansioso esa carta, la entiendo bien, y sólo tengo tiempo para decirle:

—que sólo la dificultad material se opondrá a la realización de lo que con gran juicio me aconseja

—que, en el silencio total entre gentes muertas, (las que pudieran ser más útiles), de que depende el éxito, haré lo imposible por complacer en parte a los hermanos,—y lo haré, y les escribiré y aquí les escribo, con el mayor cariño. Es verdad. Avisado a tiempo, no habría habido esta agonía

—que ya William le ha debido entregar lo más de los 100 tercios

—que en lo que promuevo para sueldos de ciertos accionistas empleados, considero y pongo lo de Ud. como obligación mayor

—qué entre dificultades que no me aturden, está al remate el quehacer.—Y siempre irá la noticia del arreglo a Ud., por la dirección que me envía,—y a mano.

¡Ah, amigo! ¡qué zozobra, qué fortuna hasta este instante, y qué tierna admiración para Ud.!

S.

M.

21

*Especial*

[Diciembre, 1894]

Muy querido amigo:

Sin más lentitudes y zozobras que las naturales, y sin la de Ud. de hoy que aguardaba, le escribo estas líneas para decirle que el negocio continúa su curso debido, sin obstáculo visible, ni una sola demora innecesaria.

Ya, según telegrama que recibo, estará en manos de Ud. lo más de los cien tercios—más de \$2,000.

Adiós. No duermo, ni lo ha estimado nunca más su

M.

A pesar de la carta adjunta, nadie, fuera de mí, conoce, ni conocerá, ni vislumbrará las medidas de nuestra carta anterior—la de *Rodríguez*<sup>125</sup> y mía.—Continúe trabajando al *Marqués* en *Camagüey*.

22

A SERAFÍN SÁNCHEZ

[Diciembre, 1894]

Sr. Serafín Sánchez

Mi querido Serafín:

Hoy, de no escribirle largo, casi prefiero, hasta el jueves, no escribirle. De lo de Julio sólo. Por telegrama de Gonzalo, no explicado aún en carta, recibí noticia del de Vd., con la singular novedad de que Julio había visto el cable a Gómez. Ya le telegrafí lo sustancial, que repito el jueves en carta a Vd. y a Julio. El cable decía, en lo relativo a él: “Urge reserva Sanguily”. *Reserva* decía, y urge, no porque con esto se implique desconfianza alguna de él, sino porque la publicidad extraordinaria y por desdicha desfavorable e impune, del viaje de Julio y de su actitud revolucionaria ha creado en Occidente, y mucho más en las Villas, una agitación que compromete, y casi anula de antemano, con peligro inútil de Julio, todo lo que se pusiera en manos de él. Sacarlo de allí es lo que yo quisiera, y lo haría, si tuviéramos afuera con qué hacerle esperar en la holgura a que él está habituado. El no quiere saber de envasar tabacos, ni de traducir, a peso la hoja, catálogos de ferretería. Sobre todo, me inquietó una comunicación extraña en que se alude, de las Villas, a una carta que esperaba Sanguily de Gómez, lo que puede ser, porque sabemos le escribió, pero no había objeto en propalarlo, ni en dejar en vago su significación, todo lo cual demuestra,—con un gobierno que le ha puesto aquí casa a una familia para que por el cariño y los regalos, me rodee en el interior de mi vida,—que se corre peligro grave de estallido fácil de acorralar; o de imprudencia

<sup>125</sup> José Ma. Rodríguez (Mayía).

increíble de Julio mismo, de la que nos toca, por la patria y por él, guardarlo. En esto no tiene nada que sufrir el hombre. Mi carta a él bastará, y dirá eso mismo. Pero si se me da a elegir entre la posición peligrosa e imprudente sin necesidad, de un cubano, y la seguridad de Cuba entera, ni Vd. ni yo negamos la palabra que tienda a la seguridad de Cuba. El caso es claro. Lo singular es que viera el cable, aunque de ningún modo me sorprende; puesto que, al saber por un detalle de palabra devuelta que el cable—única cosa que no he previsto,—había pasado por Cuba, estuve seguro, sin explicarme por qué, de que el gobierno lo había visto, y de que lo había visto Julio. Tengo que acabar. El cable nada revelaba. Era así: “Ruego diga G. urge reserva J. Visita hacendados sospechosa término éxitos arreglos verélo enseguida”. Con anhelo de las cartas de Vd. que ya vienen andando, apláceme a Rogelio hasta el jueves y dé a la casa mi cariño.

Su

J. MARTÍ

23

Diciembre de 1894

Sr. Serafín Sánchez

Mi querido Serafín:

Llega su carta en el instante en que se cierra el correo. Largo se la responderé. Por supuesto que le agradezco lo que me dice, y por eso, y por lo que se lo inspira, lo quiero más. Pero déjeme sorprenderlo. Yo sí tengo fiera inevitable en tales cosas de dinero; pero la *pospongo totalmente por mi patria*.

Es mi deber. Si me dan diez mil pesos para la revolución, salgo desnudo en mulo. No es aquí caso de fiera. Es que en la condición de frialdad aparente en que están las cosas en Cuba, y de pobreza real en que está el trabajo afuera, se hubiera a mi juicio expuesto, más que ganado, con una demanda que les hubiese parecido de escasa justificación,—y que haré, Serafín, si es necesario, en cuanto se asegure en mi conciencia, fuera de toda duda, la realidad de nuestra acción inmediata.—Y nadie resistirá, con el espíritu ya preparado por lo de ahora, nadie resistirá al acento de verdad con que les hable.

Puede errar, Serafín, pero no fue por el encogimiento culpable que me supone. ¿Pues no ve Vd. que para cobrar \$25, hay que poner

cáusticos? Se va el correo, y lo quiero mucho. ¡Buen año nuevo! Yo sigo por todas partes acumulando. Escribí a Dolores Gómez el correo anterior; pero creo que olvidé las señas—el P. O. B. 263.—No vino B—Ahora voy a ver a Enriquito.

Su

J. MARTÍ

24

[Diciembre, 1894]

Sr. Serafin Sánchez

Serafin querido:

Un volante, para decirle que llegué,—que sigo a la obra, de modo que nos acompañe la simpatía pública, y aumentemos lo hecho, mientras adelantamos a cubierto en lo más real,—que el vapor de Puerto Plata ha entrado, y no ha venido Paquito. Yo telegrafío al General, y le escribo mucho por este correo. Pero no digo aún palabra a Cuba; sino como de vaga disposición a algo venidero. Esa duda real es nuestro auxiliar mejor, e indispensable, con enemigo tan preparado y astuto.

Lo demás, si lo queremos hacer, dispuesto como está, se hace en momentos. Allá, manténgame el fuego. Yo lo alimentaré este mes, a cartas y a publicaciones. Que no se pierda lo hecho—y lo que no se puede volver a hacer.—Un abrazo a Vd., y a la casa, de su

J. MARTÍ

25

[Diciembre, 1894]

Serafin muy querido:

Como para lo que no cabe en la carta, nos vamos a ver pronto,—de aquí a unos diez o doce días y yo cuando no tengo el alma a caballo la tengo como muerta, no haré aquí nada sino decirle que atiendo por excelente conducto a todo lo de la Habana, como verá por las cartas adjuntas, cuya entrega inmediata fío a usted,—que me veo en la inquietud que imagina, con las obligaciones que crecen y me rodean, y las angustias que usted conoce,—que allá, en cuanto a deber, no me lleva más objeto que hablar con usted y con Roloff, para dejar en su nueva forma los

arreglos que, según cuanto veo a esta hora, van a estar pronto al fin en vías de hecho. ¿A qué decirle más? Lo de la Habana queda atendido como debe: les va enseguida cuanto más les puede ir, para evitar una sorpresa,—pero insisto en que no se falte a las instrucciones del General Gómez y se cambie su plan y en que no se utilicen los recursos que el Partido Revolucionario presta—y administra el jefe electo—para desviaciones o premuras opuestas a las instrucciones del Partido y el Jefe. Pero recibirán en tiempo su servicio. Me alarma, sin embargo, la decisión aparente—ahora reiterada por J. G. G.—de empezar antes de tiempo. —y lo que Collazo expresa a usted, de emprender organización en la Isla. No salen de la Habana, y a duras penas puede mantenerse la paz entre los propios, y evitarse la confusión entre ellos y nosotros mismos: —imprudente e innecesario sería ahora, y desordenado, echarse por el interior con otra mano que la de Gómez.

Las cartas, son así:

(a) con la de Gómez adentro, para J. Sanguily.

(1) para Collazo.

(2) para Juan Gualberto.

Ojalá puedan ir,—que pueden,—por el mismo correo en que va Gato.—Acabo, por el tiempo. Sale el sol, y Gato me espera. ¿Me recibirán Pepa y Raimundo con cariño? Calle aún el viaje. Pongo unas líneas a Teodoro, Roloff, Poyo, y a Fermín.

Su

MARTÍ

26

[31 de diciembre de 1894]

Serafin querido:

Llego en un salto. ¿Fue William? ¿Cuánto? Esperaba cable.—Vuelvo a salir.—Tiene que acallarme mucho: en Tampa se habla mucho.—Hoy no fue tan discreto como creía, pero no lo amargue.—Trabajo en todo, con el vigor que usted pudiera desear. Hasta el jueves. Y gracias. Y año nuevo a Pepa.

Su

MARTÍ